

SUETONIO

VIDAS DE
LOS DOCE CÉSARES

I

BIBLIOTECA CLÁSICA GRECO

VIDAS DE LOS DOCE CÉSARES

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 167

SUETONIO

VIDAS DE
LOS DOCE CÉSARES

I

INTRODUCCIÓN GENERAL DE
ANTONIO RAMÍREZ DE VERGER

TRADUCCIÓN DE
ROSA M.^a AGUDO CUBAS



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección latina: JOSÉ JAVIER ISO Y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por ANTONIO RAMÍREZ DE VERGER.

© **EDITORIAL GREDOS, S. A.**

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 1992.

www.editorialgredos.com

PRIMERA EDICIÓN, 1992.

1.^a REIMPRESIÓN.

Depósito Legal: M. 18328-2002.

ISBN 84-249-1491-0. Obra completa.

ISBN 84-249-1492-9. Tomo I.

INTRODUCCIÓN GENERAL

I. ORÍGENES Y DESARROLLO DE LA BIOGRAFÍA EN ROMA¹

En la biografía latina confluyeron cuatro tradiciones biográficas: una de ellas pertenecía a las propias costumbres y hábitos de los romanos, y las otras tres procedían, como tantas veces, de Grecia.

Las raíces romanas

A los romanos les gustó siempre cultivar el recuerdo de hombres famosos por medio de canciones en los banquetes (*carmina convivalia*²) o de discursos fúnebres (*laudationes funebres*³) en prosa, pronunciados para rememorar las virtudes del difunto. Asimismo se explotaron otro tipo de composiciones del mismo tenor. Las *naeniae* eran pequeñas lamentaciones fúnebres, en las que se recordaban los valores del fallecido. Las familias nobles conservaban en los *atria* de sus casas las *imagines maiorum* o retratos de cera de sus antepasados; cada una de ellas iba acompañada de un *titulus imaginis*, donde se hacía constar el nombre de la persona, los cargos que había desempeñado y los honores militares que había recibido. Los *elogia* consistían en inscripciones funerarias, en las que se incluían el *cursus honorum*, las acciones famosas (*res gestae*) y las virtudes del fallecido⁴. Otras formas de biografía rudimentaria eran los *stemmata*, o árboles genealógicos, y los epitafios de todas clases. Todas

estas composiciones tenían un carácter biográfico a la vez que encomiástico, y en ellas se puede apreciar un sustrato latino para el género de la biografía.

El encomio griego

El encomio consistía originariamente en una canción triunfal en honor del vencedor de los juegos. Los profesores de Retórica lo sacaron de la poesía para convertirlo en prosa en uno de los ejercicios preliminares (*progymnasmata*) de la oratoria epidíctica⁵. La alabanza o vituperio de hombres famosos se elaboraba de acuerdo con un guión complejo y rígido. Los esquemas de Burgess⁶, Marrou⁷, Lausberg⁸, o Jenkinson⁹, que proceden del rétor griego Teón¹⁰, puedan dar idea de la estructura artificiosa de los encomios:

I. Bienes exteriores:

- a) noble cuna;
- b) medio: ciudad natal, conciudadanos, bondad de su régimen político, padres y familia;
- c) cualidades personales: educación, amigos, fama, servicios públicos realizados, riqueza, número y belleza de los hijos, muerte feliz.

II. Bienes físicos o corporales: salud, fortaleza, belleza, vitalidad desbordante y capacidad para sentimientos profundos.

III. Bienes espirituales:

- a) virtudes: sabiduría, templanza, arrojo, justicia, piedad, nobleza, sentimiento de grandeza;
- b) acciones derivadas:
 - 1. en cuanto a su objetivo: acciones altruísticas y desinteresadas, miras puestas en el bien y no en lo útil o agradable, acciones por el interés público, riesgos y peligros corridos;
 - 2. en cuanto a las circunstancias: oportunidad, originalidad, acciones llevadas a cabo personalmente, si el héroe ha hecho más que los demás, si le han ayudado sólo unos pocos, si ha obrado por encima de su edad, contra toda esperanza, no sin dificultades, si lo que ha hecho lo ha realizado rápido y bien.

Todo lo anterior pertenecía a la *inventio* u organización de la materia. A ello había que añadir las reglas que fijaban la elección del lenguaje apropiado, el estilo y la puesta en escena.

De las escuelas de Retórica, por ejemplo, proceden los retratos que leemos en determinados historiadores, como Polibio¹¹. Y de la escuela de los rétores surge la biografía encomiástica como un género propio. Los primeros ejemplos son la *Vida de Evágoras* de Isócrates, publicada en torno al año 365 a. C., y el *Agesilao* de Jenofonte, aparecido poco después. Los dos autores persiguen el mismo objetivo: «elogiar a un gran hombre y ponerlo de ejemplo a sus conciudadanos», para usar las palabras de André y Hus¹². En otras ocasiones el encomio alcanza un desarrollo independiente, como en la *Vida de Filopemen*¹³ de Polibio, o aparece en forma de retrato en una obra histórica, tal como hemos apuntado más arriba.

La escuela peripatética

Los filósofos, rivales tradicionales de los rétores, desarrollaron otro tipo de biografía. Bajo la influencia de Aristóteles, se interesaron por analizar y clasificar diferentes tipos de personalidad. Su discípulo Teofrasto publicó en torno al año 319 a. C. los *Caracteres*, obra que proporcionaba material para ejercicios retóricos¹⁴ y que servía a la vez como modelo para delinear las figuras convencionales del teatro contemporáneo¹⁵. Aristoxeno, rival de Teofrasto, escribió unas *Bioi Andron* que incluían *Vidas* de Pitágoras, Sócrates y Platón; en ellas dejó fijado el tipo de biografía peripatética: el carácter de los hombres se refleja en sus acciones. El objetivo de estas biografías reside no tanto en el elogio de un personaje cuanto en el análisis de su carácter. Otros representantes de la corriente peripatética fueron Antígono de Caristo, Sátiro y Hermipo de Esmirna, quienes no sólo contaron las vidas de grandes estadistas y generales, sino que se preocuparon de filósofos, poetas y legisladores¹⁶. La biografía peripatética intentó ser un poco más objetiva que la encomiástica acudiendo a los aspectos positivos y negativos de los personajes, pero con su afán por las anécdotas y las

digresiones cayó en el sensacionalismo, en el escándalo y, lo que es peor, en la indiferencia ante la verdad.

La biografía científica

De la edición de textos griegos en Alejandría surgió la necesidad de redactar unas introducciones, en las que se esbozaba la vida del autor¹⁷, poniendo más énfasis en la cronología que en el carácter mismo del personaje. Los filólogos alejandrinos no estaban interesados en los aspectos morales, o filosóficos de estas biografías, sino en la acumulación de datos eruditos. Eran, pues, más áridas, pero, en cambio, buscaban más la verdad de los hechos. La influencia que ejercieron sobre la biografía romana fue enorme. Recuérdense los ejemplos de Suetonio, Donato o Servio. El biógrafo más destacado de esta corriente fue Jasón, discípulo de Posidonio.

Los tres tipos de biografía griega, antes citados, fueron cultivados en Roma. La biografía encomiástica está representada por la *Vida de Agrícola* de Tácito¹⁸, la peripatética tiene a su mejor valedor en Cornelio Nepote (ca. 109-27 a. C.), mientras que los *Gramáticos y rétores* de Suetonio siguen los principios de la biografía erudita de los alejandrinos.

A M. Terencio Varrón (116-27 a. C.) se le considera como el fundador del género biográfico en Roma. Escribió una obra, hoy perdida, titulada *Hebdomades* o *Imagines*, que consistía en quince libros con unas setecientas *Semblanzas* de personajes griegos y latinos, acompañadas cada una de un retrato y un epigrama¹⁹. En ellas se comparaban los caracteres de los griegos y romanos, como luego haría Plutarco. Después de Varrón, San Jerónimo cita a Santra e Higino. Y tras ellos viene Cornelio Nepote, el primer gran biógrafo latino.

II. APUNTE BIOGRÁFICO DE SUETONIO²⁰

Gayo Suetonio Tranquilo nació probablemente²¹ en torno al año 69 d. C., fecha en la que se suicidó el último emperador de la familia original de los Césares. No sabemos con certeza su lugar de nacimiento. Unos hablan de Hippo Regio, en el norte de África, y otros lo sitúan en Italia, sea en Roma, en Pisauro o en Ostia²². Tras el paréntesis del año citado, transcurrido en medio de una feroz lucha por el poder, subió al trono la dinastía de los Flavios (69-96), a la que reemplazó la de los Antoninos (96-192), que cubrió el período de mayor prosperidad y tranquilidad del Imperio Romano. La fecha de nacimiento suele deducirse, con todo tipo de reservas, de algunos pasajes de la obra del mismo Suetonio y de ciertas referencias en las *Cartas* de Plinio²³.

El padre de Suetonio fue oficial del ejército y pertenecía al orden ecuestre (*equites*)²⁴, es decir, a la clase media alta, precisamente la que nutría los puestos más importantes del ejército y de la administración imperial. La clase ecuestre sólo estaba por debajo de la clase senatorial, la de mayor rango social.

La familia de Suetonio procedía probablemente del norte de África, pero parece que ya se había establecido en Roma a finales de la década de los sesenta. Al final del siglo I d. C., Suetonio ejerce de abogado en el foro y poco después del año 100 quiso servir en una legión en Britania, pero renunció a tal servicio. Parece ser que regresó a Hippo Reggius, la moderna Bône, acompañando a Adriano en un viaje por África²⁵ para hacerse cargo de un sacerdocio, más honorífico que efectivo. Visitó probablemente la provincia de Bitinia²⁶ durante la época en que Plinio el Joven era allí gobernador, en torno a los años 111-112. Aparte de estos viajes²⁷, la carrera de Suetonio transcurrió por entero en Roma, donde desempeñó sucesivamente tres cargos al servicio del emperador, cargos que habían sido desempeñados por libertos y que ahora

pasaron a personas que pertenecían al orden ecuestre. En el reinado de Trajano (98-117) desempeñó el cargo de secretario *a studiis*, una especie de ayudante del emperador que le proporcionaba material de lectura para su política administrativa. Después de este cargo, o al mismo tiempo, fue responsable de las bibliotecas imperiales (secretario *a bibliothecis*) con personal subordinado a él. Finalmente, tras la muerte de Trajano en el Este, desempeñó el cargo de secretario para la correspondencia imperial (*ab epistulis*), por el que despachaba la correspondencia oficial²⁸. En el 121 o 122, Suetonio y Septicio Claro, uno de los comandantes de la guardia pretoriana, fueron cesados en sus cargos por no tratar a la emperatriz Sabina con el debido respeto²⁹. A partir de entonces, dejó de tener acceso particular a los archivos imperiales, pero no a los documentos de las bibliotecas públicas, que podía consultar como cualquier otro ciudadano. En realidad, las noticias sobre la vida de Suetonio, como sobre la mayoría de los escritores antiguos, son más bien escasas: las alusiones, ya citadas, de las *Cartas* de Plinio el Joven durante los años 96-111; una mención dudosa en la vida de Adriano de la *Historia Augusta*³⁰, escrita unos 250 años después de la muerte de nuestro autor; una observación de Juan Lido³¹, filólogo bizantino del siglo VI, sobre la dedicatoria de la *Vida de los doce Césares* a Septicio Claro³²; y diversas citas y alusiones a sus obras en gramáticos y filólogos tardíos, tanto griegos como latinos. La inscripción encontrada en Bône (Argelia) en 1952 confirma los datos de la carrera de Suetonio hasta su cese en el cargo imperial³³.

Nada sabemos de Suetonio a partir del año 121. Se cree que murió varios años después, a juzgar por la cantidad de escritos que dejó y su escrupulosidad en editarlos.

III. OBRAS DE SUETONIO

Su obra, pese a que Plinio el Joven le tilda de *in edendo haesitator*³⁴, fue amplia, aunque únicamente se conserven las *Vidas de los doce Césares* y los *Gramáticos y rétores*.

Sus trabajos conocidos³⁵ se podrían dividir, siguiendo a A. Wallace-Hadrill³⁶, en cuatro grupos: a) obras lexicográficas: *Sobre los nombres y clases de vestidos*, *Sobre los defectos corporales*, *Sobre los insultos*, *Sobre los signos del tiempo atmosférico*, *Sobre los nombres de mares y ríos*, *Sobre los nombres de los vientos*; b) obras anticuarias o ensayos sobre instituciones: *Sobre los juegos de los griegos*, *Sobre los espectáculos de los romanos*, *Sobre el año romano*, *Sobre los hábitos y costumbres de los romanos*, *Sobre la institución de los cargos públicos*; c) obras biográficas: *Hombres famosos*, *Cortesanas famosas*, *La vida de los Césares*; d) obras diversas: *Prata*, *Sobre los signos de abreviación en los libros*, *Sobre la República de Cicerón*.

No se consideran obras auténticas de Suetonio las *Differentiae sermonum* ni una *Historia bellorum civilium* que le atribuía A. Reifferscheid³⁷.

Sus obras se pueden clasificar también en tres grupos: obras perdidas, *De viris illustribus*, y *De vita Caesarum*.

*Obras perdidas*³⁸

Las obras de Suetonio que no han llegado hasta nosotros son las siguientes:

a) *La lista del léxico de Suda*:

- *Sobre los juegos de los griegos*, cuyos restos indican que fue escrita en griego.
- *Sobre los insultos*, escrita también en griego. Se conserva un resumen en un manuscrito del siglo XIII, encontrado por Miller en 1868 y conservado en la Biblioteca Nacional de París en el *Parisinus 1630*, del siglo XIV. La

obra clasifica por grupos las palabras insultantes desde Homero hasta su propia época.

- *Sobre los signos de abreviación en los libros*, cuyos restos se conservan en la Biblioteca Nacional de París en un manuscrito del año 780, descubierto por Teodoro Mommsen.
- *Sobre la República de Cicerón*, una defensa de la obra de Cicerón del mismo título contra los ataques del gramático Dídimos de Alejandría.
- *Sobre los espectáculos de los romanos*, que tendría un contenido similar al *De spectaculis* de Tertuliano. Aulo Gelio la designa con el título de *Ludicra historia*³⁹.
- *Sobre el año romano*, conocida por los préstamos que toman de ella Macrobio, Censorio y Solino⁴⁰.
- *Sobre los nombres y clases de vestidos*, titulada por Servio⁴¹ *De genere vestium*, y de la que se conservan cinco fragmentos.
- *Sobre los hábitos y costumbres de los romanos*, de la que sólo se conserva un fragmento en Carisio.

b) Otras obras

- *Sobre la institución de los cargos públicos*, cuyo título (*De institutione officiorum*) lo conocemos por el gramático Prisciano. Trataría sobre las reformas administrativas de Adriano, tanto en el Estado como en el palacio imperial.
- *Cortesanías famosas*, de la cual sólo conocemos el título gracias a una cita de Juan Lido⁴².
- *Sobre los reyes (De regibus)*, en la que se enumeraban en tres libros los reyes de Europa, Asia y África. Se conoce a través de una referencia de Ausonio.

- *Sobre hechos varios (De rebus variis)*, de la que se conserva un solo fragmento y versa sobre cuestiones gramaticales.
- *Prata*, que sería una especie de enciclopedia sobre historia natural, en la que se incluiría la obra *Sobre los defectos corporales (De vitiis corporalibus)*. Fue muy usada a lo largo de la Edad Media.

*De viris illustribus*⁴³

La obra consistiría en un conjunto de biografías de poetas (desde Livio Andrónico), oradores (a partir de Cicerón), historiadores (desde Salustio), filósofos, gramáticos y rétores. Sólo ha llegado hasta nosotros los *Gramáticos y rétores*, compuesta en torno al año 113, debido a su transmisión independiente del resto de la obra⁴⁴. Efectivamente, el texto del *De grammaticis et rhetoribus* salió a la luz en un manuscrito de Hersfeld, catalogado por Niccoli⁴⁵ en 1431, que contenía las obras menores de Tácito (*Germania, Agrícola y Diálogo de los oradores*) junto a la obrita de Suetonio. El manuscrito, hoy perdido, fue trasladado a Roma por Enoc de Ascoli en 1455. De él derivan las numerosas copias que se hicieron durante el siglo xv.

Los restos de algunas vidas de poetas se han reconstruido⁴⁶ a través de las numerosas noticias de Jerónimo en su traducción de la *Crónica* de Eusebio, o gracias a que se han conservado junto a escolios o en las ediciones de algunos autores, como Terencio, Virgilio, Horacio, Tibulo, Lucano y Plinio el Viejo.

*De vita Caesarum*⁴⁷

Consta de doce biografías en ocho libros completos, excepto los capítulos iniciales del primero, en los que aparecerían el título de la obra, la dedicatoria a Septicio Claro

y el relato del nacimiento, infancia y adolescencia de Julio César.

Se acepta como posible fecha de su publicación⁴⁸ la de los años 119-120. Sin embargo, Bowersock⁴⁹ sostuvo que las últimas seis biografías (*Galba-Domiciano*) fueron escritas en época de Trajano, antes que las primeras. Tal propuesta ha sido refutada, entre otros, por Bradley y por Baldwin⁵⁰. Por su parte, Gascou⁵¹ coloca la fecha de publicación entre finales del año 123 y el 128.

La obra comprende, además de la vida de Julio César, la de los emperadores de las dinastías de los Césares y de los Flavios. Los ocho libros se distribuyen así: I: *Divus Iulius, Julio César* (muerto en el 44 a. C.); II: *Divus Augustus, Augusto* (27 a. C.-14 d. C.); III: *Tiberius, Tiberio* (14-37); IV: *C. Caligula, Calígula* (37-41); V: *Divus Claudius, Claudio* (41-54); VI: *Nero, Nerón* (54-68); VII: *Galba Otho Vitellius, Galba* (junio del 68-enero del 69), *Otón* (enero-abril del 69), *Vitelio* (abril-diciembre del 69); y VIII: *Divus Vespasianus* *Divus Titus Domitianus, Vespasiano* (69-79), *Tito* (79-81) y *Domiciano* (81-96).

Siguiendo en líneas generales el método de la biografía erudita de los alejandrinos, Suetonio narra las *Vidas* de manera muy esquemática, desarrollando puntos comunes en todas ellas: antecedentes y orígenes, nacimiento, prodigios, anécdotas, carrera política, gestas realizadas, carácter, aspecto físico y muerte. Pero no emplea siempre el mismo esquema, sino que lo varía de acuerdo con sus preferencias⁵². Incluso a veces se permite la libertad de introducir una biografía diferente dentro de otra, como en el caso de la de Calígula, que se inicia con una breve biografía de su padre Germánico (1-7).

Esta forma de biografía seguramente se empleó antes para figuras literarias, y de ahí se adaptó a la descripción de personalidades de la vida pública⁵³. Suetonio había tenido

tiempo de ejercitarse en las vidas de poetas, gramáticos y rétores en su *De viris illustribus*.

El mismo Suetonio nos explica el método que ha seguido en la exposición del material de las *Vidas*:

Después de haber presentado el conjunto, por así decirlo, de su vida, pasará a exponer cada una de sus partes, pero no por orden cronológico, sino a través de sus distintos aspectos («neque per tempora sed per species»), para poder describirlas y hacerlas comprender de forma más clara⁵⁴.

Esta opción de contar las *Vidas* «per species» consiste en adelantar primero los títulos de los capítulos que se van a tratar y desarrollarlos después. Es lo que hace, por ejemplo, en *Augusto* 61, 1:

Puesto que ya he referido cuál fue su conducta en los cargos militares y civiles, así como en la dirección del Estado por toda la tierra, tanto en paz como en guerra, pasará ahora a exponer su vida íntima y familiar, e igualmente cuáles fueron sus costumbres y su fortuna en su casa y entre los suyos desde su juventud hasta el último día de su vida⁵⁵.

Se trata de un recurso retórico, llamado *partitio* o *divisio*, por el que se enumeran los puntos que se van a tratar⁵⁶. El problema reside en que, con este método, Suetonio pasa a tratar los diferentes puntos de las *Vidas* sin marcar la transición de uno a otro⁵⁷.

A veces, la *divisio* sirve para estructurar una biografía en dos partes bien diferenciadas, como en *Calígula* 22, 1:

Hasta aquí hemos hablado de Calígula como príncipe (*de principe*), réstanos referirnos a él como un monstruo (*de monstro*).

El mismo principio, de división de virtudes y vicios⁵⁸, lo aplica en la biografía de Nerón:

He agrupado estos hechos, algunos de los cuales no merecen la menor censura, mientras que otros son incluso dignos de grandes alabanzas (*non mediocri digna laude*), para separarlos de sus vilezas y sus crímenes (*a probis ac sceleribus eius*), de los que hablaré a continuación⁵⁹.

Esta forma de narrar «per species», forma alejada de Nepote y Plutarco, en opinión de André y Hus⁶⁰ se debe a tres factores: a la inclinación de Suetonio por la investigación

erudita y la anécdota reveladora, a su concepción dinástica del poder y al carácter profundamente romano de su obra.

Llama la atención en las *Vidas* la desproporción en extensión entre las seis primeras biografías y el resto, lo cual ha dado pie a pensar que las últimas seis biografías puedan ser una especie de añadido a las seis primeras⁶¹.

IV. ASPECTOS HISTÓRICOS Y BIOGRÁFICOS

Historia y biografía

Aludíamos al comienzo de la introducción a que la biografía como género se formó a partir de las distintas corrientes de la biografía griega y de las formas tradicionales de contar la vida en Roma. Pero quedaron asuntos preteridos, de los que es preciso hacer mención. Me refiero a la diferencia que existe entre la historia y la biografía⁶², punto crucial para entender y valorar en su justa medida el quehacer de Suetonio.

De entrada, hay que admitir que no siempre es fácil separar la historia y la biografía, pues ambas se necesitan mutuamente. En los *Anales* e *Historias* de Tácito, por ejemplo, encontramos descripciones, por así decirlo, biográficas, mientras que en las biografías de Suetonio aparecen no pocas veces narraciones históricas⁶³. Pero la historia, desde luego, se diferencia de la biografía en los tres aspectos básicos que tratan ambos géneros: estructura, materia y estilo⁶⁴.

La estructura de la historia se asienta sobre dos grandes pilares: la cronología y la narración. Tito Livio y Tácito, por ejemplo, narran los hechos acaecidos año a año siguiendo la tradición analística arcaica, pero no los cuentan en un lenguaje científico y frío, como muchos analistas de época preciceroniana, sino que dramatizan y adornan estilísticamente los acontecimientos que narran⁶⁵. Y es verdad que la biografía respeta la cronología, pero no la del calendario, sino la de la

persona humana, es decir, el nacimiento, desarrollo y muerte. Se sigue el ritmo marcado por la biología y por la sociedad. Se describe el nacimiento de un emperador como miembro de una *gens*, se pasa a sus años de crecimiento hasta tomar la toga viril, se menciona su primera campaña militar y se repasa su *cursus honorum*. Pero, al mismo tiempo, se aprovecha este criterio de cronología biológica para insertar pasajes narrativos, propios de la historia, como sería la citada descripción de la muerte de Nerón. No fue, sin embargo, ésa la norma en Suetonio. La prueba está en la narración de las campañas de César en las Galias. Suetonio las despacha en un párrafo⁶⁶, pues su interés no reside en las guerras de las Galias, sino en el liderazgo de Julio César, es decir, en sus muchas virtudes y sus no pocos vicios como general romano. Suetonio, por otra parte, se suele conformar con hacer resaltar los detalles, sin recrearse en las narraciones.

La historia versa sobre el Estado y sus problemas, tanto internos como externos, mientras que la biografía trata de la vida, la personalidad y los logros de una sola persona. Para Suetonio, la guerra y la política no tienen la misma importancia que la descripción privada de sus personajes. El ejemplo anteriormente citado de las campañas de César en las Galias es claro a este respecto. Prefiere dedicar largos capítulos (45-75) a aspectos personales de Julio César.

El buen historiador seguía los principios ciceronianos de la *exaedicatio* y la *exornatio*, es decir, la construcción de la narración o el contenido (*res*) y el embellecimiento o el estilo (*verba* y *ornatus*). El historiador no se conformaba con exponer los hechos (*docere*), sino que intentaba agradar (*delectare*) y, a ser posible, embelesar a sus oyentes (*movere*) con el poder de su palabra. El biógrafo sólo pretende ser claro, conciso y sin adornos; desea informar en un estilo muy cercano al científico de Vitruvio, Frontino, Celso, los juristas o los gramáticos, es decir, ni vulgar ni elevado. Suetonio se permite algunas singularidades impropias de un historiador,

como son la inclusión de vocabulario técnico, el uso relativamente extenso de la lengua griega y la cita casi literal de documentos oficiales, especialmente en las biografías de César, Augusto y Tiberio. Y no es asunto de denostar a Suetonio por no echar mano del estilo poético de los historiadores, sino de reconocer su prosa sin arte, que se basa en la clara organización de los hechos, en la expresión concisa de su exposición y en su viveza en ofrecernos siempre los detalles de las vidas de sus personajes.

Además de todo lo anteriormente expuesto, la biografía no pretende nunca enseñar, como hace la historia, sino mostrar o informar. Así, Suetonio, filólogo alejandrino trasplantado a Roma, se interesa por el mundo de la cultura (*Gramáticos y rétores*) y por el mundo de la administración imperial (*Vidas de los Césares*). Suetonio no se compromete, como es el caso de Tácito, sino que ofrece los datos de los emperadores sin mostrarse a favor o en contra. Es decir, como hace el científico o el periodista imparcial.

Queda preguntarse por el valor histórico⁶⁷ de las *Vidas*. Y sería muy simplista despachar a Suetonio como un mero filólogo curioso⁶⁸ que va a la caza de anécdotas o hechos con frecuencia nimios. En realidad, las *Vidas* sirven de mucho al historiador moderno para trazar no solamente la biografía de doce emperadores, sino también las costumbres, las instituciones y los detalles de la vida romana. Junto a Marcial y Juvenal, resulta un autor de vital importancia para pintar el cuadro social del siglo I d. C. en Roma. Esto no significa, ni mucho menos, que haya que creerse a pies juntillas todo lo que se dice en las *Vidas*, porque nuestro autor no diferencia lo fundamental de lo accidental, porque las fuentes en que se basa no siempre son fiables⁶⁹, porque su cronología no es precisa y porque muchas veces abusa de la brevedad expositiva. Sin embargo, quien desee conocer las virtudes y los defectos⁷⁰ de los primeros emperadores romanos no tendrá

más remedio que acudir a una lectura detenida de las *Vidas de los doce Césares*.

J. Gascou⁷¹, sin embargo, observa algunos aspectos de las *Vidas* que las acercan a una concepción moderna de la historia: búsqueda de documentos inéditos de primera mano, utilización de fuentes no literarias, como los *acta diurna*, datos epigráficos, *graffiti*, informaciones orales o testimonios personales. A ello habría que añadir otras características: neutralidad científica y estilo sin pretensiones. De todas formas, un hecho es claro: las *Vidas de Suetonio* son biográficas en la forma, pero indudablemente históricas en su contenido. No se olvide que tanto los historiadores como los biógrafos antiguos pretendían agradar a su audiencia, pero ayudando al mismo tiempo a comprender los hechos que sucedieron y la conducta de las personas que actuaron en ellos. La diferencia entre los primeros y los segundos estriba en que los biógrafos se sienten más relajados en el empleo de las pruebas históricas.

*Fuentes*⁷²

Mucho se ha discutido sobre las fuentes en que se basó Suetonio en las *Vidas*, pero poco es lo que podemos decir con entera seguridad.

En primer lugar, deben figurar sus lecturas personales. Para dar cuenta del generalato de Julio César, es indudable que debió de haber leído sus *Comentarios*. Asimismo, conocía la correspondencia privada de Augusto, una breve autobiografía de Tiberio, las memorias de Claudio, las poesías de Nerón y otras obras privadas de los emperadores.

En segundo lugar, hizo uso de documentos contemporáneos de los hechos que cuenta, como la biografía de Opio sobre Julio César, los detalles de Julio Máximo sobre el físico de Augusto. Los defectos y errores de César eran conocidos por

los ataques de Cicerón, Bíbulo o Catulo, entre otros. Se trata de documentos literarios y de público conocimiento.

En tercer lugar, se vale de fuentes históricas, como son los casos de Asinio Polión, Cremucio Cordo, Servilio Noniano o Plinio el Viejo para hechos concretos. En muchas ocasiones las similitudes con Tácito, Plutarco o Casio Dión⁷³ llevan a postular una fuente común para todos, pero, a diferencia de ellos, Suetonio no está interesado en la presentación dramática de los hechos que saca de las fuentes, sino en los detalles anecdóticos y anticuarios de las mismas.

Y, por último, quedan las fuentes orales, que él manejó para hechos muy puntuales, como la descripción del final de Otón (10, 1), oída de su propio padre.

*Religión y superstición*⁷⁴

Por una carta de Plinio el Joven (I 18) conocemos las creencias supersticiosas de Suetonio, quien le pedía a Plinio que hiciera todo lo posible por aplazar un juicio, en el que debía intervenir, porque había tenido un mal sueño. Claro que por este solo dato no debemos deducir, a partir de las creencias modernas, un carácter especialmente supersticioso y fatalista.

Lo cierto es que Suetonio no se detiene tanto en las creencias religiosas de los emperadores cuanto en sus supersticiones y en los prodigios que anuncian su ascenso al poder o su muerte. Así, dedica tres capítulos a las supersticiones de Augusto (90-92): terror por los rayos y truenos, creencia en los sueños y fe ciega en los auspicios y prodigios. Sigue después un capítulo con el respeto que le merecían los cultos extranjeros antiguos y el desprecio que sentía por los modernos. Y termina con una larguísima lista de prodigios (94-97) que anunciaban la futura grandeza de Augusto. Por las *Vidas* desfilan toda clase de *omina*, *signa*, *portenta*, *somnia*, *mirabilia*, *praesagia* y *monstra*. Y son

positivos o negativos según que los emperadores presentaran biografías buenas o malas⁷⁵. El empleo de los prodigios en el curso de la narración biográfica era un recurso previsto en la Retórica para el *genus demonstrativum*⁷⁶, y los historiadores latinos, desde los analistas hasta Julio Obsequente, recordaban los portentos y prodigios acaecidos cada año en Roma. Suetonio no hace más que seguir esta tradición para prever el curso inevitable del futuro. Y para predecir el futuro, Suetonio suele echar mano de la interpretación de los sueños y de la lectura de las estrellas por medio de la astrología⁷⁷.

Finalidad de las «Vidas»

Varias son las razones que llevaron a Suetonio a escribir las biografías de doce emperadores. En primer lugar, pretendió informar a su audiencia de la vida y costumbres de los emperadores precisamente en los detalles y noticias que los historiadores no habían recogido. Suetonio siguió en este sentido la «ley de pertinencia biográfica», para recoger los términos de Townend⁷⁸, por la que el biógrafo no se detiene en los asuntos públicos si no atañen directamente al emperador; y al biógrafo no le interesan los sucesos de las provincias, las guerras o los desastres, así como tampoco siente curiosidad por recoger los nombres y acciones de ministros y generales. Y, en segundo lugar, no debe menospreciarse la finalidad lúdica o de entretenimiento⁷⁹ que supondría leer las *Vidas*, que versan no sólo sobre el nacimiento, educación, acciones y muerte de los emperadores, sino también sobre su conducta, tanto pública (la dispensación de justicia, la concesión de espectáculos, la construcción de edificios públicos o la dirección de empresas militares) como privada (creencias religiosas, gustos sexuales). En el fondo, Suetonio intenta seguir el modelo de príncipe ideal del *Panegírico de Trajano* de Plinio el Joven y de las *Res gestae* del propio Augusto⁸⁰. Y para Suetonio el príncipe ideal era Augusto, cuya biografía es la más completa y extensa de todas, tal vez a propósito para

establecer el modelo de emperador con el que se deberían comparar los demás. Quizás por ello empezó Suetonio las biografías de los emperadores con la vida de Julio César, clave para entender el principado, iniciado con Augusto.

En suma, los *Césares* fueron escritos para divertir e instruir sobre la conducta imperial, fuera buena o mala⁸¹. Al fin y al cabo, los príncipes eran el espejo en el que se tenía que mirar la elite política o cultural, que debía rechazar lo malo de los emperadores (la avaricia de César [54], de Tiberio [46-49], de Nerón [32]; la arrogancia de César [76-79]; la lujuria de Tiberio [42-45], de Caligula [36-37], de Nerón [26-31]; la crueldad de Tiberio [50-62], de Caligula [22-35], de Nerón [33-38], de Domiciano [10-11]) o asimilar lo bueno de los mismos (la clemencia de César [73-75], de Augusto [51-56], de Vespasiano [12-15], de Tito [8, 3-9]; la liberalidad de Augusto [41-43], de Tito [7, 3 - 8, 1]).

Detrás de las *Vidas de los Césares* está el ideal del principado⁸², en el que hay que propagar las virtudes de los emperadores y censurar sus defectos.

V. CUESTIONES LITERARIAS

*Ambiente literario*⁸³

La literatura latina del siglo II d. C. estuvo dominada por el llamado movimiento arcaizante, liderado por Frontón y seguido por Aulo Gelio y Apuleyo. Esta corriente literaria viene a ser el complemento del aticismo de la Segunda Sofística⁸⁴. Y al igual que los miembros de ésta escribían en un ático del siglo IV a. C., que ya no se hablaba, de la misma forma los escritores latinos volvieron su mirada a los autores latinos de época arcaica, como las historias de Claudio Cuadrigario, las comedias de Cecilio Estacio, la prosa de Catón o la poesía de Ennio.

No estoy seguro de si habría que encuadrar a Suetonio dentro de este marco arcaizante, lo cual explicaría su gusto por lo antiguo y curioso⁸⁵. Pero no me cabe la menor duda de que el bilingüismo del que hace gala en su obra por encima de lo que era normal nos permite entenderlo en el ambiente filohelénico de la época.

Valor literario de las «Vidas»⁸⁶

Flavio Vopisco, uno de los autores de la *Historia Augusta*⁸⁷, designa a Suetonio como *emendatissimus et candidissimus scriptor; [...] cut famillare fuit amare brevitatem*. Si se aplican los dos adjetivos al estilo, el primero da idea del estilo pulido del autor, mientras que el segundo se aplica al estilo abierto, claro y fácil de entender. El autor de tales palabras estaba pensando en una forma de escribir «cuidada y clara» (*oratio emendata et dilucida*), la que corresponde precisamente al estilo simple propio del género biográfico.

Sin embargo, el estilo simple no es sinónimo de malo, «pues así como se dice que existen algunas mujeres sin maquillar a las que eso mismo les sienta bien, así, este estilo sencillo agrada aun desaliñado; pues en ambos casos se logra, en cierto modo, que haya mayor encanto, pero sin que se note. Después se excluirá todo adorno llamativo y no se emplearán ni siquiera rizadores, sino que se rechazarán todos los polvoretos blancos y rojos: sólo quedarán la elegancia y la limpieza»⁸⁸. Y en el estilo simple el único ornato que se permite es el uso moderado de figuras⁸⁹. Recuérdese que Cicerón alaba el estilo sencillo de los *commentarii* sobre las Galias de César como *pura et illustris brevitatis*⁹⁰, cualidades propias del estilo simple.

No obstante, la sencillez de Suetonio no es la de César, porque no en balde ha transcurrido entre ambos más de un siglo. Suetonio, como Plinio el Joven, admira a Cicerón⁹¹ y a

Quintiliano, pero no le importa emplear arcaísmos o neologismos, excepcionalmente usados por los anteriores. Su vocabulario es rico y sabe echar mano tanto de términos técnicos como de términos cercanos al habla vulgar. Una característica de su lengua, como era usual en el latín postclásico, es la abundancia de participios y de adverbios, especialmente en —*tim*. Asimismo, gusta de la brevedad y de la concisión, lo que le lleva a emplear la elipsis de verbos, sobre todo de *esse*. Lo mismo le ocurre en la morfología, que tiene algunos rasgos propios del latín de los siglos I y II d. C., como el uso del participio de perfecto pasivo con el sistema de perfecto de *esse*. En fin, la misma sintaxis, tanto nominal como verbal y oracional, se distingue por algunos usos no clásicos⁹².

Mención especial merece el estudio del estilo periódico en un autor que, en principio, no debía abusar de él, como sería el caso de Tito Livio. Pero el estilo periódico está presente en mayor o menor medida en todos los prosistas latinos. Sabido es que los escritores antiguos conseguían frases complejas que sonaban muy bien a sus oídos. A esas frases complejas se les da el nombre de *período*⁹³. Consiste en una construcción larga y muy organizada, en la que tanto el contenido como la forma se mantienen en suspenso hasta el final, en que se llega a una resolución simultánea de ambos. Se requiere asimismo que el sentido sea completo y que se manifiesten dos fases: una de tensión, expresada a través de oraciones subordinadas, y otra de relajación, representada por la oración principal. Ni que decir tiene que tanto los oradores como los historiadores y biógrafos emplearon tanto el estilo periódico como el simple. De otra forma, la monotonía habría sido insoportable. El típico período histórico es el que combina participios con otras subordinadas hasta llegar al clímax de la oración principal. Sin embargo, en Suetonio encontramos la construcción compleja que gira en torno a varios verbos principales, de los que van dependiendo todo tipo de subordinadas y construcciones

participiales. He aquí un ejemplo de la famosa descripción del final de *Nerón*⁹⁴:

*Sic cogitatione in posterum diem dilata
ad mediam fere noctem excitatus,
ut comperit stationem militum recessisse,
prosiliit e lecto
misitque circum amicos
et,
quia nihil a quoquam nuntiabatur,
ipse cum paucis hospitia singulorum adiit.*

Suetonio no construye una arquitectura compleja, como Cicerón o Tito Livio, porque a nuestro autor lo único que le interesa es contar lo que sucedió, no dramatizar la situación dada. Como dice P. Sage⁹⁵ con toda razón, nuestro autor se centra en la *narratio* mejor que en la *exornatio rerum*. Pero en el empleo de estructuras periódicas no hay grandes diferencias entre, por ejemplo, Tácito y nuestro autor, como ha demostrado Sage, anteriormente citado⁹⁶.

Suetonio «no sabe componer». Tal es el veredicto de Ailloud⁹⁷, y tal es la opinión general de no pocos especialistas del gran biógrafo latino⁹⁸. Pero tal opinión se fundamenta en el punto de vista de quien espera unas cualidades literarias propias de un historiador, no de un biógrafo⁹⁹. Se acusa¹⁰⁰ a Suetonio de no saber guardar el hilo narrativo (narra *per species*), de contar los hechos de manera fría y de ser incapaz de insuflar alguna dramatización a su narrativa.

Sin embargo, nadie como él nos ha devuelto a la vida la Roma de los primeros emperadores ni nos ha proporcionado tantos detalles sobre la vida y la muerte de esos mismos emperadores. No encontraremos en él la dignidad de Tácito o de Plutarco¹⁰¹ ni el estilo elevado de Tito Livio, pero sí aspectos de la vida diaria que tanto interesan a los lectores. Sirva de ejemplo el final de *Vitelio* en Tácito y Suetonio:

Luego, por lo voluble de su carácter y como a él, que de todo tenía miedo, le desagradaba especialmente lo que tenía delante —algo que es típico de las situaciones de pavor—, vuelve al Palacio, vacío y desierto; pues incluso los más humildes de sus esclavos habían escapado o evitaban encontrarse con él. Lo aterran la soledad y aquellos lugares silenciosos, escruta las estancias cerradas, se llena de miedo ante las vacías; y cansado de aquel lastimoso andar de un lado a otro se oculta en un vergonzoso escondrijo, de donde lo sacó a rastras el tribuno de cohorte Julio Plácido¹⁰².

Luego, dando crédito a un rumor vago y poco seguro, según el cual se había conseguido la paz, permitió que lo volvieran a llevar al palacio. Allí, encontró todas las habitaciones desiertas, y los que estaban con él se dispersaron también; entonces, se ciñó una bolsa llena de monedas de oro y se refugió en la garita del portero, después de haber atado al perro delante de la puerta y haber formado tras ella un parapeto con la cama y el colchón¹⁰³.

En Tácito observamos un lenguaje cercano a la poesía, mientras en Suetonio destacan los detalles de la escena. En Tácito se impone la soledad (*in Palatium regreditur vastum desertumque*), el silencio, el vacío; recuerda el aislamiento de Ariadna abandonada por Teseo en Catulo¹⁰⁴ o el silencio del mundo subterráneo en Virgilio¹⁰⁵. A Suetonio le interesa más el dinero que Vitelio cogió o el parapeto que construyó con la cama y el colchón para defenderse. Tácito es el historiador; Suetonio, el cronista de los hechos¹⁰⁶.

Suetonio expone los sucesos diferenciando el asunto (*res*), las voces (*voces*) y los actos (*actus*). Sirva de ejemplo la derrota de Varo¹⁰⁷. Primero cuenta lo que sucedió (*res*): *la derrota de Varo pudo haber sido fatal, pues en ella fueron masacradas tres legiones junto con su general, sus lugartenientes y todas las tropas auxiliares*. Después pasa a las medidas adoptadas por Augusto (*actus*): poner guardias por la ciudad, prorrogar el mandato de los gobernadores y hacer votos a los dioses. Por último, la anécdota de las voces que oía: *¡Quintilio Varo, devuélveme las legiones!*

VI. HISTORIA DEL TEXTO Y PERVIVENCIA DE «LA VIDA DE LOS DOCE CÉSARES»¹⁰⁸

La moda de escribir biografías imperiales, iniciada por Suetonio, fue seguida en los siglos siguientes¹⁰⁹. Fue continuada un siglo después por Mario Máximo, pero su obra se ha perdido. No obstante, los *Scriptores Historiae Augustae* lo unen a Suetonio y utilizan a ambos como su fuente principal¹¹⁰.

No poco deben también a Suetonio los epitomistas del siglo IV, Eutropio, Aurelio Víctor¹¹¹ y el *Epitome*, especialmente cuando hablan de los emperadores.

En *La vida de San Ambrosio*, escrita por su discípulo Paulino de Milán a comienzos del siglo V, se observa cierta influencia de Suetonio, si bien es verdad que el esquema biográfico de los emperadores no se adapta muy bien a las vidas edificantes de los santos.

En Bizancio la obra de Suetonio fue bien conocida, y se sabe que en el siglo VI Juan Lido leyó una copia completa de *La vida de los Césares*, incluidos el prólogo y la dedicatoria a Septicio Claro, hoy perdidos¹¹².

Isidoro de Sevilla (560-636) utilizó *Las vidas* en sus *Etimologías*. Por esta misma época se encuentran alusiones en Aldelmo de Malmesbury (639-709) y en Beda el Venerable (673-735), pero tal vez se deban a fuentes indirectas. La realidad es que durante los siglos VII y VIII se pierde prácticamente la pista de la obra de Suetonio.

De vita Caesarum se conserva en la actualidad en unos doscientos manuscritos, pero al siglo IX llegó en uno solo, hoy perdido, que se encontraba en la biblioteca del monasterio de Fulda, en Alemania. De él derivan directa o indirectamente todos los manuscritos que han llegado hasta nosotros¹¹³. El arquetipo del texto que poseemos había perdido el primer cuaternión¹¹⁴, por lo que la obra no conserva ni el prólogo, con la dedicatoria antes mencionada a Septicio Claro, ni el comienzo de la biografía de *Julio César*. Los manuscritos

conservados se suelen dividir en dos familias, X y Z, según la terminología de L. Preud'Homme¹¹⁵. El manuscrito más antiguo que conservamos data de comienzos del siglo IX. Es el *Parisinus lat. 6115*, llamado *Memmianus* (M) en honor de Henri de Mesmes, su propietario del siglo XVI. Fue escrito en Tours en torno al año 820 y pertenece a la primera familia (X) de los manuscritos de las *Vidas*.

Del mismo siglo, y en plena época carolingia, data la famosa imitación del *Divus Augustus* de Suetonio, la *Vita Caroli Magni* o biografía de Carlomagno¹¹⁶, escrita después de la muerte del emperador franco (814) por Eginardo, de la escuela de Alcuino. También Servato Lupo, abad de Ferrières (ca. 805-862), conoció la obra de Suetonio a través del manuscrito de Fulda, antes mencionado. La copia de Lupo fue utilizada por su discípulo Heiric de Auxerre, cuyos *excerpta* de la obra de Suetonio gozaron de gran popularidad¹¹⁷ durante los siglos XII y XIII.

Pocas alusiones de las *Vidas* se pueden rastrear durante el siglo X. Tarrant¹¹⁸ cita el *De vita Caesarum* de Atto de Vercelli y Ratiero de Verona, y pone en duda que Gerberto de Reims poseyera una copia de Suetonio, enviada desde Roma.

Durante el siglo XI aparecen citas de las *Vidas* en las obras de Jotsald de Cluny y de Andreas de Fleury. Asimismo, se conservan tres manuscritos importantes: el *Vaticanus lat. 1904* (V), escrito en Francia a finales del siglo, que es muy fiable, pero que acaba en *Calígula* 3; el *Gudianus lat. 268* (G), de la biblioteca de Wolfenbüttel, un poco inferior al anterior por las interpolaciones que presenta; y el *Durhama C.III. 18* (D), el manuscrito más antiguo de la segunda familia (Z), que deriva de un manuscrito de comienzos del s. XI del valle del Loira. Este manuscrito, D, y el L (*Laurentianus* 68.7), de comienzos del siglo XII y de la familia X, son los primeros testimonios del interés que despertó la obra de Suetonio a lo largo del siglo XII.

Del siglo XII destacan los siguientes manuscritos de la familia X: el *Montepessulanus H 117* (S); el *Parisinus lat. 5801* (P), escrito *ca.* 1120-30 en el noroeste de Francia; y el *Lautentianus plut. 66.39* (O), también escrito en la región del Loira. De la familia X no se conocen copias del siglo XIII. La familia Z presenta los siguientes: el *Parisinus lat. 5802* (Q), que pertenece al mismo subgrupo que D, ya citado y que pudiera ser el antepasado de dos manuscritos ingleses del siglo XII con una transposición en *Galba*, llamada el error de Galba (*Regius Musei Britannici 15.C.III*; *Bodleianus lat. class. d. 39*); y otro británico, sin el error de Galba, que actualmente se conserva en San Marino (California), el *H. M. 45717* (antiguamente el Sion College, ARC L.40.2/L.9); fue copiado en Bury St. Edmunds y allí permaneció durante toda la Edad Media¹¹⁹.

Los *excerpta* difundieron también el conocimiento de Suetonio durante los siglos XII y XIII. El manuscrito más antiguo de los *excerpta* de Heiric, el *Parisinus lat. 8818*, data de finales del siglo XI o comienzos del XII. Precisamente Juan de Salisbury conocía las *Vidas* a través de esta selección de Suetonio¹²⁰. El *Florilegium Gallicum*¹²¹, escrito en Orleáns a mitad del siglo XII, también nos ha transmitido parte de las *Vidas de los Césares* en dos manuscritos: *Paris. Arsenal 711* y *B.N. lat. 7647*. Los *excerpta* fueron la fuente de Vincent de Beauvais y del autor de la obra titulada *Moralium dogma philosophorum*. En el siglo XIII sólo se conservan cuatro manuscritos con la obra completa de las *Vidas*. El resto, hasta quince, únicamente contienen parte del *De vita Caesarum* en forma de selecciones más o menos extensas. Y se puede afirmar que la obra mayor de Suetonio era conocida al norte de los Alpes, sin que haya pruebas de que circulara en Italia a lo largo del siglo XIII.

La popularidad de la obra de Suetonio en Francia no dejó de crecer en el siglo siguiente. Prueba de ello es la traducción del *De vita Caesarum* a lengua vernácula en el año 1381.

En Italia Suetonio constituía uno de los libros favoritos de Petrarca¹²², quien llegó a poseer tres manuscritos de la obra: *Oxford, Exeter College 186*, de la familia Z y escrito en 1351; *Berlín lat. 2.^a 337 (T)*, de la familia X; y el manuscrito Q, antes citado, de la familia Z. Asimismo, su obra *de gestis Cesaris* se inspira en Suetonio.

Después de Petrarca, Bocaccio escribió largos *excerpta de las Vidas*, que se conservan en la Biblioteca Nacional de Florencia (*Banco Rari 50*).

En España, Suetonio debió también ser un autor popular a juzgar por la carta de Juan I de Aragón en Sant Cugat del Vallés del año 1392 y por los manuscritos que debieron existir en España, como el que fue propiedad del Marqués de Santillana (1398-1458). Asimismo, la influencia de Suetonio se deja sentir en las *Generaciones y semblanzas* de Fernán Pérez de Guzmán (c. 1376-¿ 1460?) y en los *Claros varones de Castilla* de Fernando del Pérez del Pulgar (1451-1531)¹²³.

Tras el interés que Petrarca y Bocaccio mostraron por Suetonio, se multiplicaron los manuscritos a partir de 1375, especialmente en Italia. Las *Vidas de los Césares* se convirtió en un libro de obligada lectura para los humanistas y para las personas cultas en general. Copias de las *Vidas* estuvieron en manos de Salutati, Poggio, Niccolò Niccoli y Giovanni Tortelli. Y algunos de los manuscritos que han llegado a nosotros pertenecieron un día a las familias Visconti, Medici, Strozzi y Piccolomini o a los cardenales Bessarion, J. Jouffroy y E. Nardinus¹²⁴. Así, Pier Candido Decembrio compuso en 1446 una *Vita Philippi Mariae Vicecomitis* imitando a Suetonio y toda la dinastía de los Visconti fue historiada por Paolo Giovio en sus *Vitae XII Vicecomitum Mediolani Principum*, obra publicada en 1549. También Maquiavelo (1469-1527), aunque gran admirador de Tito Livio¹²⁵, tuvo a Suetonio entre sus lecturas preferidas¹²⁶. Pero tal vez fuera Angelo Poliziano (1454-1494) quien ayudara más a difundir la

obra de Suetonio con su *Praefatio in Suetonii Expositionem*¹²⁷ de 1491.

De este mismo siglo xv¹²⁸ son los diversos manuscritos de las *Vidas* conservados en España¹²⁹: a) Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, Madrid: g.III.4, g.III.14, M.I.21 (1423), O.III.21 (1469), Q.II.12, T.II.21; b) Biblioteca Nacional de Madrid¹³⁰: ms. 8832, 10025 (1434); c) Biblioteca del Cabildo de Toledo¹³¹: ms. 49-11, 49-12, 49-13; d) Biblioteca Universitaria de Valencia¹³²: Ms. A-3-20. Además, se pueden encontrar *excerpta* de Suetonio en los siguientes manuscritos misceláneos: a) Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, Madrid: Q.I. 14 (s. XIV); b) Biblioteca Nacional de Madrid: ms. 7805; c) Biblioteca Universitaria de Valencia: ms. 110; d) Biblioteca Colombina de Sevilla: ms. 7-1-29.

Suetonio aparece constantemente en la literatura del siglo XVI. La *Institutio Principis Christiani*, escrita por Erasmo (c. 1469-1536) para presentarla al joven príncipe Carlos, presenta citas casi literales de las *Vidas* de Suetonio¹³³; también el *Panegyricus* que pronunció ante el duque Felipe de Borgoña en 1504 está salpicado de anécdotas y dichos de Suetonio. Étienne de la Boétie (1530-1563) se basó en las *Vidas* para trazar las líneas fundamentales de su *Discours de la servitude volontaire*. Y Gerolamo Cardano, médico y científico, escribió en Milán en 1576 su propia vida en latín siguiendo el modelo suetoniano de contar *per species*¹³⁴.

En España, Juan Luis Vives (1492-1540) tuvo en cuenta¹³⁵ a Suetonio en sus trataditos *De tradendis disciplinis* y *De ratione studii puerilis*, pero sobre todo se interesó por nuestro autor en *In Suetonium quaedam* del año 1522, donde reconstruye los capítulos perdidos de *Julio César*. Tampoco se pueden olvidar los historiadores de Indias, especialmente Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557), quien salpica algunos capítulos de su *Historia General y Natural de las*

Indias con alusiones a Suetonio¹³⁶. También las *Décadas de Césares* del año 1539 de fray Antonio de Guevara (ca. 1480-1545) y la *Historia imperial y cesárea* del sevillano Pero Mexía (1499-1551) tuvieron como mentor a Suetonio.

El dramaturgo inglés Ben Jonson (1572/73-1637) se inspiró en Suetonio en su obra teatral *Sejanus*, estrenada en el año 1603.

Los ecos de Suetonio llegan hasta nuestro siglo. Podríamos citar el *Calígula*¹³⁷ (obra teatral de 1945) de Albert Camus (1913-1960), el *Yo, Claudio* (1934) o *El dios Claudio y su esposa Mesalina* (1934) de Robert Graves, o *Tiberio, historia de un resentimiento* (1939), de Gregorio Maraón (1887-1960).

VII. EDICIONES Y TRADUCCIONES¹³⁸

Tal como señala Ihm¹³⁹, desde el año 1470 hasta el 1829 aparecieron más de doscientas ediciones de nuestro autor, lo cual puede dar una idea de la aceptación que siempre tuvo Suetonio en nuestra cultura.

En Italia, la popularidad de las *Vidas* se reflejó en el gran número de ediciones del siglo xv: tres ediciones diferentes y consideradas *principes* (dos del año 1470 en Roma por Campano y Andrea, y una en Venecia del 1471) y otras once antes de 1500. A finales del siglo xv, en 1490, aparecieron los comentarios de Sabellicus (1436-1506) y de Filippo Beroaldo (1453-1505). Durante el siglo xvi destacan las ediciones de Egnacio en Venecia (1516), de Erasmo en Basilea (1518) y de Robert Estienne en París (1543). En 1595 y 1610 salen a la luz las dos ediciones de Isaac Casaubon (1559-1614), en las que se incorporan los comentarios anteriores a él y las lecturas del *Memmianus*.

Hasta 1827, fecha de la primera edición moderna a cargo de Roth, median más de dos siglos, en los que aparecen numerosas ediciones de las *Vidas*: I. G. Graevius (Utrecht, 1672, 1691 y 1703), J. Gronovius (Leiden, 1751), P. Burman (Amsterdam, 1736), J. A. Ernesti (Leipzig, 1748, 1775), F. Oudendorp (Leiden, 1751), F. A. Wolf (Leipzig, 1802), D. C. G. Baumgarten-Crusius (Leipzig, 1816-1818, en tres volúmenes con abundante comentario y un rico índice de 852 páginas), J. H. Bremi (Zurich, 1820). Además, no hay que olvidar el trabajo del gran filólogo inglés Richard Bentley (1662-1742), que estudió durante años diversos manuscritos existentes en el Reino Unido y en París. No pudo alcanzar su deseo de dar a la luz una edición crítica, pero sus trabajos pasaron al Museo Británico y fueron utilizados por editores posteriores, como M. Ihm¹⁴⁰.

La primera edición crítica propiamente dicha salió de las prensas en 1858, publicada en Leipzig por C. L. Roth, que sirvió de motor para los estudios suetonianos. Después destacan las ediciones de L. Preud'Homme (Groninga, 1906), las de M. Ihm (*editio maior* en 1907 y *editio minor* en 1908, ambas en la Biblioteca Teubneriana de Leipzig). La edición menor de Ihm continúa siendo la mejor de todas las existentes, entre las que hay que mencionar las de J. C. Rolfe (Loeb Classical Library, HI, 1913), H. Ailloud (Col. Budé, I-III, 1931-1932) y G. Vitali (Bologna, 1958).

En España, la edición de M. Bassols de Climent (Barcelona, Alma Mater, 1964-1970, I-IV, reimp. en 1990) sigue muy de cerca el texto del francés Ailloud, aunque incorpora lecturas de los manuscritos españoles. Igualmente deudores de la edición francesa son los textos de J. Icart (Barcelona, Bernat-Metge, 1966-1971) y de O. Nortes (*Tiberio-Calígula*, Barcelona, 1983).

M. Bassols de Climent destaca las siguientes traducciones españolas: la desigual del Doctor Jaime Bartholomé

(Tarragona, 1596), y la excelente de F. Norberto Castilla (Madrid, Biblioteca Clásica Hernando, 1883 y 1912). A ellas hay que añadir las de E. Barriobero (Buenos Aires, 1957), calco de la anterior, la de J. Arnal (7.^a ed., Barcelona, Iberia, 1985) y la de V. López Soto (3.^a ed., Madrid, Juventud, 1986).

Deseo dar las gracias a mi amigo y colega José Solís de los Santos por sus atinadas correcciones a la primera versión de esta introducción. Los errores, no hay que decirlo, sólo a mí son debidos.

Sevilla, en Parque Cuatrotorres.

Festividad de Santo Tomás, 1991.

BIBLIOGRAFÍA*

I. EDICIONES, COMENTARIOS Y TRADUCCIONES

1. *Generales*

- H. AILLOUD, *Suétone: Vies des Douze Césars I-III* (Les Belles Lettres), París, 1931.
- M. BASSOLS DE CLIMENT, *Vida de los Doce Césares I-IV*, 2.^a ed., Madrid, 1990.
- M. IHM, C. *Suetoni Tranquilli Opera. Vol. I: De Vita Caesarum libri VIII* (Biblioteca Teubneriana), Stuttgart, 1967 (= 1908).
- F. NORBERTO CASTILLA, *Los doce Césares por Cayo Suetonio Tranquilo*, Madrid, Biblioteca Clásica Hernando, 1923.
- A. REIFFERSCHIED, C. *Suetonius Tranquillus, Praeter Caesarum libros reliquae. Inest Vita Terentii a Friderico Ritschelio emendata atque enarrata*, Hildesheim, 1971 (= Leipzig, 1860).
- J. C. ROLFE, *Suetonius*, I-II, Cambridge, Mass., Loeb Classical Library, Londres, 1964 (= 1913-1914).
- C. L. ROTH, *Quae supersunt omnia*, Leipzig, 1858.
- G. VITALE, *Le Vite dei dodici Cesari. Testo latino e versione di G. Vitale*, I-II, Bolonia, 1986.

2. Particulares

Julio César:

H. E. BUTLER y M. CARY, C. *Suetoni Tranquilli Divus Iulius*, Oxford, 1970 (= 1927).

Augusto:

M. ADAMS, C. *Suetonius Tranquillus. Divi Augusti Vita*, Londres, Macmillan, 1966.

J. M. CARTER, *Divus Augustus*, Bristol Classical Press, 1982.

M. A. LEVI, C. *Suetoni Tranquilli Divus Augustus (De vita Caesarum liber II). Testo, introduzione, note e appendice*, Florencia, La Nuova Italia Editrice, 1970, 3.^a reimp.

D. SCHMITZ, *Augustus*, Stuttgart, 1988.

E. S. SHUCKBURGH, C. *Suetonii Tranquilli Divus Augustus*, Nueva York, Arno Press, 1979 (= 1896).

Tiberio:

M. J. DU FOUR, J. R. RIETRA, *Tiberius*, Nueva York, Arno Press, 1979 (= 1941 y 1928).

Tiberio-Calígula:

O. NORTES VALLS, *Suetonio. Tiberio-Calígula*, Barcelona, Bosch, 1983.

Calígula:

J. MAURER, *A Commentary on C. Suetonii Tranquilli Vita C. Caligulae Caesaris I-XXI*, Filadelfia, 1949.

Nerón:

K. R. BRADLEY, *Nero* (Collection Latomus, 157), Bruselas, 1978.

B. H. WARMINGTON, *Suetonius, Nero*, Bristol Classical Press, 1977.

Galba, Otón y Vitelio:

P. VENINI, C. *Suetonio Tranquillo: Vite di Galba, Otone, Vitellio*, Turín, G. B. Paravia, 1977.

Galba-Domiciano:

G. W. MOONEY, C. *Suetoni Tranquilli De Vita Caesarum Libri VII-VIII*, Nueva York, Arno Press, 1979, (= 1930).

II. ESTUDIOS

G. ALFÖLDY, «Marcius Turbo, Septicius Clarus, Sueton and die *Historia Augusta*», *Zeitschr. für Pap. und Epigr.*, 36 (1979), 233-253.

J. M. ALONSO-NÚÑEZ, «Valoración literaria de Mario Máximo», *Archivo Español de Arqueología* 45-47 (1972-74), 549-555.

J. M. ANDRÉ, A. HUS, *La Historia en Roma*, Barcelona, Siglo XXI Editores, 1983, págs. 173-184.

G. D'ANNA, *Le idee letterarie di Suetonio*, 1.^a reimp., Florencia, 1967.

P. BAGGE, *De elocutione C. Suetonii Tranquilli*, Upsala, 1875.

B. BALDWIN, «Suetonious: Birth, Disgrace, and Death», *Acta Classica* 18 (1975), 61-70.

—, *Suetonius*, Amsterdam, 1983.

—, «Emperors and Intellectuals: A. D. 14-192», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 35, 1 (de próxima publicación).

C. BAURAIN, «Suétone et l'inscription d'Hippone», *Les Études Classiques* 44 (1976), 124-144.

H. W. BIRD, «Suetonian Influence in the Later Lives of the *Historia Augusta*», *Hermes* 99 (1971), 129-134.

- G. W. BOWERSOCK, «Suetonius and Trajan», en J. BIBAUW, ed., *Hommages offerts à Marcel Renard I* (Collection Latomus, 101), Bruselas, 1969, págs. 119-125.
- , «Suetonius in the Eighteen Century», en D. BROWNING, ed., *Biography in the Eighteen Century*, Nueva York, 1980, págs. 28-42.
- K. R. BRADLEY, «The Composition of Suetonius' *Caesares* again», *Journal of Indo-European Studies* 1 (1973), 257-263.
- , «Imperial virtues in Suetonius' *Caesares*», *Journal of Indo-European Studies* 4 (1976), 245-253.
- , «The Rediscovery of Suetonius», *Class. Philology* 80 (1985), 254-265 (reseña-artículo a los libros de Baldwin y Wallace-Hadrill).
- , «The Imperial Ideal in Suetonius' *Caesares*», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* (ANRW) II 33, 5, Berlín-Nueva York, Walter de Gruyter, 1991, págs. 3701-3732.
- K. BRINGMANN, «Zur Tiberiusbiographie Suetons», *Rheinisches Museum* 114 (1971), 268-285.
- G. BRUGNOLI, «La praefatio in Suetonium del Poliziano», *Giornale Italiano di Filologia* 10 (1957), 211-220.
- P. BURKE, «A Survey of Popularity of Ancient Historians, 1450-1700», *History and Theory*, 5 (1966), 135-152.
- T. F. CARNEY, «HOW Suetonius' Lives reflect on Hadrian», *Proceedings of the African Classical Association* 2 (1968), 7-24.
- E. CIZEK, *Structures et Idéologie dans «les Vies des Douze Césars» de Suétone*, Bucarest-París, 1977.
- , «Les genres de l'historiographie latine», *Faventia* 7 (1985), 15-33.

- L. DE CONINCK, «Les sources documentaires de Suétone, *Les XII Césars: 1900-1990*», ANRW II 33, 5, 1991, págs. 3675-3700.
- F. DELLA CORTE, *Suetonio eques romanus*, 2.^a ed., Florencia, 1967.
- J. COUISSIN, «Suétone physiognomiste dans les Vies des XII Césars», *Revue des Études Latines* 31 (1953), 234-256.
- J. M. CROISILLE, «L'art de la composition chez Suétone d'après les vies de Claude et de Nèron», *Annali dell' Istituto Italiano per gli Studi Storici* 2 (1970), 73-87.
- J. P. CHAUSSERIE-LAPRÉE, *L'expression narrative chez les historiens latins*, París, 1969.
- L. DALMASSO, *La grammatica di C. Suetonio Tranquillo*, Turín, 1906.
- P. DESIDERI, M. A. GIUA, «Biografia e autobiografia nella prima età imperiale», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 35, 3 (de próxima publicación).
- H. VON DEXLER, «Suetons Divus Iulius und die Parallelüberlieferung», *Klio* 51 (1969), 223-226.
- A. DIHLE, *Studien zur griechischen Biographie*, Gotinga, 1970.
- S. DÖPP, «Zum Aufbau der Tiberius-Vita Suetons», *Hermes* 100 (1972), 444-460.
- E. C. EVANS, «Descriptions of Personal Appearance in Roman History and Biography», *Harvard Studies Class. Phil* 46 (1935), 43-84.
- D. FLACH, «Zum Quellenwert der Kaiserbiographien Suetons», *Gymnasium* 89 (1972), 273-289.
- J. W. FREUND, *De C. Suetonii Tranquilli usu atque genere dicendi*, Breslau, 1901.

- M. FUHRMANN, «Suetonius, 2», *Der kleine Pauly, Lexikon der Antike* 5 (1975), cols. 411-413.
- G. FUNAIOLI, «Suetonius, 4», *Pauly-Wissowa* IV A 1 (1931), cols. 593-641.
- E. GABBA, «True History and False History in Classical Antiquity», *Journal of Roman Studies* 71 (1981), 50-62.
- P. GALAND-HALLYN, «Bibliographie suétonienne (Les Vies des XII Césars) 1950-1988. Vers une réhabilitation», *ANRW* II 33, 5, 1991, págs. 3576-3622.
- Y. GARCÍA y otros, *Biografías literarias latinas: Suetonio, Valerio Probo, Servio, Focas, Vacca, Jerónimo* (B.C.G., 81), Madrid, 1985.
- G. GARDENAL, *Il Poliziano e Suetonio: Contributo alla Storia della Filologia Umanistica*, Florencia, 1975.
- J. A. GARRATY, *The Nature of Biography*, Londres, 1958.
- J. GASCOU, «Nouvelles données chronologiques sur la carrière de Suetone», *Latomus* 37 (1978), 436-444.
- , *Suétone historien* (Bibliothèque des Écoles Françaises d'Athènes et de Rome, 250), París-Roma, 1984.
- J. GEIGER, *Cornelius Nepos and Ancient Political Biography*, Stuttgart, 1985.
- M. A. GINA, «Una lettura della biografia svetoniana di Tiberio», *ANRW* II 33, 5, 1991, págs. 3733-3747.
- H. GUGEL, *Studien zur biographischen Technik Suetons*, Viena, 1977.
- R. HANSLIK, «Die Augustusvita Suetons», *Wiener Studien* 67 (1954), 99-144.
- A. A. HOWARD, C. N. JACKSON, *Index verborum C. Suetoni Tranquilli*, Harvard, 1922.

- E. JENKINSON, «Nepos - An Introduction to Latin Biography», en T. A. DOREY, ed., *Latin Biography*, Londres, 1967, págs. 2-5.
- , «*Genus scripturae leve*: Cornelius Nepos and the Early History of Biography at Rome», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* I.3 (1973), 705-709.
- C. P. JONES, *Plutarch and Rome*, Oxford, 1971.
- G. KENNEDY, *The Art of Rhetoric in the Roman World*, Princeton, 1972.
- U. LAMBRECHT, *Herrscherbild und Principatidee in Suetons Kaiserbiographien. Untersuchungen zur Caesar- und Augustusvita*, Bonn, 1984.
- A. D. LEEMAN, *Orationis Ratio. The Stylistic Theories and Practice of the Roman Orators, Historians and Philosophers*, I-II, Amsterdam, 1963.
- F. LEO, *Die griechisch-römische Biographie nach ihrer literarischen Form*, Hildesheim, 1965 (= Leipzig, 1901).
- R. G. LEWIS, «Suetonius' *Caesares* and their Literary Antecedents», *ANRW* II 33, 5, 1991, págs. 3623-3674.
- R. C., LOUNSBURY, *The Arts of Suetonius. An Introduction*, Nueva York-Berna-Francfort del Meno-París, 1987.
- , «*Inter quos et Sporus erat*: The Making of Suetonius' *Nero*», *ANRW* II 33, 5, 1991, págs. 3748-3779.
- G. LUCK, «Die Form der suetonischen Biographie und die frühen Heiligenviten», *Mullus. Festschrift Th. Klauser*, Munster, 1964, págs. 230-241.
- , «Über Suetons *Divus Titus*», *Rheinisches Museum* 107 (1964), 63-75.
- J. LUQUE, «Aproximación a los procedimientos de ilación narrativa en los historiadores latinos», *Emerita* 45 (1977), 355-377.

- A. MACÉ, *Essai sur Suétone*, París, 1900.
- G. MARAÑÓN, *Tiberio. Historia de un resentimiento*, Madrid, Espasa-Calpe, 1939.
- E. MAREC, H. G. PFLAUM, «Nouvelle inscription sur la carrière de Suétone l'historien», *CRAI* (1952), 76-85.
- S. MAZZARINO, *Il pensiero stoico classico*, I-II, 2.^a ed., Roma-Bari, 1974.
- F. MILLAR, *The Emperor in the Roman World*, Londres, 1977.
- A. MOMIGLIANO, *The Development of Greek Biography*, Cambridge, Mass., 1971.
- I. MORENO FERRERO, «Historia y biografía», en C. Codoñer, ed., *Géneros literarios latinos*, Salamanca, 1987, págs. 57-83.
- J. D. MORGAN, «Suetonius' dedication to Septicius Clarus», *Class. Quarterly* 36 (1988), 544-545.
- B. MOUCHOVA, *Studie zu Kaiserbiographien Suetons*, Praga, 1968.
- J. P. MURPHY, S. J., «The Anecdote in Suetonius' Flavian Lives», *ANRW II* 33, 5, 1991, págs. 3780-3793.
- E. NORDEN, *Die antike Kunstprosa*, Stuttgart, 1958 (= Leipzig, 1898).
- C. B. R. PELLING, «Truth and Fiction in Plutarch's *Lives*», en D. A. RUSSELL, ed., *Antonine Literature*, Oxford, 1990, págs. 19-52.
- A. PENNACINI, «Strutture retoriche nelle biografie di Suetonio», *Sigma* 17 (1984), 103-111.
- V. PICÓN, «*Superstitio*, un indicio de la 'romanidad' de Suetonio», *Est. Clásicos* 88 (1984), 323-328.
- , «La mujer en las *Biografías de los XII Césares* de Suetonio», en *La mujer en el mundo antiguo*, 1986, págs.

267-280.

- A. POCIÑA, J. FERNÁNDEZ UBIÑA, «El evergetismo imperial en Suetonio», *Latomus* 44 (1985), 577-602.
- A. RAMÍREZ DE VERGER, J. FERNÁNDEZ VALVERDE, *Tito Livio, Historia de Roma: La segunda guerra púnica*, I, Madrid, Alianza Editorial, 1991.
- D. A. RUSSEL, *Plutarch*, Londres, 1973.
- , «Greek and Latin in Antonine Literature», en *Antonine Literature*, Oxford, 1990, págs. 1-17.
- P. SAGE, «L'expression narrative dans les *XII Césars* de Suétone: analyse d'une structure de phrase», *Latomus* 38 (1979), 498-524.
- , «Quelques aspects de l'expression narrative dans les *XII Césars* de Suétone», *Rev. Belg. Philol.* 57 (1979), 18-50.
- J. A. SÁNCHEZ MARÍN, «Concepto de biografía en Nepote, Plutarco y Suetonio», *Estudios de Filología Latina* 3 (1983), 211-220.
- , «Los géneros de la Retórica y la Biografía», *ibid.*, 221-246.
- , «Prodigios, elementos eróticos y retrato físico en las biografías de poetas», *Emerita* 53 (1985), 291-308.
- M. SCHANZ, C. HOSIUS, G. KRÜGER, *Geschichte der römischen Literatur bis zum Gesetzgebungswerk des Kaisers Justinian. III Die Zeit von Hadrian 117 bis auf Constantin 324*, Munich, 1959, págs. 48-67.
- P. L. SCHMIDT, «Suetons *Pratum* seit Wessner (1917)», *ANRW* II 33, 5, 1991, págs. 3794-3825.
- W. STEIDLE, *Sueton und die antike Biographie*, 2.^a ed., Munich, 1963, pág. 129.

- D. R. STUART, *Epochs of Greek and Roman Biography*, Berkeley, 1928.
- R. SYME, *Tacitus I-II*, Oxford, 1958.
- , *Emperors and Biography. Studies in the Historia Augusta*, Oxford, 1971.
- , «Biographers of the Caesars», *Museum Helveticum* 37 (1980), 104-128.
- , «The Travels of Suetonius Tranquillus», *Hermes* 109 (1981), 105-117.
- R. J. TARRANT, «Suetonius» (*De vita Caesarum*), en L. D. REYNOLDS, ed., *Texts and Transmission*, Oxford, 1983, págs. 399-404.
- G. B. TOWNEND, «The Date of Composition of Suetonius' *Caesares*», *Class. Quarterly* 9 (1959), 285-293.
- , «The Hippo Inscription and the Career of Suetonius», *Historia* 10 (1961), 99-109.
- , «The Post *ab epistulis* in the Second Century», *Historia* 10 (1961), 375-381.
- , «Suetonius and his Influence», en T. A. DOREY, *Latin Biography*, Londres, 1967, págs. 79-111.
- , «Suetonius (ca. A.D. 69-after 122)», en T. J. LUCE, ed., *Ancient Writers*, v. II, Nueva York, 1982, págs. 1049-1061.
- P. VENINI, *Sulla tecnica compositiva Suetoniana*, Pavía, 1975.
- T. VILJAMAA, «Suetonius on Roman Teachers of Grammar», *ANRW II* 33, 5, 1991, págs. 3828-3851.
- A. E. WARDMAN, «Description of Personal Appearance in Plutarch and Suetonius. The Uses of Statues as Evidence», *Class. Quarterly* 17 (1967), 414-420.
- M. WINTERBOTTOM, «Suetonius» (*De grammaticis et rhetoribus*), en L. D. REYNOLDS, ed., *Texts and*

Transmission, Oxford, 1983, págs. 404-405.

T. P. WISEMAN, «Practice and Theory in Roman Historiography», *History* 66 (1981), 375-393.

A. J. WOODMAN, *Rhetoric in Classical Historiography. Four Studies*, Oregón, Areopagitica Press, 1988.

¹ Cf. J. M. ANDRÉ, A. HUS, *La Historia en Roma*, Barcelona, Siglo xxi Editores, 1983, págs. 73-77; F. LEO, *Die griechisch-römische Biographie nach ihrer literarischen Form*, Hildesheim, 1965 (= Leipzig, 1901), *passim*; D. R. STUART, *Epochs of Greek and Roman Biography*, Berkeley, 1928, págs. 196-210; J. A. GARRATY, *The Nature of Biography*, Londres, 1958, págs. 49-50; W. STEIDLE, *Sueton und die antike Biographie*, 2.^a ed., Múnich, 1963, pág. 129; E. JENKINSON, «Nepos - An Introduction to Latin Biography», en T. A. DOREY, ed., *Latin Biography*, Londres, 1967, págs. 2-5, y «Genus scripturae leve: Cornelius Nepos and the Early History of Biography at Rome», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* I.3 (1973), 705-709; E. CIZEK, *Structures et Idéologie dans «les Vies des Douze Césars» de Suétone*, Bucarest-París, 1977, págs. 25-31, y «Les genres de l'historiographie latine», *Faventia* 7 (1985), 15-33.

² Cf. CIC., *Disputationes Tusculanas* IV 2, 3.

³ Una de las muestras más tempranas, la pronunciada por Vario Publicola en honor de Bruto, se conserva en DIONISIO DE HALICARNASO, *Antigüedades romanas* V 17, 3.

⁴ Los *elogia* más famosos son los de los Escipiones, encontrados cerca de la puerta Capena; cf. *CIL* I² 6-15.

⁵ Cf. A. RAMÍREZ DE VERGER, *Elio Aristides: Discursos I* (BCG, 106), Madrid, 1987, págs. 58-64. Léase también J. A. SÁNCHEZ MARÍN, «Los géneros de la Retórica y la Biografía», *Estudios de Filología Latina*, 3 (1983), 242-245.

⁶ T. C. BURGESS, *Epideictic Literature* (Studies in Classical Philology, 3), Ann Arbor, 1984 (= 1902), pág. 120.

⁷ H.-I. MARROU, *Historia de la educación en la Antigüedad*, 2.^a ed., Buenos Aires, 1970, págs. 243-244.

⁸ H. LAUSBERG, *Manual de retórica literaria*, I, Madrid, 1966, págs. 216-221.

⁹ E. JENKINSON, «Genus scripturae leve: Cornelius Nepos and the Early History of Biography at Rome», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* I.3 (1973), 706-707.

¹⁰ *Rétores griegos* II 109 ss. El esquema se puede constatar incluso en el siglo v a. C., como en el retrato de Telo de Atenas en Heródoto (I 30); cf. H. HOMEYER, «Zu den Anfängen der griechischen Biographie», *Philologus* 106 (1962), 75-85.

¹¹ Cf., p. ej., POLIBIO, *Historias* X 2. Entre los latinos, recuérdense los famosos retratos de Catilina y Sempronio en SALUSTIO (*Conjuración de Catilina* V y XXV), o el de Aníbal en TITO LIVIO (XXI 4, 2-10); cf. K. VRETSKA, «Bemerkungen zum Bau der Charakteristik bei Sallust», *Symb. Osloenses* 31 (1955), 105-118; M. RAMBAUD, «Recherches sur le portrait dans l'historiographie Romaine», *Les Études Classiques* 38 (1970), 417-447; W. WILL,

«*Mirabilior adversis quam secundis rebus*. Zum Bild Hannibals in der 3. Dekade des Livius», *Würzburger Jahrbücher für die Altertumswissenschaft* 9 (1983), 157-171.

¹² En *La historia en Roma*, pág. 74.

¹³ Hoy perdida: cf. POLIBIO, *Historias* X 21, 5-8.

¹⁴ Cf. QUINTILIANO, *Inst. Orat.* VI 2, 17.

¹⁵ Cf. R. G. USSHER, *The Characters of Theophrastus*, Londres, 1960, págs. 11-12.

¹⁶ Cf. Y. GARCÍA, *Biografías literarias latinas: Suetonio, Valerio Probo, Servio, Focas, Vacca, Jerónimo* (B.C.G., 81), Madrid, 1985, págs. 9-13.

¹⁷ Cf. Y. GARCÍA, *Biografías...*, págs. 13-15.

¹⁸ Fue escrita en el año 98 d. C.; sobre su carácter biográfico, cf. F. R. D. GOODYEAR, *Tacitus*, Oxford, 1970, págs. 4-5; J. M. REQUEJO, *Agicola, Germania, Diálogo sobre los oradores* (B.C.G., 36), Madrid, 1981, pág. 48.

¹⁹ Cf. AULO GELIO, *Noches Áticas* III 10.

²⁰ Cf. M. SCHANZ, C. HOSIUS, G. KRÜGER, *Geschichte der römischen Literatur bis zum Gesetzgebungswerk des Kaisers Justinian. III Die Zeit von Hadrian 117 bis auf Constantin 324*, Múnich, 1959, págs. 48-50; AILLOUD, *Suétone, Vie des Douce Césars, tome I: César-Auguste*, París, 1931, págs. I-XII; BASSOLS DE CLIMENT, *Suetonio, I, págs. IX-XXV*; F. DELLA CORTE, *Suetonio eques romanus*, 2.^a ed., Florencia, 1967, págs. 9-28; WALLACE-HADRILL, *Suetonius*, págs. 2-8; BALDWIN, *Suetonius*, págs. 1-65; Y. GARCÍA, *Biografías literarias latinas*, págs. 25-28.

²¹ Quizás en el año 70, según R. SYME, «The Travels of Suetonius Tranquillus», *Hermes* 109 (1981), 105.

²² G. B. TOWNEND, «Suetonius and his Influence», en T. A. DOREY, *Latin Biography*, Londres, 1967, págs. 79 y 109; cf. A. MACÉ, *Essai sur Suétone*, París, 1900, págs. 31-84; R. SYME, *Tacitus*, Oxford, 1958, págs. 778-781.

²³ Los pasajes son: *Calígula* XIX 3, *Claudio* XV 3, *Nerón* LVII 2, *Otón* X 1, *Domiciano* XII 2, *Gramáticos* 4, y *Vida de Lucano* («Recuerdo que incluso se hicieron lecturas comentadas de sus poesías...»); PLINIO EL JOVEN, *Cartas* I 18 (data del 97 o 98), I 24 (fecha incierta), III 8 (101-103), V 10 (105 o 106), IX 34 (108 o 109) y X 94 (de Plinio a Trajano en Bitinia solicitando el *ius trium liberorum* para Suetonio). Léase una discusión muy completa en BALDWIN, B., *Suetonius*, Amsterdam, 1983, págs. 1-65. Cf. Y. GARCÍA, *Biografías literarias latinas* (B.C.G., 81), Madrid, 1985, págs. 25-28.

²⁴ Cf. *Otón* 10, 1; F. DELLA CORTE, *Suetonio eques romanus*, 2.^a ed., Florencia, 1967.

²⁵ Cf. J. GASCOU, «Nouvelles données chronologiques sur la carrière de Suétone», *Latomus* 37 (1978), 441.

²⁶ Cf. SYME, «Travels...», págs. 106-107.

²⁷ Cf. R. SYME, «The Travels of Suetonius Tranquillus», *Hermes* 109 (1981), 105-117.

²⁸ Cf. G. TOWNEND, «The post of *ab epistulis* in the second Century», *Historia* 10 (1961), 375-381.

²⁹ Léanse, sin embargo, las dudas de SYME, «Biographers of the Caesars», *Museum Helveticum* 37 (1980), 114-115; y «Travels...», págs. 112-113.

³⁰ ESPARCIANO, *Vida de Adriano* XI 3: cf. G. ALFÖLDY, «Marcius Turbo, Septicius Clarus und die Historia Augusta», *Zeitschr. für Pap. und Epgr.* 36 (1979), 233-253.

³¹ *Sobre las magistraturas* II 6.

³² Sobre este personaje, cf. R. SYME, «Guard Prefects of Trajan and Hadrian», *Journal of Roman Studies* 70 (1980), 64-80.

³³ Cf. E. MAREC, H. G. PFLAUM, «Nouvelle inscription sur la carrière de Suétone, l'historien», *Comptes rendus de l'acad. des inscr.* (1952), 76-85; J. GASCOU, «Nouvelles données chronologiques sur la carrière de Suétone», *Latomus* 37 (1978), 436-444.

³⁴ *Cartas* V 10, 2.

³⁵ Cf. AILLOUD, *Suétone...*, I, págs. XIV-XVII; BASSOLS DE CLIMENT, I, págs. XXV-XXXII.

³⁶ *Suetonius*, Londres, 1983, pág. 43.

³⁷ *Praeter Caesarum libros reliquiae*, Leipzig, 1860, págs. 470 y ss.

³⁸ Cf. edición de A. REIFFERSCHIED, *C. Suetonius Tranquillus, Praeter Caesarum libros reliquiae*, págs. 147-360; SCHANZ, HOSIUS, KRÜGER, *Geschichte der römischen Literatur*, págs. 58-64; AILLOUD, *Suétone...*, I, págs. XIV-XVII; DELLA CORTE, *Suetonio eques romanus*, págs. 233-245.

³⁹ *Noches Áticas* IX 7, 3.

⁴⁰ MACROBIO, *Saturnales* I 12-14; CENSORINO, *De die natali* XIX; SOLINO, I 34-48.

⁴¹ *Comentario de Eneida* VII 612.

⁴² *Sobre las magistraturas* III 64.

⁴³ Sobre los problemas de esta obra y su contenido, léase Y. GARCÍA, *Biografías literarias latinas*, págs. 28-37; cf. SCHANZ, HOSIUS, KRÜGER,

Geschichte der römischen Literatur, págs. 55-58; BALDWIN, *Suetonius*, págs. 382-449; WALLACE-HADRILL, *Suetonius*, págs. 50-66.

⁴⁴ Léase Y. GARCÍA, *Biografías literarias latinas*, págs. 39-40; cf. M. WINTERBOTTOM en L. D. REYNOLDS, ed., *Texts and Transmission*, Oxford, 1983, págs. 404-405 y 410-411.

⁴⁵ Cf. R. SABBADINI, *Le scoperte dei codici latini e greci ne'secoli XIV e XV*, Florencia, 1905, págs. 109 y 141.

⁴⁶ Cf. Y. GARCÍA, *Biografías literarias latinas*, pág. 29. Léase también la edición de A. Rostagni, Turín, 1964.

⁴⁷ Cf. SCHANZ, HOSIUS, KRÜGER, *Geschichte der römischen Literatur*, págs. 50-55.

⁴⁸ Cf. G. TOWNEND, «The date of composition of Suetonius' *Caesares*», *Class. Quarterly* 53 (1959), 285-293.

⁴⁹ G. W. BOWERSOCK, «Suetonius and Trajan», *Hommages à Marcel Renard*. Edited by J. Bibauw (Collection Latomus, 101), Bruselas, 1969, I, págs. 119-125.

⁵⁰ K. R. BRADLEY, «The Composition of Suetonius' *Caesares* again», *Journal Indo-European Studies* 1 (1973), 257-263; BALDWIN, *Suetonius*, págs. 468-488.

⁵¹ J. GASCOU, «Nouvelles données chronologiques sur la carrière de Suétone», *Latomus* 37 (1978), 436-444.

⁵² Compárense las sinopsis de M. BASSOLS DE CLIMENT, *Vida de los Doce Césares*, 2.^a ed., Madrid, 1990, I, págs. 5-6, (*César*), 73-75 (*Augusto*); II, págs. 17-18 (*Tiberio*), 83-84 (*Calígula*); III, págs. 17 (*Claudio*), 67 (*Nerón*); IV, págs. 17 (*Galba*), 41 (*Otón*), 57 (*Vitelio*), 77 (*Vespasiano*), 107 (*Tito*), 121 (*Domiciano*).

⁵³ Cf. C. NEPOTE, *Epaminondas* I 4.

⁵⁴ *Augusto* 9, 1. Todas las traducciones de pasajes de Suetonio en la introducción pertenecen a Rosa Agudo.

⁵⁵ Traducción de Rosa Agudo, pág. 248.

⁵⁶ Cf. TOWNEND, «Suetonius and his influence», pág. 85; H. LAUSBERG, *Manual de retórica literaria*, Madrid, 1975, pág. 297.

⁵⁷ Cf., por ejemplo, *Augusto* 51-52; *Nerón* 26, 1; 33-37; *Claudio* 21.

⁵⁸ Cf. WALLACE-HADRILL, *Suetonius*, págs. 142-174.

⁵⁹ *Nerón* 19, 3.

⁶⁰ *La historia en Roma*, pág. 179.

⁶¹ Así piensa R. SYME, «Biographers of the Caesars», *Museum Helveticum* 37 (1980), 117.

⁶² Cf. A. MOMIGLIANO, *The Development of Greek Biography*, Cambridge, 1971, pág. 99.

⁶³ Como la famosa descripción del final de *Nerón* en los capítulos 44-49.

⁶⁴ Léase el análisis de WALLACE-HADRILL, *Suetonius*, págs. 8-22.

⁶⁵ Cf. la introducción de A. RAMÍREZ DE VERGER y JUAN FERNÁNDEZ VALVERDE, *Tito Livio: La segunda guerra púnica*, I, Madrid, Alianza Editorial, en prensa.

⁶⁶ *Julio César* 58, 3.

⁶⁷ Cf. AILLOUD, *Suétone: Vies des Douze Césars* I, págs. XXXIII-XXXVIII; ANDRÉ-HUS, *La historia de Roma*, págs. 179-182.

⁶⁸ Sobre la erudición de Suetonio, léase WALLACE-HADRILL, *Suetonius*, esp. págs. 4-8 y 41-49.

⁶⁹ No pocas veces se conforma con un *alii, quidam, plures dicunt*.

⁷⁰ Léase WALLACE-HADRILL, *Suetonius*, págs. 142-174.

⁷¹ «Biographie e histoire chez Suétone», en su extensa obra *Suétone historien* (Bibliothèque des Écoles Françaises d'Athènes et de Rome, 250), París-Roma, 1984, págs. 341-708.

⁷² Cf. WALLACE-HADRILL, *Suetonius*, págs. 62-66; BALDWIN, *Suetonius*, págs. 101-203; GASCOU, *Suétone*, págs. 1-339; G. TOWNEND, «The sources of the Greek in Suetonius», *Hermes* 88 (1960), 98-120; «Suetonius and his Influence», págs. 87-91.

⁷³ Cf., p. ej., P. VENINI, C. *Suetonio Tranquillo: Vite di Galba, Otone, Vitellio*, Turín, G. B. Paravia, 1977, págs. 3-5.

⁷⁴ DELLA CORTE, *Suetonio eques romanus*, págs. 55-76; WALLACE-HADRELL, *Suetonius*, págs. 189-197.

⁷⁵ Cf. J. A. SÁNCHEZ MARÍN, «Prodigios, elementos eróticos y retrato físico en las biografías de los poetas», *Emerita* 43 (1985), 292-294.

⁷⁶ QUINTILIANO, *Inst. Orat.* III 7, 11.

⁷⁷ Cf. P. BRIND'AMOUR, «Problèmes astrologiques et astronomiques soulevés para le récit de la mort de Domitien par Suétone», *Phoenix* 35 (1981), 338-344; WALLACE-HADRILL, *Suetonius*, págs. 192-193.

⁷⁸ En «Suetonius and his Influence», pág. 84.

⁷⁹ Cf. K. R. BRADLEY, «The Rediscovery of Suetonius», *Class. Philology* 80 (1985), 259-260.

⁸⁰ Cf. BRADLEY, «The Rediscovery of Suetonius», pág. 262.

⁸¹ Cf. WALLACE-HADRILL, *Suetonius*, págs. 142-174 («Virtudes y vicios»).

⁸² Cf. K. R. BRADLEY «Imperial Virtues in Suetonius' *Caesares*», *Journal of Indo-European Studies* 4 (1976), 245-253.

⁸³ Cf. H. BARDON, *Les empereurs et les lettres latines d'Auguste à Hadrien*, París, 1940, págs. 393-447; G. D'ANNA, *Le idee letterarie di Suetonio*, 1.^a reimp., Florencia, 1967, págs. 7-69; BALDWIN, *Suetonius*, págs. 66-91; WALLACE-HADRILL, *Suetonius*, págs. 66-72; D. A. RUSSELL, «Introduction: Greek and Latin in Antonine Literature», en *Antonine Literature*, Oxford, 1989, 1-17.

⁸⁴ Cf. A. RAMÍREZ DE VERGER, «Frontón y la Segunda Sofística», *Habis* 4 (1973), págs. 125-126; «La *consolatio* en Frontón: en torno al *De nepote amisso*», *Faventia* 5 (1983), 77-78; *Elio Aristides: Discursos I* (B.C.G., 106), Madrid, 1987, pág. 77.

⁸⁵ Cf. WALLACE-HADRILL, *Suetonius*, págs. 203-205.

⁸⁶ Cf. AILLOUD, *Suétone: Vies des Douze Césars I*, págs. XXXVIII-XLII; BASSOLS DE CLIMENT, *Suetonio*, págs. XLVII-XLVIII; CIZEK, *Structures...*, pág. 25; ANDRÉ-HUS, *La historia en Roma*, págs. 182-184; BALDWIN, *Suetonius*, págs. 467-525; R. C. LOUNSBURY, *The Arts of Suetonius. An Introduction*, Nueva York-Berna-Francfort del Meno-París, 1987, esp. págs. 91-118 y 161-164.

⁸⁷ *Vida de Firmo*, *Historia Augusta* XIX 1.

⁸⁸ CIC., *El orador* 23, 78.

⁸⁹ Cf. CIC., *El orador* 24, 81: «Por tanto, aquel orador sencillo, con tal de que sea de buen gusto, no pecará de audaz en la creación de palabras, será discreto en darles sentido traslaticio, parco en los ar-caísmos y un tanto modesto en las demás figuras, de palabras como de pensamiento» (trad. de A. Tovar).

⁹⁰ *Bruto* 262.

⁹¹ DELLA CORTE, *Suetonio eques romanus*, págs. 29-53.

⁹² La lengua de Suetonio fue estudiada de manera notable por P. BAGGE, *De elocutione C. Suetonii Tranquilli*, Upsala, 1875, y, especialmente, por L. DALMASSO, *La grammatica di C. Suetonio Tranquillo*, Turín, 1906.

⁹³ Léase A. RAMÍREZ DE VERGER, «Sobre el estilo periódico en Salustio», *Habis* 12 (1981), 99-105; para Tito Livio, cf. J. DANGEL, *La phrase oratoire chez Tite-Live*, París, 1982, y A. RAMÍREZ DE VERGER, J. FERNÁNDEZ VALVERDE, *Tito Livio: Libros XXI-XXV* (Alianza Universidad), Madrid, 1991; para Suetonio, léase LOUNSBURY, *The Arts of Suetonius*, págs. 107-115, y P. SAGE, «L'expression narrative dans les *XII Césars* de Suétone: analyse d'une structure de phrase», *Latomus* 38 (1979), 498-524.

⁹⁴ *Nerón* 47, 3. Léase un buen análisis literario de todo el pasaje (47, 3-49) en LOUNSBURY, *The Arts of Suetonius*, págs. 63-89.

⁹⁵ «L'expression narrative dans les *XII Césars* de Suétone: analyse d'une structure de phrase», *Latomus* 38 (1979), 499.

⁹⁶ Casi lo mismo ocurre en la forma de hilar la narración; cf. J. LUQUE, «Aproximación a los procedimientos de ilación narrativa en los historiadores latinos», *Emerita* 45 (1977), 355-377.

⁹⁷ *Ibid.*, pág. XXXVIII.

⁹⁸ Puede servir de paradigma la opinión de F. D. R. GOODYEAR, «Suetonio», *Historia de la Literatura Clásica. II. Literatura latina*, Madrid, Gredos, 1989, pág. 723.

⁹⁹ Sobre la composición de las biografías, cf. E. CIZEK, *Structures...*, págs. 32-64.

¹⁰⁰ Léanse diferentes juicios en R. C. LOUNSBURY, *The Arts of Suetonius. An Introduction*, Nueva York-Berna-Francfort del Meno-París, 1987, págs. 1-8.

¹⁰¹ DELLA CORTE, *Suetonio eques romanus*, págs. 111-142.

¹⁰² TÁCITO, *Historias* III 84, 4. Traducción de J. L. MORALEJO, *Tácito. Historias*, Madrid, Akal/Clásica, 1990, pág. 232.

¹⁰³ *Vitelio* 16.

¹⁰⁴ *Poesías* LXIV 186-187.

¹⁰⁵ *Eneida* VI 265, 269.

¹⁰⁶ Para un análisis más detenido, léase LOUNSBURY, *The Arts of Suetonius*, págs. 104-105.

¹⁰⁷ *Augusto* 23.

¹⁰⁸ Cf. R. J. TARRANT, «Suetonius» (*De vita Caesarum*), en L. D. REYNOLDS, ed., *Texts and Transmission*, Oxford, 1983, págs. 399-404; M. IHM, págs. III-IX; AILLOUD, I, págs. XLII-XLVI; BASSOLS DE CLIMENT, I, págs. XLIX-LIII. Sobre los *Gramáticos y Rétores*, léase Y. GARCÍA en *Biografías literarias latinas* (B.C.G., 81), Madrid, 1985, págs. 34-35 y 39-40; cf. M. WINTERBOTTOM en L. D. REYNOLDS, ed., *Texts and Transmission*, Oxford, 1983, págs. 404-405.

¹⁰⁹ Cf. G. B. TOWNEND, «Suetonius and his Influence», en T. A. DOREY, ed., *Latin Biography*, Londres, 1967, págs. 96-108.

¹¹⁰ H. W. BIRD, «Suetonian Influence in the Later Lives of the *Historia Augusta*», *Hermes* 99 (1971), 129-134; R. FOSSATELLI, «Mario Massimo», *Riv. Cult. Class. e Medioevale* 15 (1973), 75-80.

¹¹¹ Cf. B. W. JONES, «Suétone et Aurélius Victor», *La Parola del Passato* 25 (1970), 346-347.

[112](#) Cf. L. D. REYNOLDS, N. WILSON, *Copistas y filólogos*, Madrid, Gredos, 1986, pág. 110.

[113](#) Cf. E. K. RAND, «On the History of the *De Vita Caesarum* of Suetonius in the Early Middle Ages», *Harvard Studies Class. Philology* 37 (1926), 1-48.

[114](#) Cf. BASSOLS DE CLIMENT, *Suetonio*, I, págs. XXIX y XXII.

[115](#) En *Première, deuxième, troisième étude sur l'histoire du texte de Suétone de Vita Caesarum*, Bruselas, 1902-1904; cf. R. J. TARRANT, «Suetonius», en L. D. REYNOLDS, ed., *Texts and Transmission*, Oxford, 1983, págs. 399-404.

[116](#) Cf. el análisis literario de TOWNEND, «Suetonius...», págs. 98-106.

[117](#) Cf. R. W. HUNT, «Latin Classics in the Twelfth Century», en R. R. BOLGAR, *Classical Influences on European Culture A. D. 500-1500*, Cambridge, 1979 (= 1971), pág. 55.

[118](#) En «Suetonius», pág. 400.

[119](#) Cf. R. M. THOMSON, «The Library of Bury St. Edmunds Abbey in the Eleventh and Twelfth Centuries», *Speculum* 47 (1972), 639.

[120](#) Cf. REYNOLDS, WILSON, *Copistas y filólogos*, pág. 150; R. W. HUNT, «The Deposit of Latin Classics in the Twelfth-Century Renaissance», en R. R. BOLGAR, ed., *Classical Influences on European Culture, A.D. 500-1500*, Cambridge, 1971, págs. 51-55.

[121](#) Cf. A. GAGNÉR, *Florilegium Gallicum. Untersuchungen und Texte zur Geschichte der mittellateinischen Florilegienliteratur*, Lund, 1936; J. HAMACHER, *Florilegium Gallicum*, Francfort del Meno, 1975, 1975; R. H. HOUSE, «Florilegia and Latin Classical Authors in Twelfth- and Thirteenth Century Orléans», *Viator* 10 (1979), 135 y ss.

[122](#) Cf. B. L. ULLMAN, *Studies in the Italian Renaissance*, Roma, 1955, pág. 36 y 122; G. BILLANOVICH, «Nella biblioteca del Petrarca. II. Un altro Suetonio del Petrarca (Oxford, Exeter College, 186)», *Italia Medioevale o Umanistica* 3 (1960), 28-58.

[123](#) Noticias en BASSOLS DE CLIMENT, *Suetonio...*, págs. LX-LXI.

[124](#) Cf. TARRANT, «Suetonius», pág. 404.

[125](#) Cf. J. H. WHITFIELD, «Machiavelli's Use of Livy», en T. A. DOREY, *Livy*, Londres, 1971, págs. 73-96.

[126](#) Cf. J. H. WHITFIELD, «Livy > Tacitus», en R. R. BOLGAR, *Classical Influences on European Culture A.D. 1500-1700*, Cambridge, 1976, pág. 286, nota 6.

[127](#) Nueva edición en LOUNSBURY, *The Arts of Suetonius*, págs. 121-132.

[128](#) Excepto el de la *Biblioteca del Cabildo de Toledo*, ms. 49-14.

[129](#) Datos recogidos del valiosísimo libro de L. RUBIO, *Catálogo de los manuscritos clásicos latinos existentes en España*, Universidad Complutense de Madrid, 1984, págs. 99, 104, 122, 168, 191, 254-255; cf. BASSOLS DE CLIMENT, I, págs. LVII-LX.

[130](#) Cf. RUBIO, *Catálogo de los manuscritos...*, págs. 338, 352-353.

[131](#) Cf. RUBIO, *Ibidem*, págs. 512-513.

[132](#) Cf. RUBIO, *Ibidem*, pág. 572.

[133](#) LOUNSBURY, *The Arts of Suetonius*, pág. 147, notas 13 y 14.

[134](#) Cf. TOWNEND, «Suetonius and his Influence», págs. 107-108.

[135](#) Cf. LOUNSBURY, *The Arts of Suetonius*, pág. 38.

[136](#) Cf. I. GARCÍA PINILLA, L. RIVERO, «Las fuentes clásicas de *Historia General y Natural de las Indias* de Gonzalo Fernández Oviedo», *Bibliografía e Historiografía Americanista*, en prensa.

[137](#) Cf. J. GILLIS, «Calígula. De Suétone à Camus», *Les Études Classiques* 42 (1974), 393-403.

[138](#) Cf. las páginas IX-X del prefacio de la edición teubneriana de M. IHM; las páginas XLVI-XLVIII de la introducción de H. AILLOUD, y páginas LIII-LXI de la de M. Bassols de Climent. Léase también a R. C. LOUNSBURY, *The Arts of Suetonius. An Introduction*, Nueva York-Berna-Francfort del Meno-París, 1987, págs. 32-61.

[139](#) En el prefacio de su edición teubneriana, pág. IX; cf. P. BURKE, «A Survey of the Popularity of Ancient Historians, 1450-1700», *History and Theory* 5 (1966), 135-152.

[140](#) Cf. E. HEDICKE, *Studia Bentleiana. III Suetonius Bentleianus*, Freienwaldiae, 1902; M. IHM «Richard Bentley's Suetonkritik», *Sitzungsberichte der Königl. Preussischen Akademie der Wissenschaften*, Berlín, 1901, págs. 677-695.

* — Consúltese también la nota bibliográfica de *Biografías literarias latinas* (B.C.G., 81), Madrid, 1985, págs. 36-37.

VIDAS DE LOS DOCE CÉSARES

NOTA TEXTUAL

Para la presente traducción de Suetonio se ha seguido como texto base el establecido por Henri Ailloud, *Suétone. Vies des Douze Césars*, 3 vols., Col. Budé, 4.^a y 5.^a ediciones, París, 1980-1981. Con esta edición se han cotejado principalmente las de M. Ihm, *C. Suetoni Tranquilli opera. De vita Caesarum libri VIII*, Bibliotheca Teubneriana, ed. minor, Stuttgart, 1961 (= 1908); J. C. Rolfe, *Suetonius*, 2 vols., Col. Loeb, Londres, 1979 (= 1913-1914), y M. Bassols de Climent, *Suetonio. Vida de los doce Césares*, 4 vols., Ediciones Alma Mater, Barcelona, 1964-70. Asimismo, nos han sido particularmente útiles las ediciones parciales siguientes, acompañadas de comentario: H. E. Butler, M. Cary, *C. Suetoni Tranquilli Divus Iulius*, con nueva introducción, bibliografía y notas adicionales de G. B. Townend, Bristol, 1982; E. S. Shuckburgh, *C. Suetoni Tranquilli Divus Augustus*, Nueva York, 1979 (= Cambridge, 1896); M. Adams, *C. Suetonius Tranquillus. Divi Augusti vita*, Nueva York, 1966 (= Londres, 1939); M. J. Du Four, *C. Suetonii Tranquilli vita Tiberii*, capítulos 1-23, tesis, Nueva York, 1979 (= Filadelfia, 1941); J. R. Rietra, *C. Suetoni Tranquilli vita Tiberi*, capítulos 24-40, tesis, Nueva York, 1979 (= Amsterdam, 1928), y G. W. Mooney, *C. Suetoni Tranquilli de vita Caesarum. Libri VII-VIII*, Nueva York, 1979 (= Londres, 1930).

La principal discrepancia de nuestra traducción con el texto de Ailloud se encuentra en la delimitación de los párrafos numerados de cada capítulo. La edición de Ailloud, como el propio autor indica en la introducción a su obra (véase pág. XLIX, nota 2), no coincide en este aspecto ni con la de Preud'Homme ni con la de Ihm, siendo esta última la tradicionalmente seguida por los posteriores editores

de Suetonio. Hemos preferido adoptar la división en párrafos más generalizada, para facilitar al lector que lo desee la localización del texto latino. Al margen de esto, nos hemos apartado del texto de Ailloud en los siguientes pasajes:

	TEXTO DE AILLOUD	LECTURA ADOPTADA
<i>Julio 56, 7 (9 ed. Ailloud)</i>	<i>et † aituro ab</i>	<i>et a puero et ab (πQε edd.)</i>
<i>Julio 86, 1 (2 ed. Ailloud)</i>	<i>† adinspectantium</i>	<i>adsectantium (propon. Ihm)</i>
<i>Julio 86, 2 (3 ed. Ailloud)</i>	<i>cauere ***solitum ferunt</i>	<i>cauere <semper sollicitum maluisse. Quidam dicere etiam> solitum ferunt (propon. Roth, Ihm)</i>
<i>Augusto 31, 5 (8 ed. Ailloud)</i>	<i>ad illorum ***uelut ad exemplar</i>	<i>ad illorum <normam> uelut ad exemplar (Oudendorp)</i>
<i>Augusto 43, 1 (2 ed. Ailloud)</i>	<i>histriones ***non in foro modo</i>	<i>histriones <Munera> non in foro modo (suppl. Perizonius)</i>

<i>Augusto</i> 83 (83, 1 ed. Ailloud)	† <i>sestertio</i>	<i>segestria</i> (Roth)
<i>Augusto</i> 87, 2	† <i>apud pullum pulleiaceum</i>	<i>et pro pullo pulleiaceum</i> (S dett. [uulgo])
<i>Tiberio</i> 2, 1 (3 ed. Ailloud)	† <i>Tibus</i>	<i>Tiberius</i> (πQεR, LT)
<i>Tiberio</i> 45 (45, 2 ed. Ailloud)	<i>Vnde mora in Atellanico exhodio</i>	<i>Vnde vox in Atellanico exhodio</i> (Bentley)
<i>Calígula</i> 25, 3 (6 ed. Ailloud)	<i>Vxorio nomine dignatus est † quam enixam</i>	<i>Vxorio nomine <non prius> dignatus est quam enixam</i> (Roth)
<i>Galba</i> 6, 2	<i>A Gaio Cesare*** <in locum Gaetu> lici substitutus</i>	<i>A Gaio Cesare <legatus Germaniae superioris in locum Gaetu> lici substitutus</i> (propon. Ihm)
<i>Vespasiano</i> 12 (12, 4 ed. Ailloud)	<i>protestatem *** patris patriae appellationem</i>	<i>potestatem <aut> patris patriae appellationem</i> (propon. Roth)
<i>Vespasiano</i> 15 (15, 3 ed. Ailloud)	<i>umquam *** iustis</i>	<i>umquam laetatus iustis</i> (dett. [uulgo])

Queremos avisar, finalmente, que en nuestras notas a pie de página las obras *Realencyclopädie der Classischen Altertumswissenschaft* y *Corpus inscriptionum Latinarum* aparecen citadas con sus tradicionales abreviaturas RE y CIL.

LIBRO I

EL DIVINO JULIO

SINOPSIS

I. CÉSAR ANTES DE SU SUBIDA AL PODER (1-39)

Proscripción y posterior perdón de César (1). Primeros servicios militares. Revuelta de Lépido (2-3). Comienzos en el foro. Estancia en Rodas e intervención en Asia (4). César, tribuno militar y cuestor. Matrimonio con Pompeya (5-6). Su cuestura en Hispania Ulterior. Intento de soliviantar a las colonias latinas (7-8). Sospechas de participación en el complot del año 66-65 a. C. (9). César, edil (10). Enfrentamientos con los optimates (11-12). Su elección como pontífice máximo y pretor. La conjuración de Catilina (13-14). César, pretor (15-17). Su propretura en Hispania Ulterior y su elección como cónsul. Formación del primer triunvirato (18-19). Primer consulado de César. Matrimonio con Calpurnia. Como procónsul, obtiene las Galias y el Ilírico (20-22). Intentos de procesarle en Roma. Entrevista de Luca. Guerra de las Galias (23-25). Acontecimientos internos de los años 54-52 a. C. César aumenta su popularidad a base de larguezas y atenciones (26-28, 1). Propuestas presentadas contra él los años 51-50. Intentos de llegar a una solución de compromiso con sus adversarios (28, 2-29). Preparativos para la guerra. Causas de la misma (30). Paso del Rubicón (31-33). La guerra civil (34-36). Triunfos celebrados por César. Recompensas

asignadas a sus soldados. Donativos y concesiones hechas al pueblo. Espectáculos diversos (37-39).

II. CÉSAR EN EL PODER (40-44)

Reforma del calendario (40). Reformas constitucionales. Reducción de los tribunales. Censo del pueblo (41). Colonización de las provincias. Política demográfica y de concesión de la ciudadanía. Otras medidas de carácter social (42-43). Proyectos de mejoras urbanísticas y de engrandecimiento del Imperio (44).

III. RASGOS PERSONALES DE CÉSAR. VIDA PRIVADA Y COSTUMBRES (45-75)

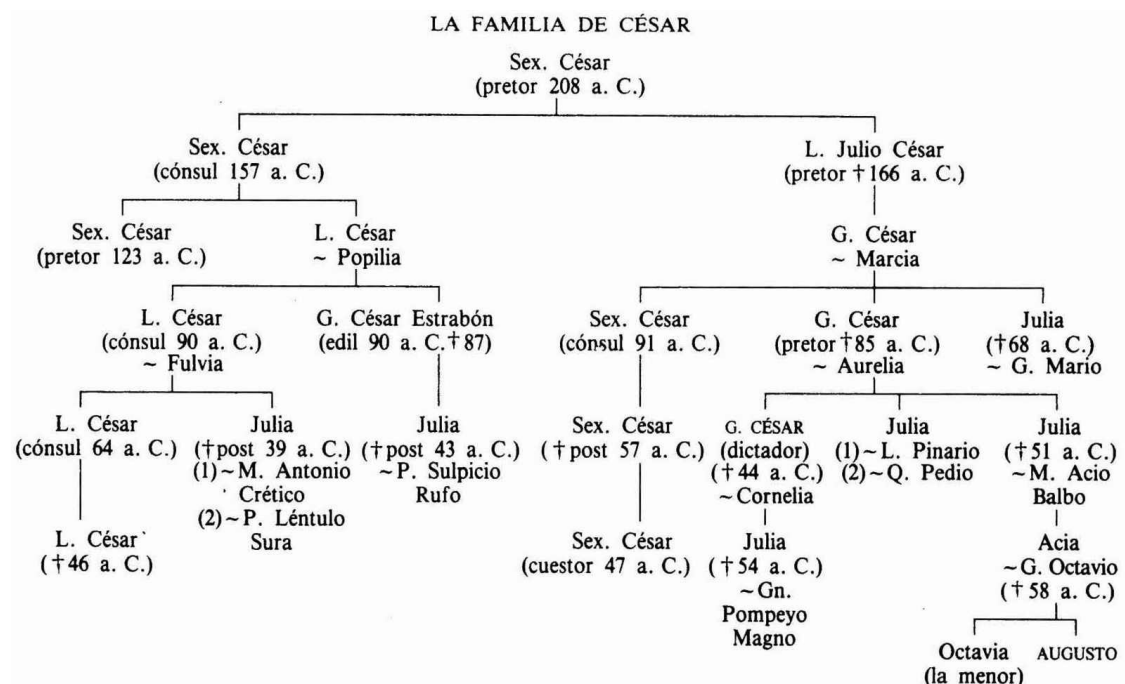
Características físicas. Aspecto externo (45). Diferentes residencias. Pasión por el lujo. Disciplina doméstica (46-48). Fama de sodomita y adúltero. Relaciones con Servilla y con Cleopatra (49-52). Sobriedad en la comida y bebida. Carácter codicioso (53-54). Dotes como orador. Producción literaria (55-56). César como soldado (57-64). Relación con sus tropas (65-67). Fidelidad y extraordinario valor de sus hombres (68-70). Actitud de César con sus clientes y amigos (71-72). Actitud frente a sus adversarios (73-75).

IV. MUERTE DE CÉSAR. EPÍLOGO (76-89)

Causas de su asesinato (76-79). Conjura contra su vida (80). Presagios de su muerte. Idus de marzo. Asesinato de César (81-82). Lectura de su testamento. Descripción de sus funerales (83-85). Diferentes opiniones acerca del hecho de que no intentara evitar su muerte (86-87). Edad a la que murió. Divinización de César (88). Fin que tuvieron sus asesinos (89).

* * *

Cuando contaba quince años¹ perdió a su padre²; al [1] año siguiente fue designado para ser flamen dial³ y, tras separarse de Cosucia⁴, de familia ecuestre, pero muy rica, con la que le habían prometido cuando aún llevaba él la toga pretexta⁵, desposó a Cornelia, hija de Cinna, cuatro veces cónsul⁶, con la que tuvo a Julia poco después; y el dictador Sila⁷ no halló medio de obligarle a [2] repudiarla. Por este motivo, le despojó del sacerdocio, de la dote de su mujer y de los bienes heredados de su familia, y lo consideró del partido contrario, de modo que César se vio incluso obligado a ocultarse y a cambiar de escondite casi cada noche, a pesar de que le consumía la fiebre cuartana, teniendo además que recurrir al soborno para librarse de los espías, hasta que obtuvo el perdón a instancias de las vírgenes vestales⁸ y de Mamerco Emilio⁹ [3] y Aurelio Cota¹⁰, sus parientes y afines. Es de sobras conocido que Sila, tras haberse resistido por algún tiempo a las súplicas de sus mejores amigos, personas del mayor relieve, y en vista de que seguían insistiendo, se dejó vencer al fin y exclamó, por inspiración divina o siguiendo algún tipo de conjetura, que de acuerdo, que se lo quedaran, pero que supieran que esa persona, cuya salvación con tanta ansia deseaban, algún día acarrearía la ruina al partido de los optimates, que junto con él todos ellos habían defendido; pues en César había muchos Marios.



[2] Prestó sus primeros servicios militares en Asia, en la plana mayor del pretor Marco Termo. Enviado por éste a Bitinia con el encargo de traer una flota, prolongó su estancia ociosamente junto a Nicomedes¹¹, no sin que surgiera el rumor de que se había entregado al rey¹²; rumor que aumentó con su vuelta a Bitinia pocos días después con el pretexto de exigir un dinero que se le debía a cierto liberto cliente suyo. El resto de su campaña le valió mejor fama, y en el asedio de Mitilene fue recompensado por Termo con una corona cívica¹³.

Sirvió también en Cilicia a las órdenes de Servilio [3] Isáurico¹⁴, pero por poco tiempo. En efecto, al recibir la noticia de la muerte de Sila, y puestas a la vez sus esperanzas en los nuevos disturbios promovidos por Marco Lépido¹⁵, volvió rápidamente a Roma, pero se abstuvo precisamente de aliarse con Lépido, aunque se le invitaba a ello con condiciones muy ventajosas, porque desconfiaba tanto de su capacidad como de la ocasión, que había hallado menos propicia de lo que pensaba.

[4] Por lo demás, una vez apaciguada la revuelta civil, acusó de concusión a Cornelio Dolabela¹⁶, excónsul y hombre distinguido con los honores del triunfo, y, absuelto éste, decidió retirarse a Rodas¹⁷, tanto para hurtarse al rencor como para consagrar su atención, en el ocio y el descanso, a Apolonio Molón¹⁸, maestro de retórica muy famoso por entonces. Mientras se trasladaba allí, ya en los meses de invierno, fue capturado cerca de la isla de Farmacusa¹⁹ por unos piratas y permaneció junto a ellos, no sin enorme indignación, casi cuarenta días, junto con un médico y dos ayudas de cámara, pues a sus [2] restantes compañeros y siervos los había despachado desde el primer momento a buscar dinero para su rescate. Cuando al fin lo desembarcaron en una playa tras la entrega de cincuenta talentos, no aplazó un instante la persecución de los fugitivos, lanzando inmediatamente una escuadra contra ellos, ni su castigo una vez que los tuvo en su poder, castigo con el que les había amenazado²⁰ a menudo entre bromas. Como por entonces Mitridates devastaba²¹ las regiones vecinas, para no parecer inactivo mientras los aliados se hallaban en peligro, pasó a Asia desde Rodas, adonde había continuado viaje, y, con el reclutamiento de tropas auxiliares y la expulsión de la provincia del prefecto del rey, consiguió contener

dentro de los límites de la lealtad a las ciudades vacilantes y dudosas.

Durante su tribunado militar²², primer cargo que obtuvo [5] por sufragio popular tras su regreso a Roma, no regateó esfuerzos para ayudar a los promotores del restablecimiento del poder tribunicio, cuya fuerza había sido recortada por Sila²³. Por medio de la ley Plocia consiguió, además, la vuelta a la ciudad de Lucio Cinna²⁴, hermano de su mujer, y de todos aquellos que con él siguieron a Lépido²⁵ en la revuelta civil y que se habían refugiado junto a Sertorio²⁶ después de la muerte del cónsul²⁷, y él mismo pronunció un discurso sobre este asunto.

[6] Siendo cuestor²⁸, pronunció en la tribuna de las arengas²⁹, según la costumbre, el elogio fúnebre de su tía Julia³⁰ y de su mujer Cornelia, que habían fallecido. Y, por cierto, en el panegírico de su tía habló en los siguientes términos acerca de la ascendencia de ésta y de su propio padre por ambas ramas: «El linaje de mi tía Julia descende de reyes por línea materna, mientras que por la paterna está unido con los dioses inmortales. Pues de Anco Marcio parten los Marcios Reyes, que fue el nombre de su madre; de Venus, los Julios³¹, de cuya estirpe es nuestra familia. Coexisten, pues, en su linaje el carácter sagrado de los reyes, que ostentan entre los hombres el máximo poder, y la reverencia debida a los dioses, a quienes hasta los [2] reyes se encuentran sometidos». Para reemplazar a Cornelia desposó a Pompeya, hija de Quinto Pompeyo³² y nieta de Lucio Sila, de la que después se divorció³³, creyendo que había sido seducida por Publio Clodio³⁴, sobre el cual tan firme era el rumor de que había llegado hasta ella disfrazado de mujer con ocasión de una ceremonia pública religiosa, que el Senado ordenó abrir un proceso de investigación de sacrilegio.

Como cuestor le tocó en suerte la Hispania Ulterior³⁵; [7] en su recorrido por las diversas audiencias de esta provincia para administrar en ellas justicia por comisión del pretor, llegó a Cádiz, donde vio junto al templo de Hércules la estatua de Alejandro Magno³⁶; entonces se puso a gemir y, como arrepentido de su desidia, porque, según él, no había realizado aún nada memorable a la edad en que ya Alejandro había sometido el orbe terrestre, solicitó de inmediato una licencia para aprovechar cuanto antes en Roma las

ocasiones de emprender asuntos de mayor envergadura. Además, los adivinos le hicieron concebir las [2] más altas esperanzas cuando, sumido en la confusión por el sueño de la pasada noche (pues, mientras dormía, había soñado que violaba a su madre), lo interpretaron como un presagio del dominio del globo terráqueo, puesto que la madre que había visto sometida a él no era otra que la tierra, considerada madre de todas las criaturas.

[8] Dejando, pues, su provincia antes de tiempo, visitó las colonias latinas³⁷, que andaban por entonces ocupadas en solicitar el derecho de ciudadanía, y las hubiera empujado a alguna temeridad si los cónsules no hubiesen por este mismo motivo retenido por algún tiempo a las legiones alistadas para Cilicia.

[9] Pero no dejó por esto de tramar acto seguido en Roma proyectos más ambiciosos; en efecto, pocos días antes de tomar posesión del cargo de edil³⁸, incurrió en la sospecha de haber conspirado con el excónsul Marco Craso³⁹ y con Publio Sila⁴⁰ y Lucio Autronio⁴¹, condenados ambos por cohecho después de haber sido nombrados cónsules⁴², para asaltar el senado a principios de año y, tras pasar por las armas a quienes tuvieran decidido, apoderarse Craso de la dictadura, nombrarle a él mismo, César, jefe de la caballería y, organizada la república a su arbitrio, restituir el consulado a Sila y a Autronio. Mencionaron esta conjuración Tanusio Gémino⁴³ en su historia, [2] Marco Bíbulo⁴⁴ en sus edictos y Gayo Curión padre⁴⁵ en sus discursos. A ella parece también referirse Cicerón cuando cuenta, en una carta a Axio⁴⁶, que César confirmó como cónsul el despotismo en el que había ya pensado siendo edil. Tanusio añade que Craso, por arrepentimiento o por miedo, no se presentó el día fijado para el asesinato, y que por esa razón tampoco dio César la señal que estaba convenido que diera; Curión, por su parte, afirma que esta señal consistía en dejar caer la toga de su hombro. El mismo Curión, pero también Marco Actorio Nasón⁴⁷, [3] cuentan que conspiró además con el joven Gneo Pisón⁴⁸, a quien le fue concedida de buen grado la provincia de Hispania a título extraordinario por esta sospecha de complot en la ciudad; y que habían pactado sublevarse a un tiempo, uno fuera, el otro en Roma, valiéndose de los ambrones⁴⁹ y de los transpadanos⁵⁰; pero que su plan se vio frustrado por la muerte de Pisón⁵¹.

[10] Siendo edil, además del Comicio⁵², el Foro y las basílicas⁵³, decoró incluso el Capitolio con unos pórticos provisionales para exponer en ellos una parte de los pertrechos de que disponía en abundancia. Ofreció asimismo, tanto con su colega como por separado, espectáculos de caza y juegos, con el resultado de que sólo él recibía el agradecimiento incluso por los gastos hechos en común, declarando abiertamente su colega Marco Bíbulo⁵⁴ que le había sucedido lo que a Pólux, a saber, que de la misma manera que el templo levantado en el Foro para los dos hermanos llevaba sólo el nombre de Cástor, así también la munificencia suya y de César se atribuía únicamente a éste último. Todavía añadió César un combate de gladiadores, [2] pero con bastantes parejas menos de lo que había proyectado, pues, espantados sus enemigos ante la numerosa cuadrilla que había reunido de todas partes, se tuvo la precaución de fijar el número máximo de gladiadores que cualquier ciudadano podía tener en Roma.

Después de haberse ganado así el favor del pueblo, [11] intentó, con el apoyo de una parte de los tribunos, que se le concediera por plebiscito la provincia de Egipto⁵⁵, aprovechando la ocasión que se le presentaba de obtener un mandato extraordinario, porque los alejandrinos habían expulsado⁵⁶ a su rey, declarado por el Senado aliado y amigo⁵⁷, y todo el mundo desaprobaba este hecho. Pero no lo consiguió ante la oposición del partido de los optimates. Para disminuir a su vez la autoridad de éstos por todos los medios posibles, volvió a erigir los trofeos conmemorativos de las victorias de Gayo Mario sobre Jugurta y sobre los cimbros y los teutones, demolidos tiempo atrás por Sila, y, al instruir el proceso contra los asesinos⁵⁸, incluyó también entre éstos a aquellas personas que, durante la proscripción, habían recibido dinero del erario público por presentar las cabezas de ciudadanos romanos, a pesar de haber quedado exceptuados por las leyes Cornelias⁵⁹.

[12] Sobornó también a un hombre⁶⁰ para que hiciera comparecer en juicio por alta traición a Gayo Rabirio, que había sido el principal colaborador del Senado algunos años antes⁶¹ en la represión del intento de sedición del tribuno Lucio Saturnino, y, designado por sorteo como juez del acusado, lo condenó con tanta

saña que, cuando éste apeló al pueblo, nada le fue tan útil como la severidad mostrada por su juez.

[13] Habiendo renunciado a su esperanza de conseguir la provincia, presentó su candidatura para el cargo de pontífice máximo⁶², no sin repartir el dinero a manos llenas. Pensando en la magnitud de la deuda contraída a tal efecto, parece que, al salir de mañana para los comicios, le anuncióa su madre⁶³, mientras ella le besaba, que no volvería a casa si no era como pontífice. Y, de hecho, triunfó de tal manera sobre sus dos poderosísimos competidores⁶⁴, que le sobrepasaban ampliamente en edad y dignidad, que él solo obtuvo más votos en las tribus de ellos que los otros dos en todas.

Era pretor electo cuando se descubrió la conjuración [14] de Catilina⁶⁵ y, mientras el Senado en pleno⁶⁶ pedía la última pena para los cómplices del delito, fue el único que propuso⁶⁷ que se les encarcelara por separado en diferentes municipios, tras confiscárseles sus bienes. Es más, incluso inspiró tanto miedo a los que aconsejaban medidas más duras, poniendo insistentemente ante su vista cuánto rencor les guardaría la plebe romana en el futuro, que Décimo Silano⁶⁸, cónsul electo, no tuvo reparo en darle a su opinión una interpretación más suave, ya que cambiarla hubiera resultado indecoroso, como si la hubieran tomado en un sentido más riguroso del que él mismo había querido darle. Y se habría salido con la suya, pues [2] ya se habían pasado a él muchos senadores, y entre ellos Cicerón, hermano del cónsul, si el discurso de Marco Catón⁶⁹ no hubiese devuelto su firmeza al Senado vacilante. Mas ni siquiera entonces dejó de estorbar la resolución, hasta que un grupo de caballeros romanos, que montaba guardia en torno a la curia provisto de armas, le amenazó de muerte por perseverar de forma tan desmedida, blandiendo incluso de tal modo sus espadas desenvainadas contra él, que los que estaban a su lado, todos a una, le dejaron en su asiento y apenas unos pocos pudieron protegerle abrazándole y cubriéndole con sus togas⁷⁰. Entonces, realmente asustado, no sólo cedió, sino que, en lo que quedaba de año⁷¹, no volvió a comparecer en la curia.

[15] El primer día de su pretura⁷² citó a Quinto Cátulo⁷³ para que rindiera cuentas ante el pueblo acerca de la restauración del Capitolio⁷⁴, presentando un proyecto de ley por el que transfería a

otro⁷⁵ este cometido; pero, impotente frente a la coalición de los optimates, a quienes veía acudir en masa, abandonando al instante sus deberes para con los nuevos cónsules⁷⁶, con el firme propósito de oponerle resistencia, renunció a esta propuesta suya.

Por otra parte, prestó su aliento y su defensa más [16] tenaz a Cecilio Metelo⁷⁷, tribuno de la plebe, que, frente a la oposición de sus colegas, proponía unas leyes en extremo subversivas⁷⁸, hasta que ambos fueron cesados en sus funciones públicas⁷⁹ por un decreto del Senado. No obstante, él se atrevió a seguir en su cargo y a impartir justicia⁸⁰; pero cuando supo que estaban dispuestos a impedirselo por la fuerza de las armas, despidió a sus lictores⁸¹, se despojó de su pretexto⁸² y se refugió secretamente en su casa, dispuesto a permanecer retirado, ya que [2] las circunstancias así lo exigían. Incluso contuvo a la muchedumbre que, dos días después, afluía en masa, espontánea y libremente, y le ofrecía, en medio de un gran tumulto, su apoyo para reivindicar su dignidad. Ante esta actuación suya totalmente inesperada, el Senado, que se había reunido a toda prisa a causa de este mismo alboroto, le transmitió su agradecimiento a través de sus miembros más ilustres y, tras haberle hecho venir a la curia y colmarle de las mayores alabanzas, lo restableció en su cargo, revocando su anterior decreto.

[17] Cayó de nuevo en otro peligro al ser acusado como uno de los cómplices de Catilina⁸³ ante el cuestor Novio Nigro por el delator Lucio Vetio⁸⁴ y en el Senado por Quinto Curio⁸⁵, a quien se habían asignado recompensas públicas por haber sido el primero en revelar los planes de los conjurados. Curio afirmaba haberlo sabido de labios de Catilina, mientras que Vetio prometía incluso presentar un escrito autógrafo de César dirigido a Catilina. Pero César, considerando que no podía tolerar de ningún [2] modo una cosa así, demostró, solicitando para ello el testimonio de Cicerón, que algunos detalles sobre la conjura se los había proporcionado él mismo al cónsul por propia iniciativa, y logró que no se dieran las recompensas a Curio; en cuanto a Vetio, se le impuso un embargo, se saquearon sus posesiones y fue apaleado a conciencia y casi despedazado en la asamblea ante la tribuna de las arengas, tras de lo cual César lo hizo encarcelar, medida que también hizo aplicar al

cuestor Novio por haber permitido que se acusara ante él a un magistrado superior.

Habiéndole tocado en suerte la Hispania Ulterior⁸⁶ al [18] término de su pretura, se libró de los acreedores que le retenían por mediación de unos garantes⁸⁷ y partió, contra la costumbre y la ley, antes de que fueran dotadas las provincias⁸⁸, no se sabe si por miedo de un proceso, que le preparaban aprovechando el momento en que no ocupaba cargo alguno⁸⁹, o para prestar cuanto antes a los aliados la ayuda que solicitaban; y en cuanto la hubo pacificado⁹⁰ emprendió el regreso con igual premura, y sin esperar a su sucesor, para solicitar el triunfo y el consulado a la vez. Pero como no podía tenerse en cuenta su [2] candidatura, puesto que las elecciones ya se habían convocado, a no ser que entrase en la ciudad como simple ciudadano⁹¹, y muchos se oponían a sus intrigas para conseguir una exención de las leyes, se vio obligado a renunciar al triunfo para no quedar excluido del consulado.

[19] De sus dos competidores al consulado, Lucio Luceyo⁹² y Marco Bíbulo⁹³, se asoció a Luceyo concertando con él que, puesto que era menos influyente pero muy rico, prometería a las centurias dinero de su bolsillo particular en nombre de ambos. Al conocer la noticia, los optimates, temiendo que no hubiera nada a lo que César, elevado a la suprema magistratura, no se atreviera contando con un colega bien avenido y en perfecta concordia con él, aconsejaron a Bíbulo que prometiera otro tanto, y los más cooperaron con dinero, afirmando hasta el propio Catón [2] que esta liberalidad se hacía en beneficio del Estado. Así pues, César fue nombrado cónsul⁹⁴ junto con Bíbulo. Por el mismo motivo, los optimates procuraron que a los futuros cónsules se les asignaran provincias de muy poco interés, a saber, bosques y caminos de pastura⁹⁵. Incitado César sobremanera por esta injuria, cultivó con todo tipo de atenciones la amistad de Gneo Pompeyo, a la sazón irritado con el Senado porque, según él, tardaba demasiado en ratificar sus actos después de su victoria sobre el rey Mitridates, y lo reconcilió con Marco Craso, viejo enemigo suyo desde que ambos habían ejercido juntos el consulado en extremo desacuerdo⁹⁶, concertando con ambos una alianza en virtud de la cual no se haría nada en el Estado que desagradase a cualquiera de los tres⁹⁷.

Una vez que hubo tomado posesión de su cargo⁹⁸, fue [20] el primer cónsul que dispuso que se redactaran a diario y se hicieran públicas las actas del Senado así como del pueblo. Restableció también la antigua costumbre de hacerse preceder por un ujier y seguir por sus lictores el mes que no le correspondían las fasces⁹⁹. Promulgó asimismo una ley agraria¹⁰⁰, y, como su colega trataba de impedirselo recurriendo a los augurios¹⁰¹, lo expulsó del Foro por las armas; al día siguiente, Bíbulo presentó una queja en el Senado, pero no encontró a nadie que se atreviera a hacer ningún comentario sobre semejante atropello o a proponer ninguna medida, de las muchas que a menudo se habían tomado a propósito de desórdenes menos graves; así logró César reducirle a tal estado de abatimiento que, hasta que cesó en su cargo, se mantuvo encerrado en su casa, limitándose a manifestar su oposición por medio de edictos. A partir de ese momento, César administró solo [2] y a su antojo todos los asuntos públicos, hasta el extremo de que algunos graciosos, al firmar en broma algún escrito para darle validez, no escribían «hecho durante el consulado de César y de Bíbulo», sino «durante el consulado de Julio y de César», citando dos veces a la misma persona por su nombre de familia y por su sobrenombre; y pronto corrían de boca en boca los siguientes versos:

No es con Bíbulo, sino con César, con quien se ha hecho últimamente cualquier cosa; pues nada, que yo recuerde, se hace bajo el consulado de Bíbulo.

Repartió sin sorteo¹⁰² la llanura de Stella¹⁰³, consagrada [3] por nuestros mayores, y el territorio de Campania, dejado como tierras de arriendo en beneficio de la república, entre unos veinte mil ciudadanos que tuvieran tres o más hijos. A los arrendatarios de los impuestos del Estado, que pedían una rebaja, les perdonó la tercera parte del precio del arriendo y los exhortó en público a no pujar desmesuradamente en la adjudicación de los nuevos impuestos. Concedió asimismo con liberalidad las demás peticiones que a cada uno se le antojaron, sin que nadie se atreviera a replicarle, y si alguien lo intentaba, le hacía desistir mediante el temor. En vista de que Marco Catón [4] le ponía objeciones¹⁰⁴, mandó que fuera sacado de la curia por un lictor y conducido a prisión. Como Lucio Luculo¹⁰⁵ le hacía frente sin el menor comedimiento, le inspiró tanto miedo a sus falsas acusaciones¹⁰⁶, que aquél acabó cayendo de hinojos ante él. Cuando Cicerón se lamentaba en un juicio¹⁰⁷ de la

naturaleza de aquellos tiempos, el mismo día y a la hora nona concedió César el paso de un orden a otro¹⁰⁸ a Publio Clodio¹⁰⁹, enemigo de aquél, que ya de tiempo atrás se esforzaba en vano por pasar [5] del de los senadores al de la plebe¹¹⁰. Por último, contra todos sus adversarios en general, < sobornó al delator Vetio¹¹¹ > y lo indujo con recompensas a declarar que ciertos individuos le habían pedido que matara a Pompeyo, y a dar, tras dejarse conducir a la tribuna de las arengas, los nombres de los instigadores conforme a lo acordado; pero cuando aquél nombró a una o dos personas sin venir a cuento, y no sin provocar sospechas de fraude, parece que César, desconfiando del resultado de un plan tan peligroso, se libró del delator envenenándolo.

Por el mismo tiempo contrajo matrimonio con Calpurnia, [21] hija de Lucio Pisón, que le sucedería en el consulado, y a su hija Julia la casó con Gneo Pompeyo, rechazando a su anterior prometido Servilio Cepión¹¹², con cuya principal ayuda había combatido poco antes a Bíbulo. Después de esta nueva alianza, comenzó a pedir en el Senado la opinión de Pompeyo en primer lugar¹¹³, cuando solía pedir la de Craso y era costumbre que el cónsul conservara durante todo el año el orden de consulta que había establecido en las calendas de enero.

[22] Contando, pues, con el apoyo de su suegro y de su yerno, consideró preferible elegir, entre todas las provincias, la de las Galias, porque, debido a los recursos y oportunidades que ofrecía, pensaba hallar en ella una ocasión a propósito para conseguir triunfos^{113 bis}. Primero obtuvo, por la ley Vatinia¹¹⁴, la Galia Cisalpina junto con la Iliria; luego, el Senado¹¹⁵ le adjudicó también la Comata¹¹⁶, por el temor de los senadores a que, si ellos se la negaban, el pueblo pudiera concedérsela igualmente. [2] En el arrebató de alegría que le produjo este hecho, no se contuvo de jactarse, pocos días después, en una concurrida sesión del Senado, de haber conseguido lo que deseaba, pese a la oposición y a los lamentos de sus adversarios, y de estar, por consiguiente, dispuesto desde ese momento a saltar sobre la cabeza de todos; y al responder uno de los senadores, para ultrajarlo, que eso no sería fácil para una mujer¹¹⁷, contestó, como en broma, que también en Siria había

reinado Semíramis y que las Amazonas habían en otro tiempo dominado una gran parte de Asia.

Cuando, al término de su consulado, los pretores Gayo [23] Memio¹¹⁸ y Lucio Domicio¹¹⁹ abrieron una investigación sobre sus actos del año anterior¹²⁰, César remitió al Senado la instrucción del asunto; pero, en vista de que aquél se desentendía y de que se habían perdido tres días en vanas discusiones, se marchó a su provincia, y al punto su cuestor fue llevado ante la justicia bajo varias acusaciones con motivo de un juicio previo. Poco después, él mismo fue también citado a juicio por Lucio Antistio, tribuno de la plebe, y sólo después de haber apelado al colegio de tribunos logró que no se le acusara, alegando que se [2] encontraba ausente en servicio del Estado¹²¹. En consecuencia, para su seguridad futura puso todo su empeño en tener siempre a los magistrados de cada año obligados para con él y sólo ayudar o permitir que alcanzaran el cargo aquellos de los solicitantes que le hubiesen dado palabra de defenderle en su ausencia; compromiso del que no dudó en exigir a algunos el juramento e incluso la promesa por escrito.

[24] Pero como Lucio Domicio¹²², candidato al consulado, le amenazaba públicamente con hacer como cónsul lo que no había podido siendo pretor y con despojarle de los ejércitos, hizo acudir a Craso y a Pompeyo a Luca¹²³, ciudad de su provincia, y les indujo a que, para desbancar a Domicio, solicitaran un segundo consulado¹²⁴, consiguiendo gracias a ambos que se le prorrogara el mando [2] por cinco años. Envalentonado por esto, a las legiones que había recibido de la república¹²⁵ añadió otras a sus propias expensas, una incluso reclutada entre los galos transalpinos, de nombre también galo (pues se llamaba Alauda¹²⁶), a la que adiestró en la disciplina y proveyó del equipo romano, concediéndole más tarde el derecho de ciudadanía en bloque. Acto seguido, no desperdició [3] ninguna ocasión de hacer la guerra, ni siquiera injusta o peligrosa, atacando sin motivo tanto a los pueblos aliados como a los enemigos y salvajes, al extremo de que el Senado decretó un día enviar una comisión para investigar la situación de las Galias y algunos senadores propusieron entregarle a los enemigos¹²⁷. Pero, como sus empresas salían bien, obtuvo rogativas públicas¹²⁸ más frecuentes y

de mayor cantidad de días de lo que ningún otro general había obtenido jamás.

En cuanto a las empresas que llevó a cabo durante los [25] nueve años de su mandato¹²⁹, son en líneas generales las siguientes: redujo a la categoría de provincia toda la Galia, que se encuentra comprendida entre los montes Pirineos, los Alpes y los Cevennes, y entre los ríos Rin y Ródano, y que se extiende en un perímetro de unos tres millones doscientos mil pasos, a excepción de las ciudades aliadas y beneméritas, y le impuso en calidad de tributo [2] cuarenta millones de sestercios al año. Fue el primer romano que atacó, mediante un puente fabricado sobre el río, a los germanos, que habitan tras el Rin, infligiéndoles terribles derrotas. Atacó también a los britanos, desconocidos antes, y, tras haberlos derrotado, les exigió dinero y rehenes, sin sufrir más que tres reveses en medio de tantos éxitos: en Britania, cuando su flota fue casi destruida por la violencia de una tempestad; en Galia, al quedar desbaratada una legión junto a Gergovia; y en el territorio germano, muertos en una emboscada sus legados Titurio¹³⁰ y Aurunculeyo¹³¹.

[26] En el mismo espacio de tiempo perdió primero a su madre¹³², luego a su hija¹³³, y no mucho después a su nieto¹³⁴. Entretanto, como el Senado había decidido, a raíz de los disturbios sociales provocados por el asesinato de Publio Clodio¹³⁵, que se nombrara un único cónsul y expresamente Gneo Pompeyo, convenció a los tribunos de la plebe, que proyectaban hacerle colega de Pompeyo, para que propusieran mejor al pueblo que se le permitiera solicitar un segundo consulado estando ausente, cuando estuviese a punto de terminar el período de su mandato, para no tener que abandonar por esta causa su provincia demasiado pronto y sin haber aún acabado la guerra. Tras [2] haberlo conseguido, teniendo ya en perspectiva proyectos más ambiciosos y lleno de esperanza, prodigó todo tipo de larguezas y atenciones a todos, a expensas públicas y privadas. Con el dinero obtenido de la venta del botín, comenzó un Foro¹³⁶, cuyo solar costó más de cien millones de sestercios. Prometió al pueblo un combate de gladiadores y un banquete en memoria de su hija, cosa que nadie había hecho antes que él. Para conseguir la mayor expectación posible ante estos festejos, preparaba también en su propia casa todo lo concerniente al

banquete, aunque lo hubiese alquilado a los abastecedores del mercado. Tenía ordenado que se llevaran por la fuerza y le reservaran [3] a los gladiadores de fama siempre que éstos combatían ante un público hostil. En cuanto a los bisoños, no los hacía instruir en una escuela profesional ni por maestros de gladiadores, sino en domicilios particulares, por caballeros romanos e incluso por senadores expertos en las armas, rogándoles a éstos encarecidamente, como se puede ver por sus cartas, que se encargaran de la instrucción de cada uno de ellos en particular y que dirigieran personalmente sus ejercicios. Dobló el sueldo de las legiones a perpetuidad. Siempre que había trigo en abundancia se lo distribuía también sin tasa ni medida, y a veces dio a cada soldado un esclavo sacándolo del botín.

[27] Por otra parte, para mantener el vínculo de parentesco¹³⁷ y el afecto de Pompeyo, le ofreció por esposa a Octavia¹³⁸, nieta de su hermana, que estaba casada con Gayo Marcelo, y le pidió a su vez en matrimonio a su hija, prometida a Fausto Sila¹³⁹. Cuando ya se había asegurado la voluntad de todos los del círculo de Pompeyo, e incluso de una gran parte del Senado mediante préstamos sin interés o a un interés muy bajo, colmaba también de espléndidos regalos a los que acudían a él de las restantes clases sociales, sea obedeciendo a su llamada, sea por propia iniciativa, e incluso a los libertos y esclavos de cada uno, en la medida en que gozaran de la estima [2] de su señor o patrón. Era además el único y más disponible refugio de los acusados, de los que estaban cargados de deudas o de los jóvenes manirrotos, a menos que les agobiara una carga de crímenes, de pobreza o de excesos demasiado pesada como para que él pudiera ponerle remedio; a éstos les decía abiertamente que necesitaban una guerra civil.

[28] No era menor el afán con que intentaba atraerse a los reyes y las provincias de toda la tierra, ofreciendo a unos como presente miles de prisioneros, enviando a otros tropas auxiliares a donde querían y cuantas veces querían, sin contar con la autorización del Senado y del pueblo romano, y adornando incluso las ciudades más poderosas de Italia, de las Galias y de las Hispanias, y hasta de Asia y de Grecia, con magníficas obras públicas; hasta [2] que, siendo ya general el asombro y preguntándose todo el mundo a qué fin iban

encaminadas aquellas acciones, el cónsul Marco Claudio Marcelo¹⁴⁰, después de haber anunciado por un edicto que se iba a ocupar de un asunto de Estado de la mayor importancia, elevó al Senado la propuesta de que se le designara un sucesor a César antes de tiempo, puesto que la guerra había terminado¹⁴¹, reinaba la paz y el ejército vencedor debía ser licenciado; y que no se tuviera en cuenta su candidatura en las elecciones estando ausente¹⁴², ya que Pompeyo había posteriormente derogado el decreto del pueblo. Había ocurrido, en [3] efecto, que Pompeyo, al presentar su ley sobre los derechos de los magistrados, en el capítulo en que impedía la solicitud de los cargos públicos a los ausentes no había, por olvido, exceptuado ni siquiera a César, y que luego había corregido su error, cuando la ley ya estaba grabada en bronce y depositada dentro del erario. No contento Marcelo con arrebatar a César sus provincias y su privilegio, propuso también que se privara del derecho de ciudadanía a los colonos que en virtud de la ley Vatinia había establecido César en Nuevo Como, alegando que aquél se lo había dado con objeto de atraérselos y pasando por encima de lo que estaba prescrito.

[29] Alarmado César por estas acciones y pensando, como parece que le oyeron decir más de una vez, que, siendo el primero de la ciudad, sería más difícil desplazarle del primer orden al segundo que del segundo al último, resistió con todas sus fuerzas, sea mediante la oposición de los tribunos, sea por intermedio de Servio Sulpicio¹⁴³, el otro cónsul. Intentando lo mismo también al año siguiente Gayo Marcelo¹⁴⁴, que había sucedido en el consulado a su primo hermano Marco¹⁴⁵, César se procuró como defensores, mediante una gruesa suma de dinero, al colega de aquél, Emilio Paulo¹⁴⁶, y a Gayo Curión¹⁴⁷, el más violento de los tribunos. Pero al ver la pertinaz insistencia [2] con que se movían todos estos temas y que los cónsules electos¹⁴⁸ eran también del partido contrario, envió cartas al Senado solicitando que no se le quitara el privilegio otorgado por el pueblo¹⁴⁹, o que también los restantes generales dejaran sus ejércitos, confiando, al parecer, en que él reuniría a sus veteranos en el momento que quisiera con más facilidad que Pompeyo a unos soldados bisoños. Se comprometió además con sus adversarios a renunciar a ocho legiones y a la Galia Transalpina si se le concedían

dos legiones y la provincia Cisalpina, o incluso una sola legión junto con la Iliria, hasta que alcanzara el consulado¹⁵⁰.

Pero como el Senado no intervenía y sus adversarios [30] se negaban a firmar ningún pacto sobre intereses del Estado, pasó a la Galia Citerior y, después de haber celebrado sus audiencias, se detuvo en Ravena¹⁵¹, dispuesto a vengar por las armas cualquier decisión demasiado severa que el Senado tomase contra los tribunos de la plebe que utilizaban [2] su derecho de veto a favor de él¹⁵². Y, en efecto, éste fue su pretexto para la guerra civil, pero las causas se cree que fueron otras. Gneo Pompeyo repetía con frecuencia que, puesto que ni podía terminar las obras que había comenzado ni satisfacer con sus propios recursos la expectación popular que había creado sobre su regreso, [3] quiso perturbarlo y confundirlo todo. Otros dicen que temió verse obligado a rendir cuentas de lo que había hecho durante su primer consulado¹⁵³ a despecho de los auspicios, las leyes y la oposición de los magistrados, pues Marco Catón a menudo anunciaba, y no sin prestar juramento, que presentaría una acusación contra él tan pronto como hubiese licenciado su ejército, y era opinión común que, si volvía a Roma como simple ciudadano, tendría que defender su causa ante los jueces siguiendo el ejemplo de [4] Milón¹⁵⁴, con hombres armados alrededor¹⁵⁵. Esta opinión la hace más probable Asinio Polión¹⁵⁶, cuando cuenta que, en la batalla de Farsalia, al ver César a sus adversarios batidos y aniquilados, dijo textualmente estas palabras: «Ellos lo han querido; después de haber realizado tan grandes empresas, yo, Gayo César, habría sido condenado si no hubiese solicitado la ayuda del ejército». Algunos [5] opinan que se había apoderado de él el hábito del mando y que, tras haber sopesado atentamente sus propias fuerzas y las de sus enemigos, aprovechó la ocasión de hacerse con el poder absoluto, que había deseado desde su más temprana juventud. Ésta era también, al parecer, la opinión de Cicerón, pues en el libro tercero de su obra «Sobre los deberes»¹⁵⁷ escribe que César siempre tenía en la boca unos versos de Eurípides¹⁵⁸, que él mismo¹⁵⁹ tradujo como sigue:

Pues si hay que violar el derecho, debe hacerse para reinar; en los demás casos, practica la rectitud.

Por tanto, cuando recibió la noticia de que se había [31] pasado por alto el veto interpuesto por los tribunos y de que ellos mismos

habían abandonado la ciudad¹⁶⁰, inmediatamente envió por delante sus cohortes en secreto, para no levantar ninguna sospecha, y con el fin de ocultar sus intenciones asistió a un espectáculo público, examinó atentamente los planos sobre los que iba a edificar una escuela de gladiadores y participó, como de costumbre, en un concurrido [2] banquete. Luego, después de la puesta del sol, tras haber uncido a un carro los mulos de un molino cercano, partió en el mayor secreto con una pequeña escolta; al apagarse las luces, se extravió y anduvo largo tiempo errante, hasta que al fin, al amanecer, encontró un guía, consiguiendo salir a pie por senderos muy angostos. Cuando hubo alcanzado a sus cohortes junto al río Rubicón, que señalaba el límite de su provincia, se detuvo un instante y, pensando en la magnitud de la empresa que acometía, volvióse a los que estaban a su lado y les dijo: «Ahora, todavía podemos retroceder; pero si atravesamos este pequeño puente, todo habrá de resolverse por las armas».

[32] Ante sus dudas, se le ofreció la siguiente señal prodigiosa. Un hombre de extraordinaria estatura y belleza apareció de repente, sentado en un lugar cercano, tocando una flauta; habiendo acudido en masa para oírle, además de los pastores, una multitud de soldados de los puestos vecinos, y entre éstos también trompetas, le arrebató a uno de ellos su instrumento, se lanzó hacia el río y, comenzando a tocarlo con enorme aliento, se dirigió a la otra orilla. Entonces dijo César: «Vayamos a donde nos llaman los prodigios de los dioses y la iniquidad de nuestros enemigos. La suerte está echada».

[33] Y, por consiguiente, hizo pasar el río al ejército, recibió luego a los tribunos de la plebe, que habían acudido allí después de ser expulsados de Roma¹⁶¹, y ante la asamblea invocó la lealtad de sus soldados llorando y desgarrándose las vestiduras sobre el pecho. Se cree incluso que les prometió a cada uno de ellos el censo ecuestre¹⁶², pero esto se deriva de una falsa interpretación. En efecto, como en el transcurso de su arenga y exhortación afirmara, mostrando reiteradamente el dedo anular de su mano izquierda, que se despojaría de buena gana incluso de su anillo para satisfacer a todos aquellos con cuya ayuda se disponía a defender su dignidad, los soldados del final, a quienes resultaba más fácil verle mientras les arengaba que oírle, tomaron por dicho lo que se deducía de sus

gestos, y corrió la voz de que les había prometido el derecho a usar el anillo¹⁶³ junto con los cuatrocientos mil sestercios.

El resumen de las acciones que a continuación emprendió [34] es, por orden cronológico, el siguiente: ocupó Piceno, Umbría y Etruria, sometió a su autoridad e hizo dimitir a Lucio Domicio¹⁶⁴, que con motivo del estado de guerra había sido nombrado su sucesor y ocupaba Corfinio con una guarnición, y se dirigió, siguiendo la costa del mar Adriático, a Brindisi, adonde se habían refugiado los cónsules y Pompeyo¹⁶⁵ con la intención de cruzar el mar cuanto antes. Después de haber fracasado en su intento [2] de impedir con todo tipo de obstáculos su partida¹⁶⁶, volvió sobre sus pasos en dirección a Roma, habló a los senadores sobre la situación política¹⁶⁷, y marchó contra las mejores tropas de Pompeyo, que se encontraban en Hispania a las órdenes de los tres legados Marco Petreyo¹⁶⁸, Lucio Afranio¹⁶⁹ y Marco Varrón¹⁷⁰, no si antes declarar a sus amigos que iba contra un ejército sin general y que de allí volvería contra un general sin ejército. Y aunque le hicieron retrasarse el asedio de Marsella¹⁷¹, que le había cerrado las puertas en su camino, y una extrema escasez de víveres, logró, sin embargo, rápidamente una total victoria¹⁷².

Tras haber vuelto de Hispania a Roma¹⁷³, pasando a [35] Macedonia derrotó por fin a Pompeyo en la batalla de Farsalia¹⁷⁴, después de haberlo tenido sitiado durante casi cuatro meses tras inmensas fortificaciones¹⁷⁵, y persiguiéndolo en su huida a Alejandría, cuando descubrió que había sido asesinado¹⁷⁶, emprendió una guerra con el rey Ptolomeo¹⁷⁷ (que veía que también a él le tendía emboscadas) especialmente ardua, ya que ni el lugar ni el tiempo le eran favorables, sino que se desarrolló en invierno y dentro de las murallas de un enemigo muy bien pertrechado y muy astuto, mientras que él mismo carecía de todo y no se encontraba preparado. Vencedor en ella, entregó el reino de Egipto a Cleopatra¹⁷⁸ y a su hermano menor, por temor a convertirlo en provincia romana para que fuese un día, en manos de un gobernador lo bastante [2] impetuoso, cuna de revoluciones. De Alejandría pasó a Siria y de allí al Ponto, porque le urgían a ello las noticias sobre Farnaces, hijo de Mitridates el Grande, que por entonces se había levantado en armas aprovechando la ocasión favorable y cuya

arrogancia se había ya visto incrementada por numerosos éxitos. Al quinto día de su llegada, a las cuatro horas de haber salido a su encuentro, lo derrotó por completo en una sola batalla¹⁷⁹, razón por la que a menudo mencionaba la suerte de Pompeyo, que había alcanzado su principal gloria militar gracias a un tipo de enemigos tan ineptos para la guerra. Luego venció¹⁸⁰ a Escipión¹⁸¹ y a Juba¹⁸², que reanimaban en África los restos de su partido, y a los hijos de Pompeyo en Hispania¹⁸³.

A lo largo de todas estas guerras civiles, no sufrió ninguna [36] derrota, a no ser por sus lugartenientes, de los cuales Gayo Curión¹⁸⁴ murió en África, Gayo Antonio¹⁸⁵ cayó en poder de sus adversarios en Iliria, en la misma Iliria perdió la flota Publio Dolabela¹⁸⁶, y Gneo Domicio Calvino¹⁸⁷ su ejército en el Ponto. En lo que se refiere a él, luchó siempre con total éxito y sin que ni siquiera el resultado fuera jamás incierto, excepto en dos ocasiones: la primera junto a Durazzo¹⁸⁸, donde, al ver que Pompeyo no le perseguía después de haberle batido en retirada, afirmó que su enemigo no sabía vencer; la segunda en Hispania, en el último combate¹⁸⁹, cuando, ante lo desesperado de la situación, pensó incluso en darse muerte.

Acabada la guerra, celebró cinco triunfos: cuatro después [37] de la derrota de Escipión¹⁹⁰, en el mismo mes, pero con algunos días de intervalo, y uno más después de haber vencido a los hijos de Pompeyo. El primero y más sobresaliente de todos fue el de las Galias, le siguió el de Alejandría, luego el del Ponto, a continuación de éste el africano, y en último lugar el de Hispania, cada uno con aparato y pompa diferentes. El día del triunfo gálico, al [2] atravesar el Velabro¹⁹¹, casi salió despedido del carro, al que se le había roto un eje, y subió al Capitolio a la luz de las antorchas, con cuarenta elefantes que portaban candelabros a su derecha y a su izquierda. En su triunfo del Ponto llevó, entre las andas¹⁹² del cortejo, un rótulo de tres palabras, «llegué, vi, vencí», que no pretendía, como en las demás ocasiones, resaltar las hazañas de la guerra, sino la particularidad de la rapidez con que la llevó a término.

[38] Además de los dos mil sestercios que al comienzo de la guerra civil les había pagado, dio a cada infante de sus legiones veteranas veinticuatro mil a título de botín. Les asignó también

campos, pero no colindantes, para no expropiar a ninguno de sus propietarios. En cuanto al pueblo, le hizo distribuir, además de diez modios¹⁹³ de trigo por cabeza y otras tantas libras de aceite, los trescientos sestercios por persona que les había prometido anteriormente¹⁹⁴, [2] más otros cien por el retraso. Les perdonó también el pago del alquiler de un año hasta la cantidad de dos mil sestercios en Roma y no superior a los quinientos en Italia. Añadió un banquete público y un reparto de carne y, después de su victoria en Hispania, dos almuerzos, pues juzgando que el primero de ellos había sido suministrado con escasez y no conforme a su liberalidad, cuatro días después ofreció otro abundantísimo.

[39] Dio espectáculos de diverso tipo: un combate de gladiadores, representaciones teatrales incluso por los barrios de toda la ciudad y, lo que es más, por actores de todas las lenguas, e igualmente juegos circenses, juegos atléticos y una naumaquia. En el combate de gladiadores celebrado en el Foro lucharon Furio Leptino, de estirpe pretoriana, y Quinto Calpeno, en otro tiempo senador y abogado. Hijos de casas principales de Asia y de Bitinia bailaron la danza pírrica¹⁹⁵. Durante las representaciones teatrales, [2] Décimo Laberio, caballero romano, representó un mimo suyo y, premiado con quinientos mil sestercios y el anillo de oro, atravesó la orquesta desde la escena para ir a sentarse en una de las catorce gradas¹⁹⁶. En los juegos circenses, para los que previamente se había agrandado el área del circo por ambas partes y añadido un foso a su alrededor, condujeron cuadrigas, bigas y caballos sobre los que realizaban ejercicios de salto jóvenes de las más nobles familias. Dos compañías de niños de distintas edades ejecutaron los juegos troyanos¹⁹⁷. Durante cinco días [3] se dieron espectáculos de caza y por último se libró un combate entre dos formaciones, enfrentándose de uno y otro bando quinientos soldados de infantería, veinte elefantes y treinta jinetes. Por cierto, para que se pudiera luchar con más holgura, se habían retirado las metas¹⁹⁸ y en su lugar se habían levantado dos campamentos, uno frente a otro. Hubo competiciones de atletas durante tres días en un estadio levantado para la ocasión en la zona [4] del Campo de Marte. Para la batalla naval se excavó un lago en la Codeta menor¹⁹⁹ y allí se enfrentaron birremes, trirremes y cuadirremes de la flota tiria y egipcia con gran número de combatientes. Para asistir a todos estos espectáculos fue tan

grande la afluencia de público procedente de todas partes, que muchos forasteros paraban en tiendas colocadas en medio de las calles o de las calzadas, y con frecuencia, debido a la multitud, se produjeron muchas víctimas por aplastamiento y asfixia, entre ellas dos senadores.

[40] Se aplicó luego a la organización del Estado y reformó el calendario, tan descabalado desde hacía tiempo por el abuso de los pontífices en su facultad de intercalar²⁰⁰, que ni las fiestas de la siega coincidían con el verano ni las de la vendimia con el otoño, adaptando el año al curso solar, de modo que constase de trescientos sesenta y cinco días y se añadiera sólo un día cada cuatro años, eliminando el mes intercalar. Sin embargo, para que en lo sucesivo [2] el cómputo del tiempo estuviera mejor ajustado a partir de las nuevas calendas de enero, añadió otros dos meses entre noviembre y diciembre; así que el año en que se instituían estas normas tuvo quince meses, contando con el intercalar, que, siguiendo la antigua costumbre, había caído en ese año.

Completó el Senado²⁰¹, nombró nuevos patricios, amplió [41] el número de pretores²⁰², ediles y cuestores, e incluso de los magistrados menores; rehabilitó a aquellos que habían sido degradados por actuación del censor o condenados [2] por cohecho por sentencia judicial. Se repartió con el pueblo la elección de los magistrados, estableciendo que, a excepción de los aspirantes al consulado, el nombramiento de todos los demás candidatos se efectuara por mitades, una al arbitrio del pueblo y la otra por propia designación. Y designaba a sus candidatos por medio de circulares dirigidas a las tribus con esta breve anotación: «César, dictador, a tal tribu. Os recomiendo a tal persona y a tal otra, para que obtengan su cargo con vuestro voto». Admitió a los cargos públicos incluso a los hijos de los proscritos. Redujo los tribunales a dos tipos de jueces, los del orden ecuestre y los del orden senatorial, suprimiendo a [3] los tribunos del erario, que era el tercero²⁰³. Hizo un censo del pueblo sin respetar las normas ni el lugar tradicionales, sino calle a calle, por los dueños de las casas de vecindad, y de los trescientos veinte mil plebeyos que recibían trigo del Estado redujo el número a ciento cincuenta mil; y para evitar que en el futuro se produjeran nuevos alborotos con motivo del censo, estableció que todos los

años, para reemplazar a los fallecidos, el pretor hiciera un sorteo entre los plebeyos que no hubieran sido incluidos en las listas²⁰⁴.

[42] Distribuyó a ochenta mil ciudadanos en colonias fundadas allende los mares, y, para garantizar a la vez una suficiente densidad de población en la despoblada Roma, ordenó que ningún ciudadano mayor de veinte años o menor de sesenta, a quien no obligara el servicio militar, permaneciera fuera de Italia más de tres años seguidos; que ningún hijo de senador marchara al extranjero, a no ser en calidad de agregado de un general o acompañante de un magistrado, y que los que criaban ganados tuvieran entre sus pastores no menos de una tercera parte de jóvenes libres. Concedió también el derecho de ciudadanía a todos los que ejercían la medicina en Roma y a los doctores de artes liberales, para que no sólo ellos habitaran la ciudad de mejor grado, sino que también a otros les fuera apetecible. En lo referente a las deudas, dispuso las [2] esperanzas de abolición, que a menudo se despertaban, y finalmente decretó que los deudores satisficieran a sus acreedores tasando sus propiedades al precio por el que las habían comprado antes de la guerra civil y deduciendo de la suma total de la deuda lo que en concepto de intereses hubieran pagado en metálico o en valores fiduciarios; en virtud de este acuerdo se anulaba casi una cuarta parte de la deuda. Disolvió todas las asociaciones²⁰⁵, excepto [3] las que databan de época muy antigua. Aumentó las penas por los delitos; y como las personas ricas incurrían más fácilmente en el crimen por cuanto se les desterraba sin detrimento de su patrimonio, sancionó, según testimonio de Cicerón, a los asesinos de parientes cercanos²⁰⁶ con la confiscación de todos sus bienes y a los demás criminales con la de la mitad de ellos.

[43] Administró justicia con el máximo celo y rigor. Expulsó incluso del orden senatorial a los convictos de concusión. Anuló el matrimonio de un expretor que se había casado con una mujer sólo dos días después de que ella se hubiera separado de su marido, aun sin existir sospecha de adulterio. Estableció derechos de aduana sobre las mercancías procedentes del extranjero. Prohibió el uso de literas, de los vestidos de púrpura y de las perlas, salvo a determinadas personas y edades y en determinados días. [2] Puso especialmente en práctica la ley suntuaria, colocando guardias en

torno al mercado para que requisaran los alimentos que iban contra lo prohibido y se los trajeran a casa; a veces, hasta enviaba de improviso a sus lictores y soldados, con el encargo de retirarlos de las mesas, ya servidos, en caso de que hubiesen logrado burlar la vigilancia de los guardias.

[44] Por lo demás, cada día concebía más y mayores proyectos relativos al ornato y acondicionamiento de Roma, así como a la salvaguarda y engrandecimiento del Imperio: en primer lugar, erigir un templo a Marte, el mayor de los existentes, cegando y allanando el lago en el que había dado el espectáculo de la naumaquia, y un teatro de enon mes dimensiones adosado al monte Tarpeyo; reducir a [2] unos límites determinados el código civil y condensar en muy pocos libros lo que hubiera de mejor e indispensable en la inmensa cantidad de leyes que se encontraban dispersas; abrir al público bibliotecas griegas y latinas lo más abastecidas posible, confiando a Marco Varrón²⁰⁷ el encargo de la compra y clasificación de los libros; desecar [3] las lagunas Pontinas; desaguar el lago Fucino²⁰⁸; construir una calzada desde el Mar Adriático hasta el río Tíber atravesando la cumbre de los Apeninos; abrir un canal en el Istmo²⁰⁹; contener a los dacios, que se habían extendido sobre el Ponto y Tracia; llevar luego la guerra a los partos a través de la Armenia Menor y no entrar en combate con ellos sin haber tanteado antes sus fuerzas. La muerte [4] le sorprendió en medio de tales empresas y proyectos. Pero, antes de hablar de ella, no estará de más exponer sucintamente lo que concierne a su naturaleza, su aspecto externo, su modo de vestir y sus costumbres, así como a sus aficiones civiles y militares.

Cuentan que fue de elevada estatura, de tez blanca, [45] miembros bien conformados, rostro un tanto lleno, ojos negros y vivos, y de excelente salud, si exceptuamos que en sus últimos años solía sufrir desmayos repentinos e incluso pesadillas. Tuvo también dos ataques de epilepsia²¹⁰ [2] estando en plena actividad. En lo tocante al cuidado de su cuerpo era bastante meticuloso, hasta el extremo de que no sólo se hacía cortar la barba y afeitar minuciosamente, sino incluso depilar²¹¹, como algunos le reprocharon, y llevaba muy a mal el defecto de su calvicie, pues con frecuencia había podido comprobar que le exponía a las bromas de

sus detractores. Por esa razón tenía costumbre de traer su ralo cabello desde la coronilla hacia delante y, de todos los honores que le fueron decretados por el Senado y el pueblo, ninguno recibió o utilizó con más gusto que el derecho a llevar continuamente una corona de laurel. [3] Dicen que se distinguía también por su modo de vestir, pues usaba, según cuentan, un laticlavo²¹² con franjas que le llegaba hasta las manos y siempre se ceñía sobre él con un cinturón, por lo demás muy flojo²¹³, y que de ahí derivó la frecuente advertencia de Sila a los optimates de que se guardaran de ese joven mal ceñido.

Habitó primero en la Subura²¹⁴, en una casa modesta, [46] pero a partir de su nombramiento como pontífice máximo vivió en la residencia oficial de la Vía Sacra. Muchos autores nos lo han descrito como sumamente aficionado al lujo y la suntuosidad. Cuentan, por ejemplo, que hizo demoler por completo una casa de campo, que se había empezado a construir desde los cimientos en el territorio de Aricia y que había acabado a costa de grandes gastos, porque no respondía enteramente a sus deseos, a pesar de hallarse por entonces escaso de recursos y cargado de deudas; y que en sus expediciones llevaba consigo por todas partes pavimentos de mosaico y de baldosas²¹⁵.

Afirman también que marchó contra Britania con la [47] esperanza de conseguir perlas²¹⁶ y que, para comparar su tamaño, las sopesaba a veces en sus propias manos; que ponía siempre una extraordinaria pasión en adquirir piedras preciosas, vasos labrados, estatuas y cuadros de factura antigua; e igualmente esclavos muy bien formados y cultos, a un precio exorbitante y del que se avergonzaba incluso él mismo, hasta el extremo de prohibir su inclusión en las cuentas.

[48] Para acabar, dicen que daba continuamente banquetes en las provincias utilizando dos tipos de triclinios, en uno de los cuales se recostaban sus oficiales y los griegos y en el otro los romanos junto con las personas más distinguidas de las provincias. Mantuvo una disciplina doméstica, tanto en los asuntos de poca monta como en los más importantes, tan estricta y rigurosa, que hizo meter en grillos a un panadero que servía a sus convidados un pan distinto que a él, y castigó con la pena capital a un liberto, que le era muy querido, por

haber seducido a la mujer de un caballero romano, aunque nadie presentaba querrela contra él.

[49] Si bien es cierto que nada, salvo su intimidad con Nicomedes²¹⁷, mancilló su reputación de honesto, aquélla le supuso, sin embargo, una grave y perpetua deshonra y le dejó expuesto a los ultrajes de todos. Omito los conocidísimos versos de Licinio Calvo²¹⁸:

*Todo lo que un día tuvo Bitinia
y el amante de César.*

Paso por alto los discursos de Dolabela²¹⁹ y de Curión padre²²⁰, en los que Dolabela le llama «rival de la reina», «almohada de la litera real», y Curión, por su parte, «establo de Nicomedes» y «lupanar de Bitinia». Dejo [2] también a un lado los edictos de Bíbulo²²¹, en los que llamó públicamente a su colega «reina de Bitinia, que antes se encaprichó con un rey y ahora con la realeza». Por esta época, según cuenta Marco Bruto, un tal Octavio, que, por no estar en su sano juicio, se permitía decir cuanto se le antojaba, después de haber llamado, ante una asamblea muy numerosa, a Pompeyo «rey», se atrevió a saludarle con el nombre de «reina». Pero es que Gayo Memio²²² le acusa incluso de haber servido de copero a Nicomedes, junto con sus otros mozos de placer, en un banquete muy concurrido, estando sentado a la mesa más de un comerciante romano, cuyos nombres cita. Y en [3] cuanto a Cicerón, no contento con haber escrito en algunas de sus cartas que César, tras dejarse conducir por los servidores a la alcoba real, se había acostado en un lecho dorado con colcha de púrpura, y que la flor de la edad de un descendiente de Venus²²³ se había profanado en Bitinia, le llegó a decir un día en el Senado, cuando aquél defendía la causa de Nisa²²⁴, hija de Nicomedes, y recordaba los beneficios que él había recibido de su padre: «Deja eso, por favor, que ya se sabe lo que él te dio y lo que tú le diste». Por último, en la ceremonia del triunfo [4] sobre las Galias, sus soldados, entre otras coplas de las que cantan en broma al seguir el carro del general, entonaron incluso aquella divulgadísima:

*César sometió las Galias, a César Nicomedes:
aquí va hoy, honrado con el triunfo, César, que sometió las Galias,
pero no así Nicomedes, que sometió a César²²⁵.*

[50] Es opinión unánime que fue proclive a los placeres sensuales y derrochador en ellos, y que sedujo a un gran número de mujeres de alcurnia, entre ellas a Postumia, esposa de Servio Sulpicio²²⁶, a Lolía, de Aulo Gabinio²²⁷, a Tertula²²⁸, de Marco Craso, e incluso a Mucia²²⁹, mujer de Gneo Pompeyo. En efecto, al menos a Pompeyo tanto los Curiones, padre e hijo²³⁰, como otros muchos le han reprochado haber recibido más tarde en matrimonio, por deseo de poder, a la hija de un hombre²³¹ por cuya causa había repudiado a su mujer después de haberle dado tres hijos y al que solía llamar entre lamentos «Egisto»²³². Pero amó más que a ninguna a la madre de Marco [2] Bruto, Servilla²³³, a quien ya en su primer consulado compró una perla por valor de seis millones de sestercios, y durante la guerra civil, además de otras donaciones, le hizo adjudicar por una puja mínima inmensas propiedades vendidas en pública subasta, ocasión en la que Cicerón, al ver que muchos se admiraban de la baratura, dijo, con enorme gracia: «Para que lo sepáis, la compra ha sido aún más ventajosa, pues se le ha deducido el tercio»²³⁴. Se creía, en efecto, que Servilla facilitaba también a César los favores de su hija Tercia.

[51] En el siguiente dístico, cantado igualmente por sus soldados en la ceremonia del triunfo sobre las Galias, se muestra claramente que ni siquiera en las provincias respetó a las mujeres casadas:

*Romanos, vigilad a vuestras mujeres: os traemos al adúltero calvo;
en la Galia te gastaste en putas el oro que aquí tomaste prestado.*

[52] Amó también a reinas, entre ellas a Eunoe de Mauritania, esposa de Bogud²³⁵, a la que hizo, así como a su marido, multitud de regalos de valor incalculable, según el testimonio de Nasón²³⁶; pero más que a ninguna a Cleopatra²³⁷: con ella prolongó a menudo los banquetes hasta el amanecer, e incluso se habría adentrado en Egipto hasta Etiopía en la misma nave, una góndola con camarotes, si el ejército no se hubiese negado a seguirle; por último, la hizo venir a Roma²³⁸ y no la dejó partir hasta que la hubo colmado con los mayores honores y presentes, permitiéndole además que le pusiera su nombre al hijo que había tenido²³⁹. Por cierto que algunos autores griegos nos [2] han transmitido que este hijo se parecía a César tanto en su figura como en su modo de andar. Marco Antonio afirmó al Senado que aquél lo había incluso reconocido, y que esto lo sabían

Gayo Macio²⁴⁰, Gayo Opio²⁴¹ y los demás amigos de César; de todos éstos, Gayo Opio, como si el tema requiriera una amplia defensa y justificación, publicó un libro para explicar que el hijo que Cleopatra atribuía a César no era de él. Helvio Cinna²⁴², tribuno de [3] la plebe, confesó a muchas personas haber tenido escrita y preparada una ley, que César le había mandado presentar en su ausencia, por la que se le permitía, a fin de procurarse descendencia, desposar a su libre elección a cuantas mujeres quisiera. Pero, para que a nadie le quede la menor duda de que tuvo una pésima reputación de cometer actos contra natura y adulterios, Curión padre le llama en un discurso suyo «marido de todas las mujeres y mujer de todos los maridos».

[53] Hasta sus enemigos han reconocido que era muy parco en el vino. Es de Marco Catón el dicho de que César fue el único hombre que se dedicó a subvertir el Estado sin darse a la bebida. Asimismo, en lo que se refiere a la comida, Gayo Opio nos lo muestra tan indiferente que cuenta que un día, mientras todos los demás comensales despreciaban un aceite rancio que su anfitrión les servía en lugar de uno reciente, él fue el único que se sirvió de él, incluso en exceso, para no parecer que acusaba a su huésped de negligencia o de falta de modales.

[54] No mostró moderación ni durante sus mandatos militares ni en el desempeño de sus cargos civiles. Como, en efecto, han manifestado algunos autores en sus escritos, cuando era procónsul²⁴³ en Hispania no sólo recibió de los aliados fondos que les había mendigado para hacer frente a sus deudas, sino que también entró a saco, dándoles el trato de enemigas, en algunas fortalezas de los lusitanos, aunque no se negaban a cumplir sus órdenes e [2] incluso le abrían las puertas a su llegada. En la Galia saqueó las capillas y los templos de los dioses llenos de ofrendas, y destruyó ciudades, a menudo más por causa del botín que por el delito cometido; de ahí el hecho de que tuviera oro en abundancia y de que lo vendiera por Italia y las provincias al precio de tres mil sesteracios la libra. En su primer consulado sustrajo del Capitolio tres [3] mil libras de oro y puso en su lugar otro tanto de cobre dorado. Concedió alianzas y reinos por dinero, pues sólo a Ptolomeo²⁴⁴ le sacó casi seis mil talentos en nombre suyo y de Pompeyo. Más tarde, llegó a sostener

sin el menor recato las cargas de las guerras civiles y los gastos de sus triunfos y de sus espectáculos a base de robos y sacrilegios.

En elocuencia y en el arte de la guerra igualó o [55] sobrepasó la gloria de sus más insignes representantes. Después de su discurso de acusación contra Dolabela²⁴⁵, se le contó indudablemente entre los principales abogados. Al menos Cicerón, al enumerar a los oradores en su *Bruto*²⁴⁶, dice que no ve a ninguno a quien César deba considerarse inferior, y añade que tiene un estilo oratorio refinado, brillante, e incluso grandioso y, en cierto modo, noble, y en una carta a Cornelio Nepote se refirió también a él en los siguientes términos: «¿Pues qué?, ¿a qué orador [2] antepondrás a éste de esos que no han hecho ninguna otra cosa?, ¿quién es más sutil o más rico en pensamientos?, ¿quién más florido o más elegante en las expresiones?». Al menos en su juventud, parece haber seguido el tipo de elocuencia de César Estrabón²⁴⁷, de quien reprodujo incluso al pie de la letra en su *divinado*²⁴⁸ algunos pasajes tomados del discurso que se titula *En defensa de los sardos*. Por otra parte, se dice que declamaba con voz clara y con ademanes y gestos vehementes, pero no sin encanto. [3] Dejó varios discursos, entre los cuales hay algunos que se le atribuyen sin fundamento. Augusto considera con razón que el llamado *En defensa de Quinto Metelo*²⁴⁹ fue recogido por taquígrafos²⁵⁰, que reproducían mal las palabras del orador, más que publicado por él mismo; de hecho, en algunos ejemplares encuentro que ni siquiera aparece bajo el nombre de *En defensa de Metelo*, sino *El que escribió para Mételo*, siendo así que este discurso lo pronunció César en persona, justificándose a sí mismo y a Mételo contra las acusaciones de sus comunes detractores. También el titulado *A los soldados en Hispania* se resiste [4] el mismo Augusto a considerarlo suyo, a pesar de que circulan dos: uno que se supone pronunciado antes del primer combate, y otro antes del último, del que Asinio Polión²⁵¹ dice que César no tuvo ni siquiera tiempo de arengar a sus soldados por la súbita incursión de los enemigos.

Dejó también unos *Comentarios* de sus campañas de [56] la guerra de las Galias y de la guerra civil contra Pompeyo, pues de las guerras de Alejandría, de África y de Hispania el autor no es seguro: unos las atribuyen a Opio²⁵² y otros a Hircio²⁵³, que al menos

completó también el último e inacabado libro de la guerra de las Galias. Acerca de estos comentarios de César, Cicerón habla así en el mismo *Bruto*²⁵⁴: «Escribió unos comentarios que merecen [2] sin duda la mayor aprobación: son escuetos, directos y llenos de encanto, desprovistos de todo adorno de estilo, como un cuerpo al que se ha quitado su ropaje; pero mientras que con ellos quiso dejar preparado a los demás un material en que pudieran basarse quienes quisieran escribir la historia; dio quizá gusto a los ineptos, que querrán adornarlo con falsos ornamentos literarios, pero a los hombres sensatos les ha quitado ciertamente la voluntad [3] de escribir». Hircio²⁵⁵ hace de estos mismos comentarios el siguiente elogio: «Han merecido tan unánime aprobación, que parece que han quitado a los escritores la facultad de escribir más que dársela. Nuestra admiración en este asunto es, sin embargo, mayor que la de los demás: los otros, en efecto, conocen cuánta bondad y corrección hay en su estilo; nosotros, además, sabemos con qué facilidad [4] y rapidez los escribió». Asinio Polión²⁵⁶ considera que han sido compuestos con poco cuidado y poco respeto a la verdad, porque César, según él, las más de las veces ha dado a la ligera crédito a las acciones realizadas por otros y, en cuanto a las suyas, las ha expuesto faltando a la verdad, sea intencionadamente, sea también por falta de memoria, y opina que tenía la intención de rehacerlos [5] y corregirlos. Dejó también dos libros *Sobre la analogía*, otros dos *Anticatones* y, además, un poema titulado *El viaje*. Compuso la primera de estas obras al atravesar los Alpes, cuando volvía de la Galia Citerior a reunirse con su ejército después de haber celebrado sus audiencias; la siguiente, por el tiempo de la batalla de Munda²⁵⁷; la última, durante los veintitrés días que duró su trayecto de [6] Roma a la Hispania Ulterior. Se conservan también sus cartas al Senado, que parece haber sido el primero en componer en páginas y a la manera de un cuaderno de notas, mientras que antes los cónsules y generales sólo las enviaban escritas a todo lo largo del folio. También se conservan las dirigidas a Cicerón, así como las que escribía a sus familiares sobre asuntos domésticos, en las que, si quería transmitir algún mensaje más confidencial, lo escribía cifrado, es decir, colocando de tal manera el orden de las letras que no podía obtenerse ninguna palabra: si alguien quiere descifrar estas palabras y obtener su sentido, debe cambiar la cuarta letra del

alfabeto, es decir la D, por la A, y así sucesivamente²⁵⁸. Se citan asimismo [7] algunos escritos de su niñez y de su primera juventud²⁵⁹, como, por ejemplo, el titulado *Alabanzas de Hércules*, la tragedia *Edipo* y una *Colección de sentencias*; pero Augusto prohibió que todas estas obritas se pusieran a disposición del público por medio de una carta, de suma brevedad y sencillez, dirigida a Pompeyo Macro²⁶⁰, a quien había encargado la organización de las bibliotecas.

Era un hombre de gran experiencia en las armas y en [57] la equitación, resistente a la fatiga hasta extremos increíbles. En las marchas iba delante, algunas veces a caballo, más a menudo a pie, con la cabeza descubierta, hiciera sol o lloviese; recorrió trayectos muy largos con una rapidez increíble, sin bagajes, en un carro de alquiler, a razón de cien mil pasos por día; si los ríos obstaculizaban su camino, los atravesaba a nado o con la ayuda de odres inflados, de suerte que en muchas ocasiones llegó antes que los mensajeros que había despachado.

[58] No se puede decir con certeza si era más prudente o más temerario al realizar sus expediciones, pues ni condujo jamás a su ejército por caminos favorables a las emboscadas sin haber observado atentamente la naturaleza de los lugares, ni lo transportó a Britania sin haber previamente explorado por sí mismo²⁶¹ los puertos, la navegación y el acceso a la isla. Pero al mismo tiempo, cuando recibió la noticia del asedio de sus campamentos en Germania, llegó hasta los suyos atravesando los puestos de [2] guardia enemigos disfrazado de galo. Pasó de Brindisi a Durazzo²⁶² en invierno, por en medio de las flotas enemigas, y como las tropas, a las que había dado orden de seguirle, se demoraban, después de haberlas mandado inútilmente a buscar muchas veces, acabó por embarcarse él mismo, en secreto y por la noche, en un pequeño navio, solo, con la cabeza tapada, y no descubrió su identidad ni permitió al piloto ceder al temporal que soplaba de frente hasta que las olas estuvieron a punto de engullirlo²⁶³.

Ningún escrúpulo religioso le apartó jamás de algo que [59] hubiera emprendido ni le sirvió de rémora²⁶⁴. Aunque se le había escapado la víctima en el momento de inmolarla, no aplazó su marcha contra Escipión y Juba²⁶⁵. Es más, cuando al desembarcar

dio un resbalón, volviendo el presagio a su favor, exclamó: «Te tengo, África». Sin embargo, para eludir los vaticinios, que presentaban el nombre de los Escipiones como afortunado e invencible en esta provincia por decisión del destino, mantuvo a su lado en el campamento a un individuo sumamente despreciable de la familia de los Cornelios, al que apodaban Salvitón²⁶⁶ a causa de la infamia de su conducta.

Entraba en combate no sólo conforme a un plan preconcebido, [60] sino aprovechando la ocasión, y con frecuencia inmediatamente después de una marcha, a veces con tiempo muy nublado, cuando menos podía esperarse que iba a ponerse en movimiento; sólo al final de su vida se hizo más indeciso para combatir, pues opinaba que cuantas más veces hubiese vencido, tanto menos debía tentar a la suerte, y que una victoria no le reportaría ningún beneficio tan grande como lo que podía perder con una derrota. Nunca puso en fuga a ningún enemigo sin despojarle a la vez de sus reales: de suerte que no les daba tiempo para recobrase de su terror²⁶⁷. Cuando el combate estaba indeciso, despachaba los caballos, y en primer lugar el suyo, para que, suprimido el recurso de la fuga, se impusiera una mayor necesidad de resistir²⁶⁸.

[61] Montaba, por otra parte, un caballo extraordinario, de pezuñas casi humanas y con los cascos hendidos a modo de dedos²⁶⁹; había nacido en su casa y, como los arúspices habían vaticinado que presagiaba a su dueño el dominio del globo terráqueo, lo crió con gran cuidado y fue el primero en montarlo, porque no soportaba otro jinete; más tarde, dedicó incluso una estatua suya delante del templo de Venus Genetrix²⁷⁰.

[62] A menudo, él solo restableció en su puesto al ejército que se había declarado en fuga, cerrando el paso a los que huían, reteniéndolos uno por uno, torciéndoles el cuello para volverlos contra el enemigo, y ello muchas veces, estando los soldados hasta tal punto dominados por el pánico, que un portador del águila le amenazó, cuando intentaba detenerle, con la punta del estandarte²⁷¹ y otro, en similar ocasión, abandonó la enseña en sus manos.

Aunque no es de menor importancia aquella entereza [63] suya, aún podrían citarse ejemplos más representativos. Después de la batalla de Farsalia, cuando, tras haber enviado por delante sus tropas

a Asia, atravesaba el estrecho del Helesponto en un pequeño navío de transporte, le salió al encuentro Lucio Casio, del bando contrario, con diez naves de guerra; César no le evitó, sino que se acercó a él, tomó la delantera para exhortarle a rendirse y lo recibió a bordo atendiendo a su petición de gracia.

En Alejandría²⁷², con ocasión del asalto de un puente, [64] se vio obligado a saltar a una barca por una brusca salida del enemigo, pero como otros muchos soldados se lanzaban también sobre la misma, se arrojó al mar y a nado recorrió doscientos pasos hasta llegar a una nave próxima, manteniendo en alto la mano izquierda para que no se mojaran los escritos que llevaba, y arrastrando con los dientes su manto de general para evitar que el enemigo se apoderara de él como botín.

No valoraba a sus soldados ni por sus costumbres ni [65] por su fortuna²⁷³, sino únicamente por sus fuerzas, y los trataba con tanta severidad como indulgencia. No les ponía, en efecto, freno en todo lugar y momento, sino cuando el enemigo estaba cerca: entonces principalmente les exigía el más severo cumplimiento de la disciplina, hasta el extremo de no notificarles ni la hora de la marcha ni la del combate, sino que los mantenía preparados y atentos en todo momento y los llevaba de improviso a donde quería. Con mucha frecuencia, incluso lo hacía sin motivo, especialmente en los días lluviosos y festivos. A menudo les advertía que le vigilaran estrechamente, y de súbito se escapaba, de día o de noche, y apresuraba su marcha para cansarlos cuando eran demasiado lentos en seguirle.

[66] Cuando estaban aterrorizados por la fama de los contingentes enemigos, fortalecía su valor no negándola ni restándole importancia, sino exagerándola aún por medio de embustes. Así, al ver que la expectación de la llegada de Juba los tenía presos del pánico, los convocó en asamblea para decirles: «Sabed que dentro de muy pocos días estará aquí el rey con diez legiones, treinta mil jinetes, cien mil soldados armados a la ligera y trescientos elefantes. Así pues, que algunos dejen de hacer más averiguaciones o de emitir su opinión y que me crean a mí, que lo sé de cierto; o, desde luego, daré orden de embarcarlos en la nave más vieja para que el viento los conduzca a su capricho adonde sea».

[67] En cuanto a las faltas, ni las tenía todas en consideración, ni las sancionaba en proporción a su magnitud, sino que, si bien perseguía y castigaba con la mayor severidad a los desertores y sediciosos, hacía la vista gorda con los demás. Algunas veces, después de una gran batalla y de una gran victoria, eximía a sus hombres de los deberes del servicio y les daba entera libertad para abandonarse a todo tipo de excesos, pues solía jactarse de que sus soldados [2] podían luchar bien incluso perfumados. En la asamblea no los llamaba «soldados», sino «conmilitones»²⁷⁴, dándoles un apelativo más afectuoso, y ponía en ellos tanto cuidado que los equipaba con armas guarnecidas de plata y de oro, tanto para ostentación como para conseguir que su firmeza en el combate fuera mayor por miedo de perderlas. Los estimaba también en tal grado que, cuando se enteró de la derrota de Titurio²⁷⁵, se dejó crecer la barba y el cabello y no se los cortó hasta que lo hubo vengado.

Con este método, los hizo muy adictos a él y de un [68] valor extraordinario. Al emprender la guerra civil, los centuriones de cada legión le ofrecieron equipar cada uno a un jinete a expensas de su propio peculio y todos los soldados su concurso gratuito, sin trigo ni soldada, tomando los más ricos a su cargo la manutención de los más pobres. En tan íargo espacio de tiempo como duró la guerra, absolutamente ninguno de ellos desertó, y muchos de los que habían caído prisioneros rechazaron la vida que se les ofrecía a condición de que aceptaran luchar contra él²⁷⁶. Aguantaban el hambre y las demás necesidades no sólo [2] cuando sufrían un asedio, sino también cuando eran ellos los que asediaban a otros, en tal medida que, cuando Pompeyo vio en las trincheras de Durazzo la especie de pan de yerba²⁷⁷ con que se sustentaban, exclamó que estaba tratando con fieras y mandó hacerlo desaparecer rápidamente, sin enseñárselo a nadie, para que no se quebrantaran los ánimos de los suyos al ver la paciencia y la perseverancia del enemigo. Lo que prueba con cuánta [3] bravura lucharon es que, por una sola vez que fueron denotados ante Durazzo²⁷⁸, ellos mismos pidieron un castigo voluntariamente, de modo que su general tuvo que consolarlos más que castigarlos²⁷⁹. En los demás combates vencieron fácilmente a las tropas innumerables del enemigo, a pesar de ser ellos, en muchas ocasiones, muy inferiores en número. Para terminar, una sola cohorte²⁸⁰ de la sexta legión, a la que se había encomendado la

defensa de un fuerte, resistió durante varias horas a cuatro legiones de Pompeyo, y casi todos sus hombres perecieron acribillados por una lluvia de flechas enemigas, de las que se encontraron ciento treinta mil dentro de la empalizada. [4] Y no es de extrañar si se presta atención a las acciones individuales, como las del centurión Casio Esceva²⁸¹ o la del soldado Gayo Acilio²⁸², para no mencionar las de otros. Esceva, con un ojo vacío, el muslo y el hombro traspassados y su escudo perforado por ciento veinte flechazos, siguió defendiendo la puerta del fuerte que se le había confiado. A Acilio le cortaron la mano derecha en un combate naval junto a Marsella cuando asía con ella la popa de una nave enemiga, pero él, siguiendo el ejemplo de Cinegiro²⁸³, famoso entre los griegos, saltó a la nave enemiga atacando con el muñón a los que le salían al paso.

Durante los diez años que duró la guerra de las Galias [69] sus soldados no se amotinaron jamás; en el transcurso de las guerras civiles lo hicieron algunas veces, pero para volver rápidamente a su deber, y no tanto por la indulgencia de su general como por su entereza. En efecto, César no cedió jamás ante los sediciosos, e incluso siempre les hizo frente: precisamente, cerca de Plasencia²⁸⁴, licenció con ignominia a la novena legión en su totalidad, aunque Pompeyo estaba todavía en armas, y sólo después de muchos ruegos y súplicas la volvió a admitir de mala gana, y no sin haber castigado a los culpables.

En cuanto a los soldados de la décima legión, que [70] reclamaban en otra ocasión²⁸⁵ en Roma su licenciamiento y recompensas con grandes amenazas y poniendo incluso a la ciudad en gravísimo peligro, no vaciló, aunque sus amigos intentaban disuadirle, en presentarse ante ellos y licenciarlos a pesar de que por entonces ardía la guerra en África; pero con una sola palabra, llamándoles «ciudadanos» en lugar de soldados, los mudó y doblegó tan fácilmente, que al punto le respondieron que eran soldados y, a pesar de su rechazo, le siguieron voluntariamente a África; e incluso así, a los más sediciosos les impuso una multa de la tercera parte del botín, así como de los campos que les tenía destinados.

[71] No le faltaron, ni siquiera en su juventud, solicitud y lealtad con respecto a sus clientes. Defendió contra el rey Hiempsal²⁸⁶ a Masinta²⁸⁷, joven de noble linaje, con tanto ardor que, en el

altercado, tiró de la barba a Juba²⁸⁸, hijo del rey, e incluso, cuando su cliente fue declarado tributario²⁸⁹, lo arrancó al punto de las manos de quienes se lo llevaban, lo ocultó en su casa durante largo tiempo, y luego, cuando partió para Hispania al término de su pretura²⁹⁰, se lo llevó en su propia litera, entre los que le escoltaban para despedirle y sus lictores con las fascas.

[72] Trató siempre a sus amigos con tanta amabilidad y benevolencia que, cuando Gayo Opio²⁹¹ le acompañaba por un camino en un bosque y se sintió repentinamente enfermo, le cedió el único alojamiento que había y él se acostó en el suelo y al aire libre. Asimismo, cuando ya era poderoso, promovió a los más altos honores incluso a algunas personas de muy baja alcurnia y, como recibía reproches por ello, declaró abiertamente que, si se hubiese valido de la ayuda de ladrones y asesinos para defender su dignidad, habría demostrado incluso a tales individuos igual agradecimiento.

Por el contrario, nunca alimentó ningún odio tan grave [73] como para no renunciar a él de buena gana si se presentaba la ocasión. A pesar de haber respondido por escrito a los muy mordaces discursos de Gayo Memio²⁹² con no menor acritud, más tarde le dio incluso su apoyo en la candidatura al consulado. Cuando Gayo Calvo²⁹³, después de sus famosos epigramas, trataba por mediación de unos amigos de reconciliarse con él, César le escribió el primero y por propia iniciativa. Aunque no se le ocultaba que Valerio Catulo, con sus ligeros versos sobre Mamurra²⁹⁴, había echado sobre él una deshonra indeleble, cuando éste le dio explicaciones, le invitó a su mesa ese mismo día y continuó aceptando la hospitalidad de su padre, como tenía por costumbre.

Como era también por naturaleza muy benévolo a la [74] hora de tomar venganza, cuando tuvo en su poder a los piratas que le habían capturado²⁹⁵, puesto que con anterioridad había jurado que los haría colgar de una cruz, mandó crucificarlos, pero ordenando que los degollaran antes; nunca pensó en hacer daño a Cornelio Fagita, a pesar de que, cuando se encontraba enfermo y tenía que ocultarse para no ser conducido ante Sila²⁹⁶, a duras penas había conseguido, acudiendo al soborno, escapar a las asechanzas que le tendía por la noche; castigó con la muerte, pero sin someterlo a tortura, a Filemón, su esclavo amanuense, que había prometido a sus

enemigos envenenarle; [2] cuando fue citado como testigo contra Publio Clodio²⁹⁷, amante de su mujer Pompeya y acusado, por la misma causa, de profanación de una ceremonia religiosa, declaró que no sabía nada con certeza, aunque tanto su madre Aurelia²⁹⁸ como su hermana Julia²⁹⁹ habían hecho ante los mismos jueces una declaración completa y fiel, y cuando le preguntaron por qué entonces había repudiado a su mujer, dijo: «Porque considero que los míos deben estar tan libres de sospecha como de culpa».

[75] Son admirables, por cierto, la moderación y la clemencia de que hizo gala en la guerra civil, tanto en su forma de dirigirla como cuando se alzó con la victoria. Mientras Pompeyo afirmaba que tendría por enemigos a todos aquellos que hubiesen negado su apoyo al Estado, él declaró que contaría entre los suyos a los que permanecieran neutrales y sin adscribirse a ninguno de los dos bandos. Otorgó la facultad de pasarse al enemigo a todos los soldados a los que había promovido a centuriones por recomendación [2] de Pompeyo. Cuando se entablaron junto a Lérida negociaciones para la rendición, y el trato y el comercio entre ambos ejércitos era continuo, Afranio y Petreyo, llevados de un súbito arrepentimiento, mandaron matar a los julianos que cogieron dentro de su campamento³⁰⁰; y, sin embargo, César no pensó en imitar la perfidia que se había cometido contra él. En la batalla de Farsalia gritó que se respetara la vida de los conciudadanos, y luego concedió a cada uno de los suyos el poder salvar a un hombre del bando contrario, a su libre elección. No se encontrará [3] tampoco que ningún pompeyano haya perecido sino en el combate, con la única excepción de Afranio, Fausto³⁰¹ y Lucio César el joven³⁰²; y parece que ni siquiera éstos fueron pasados por las armas por orden suya, a pesar de que los dos primeros se habían rebelado después de haber obtenido su perdón y de que el último de ellos había hecho matar cruelmente a hierro y fuego a los libertos y esclavos de César, e incluso degollar en masa las bestias que [4] él había adquirido para un espectáculo público. Finalmente, en sus últimos años permitió a todos regresar a Italia, incluso a aquellos a los que todavía no había perdonado, y recibir cargos públicos y mandos militares; hizo incluso erigir de nuevo las estatuas de Lucio Sila y de Pompeyo derribadas por la plebe³⁰³; y en lo sucesivo prefirió reprimir las intrigas y difamaciones que pudieran surgir contra [5] él a

castigarlas. Así, las conjuras y conciliábulos nocturnos que había descubierto no los denunció sino haciendo saber por un edicto que le eran conocidos; se contentó con advertir ante la asamblea a las personas que le criticaban que no siguieran haciéndolo, y soportó con magnanimidad que su reputación se viera mancillada por el libelo lleno de infamias de Aulo Cecina³⁰⁴ y por los versos totalmente injuriosos de Pitolao.

[76] Sin embargo, predominan sobre éstos otros actos y dichos suyos, que hacen pensar que abusó del poder y que fue asesinado con razón. En efecto, no sólo aceptó honores excesivos, como varios consulados seguidos³⁰⁵, la dictadura y la prefectura de las costumbres a perpetuidad, además del prenombre de *Imperator*, el sobrenombre de Padre de la Patria, una estatua entre los reyes y un estrado en la orquesta³⁰⁶, sino que permitió también que se le otorgaran por decreto otras distinciones que sobrepasan incluso la condición humana: un trono de oro en la curia y en su tribunal, un carro y unas andas en la procesión del circo³⁰⁷, templos, altares, estatuas junto a los dioses, un lecho sagrado³⁰⁸, un flamen³⁰⁹, unos nuevos lupercos³¹⁰, el que un mes se designara con su nombre³¹¹; y no hubo cargo público que no recibiera u otorgara a su [2] capricho. Desempeñó su tercer y cuarto consulado³¹² sólo nominalmente, contentándose con el poder dictatorial que se le había conferido junto con los consulados, y en esos dos años nombró sustitutos suyos para los tres últimos meses a dos cónsules³¹³, de modo que en el intervalo no celebró otras elecciones que las de los tribunos y ediles de la plebe, y nombró prefectos en calidad de pretores, para que administraran durante su ausencia los asuntos de la ciudad. Por otra parte, como la muerte repentina de un cónsul³¹⁴ la víspera de las calendas de enero había dejado este cargo vacante por unas pocas horas, se lo dio a aquel que se lo pidió. Con la misma arbitrariedad, y [3] haciendo caso omiso de las costumbres tradicionales, distribuyó magistraturas para varios años, concedió las insignias consulares a diez expretores y admitió en el Senado a personas gratificadas con el derecho de ciudadanía y a algunos galos semibárbaros³¹⁵. Puso además al frente de la Casa de la Moneda y de las rentas públicas a esclavos suyos. Encomendó el cuidado y el mando de tres legiones que dejaba en Alejandría a Rufión, hijo de uno de sus libertos y mozo suyo de placer.

No eran menos insolentes las palabras que pronunciaba [77] en público, según el testimonio de Tito Ampio³¹⁶: que la república no era nada, un simple nombre sin cuerpo ni figura; que Sila se comportó como un analfabeto cuando abandonó la dictadura; que los hombres debían ahora dirigirse a él con más respeto y tener sus palabras por ley. Llegó a tal extremo de arrogancia que, cuando en cierta ocasión el arúspice le anunció que las entrañas de la víctima eran funestas y que no tenía corazón, dijo que serían de mejor augurio cuando él quisiera y que no debía tenerse por un portento el que a un animal le faltara el corazón³¹⁷.

[78] Pero fue sobre todo con el siguiente comportamiento con lo que suscitó el odio más grave y fatal para él. Un día en que el Senado en pleno acudía ante él cargado de decretos que le conferían los más altos honores, lo recibió delante del templo de Venus Genetrix sin abandonar su asiento. Algunos opinan que, cuando hacía intención de levantarse, fue retenido por Cornelio Balbo³¹⁸; otros, que ni siquiera lo intentó en absoluto, antes bien, dirigió una mirada muy poco amistosa a Gayo Trebacio³¹⁹, que le indicaba que se pusiera en pie. Y esta actitud suya pareció 2 tanto más intolerable cuanto que él mismo, al pasar en uno de sus triunfos por delante de los asientos de los tribunos, se indignó de tal modo al ver que Poncio Aquila³²⁰ era el único del colegio que no se levantaba, que exclamó: «¡Intenta, pues, de nuevo conseguir de mí la república, tribuno Aquila!», y durante varios días todas las promesas que hacía las ponía bajo esta condición: «si Poncio Aquila, no obstante, lo permite».

A la ofensa tan grande que significaba este menosprecio [79] del Senado añadió una acción mucho más arrogante. Cuando volvía a Roma después del sacrificio de las fiestas Latinas³²¹ entre las aclamaciones desmedidas e inusitadas del pueblo, uno de entre la multitud colocó sobre su estatua una corona de laurel con una cinta blanca³²² atada alrededor; los tribunos de la plebe Epidio Marulo y Cesecio Flavo dieron entonces la orden de quitar la cinta a la corona y encarcelar al hombre, pero César, afligido por el poco éxito que había tenido la alusión a la realeza, o bien, como pretendía él, porque se le había arrebatado la gloria de rehusarla, reprendió duramente a los tribunos y los destituyó de su cargo. A partir de ese

momento, no [2] pudo alejar de sí la ignominia de que había incluso aspirado al título de rey, a pesar de que un día respondió a la plebe que le saludaba con este nombre que él era César, no un rey, y de que durante las Lupercales³²³ rechazó en la tribuna de las arengas la diadema que el cónsul Antonio³²⁴ había acercado repetidamente a su cabeza y la envió al Capitolio como ofrenda a Júpiter Óptimo Máximo. [3] Aún más, corrieron varios rumores de que pensaba trasladarse a Alejandría o a Ilión, llevándose consigo las riquezas del Estado, agotando a Italia a base de levas y confiando la administración de Roma a sus amigos; y de que en la próxima reunión del Senado el quincecenviro Lucio Cota³²⁵ elevaría la propuesta de que se le diera el nombre de rey, puesto que en los libros sibilinos estaba escrito que sólo un rey podía vencer a los partos³²⁶.

[80] Ésta fue la causa de que los conjurados aceleraran los planes que habían tramado, para no verse en la obligación de aprobar esta propuesta. Así pues, fundieron todos en uno solo los acuerdos tomados antes en diversas reuniones, y a los que habían llegado a menudo por grupos de dos o de tres, en vista de que ya ni siquiera el pueblo estaba contento con la situación presente, sino que, a escondidas y a las claras, rechazaba la tiranía y reclamaba [2] libertadores. Cuando se admitió a extranjeros en el Senado ³²⁷, apareció el siguiente pasquín: «¡Por el bien general!³²⁸ Que nadie indique a un nuevo senador dónde está la curia», y todas partes se cantaban estos versos:

César exhibe a los galos en su triunfo y luego los introduce en la curia;

los galos se han quitado sus bragas³²⁹ y han tomado el laticlavo³³⁰.

Cuando al entrar en el teatro Quinto Máximo³³¹, el [3] cónsul que César había designado como su suplente por tres meses, el lictor anunció su llegada según la costumbre, todo el mundo gritó que él no era cónsul. En las elecciones que siguieron³³² a la destitución de los tribunos Cesecio y Marulo³³³ se encontró un gran número de votos que los designaban como cónsules. Algunos escribieron al pie de la estatua de Lucio Bruto³³⁴: «¡ojalá vivieses!», y al pie de la del propio César:

Bruto, por haber expulsado a los reyes, fue el primero en ser nombrado cónsul;

Éste, por haber expulsado a los cónsules, ha sido a la postre nombrado rey.

[4] Conspiraron contra él más de sesenta personas, siendo los cabecillas de la conjura Gayo Casio³³⁵, Marco³³⁶ y Décimo Bruto³³⁷. Dudaban primero si, divididos en dos grupos, unos lo arrojarían del puente³³⁸ mientras llamaba a las tribus a votar durante las elecciones en el Campo de Marte y otros lo recogerían abajo para matarle, o si le atacarían en la Vía Sacra o al entrar al teatro, pero, cuando se convocó al Senado para los idus de marzo en la curia de Pompeyo³³⁹, no dudaron en preferir esta fecha y lugar.

Empero, prodigios evidentes anunciaron a César el asesinato [81] del que iba a ser víctima. Pocos meses antes, cuando los colonos establecidos en la colonia de Capua por la ley Julia³⁴⁰ demolían unos sepulcros antiquísimos para levantar casas de campo y lo hacían con un gran esmero por el hecho de que al explorarlos encontraban numerosos vasos de factura antigua, se halló en la tumba en que, según la tradición, estaba enterrado Capis, fundador de Capua, una tabla de bronce escrita en lengua y caracteres griegos con el siguiente significado: que en el momento en que se hubiesen desenterrado los huesos de Capis tendría lugar la muerte de un descendiente de Julio a manos de sus hermanos de raza, vengada luego con grandes desastres para Italia. Para que no se considere esta historia [2] como un cuento totalmente inventado, tenemos como garantía de ella la autoridad de Cornelio Balbo³⁴¹, amigo muy íntimo de César. Unos días antes de su muerte, tuvo noticias de que las manadas de caballos, que había consagrado al río Rubicón al atravesarlo y dejado sueltas y sin guardián, rehusaban obstinadamente el pasto y vertían abundantes lágrimas. Mientras él hacía un sacrificio, el arúspice Espurina le aconsejó también que se guardara de un peligro que no se aplazaría más allá de los idus de [3]marzo. La víspera de estos mismos idus, unas aves de diferentes especies se lanzaron, desde un bosque cercano, en persecución de un pájaro reyezuelo que, llevando una rama de laurel, penetraba en la curia de Pompeyo, y lo despedazaron allí mismo. Es más, la noche que precedió al día del crimen el propio César se vio a sí mismo en sueños, unas veces volando por encima de las nubes, otras estrechando la diestra de Júpiter; por su parte, su mujer Calpurnia³⁴² se figuró que se derrumbaba el techo de la casa y que su marido era asesinado en sus brazos; y de improviso las puertas del dormitorio se abrieron solas. [4] Debido a estos presagios, y también al mal estado

de su salud, estuvo largo tiempo dudando si quedarse en casa y aplazar los asuntos que tenía pensado tratar en el Senado; pero al fin, como Décimo Bruto³⁴³ le exhortaba a no defraudar a los senadores, que, en gran número, le esperaban desde hacía tiempo, salió de casa aproximadamente a la hora quinta³⁴⁴; a su paso, un individuo le tendió un escrito que delataba la conjura, pero César lo juntó con las demás peticiones que llevaba en la mano izquierda, como para leerlo más tarde. Luego, después de haber sacrificado muchas víctimas y en vista de que no podía conseguir presagios favorables, entró en la curia despreciando el escrúpulo religioso, riéndose de Espurina y acusándolo de farsante, porque los idus de marzo habían llegado sin que a él le sobreviniera ningún mal, aunque aquél replicó que, efectivamente, habían llegado, pero que no habían pasado.

[82] En el momento en que tomaba asiento, los conjurados le rodearon so pretexto de presentarle sus respetos, y en el acto Tilio Cimbro³⁴⁵, que había asumido el papel principal, se acercó más, como para hacerle una petición, y, al rechazarle César y aplazarlo con un gesto para otra ocasión, le cogió de la toga por ambos hombros; luego, mientras César gritaba «¡Esto es una verdadera violencia!», uno de los dos Cascas³⁴⁶ le hirió por la espalda, un poco más abajo de la garganta. César le cogió el [2] brazo, atravesándoselo con su punzón³⁴⁷, e intentó lanzarse fuera, pero una nueva herida le detuvo. Dándose cuenta entonces de que se le atacaba por todas partes con los puñales desenvainados, se envolvió la cabeza en la toga, al tiempo que con la mano izquierda dejaba caer sus pliegues hasta los pies, para caer más decorosamente, con la parte inferior del cuerpo también cubierta. Así fue acribillado por veintitrés puñaladas, sin haber pronunciado ni una sola palabra, sino únicamente un gemido al primer golpe, aunque algunos han escrito que, al recibir el ataque de Marco Bruto, le dijo: «¿Tú también, hijo?»³⁴⁸. [3] Mientras todos huían a la desbandada, quedó allí sin vida por algún tiempo, hasta que tres esclavos lo llevaron a su casa, colocado sobre una litera, con un brazo colgando. Según el dictamen del médico Antistio, no se encontró entre tantas heridas ninguna mortal, salvo la que había recibido en [4] segundo lugar en el pecho. Los conjurados habían proyectado arrastrar el cuerpo del muerto hasta el Tíber, confiscar sus bienes y anular sus disposiciones, pero

desistieron por miedo al cónsul Marco Antonio³⁴⁹ y al jefe de la caballería, Lépido³⁵⁰.

[83] A petición de su suegro Lucio Pisón³⁵¹, se abre y se lee en casa de Antonio el testamento que César había escrito en los pasados idus de septiembre en su quinta de Lávico y que había confiado a la vestal máxima. Quinto Tuberón³⁵² dice que tuvo por costumbre, desde su primer consulado hasta el comienzo de la guerra civil, designar por heredero a Gneo Pompeyo, y que leyó un testamento redactado en estos términos ante la asamblea de sus soldados. [2] Pero en su último testamento nombró tres herederos, los nietos de sus hermanas: Gayo Octavio³⁵³, de las tres cuartas partes, y Lucio Pinario y Quinto Pedio³⁵⁴, de la cuarta restante; al final del documento adoptaba incluso a Gayo Octavio dentro de su familia, dándole su nombre; nombraba a muchos de sus asesinos entre los tutores del hijo que pudiera nacerle, e incluso a Décimo Bruto entre sus segundos herederos. Legó, por último, al pueblo sus jardines cercanos al Tíber, para uso de la colectividad, y trescientos sestercios por cabeza.

Anunciada la fecha de los funerales³⁵⁵, se levantó la [84] pira en el Campo de Marte, junto a la tumba de Julia³⁵⁶, y se edificó ante la tribuna de las arengas una capilla dorada, según el modelo del templo de Venus Genetrix; dentro de ella se instaló un lecho de marfil, guarnecido de oro y púrpura, y en su cabecera un trofeo con las vestiduras que llevaba cuando fue asesinado. Como no parecía que el día pudiera dar abasto a las personas que traían ofrendas, se ordenó que cada uno, sin observar ningún orden, las llevara al Campo de Marte, por las calles de la ciudad que quisiera. En el transcurso de los juegos fúnebres [2] se cantaron algunos versos a propósito para inspirar la lástima y el rencor por su asesinato, tomados, como el siguiente, del *Juicio de las armas* de Pacuvio,

¿Acaso los salvé para que se convirtieran en mis asesinos?,

y de la *Electra* de Atilio, de significado parecido. En lugar del elogio fúnebre, el cónsul Antonio hizo leer por un heraldo el decreto del Senado por el que éste había otorgado a César todos los honores divinos y humanos a la vez, así como el juramento por el que todos sin excepción se habían comprometido a proteger su vida; a esto añadió por su parte muy pocas palabras. El lecho fúnebre fue [3]

llevado al Foro ante la tribuna de las arengas por magistrados en ejercicio y exmagistrados; y mientras unos proponían quemarlo en el santuario de Júpiter Capitolino y otro en la curia de Pompeyo, de repente dos individuos ceñidos con espada y blandiendo dos venablos cada uno le prendieron fuego por debajo con antorchas de cera ardiendo, y al punto la muchedumbre de los circunstantes amontonó sobre él ramas secas, los estrados de los jueces con sus asientos y todo lo que por allí había para ofrenda. [4] Luego, los tañedores de flauta³⁵⁷ y los actores se despojaron de las vestiduras que se habían puesto para la ocasión sacándolas del equipo de sus triunfos y, tras hacerlas pedazos, las arrojaron a las llamas; los legionarios veteranos lanzaron también sus armas, con las que se habían adornado para celebrar los funerales; e incluso muchas matronas las joyas que llevaban, y las bulas³⁵⁸ y las [5] pretextas de sus hijos. En medio de estas muestras de duelo por parte del pueblo, una multitud de extranjeros, concentrándose en grupos, manifestó también su dolor, cada uno según sus costumbres, particularmente los judíos³⁵⁹, que se congregaron incluso junto a la pira varias noches seguidas.

[85] Nada más terminar los funerales, la plebe se dirigió con antorchas hacia las casas de Bruto y de Casio y, luego que fue a duras penas rechazada, se encontró por el camino a Hel & Cinna³⁶⁰ y lo asesinó, por un error de nombre, creyendo que se trataba de Cornelio³⁶¹, a quien buscaba por haber pronunciado la víspera una violenta arenga contra César; luego paseó su cabeza clavada en una lanza. Más tarde, levantó en el Foro una columna maciza, de unos veinte pies, de mármol de Numidia y grabó en ella esta inscripción: «Al Padre de la Patria». Durante largo tiempo continuó ofreciendo sacrificios al pie de esta columna, formulando votos y dirimiendo algunas discusiones por el procedimiento de jurar en el nombre de César.

César dejó en algunos de sus parientes la sospecha de [86] que no había querido vivir más ni puesto interés en ello porque, al parecer, no gozaba de buena salud³⁶², y de que por esa razón había despreciado los presagios de los sacrificios y las advertencias de sus amigos. Hay quienes creen que la causa de que suprimiera incluso las guardias de hispanos que lo escoltaban³⁶³ armados con espadas

fue su total confianza en aquel último decreto del Senado y en el juramento de los senadores³⁶⁴. Otros, por el contrario, [2] opinan <que prefirió> exponerse de una vez a las asechanzas que le amenazaban por todas partes <a estar siempre angustiado> y en guardia. <Algunos incluso> cuentan que tenía costumbre <de decir>³⁶⁵ que no era interés suyo tanto como del Estado el que él siguiera vivo: que él había conquistado desde hacía tiempo poder y gloria más que suficientes, pero que el Estado, si a él le sucedía algo, no permanecería en paz, antes bien, tendría que afrontar unas guerras civiles de naturaleza bastante peor.

[87] Para casi todo el mundo resultó totalmente obvio que había tenido una muerte más o menos conforme a sus deseos. En efecto, ya en una ocasión en que leyó en Jenofonte³⁶⁶ que Ciro, durante su última enfermedad, había hecho ciertas indicaciones concernientes a sus funerales, había manifestado su aversión por una muerte tan lenta y sus deseos de que la suya fuera súbita y rápida; pero, además, la víspera de su asesinato, en la conversación que se entabló durante la cena en casa de Marco Lépidio sobre cuál era la muerte más agradable, había dado su preferencia a una muerte repentina e inesperada.

[88] Murió a los cincuenta y cinco años y fue incluido entre los dioses por voluntad expresa de los senadores, que contaron, además, con el convencimiento del pueblo. En efecto, durante los juegos que su heredero Augusto daba por primera vez en su honor después de haber sido divinizado³⁶⁷, un cometa, apareciendo hacia la hora undécima³⁶⁸, brilló durante siete días seguidos, y se creyó que era el alma de César acogido en el cielo; por este motivo se le representa con una estrella encima de su cabeza. Se decidió tapiar la curia en la que había sido asesinado, designar con el nombre de «Parricidio» los idus de marzo y no celebrar jamás una reunión del Senado en esta fecha.

En cuanto a sus asesinos, casi ninguno le sobrevivió [89] más de tres años ni murió de muerte natural. Fueron condenados todos³⁶⁹, pereciendo cada uno de una manera distinta, unos en naufragio, otros en combate; algunos se dieron muerte a sí mismos con el mismo puñal que habían utilizado para agredir a César.

¹ Literalmente, «durante su decimosexto año» (*annum agens sextum decimum*), lo más probable con quince años cumplidos y en el curso del decimosexto, pues en latín se utiliza con mucha frecuencia el cómputo inclusivo en las enumeraciones. Es el año 85-84. César nació el doce (MACROBIO, *Saturnales* I 12, 34; *CIL* I², págs. 244 y 248) o el trece (DIÓN, XLVII 18,6) de julio del año 100 (cf. cap. 88; PLUTARCO, *César* 69; APIANO, *Guerra Civil* II 149; VELEYO PATÉRCULO, II 41, 2).

² Gayo Julio César, hermano de Sexto César (cónsul en 91 a. C.; véase *CIL* I², págs. 27, 152); puede identificársele con el Gayo Julio César del *CIL* I², pág. 199, núm. XXVIII, que fue *decemvir stlitibus iudicandis*, cuestor, pretor y procónsul en Asia. Murió en Pisa (PLINIO, *Historia Natural* VII, 181). Cf. BUTLER-CARY, nota sobre el pasaje.

³ El *flamen dialis* era uno de los quince *flamines* (sacerdotes públicos del pueblo romano) creados ya en época muy primitiva y puestos cada uno al servicio de una divinidad. Como sacerdote de Júpiter, se hallaba investido de una gran dignidad (tenía un lugar en el senado, su propio lictor y silla curul), pero estaba sujeto a una serie de prohibiciones; no podía, por ejemplo, realizar ningún otro trabajo, ni siquiera montar a caballo, ni pasar jamás una noche fuera de su casa; era esencial a la vez que estuviera casado, pues muchas de sus obligaciones las tenía que realizar junto con su esposa, con la que formaba la pareja flamínica, ejemplo de moralidad, motivo por el que, además, no podía divorciarse, mientras que, si uno de los dos moría, el otro cesaba automáticamente en su cargo. Según Veleyo Patérculo (II 43, 1) César fue designado para este sacerdocio poco antes de la muerte de Mario (mediados de enero del 86) por Mario y Cinna.

⁴ El verbo *dimitio*, con un complemento referido a una mujer, se usa normalmente en el sentido de «repudiar» (cf. *Augusto* 62, 1). Podría también entenderse, y así lo entienden varios traductores, en el sentido de «romper un compromiso», pero Plutarco (*César* 5, 7) habla de Pompeya como la tercera mujer de César, lo que muestra que a Cosucia, de quien, por otra parte, no tenemos más noticias, la considera como la primera.

⁵ La vestidura habitual de los niños hasta el momento en que asumían la toga viril, ceremonia que tenía lugar normalmente entre los catorce y los diecisiete años.

⁶ Cinna fue cónsul del 87 al 84 a. C., año en que murió a manos de los soldados a quienes pretendía dirigir contra Sila, su enemigo político.

⁷ Sila fue dictador del 82 al 79 a. C. Sus medidas contra César deben situarse al comienzo de su dictadura, entre el 82 y el 81.

⁸ Uno de los colegios religiosos de mayor antigüedad; la tradición las hace remontar a tiempos anteriores a Rómulo (su madre había sido vestal). Encargadas principalmente de mantener encendido el fuego sagrado sobre el altar de la *Regia*, eran escogidas entre las doncellas patricias sin tara física y alojadas en un «convento» (*atrium Vestae*), donde vivían consagradas a sus deberes, bajo el voto de pureza (cuyo incumplimiento era castigado con la muerte) y de ascetismo.

Gozaban de un prestigio casi único ante la opinión pública, lo que hacía decisiva su intervención en muchos casos (cf. *Tiberio* 2, 4; *Vitelio* 16; TÁC., *Anales* XI 32; *Hist.* III 81; CIC., *Pro Fonteio* 46), pues su presencia confería derecho de santuario.

² Mamerco Emilio Lépido Liviano, cónsul en el 77 a. C. con Décimo Junio Bruto (*CIL* I², pág. 154). Véase CIC., *Bruto* 175; VALERIO MAXIMO, VII 7, 6.

¹⁰ Como no se nos da el prenombre de este personaje, puede tratarse de Gayo Aurelio Cota, cónsul en 75 a. C., o de su hermano, Marco Aurelio Cota, cónsul en 74, emparentados con César por la madre de éste, Aurelia.

¹¹ Nicomedes IV Filópator (cf. APIANO, *Mitridates* 7), rey de Bitinia del 94 al 74 a. C.; aliado de Roma contra Mitridates (*ibid.* 11-20), fue despojado por éste de su reino y repuesto en el trono por Sila en el 84 (*ibid.* 60; PLUTARCO, *Sila* 22, 24), legando a su muerte (en el 74) Bitinia a los romanos, hecho que sirvió de pretexto a Mitridates para su última guerra contra Roma. La misión de César junto a Nicomedes debe situarse entre el 80 y el 79. La referencia al asedio de Mitilene, única ciudad de Asia que continuó la guerra con Roma después de la derrota de Mitridates, confirma esta fecha.

¹² Cf. cap. 49.

¹³ La corona cívica era una guirnalda de hojas de roble, normalmente concedida por haber salvado a un conciudadano (cf. AULO GELIO, *Noches Áticas* V 6, 11).

¹⁴ Publio Servilio Vatia Isáurico, cónsul en el 79. Después del consulado dirigió una campaña contra los piratas que infestaban el Mediterráneo y se habían convertido en un problema para Roma. Cilicia era uno de los principales nidos de piratas, hasta el extremo de que con el nombre de cilicios se designaba a todos los piratas en general. La estancia de César con Servilio debe situarse en el 78, ya que inmediatamente después Suetonio dice que regresó a Roma nada más saber la muerte de Sila, ocurrida en ese año.

¹⁵ Marco Emilio Lépido, padre del triunviro; cónsul en el 78 a. C. con Quinto Lutacio Cátulo; intentó abrogar las leyes de Sila y fue derrotado por Pompeyo y Cátulo en la batalla del Campo Marcio (cf. PLUTARCO, *Pompeyo* 16; APIANO, *Guerra Civil* I 107; LIV., *Epitome* XC).

¹⁶ Gneo Cornelio Dolabela, partidario de Sila; tribuno de la plebe (?) en el 89, legado en el 83-82, cónsul en el 81, procónsul de Macedonia del 80 al 78. El juicio tuvo lugar en el 77 y Dolabela fue defendido por Cota y Hortensio. Sobre el discurso de César véase cap. 55, 1.

¹⁷ No inmediatamente después del juicio, sino algún tiempo más tarde, probablemente a fines del 75.

¹⁸ Maestro también de Cicerón (CIC., *Bruto* 312; 316; PLUTARCO, *Cicerón* 4, 5).

¹⁹ Situada cerca de las costas de Asia Menor, al norte de Mileto.

²⁰ Cf. cap. 74.

²¹ En los comienzos de la tercera guerra contra Mitridates (74-63 a. C.).

²² En los *comitia tributa* (las elecciones por tribus) se nombraban anualmente veinticuatro tributos militares, seis por legión. Éstos eran oficiales superiores, directamente a las órdenes del cónsul o pretor, que comandaban la legión normalmente por turnos y tenían, cada uno de ellos, a su cargo diez centurias, o sea mil hombres.

²³ Las reformas de Sila habían disminuido el poder de los tribunos de la plebe. Para restablecerlo, se produjeron constantes agitaciones desde el año 75 hasta el 70, en que se consiguió por fin su restablecimiento durante el consulado de Pompeyo. Probablemente los movimientos de César en apoyo a dicho restablecimiento se alargaron hasta este año.

²⁴ Lucio Cornelio Cinna, sospechoso más tarde, aunque sin suficiente fundamento, de ser cómplice en el asesinato de César (cf. cap. 85). Pretor en el 44 a. C.

²⁵ Cf. cap. 3, nota 15.

²⁶ A finales del 77 los restos del ejército de Lépido, venidos de Cerdeña con Perpenna, engrosaron las tropas de Sertorio en Hispania. La derrota final de la causa de Sertorio no se produjo hasta después de su muerte a traición, en el 72 a. C., víctima de un complot organizado por algunos elementos romanos de sus propias tropas.

²⁷ Tras su derrota en el Campo Marcio, Lépido se retiró a Etruria, donde fue derrotado por segunda vez, huyendo acto seguido con los restos de sus tropas a Cerdeña, donde murió poco después.

²⁸ Año 68 a. C.

²⁹ Los *rostra* (tribuna de las arengas) recibían su nombre de los espolones de las naves capturadas al enemigo con que esta tribuna estaba adornada. Situada en un principio en el ángulo sureste del Comicio, fue desplazada más tarde por César a su localización definitiva en el Foro.

³⁰ Hermana de su padre, viuda de Mario.

³¹ La *gens Iulia* se gloriaba de ser descendiente de Venus por Julo (el otro nombre de Ascanio, hijo de Eneas), fundador de su linaje, que tenía a esta diosa por abuela.

³² Quinto Pompeyo Rufo, cónsul en el 88 junto con Sila (LIVI, *Epitome* LXXVII; PLUTARCO, *Sila* 8, 6; APIANO, *Guerra Civil* I 56).

³³ En el 62 a. C. Se había casado con ella en el 67.

³⁴ Cf. cap. 74, 2. La ceremonia de la que se habla aquí son los ritos de la *Bona Dea*, a los que sólo las mujeres podían asistir. Para otras referencias a este personaje, cf. cap. 20, 4, y 26, 1.

³⁵ La Hispania meridional, una de las dos provincias (la del norte era la llamada Citerior) en que quedó dividida Hispania a comienzos del siglo II a. C. como consecuencia de las guerras púnicas y el dominio romano sobre la península. Más tarde, bajo Augusto, fue subdividida en dos nuevas provincias, la Bética y la Lusitania, mientras que la Citerior recibía el nombre de Tarraconense.

³⁶ Plutarco (*César* 11, 5 y 6) narra este incidente de distinta manera. Según él, lo que hizo derramar lágrimas a César fue la lectura de un libro sobre Alejandro. Por otra parte, tanto él (*César* 11, 3) como Dión (XXXVII 52, 2) refieren esta anécdota a la época de la pretura de César en Hispania (año 61-60 a. C.) y no a la de su cuestura. La historia, sin embargo, tiene más sentido si se sitúa en esta última ocasión, pues entonces César tendría aproximadamente los mismos años que Alejandro después de sus conquistas en el este, mientras que, si se sitúa durante la pretura, sería varios años mayor.

³⁷ Durante la guerra social (91-88 a. C.) se concedió el derecho de ciudadanía a muchas ciudades de Italia, así como a las colonias latinas de la Calia Cispadana. Los pueblos de la Galia Transpadana, que habían recibido únicamente el derecho latino, reclamaban también para ellos el derecho de ciudadanía.

³⁸ Año 65 a. C.

³⁹ Cónsul con Pompeyo en el 70 a. C. Véase cap. 19, 2.

⁴⁰ Publio Cornelio Sila, quizá sobrino del dictador. Fue acusado más adelante de complicidad en la conjuración de Catilina del año 63 a. C. (cf. SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* 17, donde se le menciona entre los conjurados) y defendido por Cicerón y Hortensio en el 62 (cf. CIC., *Pro Sulla*). Para el complot de Sila y Autronio en el 66-65 véase SALUSTIO, *loc. cit.* 18. Sila fue más tarde legado de César en la campaña del 48 a. C. (CESAR, *Guerra Civil* III 51, 89 y 99).

⁴¹ Cuestor en el 75 a. C. Su nombre era Publio, no Lucio (cf. SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* 17, 3, etc.). Implicado también en el complot del 63 a. C. (*ibid.* 17, 3; 47, 1; 48, 7), fue acusado y condenado en el 62 (CIC., *Pro Sulla* V 15-17; VI 18-20).

⁴² En el 66 a. C. (para el 65). Tras su condena, se eligieron cónsules en su lugar a Lucio Cota y Lucio Torcuato.

⁴³ Un oscuro analista de fines de la república; mencionado por Séneca (*Cartas a Lucilio* 93, 11).

⁴⁴ Cf. caps. 19, 1 y 2; 20, 1 y 2.

⁴⁵ Gayo Escibonio Curión, cónsul en el 76 a. C. Orador famoso, duramente tratado por Cicerón (*Bruto* 210-20), que menciona una obra suya llena de invectivas contra César. Para otros ataques de Curión a César véanse caps. 49, 1, y 52, 3.

⁴⁶ Un rico senador (CIC., *Epistolae ad Atticum* I 12, 1; III 15, 3; IV 15, 5).

⁴⁷ Citado de nuevo en el cap. 52, 1.

⁴⁸ Gneo Calpurnio Pisón, figura prominente en el complot del 66-65 a. C. (cf. SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* 18, 4 y 5).

⁴⁹ Los ambrones ligures (PLUTARCO, *Mario* 19, 5; DIÓN, XLIV 42, 4).

⁵⁰ Cf. cap. 8 y nota 37.

⁵¹ En Hispania, a manos de la caballería hispana que formaba parte de sus tropas (SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* 19).

⁵² Plaza pavimentada de mármol, situada en el extremo noroeste del Foro, donde se celebraban las asambleas del pueblo.

⁵³ Edificios públicos rectangulares, situados en el Foro, donde se reunían los abogados y comerciantes. La primera basílica fue la levantada en el 184, año de su censura, por Marco Porcio Catón y por él llamada Basílica Porcia, destruida por completo en el incendio del año 52 a. C. Le siguió la Basílica Fulvia y Emilia, levantada en el 179 por Marco Fulvio Nobilior y Emilio Lépidio. Diez años después se construyó la Basílica Sempronia, debida a la iniciativa del censor Tiberio Sempronio Graco, padre de los hermanos Graco, y en el 121 el cónsul Opimio levantó la Basílica Opimia. Éstas son las basílicas anteriores a César, que también levantó más tarde una en el Foro, la Basílica Julia, acabada por Augusto.

⁵⁴ Colega de César como edil, así como, más tarde, en la pretura (CÉSAR, *Guerra Civil* III 16, 3) y en el consulado (cf. cap. 19 y 20, 1 y 2).

⁵⁵ En tiempos de César, Egipto no era todavía provincia romana, pues fue Augusto el que la redujo a esa categoría (cf. *Augusto* 18, 2; *Julio* 35, 1). La palabra *provincia* ha de entenderse aquí, pues, en su primer significado: la competencia de un magistrado y la región donde ésta se ejerce. Craso hizo, como censor, un intento fallido de anexionar Egipto en el 65 a. C. Quizá César estaba actuando a este respecto como su agente.

⁵⁶ Aquí Suetonio comete un error. Esto no sucedió hasta el 58 o 57 a. C. (CIC., *Epistolae ad familiares* I 1-7; *Epistolae ad Quintum fratrem* II 3, 2; DIÓN, XXXIX 12-16).

⁵⁷ Sigue el error. El Senado no le dio a Ptolomeo este título hasta el 59 a. C. (CÉSAR, *Guerra Civil* III 107, 2). Éste era el término habitual para designar a un rey dependiente.

⁵⁸ En el 64 a. C., como exedil.

⁵⁹ Se llaman así, en bloque, las leyes del dictador Lucio Cornelio Sila. Suetonio no especifica por qué ley en concreto.

⁶⁰ El tribuno de la plebe Tito Atio Labieno. Para este asunto véase principalmente Dión (XXXVII 26-8) y el discurso de Cicerón *Pro Rabino*, del 63 a. C.

⁶¹ Concretamente, treinta y siete años antes, pues Saturnino murió en el 100 a. C. y este proceso se intentó en el 63.

⁶² A la muerte de Metelo Pío (DIÓN, XXXVII 37, 1). El cargo de pontífice máximo, la más alta autoridad religiosa, estaba restringido a los patricios y su posesión era de por vida (APIANO, *Guerra Civil* V 131). No se conoce la fecha exacta del nombramiento de César. Plutarco (*César* 7, 1) lo menciona, igual que Suetonio, entre la restauración de los trofeos de Mario y la conjuración de Catilina; Salustio (*Conjuración de Catilina* 49, 2) lo sitúa antes de la conjura, mientras que para Dión (*loc. cit.*) se produjo después del complot. La fecha más probable es la más temprana.

⁶³ Aurelia. Cf. cap. 74.

⁶⁴ Servilio Isáurico (véase cap. 3) y Cátulo, el *princeps senatus* (véase cap. 15). Cf. PLUTARCO, *César* 7, 1; VEL. PAT. II 43, 3; SALUSTIO, *Conjuración de Catilina*, 49, 2.

⁶⁵ Año 63 a. C.

⁶⁶ En la reunión del Senado convocada por Cicerón las nonas (día 5) de diciembre del año 63.

⁶⁷ Para el contenido del discurso de César véase SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* 51.

⁶⁸ Cónsul en el 62 a. C. Como cónsul electo, era el primero a quien se le pedía su parecer, y optó por la ejecución de los conspiradores detenidos. Después del discurso de César y ante el efecto que causó en la asamblea, Cicerón, cónsul y magistrado convocante de la reunión, pronunció su cuarta catilinaria, abriendo de nuevo la *rogatio sententiarum* (consulta de pareceres). Silano, hablando otra vez en primer lugar, se pronunció contra la ejecución.

⁶⁹ Marco Porcio Catón, bisnieto de Catón el Censor, fue un constante oponente de César (cf. caps. 19, 1; 20, 4; 30, 3). Tribuno electo en el 63 (para su discurso en la sesión del Senado donde se decidió la suerte de los seguidores de Catilina cf. SALUSTIO, *Conjuración...*, 52), pretor en el 54, era un republicano acérrimo de carácter inflexible. Se suicidó en Útica el año 46.

⁷⁰ Plutarco (*César* 8, 2) y Salustio (*Conjuración...*, 49) sitúan este hecho cuando César salía del Senado, y no durante la reunión, y sin duda están en lo cierto. Salustio, por otra parte, lo refiere al 4 de diciembre en lugar de al 5, en lo que parece claramente equivocado. Según Plutarco (*loc. cit.*), Cicerón fue uno de los que le protegieron.

⁷¹ Menos de un mes, pues la sesión, como ya se ha dicho, tuvo lugar el 5 de diciembre.

⁷² 1 de enero del 62 a. C.

⁷³ Quinto Lutacio Cátulo, hijo del personaje del mismo nombre vencedor de los cimbros. Cónsul en el 78 a. C., censor en el 65, y por esta época *princeps senatus*, este personaje había desbaratado los planes de Craso y César sobre Egipto durante su censura (PLUTARCO, *Craso* 13, 2), había sido oponente de César para el pontificado máximo en el 63 (véase nota 64 al capítulo 13) y había tratado de

incluir a César en el proceso contra los cómplices de Catilina (SALUSTIO, *Conjuración...*, 49, 1). César, por tanto, actuaba ahora contra un enemigo personal.

[74](#) El templo de Júpiter Capitolino había resultado dañado en el incendio del año 83 a. C. (PLUTARCO, *Sila* 27, 13; APIANO, *Guerra Civil* I 83) y su restauración fue confiada a Cátulo, que dedicó el nuevo templo en el 69 a. C. (Cf. *Augusto* 94, 8; TÁC., *Hist.* III 72).

[75](#) A saber, Gneo Pompeyo.

[76](#) Los cónsules que comenzaban en su cargo (el día 1 de enero) venían, escoltados por los senadores, a presentar sus respetos a Júpiter Capitolino, cuyo templo estaba en reconstrucción. César quiso aprovechar este momento de ausencia de los optimates para llevar a cabo su acción contra Cátulo, uno de los principales líderes de aquéllos.

[77](#) Quinto Cecilio Metelo Nepote, tribuno de la plebe en el 62 a. C. (PLUTARCO, *Catón el Menor* 20 y 21); cónsul en el 57.

[78](#) No sabemos a qué leyes en concreto se refiere aquí Suetonio. Sólo tenemos noticias de la ley por la que Metelo proponía llamar a Pompeyo a Italia con sus fuerzas para encargarse de la salvación de Roma, amenazada por Catilina (DIÓN, XXXVII 43, I; PLUTARCO, *op. cit.* 26, 2). Los colegas de Metelo que más oposición le presentaron fueron Catón y Minucio Termo (PLUT., *op. cit.* 26-29; DIÓN, XXXVII 43, 2 y 3). Metelo reprochaba también a Cicerón la ejecución de los conspiradores, pero no tenemos evidencia de que propusiera una ley a este respecto.

[79](#) Suetonio es nuestra única fuente para esta suspensión de César en su cargo.

[80](#) La función particular del pretor.

[81](#) El pretor tenía dos lictores en Roma y seis en las provincias.

[82](#) La toga bordada de púrpura que llevaban los cónsules, pretores, censores y ediles curules.

[83](#) Para otros intentos anteriores de involucrar a César en la conjuración y sospechas sobre su complicidad, cf. SALUSTIO, *Conjuración...*, 49, 1; PLUTARCO, *César* 7-8; *Cicerón* 20, 6 y 7; *Catón el Menor* 23, 1.

[84](#) Este personaje había ya delatado la conjura a Cicerón en el 63 (*Epistolae ad Atticum* II 24, 2), traicionando la causa a la que primero había servido (DIÓN, XXXVII 41, 2). Era de rango ecuestre (DIÓN, *loc. cit.*), pero un individuo sin escrúpulos. Cf. cap. 20, 5, nota 111.

[85](#) Cómplice de Catilina, del estamento senatorial (SALUSTIO, *Conjuración...*, 17, 3), el primero en suministrar información sobre el complot y en delatar a Cicerón los planes de los conjurados (*ibid.* 23; 26, 3; 28, 2).

[86](#) Ésta había sido también su provincia como cuestor (cf. cap. 7, 1). Como propretor fue gobernador de ella en el 61 a. C.

⁸⁷ Craso entre ellos (PLUT., *César* 11, 1; *Craso* 7, 7).

⁸⁸ Es decir, antes de que se hiciera la dotación de fondos y se asignara el personal a los gobernadores que partían para sus provincias.

⁸⁹ En el intervalo existente entre el final de su pretura y la confirmación de su nombramiento como propretor.

⁹⁰ Para las actividades de César en Hispania como protector cf. PLUT., *César* 12; DIÓN, XXXVII 52, 3; APIANO, *Guerra Civil* II 8. César regresó a Hispania en el verano del 60.

⁹¹ Es decir, sin esperar a que le concedieran el triunfo para entrar en Roma, lo que precisaba hacer urgentemente porque tenía que presentar su candidatura al consulado personalmente. Pero ello significaba renunciar al triunfo, pues desde el mismo momento en que cruzara el *pomerium* perdería el *imperium*, y con él la posibilidad de celebrar un triunfo. Por eso intentó que lo eximieran de la obligatoriedad de presentar personalmente su candidatura al consulado. La mayor oposición que encontró para ello fue la de Catón, que impidió que la propuesta fuera votada (PLUT., *Catón el Menor* 31, 5; *César* 13, 2; APIANO, *Guerra Civil* II 8).

⁹² Íntimo amigo de Cicerón. Pretor urbano en el 67. En el 66 rehusó el gobierno de Cerdeña. Acusó a Catilina en el 64. Con su fracaso en el 60 en la candidatura al consulado del 59 acabó su carrera política. Posteriormente se dedicó a escribir historia. En el 49 se hallaba en el círculo de Pompeyo. En el 48 obtuvo la gracia de César, regresó a Roma y continuó su relación con Cicerón. Murió probablemente durante las proscripciones del 43.

⁹³ Cf. caps. 9, 2; 10, 1.

⁹⁴ En el año 60 a. C. para el 59.

⁹⁵ De acuerdo con la *lex Sempronia* de Gayo Graco (123 o 122 a. C.), el Senado tenía que decretar las provincias consulares, que los cónsules gobernarían al término de su mandato, antes de las elecciones. Previendo que César sería uno de los elegidos, adjudicó a los futuros cónsules provincias secundarias: el comisariado de bosques y prados dentro de Italia.

⁹⁶ Para las desavenencias entre Pompeyo y Craso durante su consulado del 70, cf. PLUT., *Pompeyo* 22-3; *Craso* 12; APIANO, *Guerra Civil* I 121.

⁹⁷ El primer trínvirato, formado, según Suetonio, después de las elecciones (julio del 60). Sin embargo, Plutarco (*César* 13-14), Dion (XXXVII 54, 3) y Apiano (*Guerra Civil* II 9) lo sitúan antes de las elecciones, lo cual parece más probable, pues entonces la alianza le habría garantizado a César su elección como cónsul (PLUT., *Pompeyo* 47; *Craso* 14). Probablemente el pacto fuera formalizado antes de las elecciones, pero después de decretadas las provincias consulares.

⁹⁸ 1 de enero del 59 a. C.

⁹⁹ Es decir, cada mes en que estaba en funciones el otro cónsul, Bibulo. Los lictores siempre precedían al cónsul, salvo precisamente en los casos en los que su cometido no era oficial

¹⁰⁰ Es probable que las leyes agrarias fueran dos, pero las fuentes no son totalmente claras a este respecto. En todo caso, se basaban en el proyecto de ley presentado en el 63 a. C. por el tribuno de la plebe Publio Servilio Rulo, que había encontrado una fuerte oposición y que no había llegado a aprobarse. En ellas se proponía un reparto de tierras entre el pueblo, probablemente excluyendo en una primera ley el territorio de Campania, que quedaría más tarde incluido en el reparto por una segunda ley, en la que, además, se señalaba como beneficiarios a los ciudadanos más pobres (VEL. PAT., II 44, 4; PLUT., *Catón el Menor* 33, 1) o a aquellos que tuvieran como mínimo tres hijos (APIANO, *Guerra Civil* II 10; DIÓN, XXXVIII 7, 3; véase también SUET., parágrafo 3 de este mismo capítulo). En la práctica, ambas leyes pretendían favorecer ante todo a los veteranos de Pompeyo.

¹⁰¹ El proyecto tropezó con una fuerte oposición en el Senado. César entonces lo presentó directamente al pueblo. Bibulo trató de entorpecer por todos los medios posibles la aprobación de la ley y, por último, declaró un «período sagrado» (utilizando su derecho de *spectio* a la espera de presagios), durante el cual el pueblo no podía legalmente reunirse en asamblea. A pesar de ello, César fijó un día para la aprobación de la ley, y cuando su colega intentó hablar contra él en el Foro, fue expulsado y maltratado por la multitud.

¹⁰² El reparto se hizo por una comisión agraria integrada por veinte magistrados (*viginti viri agris dividundis*), entre los que se encontraban Pompeyo y Craso.

¹⁰³ Región de Campania situada cerca de Cales.

¹⁰⁴ A propósito de las leyes agrarias.

¹⁰⁵ Lucio Licinio Luculo, cónsul en el 74 a. C. junto con Marco Aurelio Cota. General antes que Pompeyo en la tercera guerra contra Mitridates, en la que se comportó brillantemente, obstruyó en el 61-60 la confirmación en el Senado de los actos de Pompeyo, su sucesor contra Mitridates y acaparador de toda la gloria de la guerra. Probablemente la oposición de Luculo a César que menciona aquí Suetonio iba de nuevo contra la confirmación de los actos de Pompeyo, otra de las propuestas presentadas por César durante su consulado y en esta ocasión aprobada.

¹⁰⁶ Probablemente de concusión en Asia durante su campaña contra Mitridates.

¹⁰⁷ En su defensa de Gayo Antonio, anterior colega suyo en el consulado (CIC., *De domo* 41).

¹⁰⁸ Como a continuación se verá, el paso del orden patricio al plebeyo. Clodio lo necesitaba porque quería presentarse al tribunado de la plebe, magistratura a la que los patricios no tenían acceso. César se lo concedió por adopción en abril del 59 a. C., y así pudo obtener Clodio el tribunado del 58.

[109](#) César le había ya dejado salir bien librado (cf. cap. 74, 2) del juicio que se siguió contra él a raíz del escándalo mencionado en el capítulo 6, 2. Ahora propició también su paso a la plebe, y con ello la consecución del tribunado del 58, para servirse de este personaje principalmente contra Cicerón, a quien Clodio odiaba personalmente por sus repetidos ataques contra él. Como tribuno de la plebe, Clodio fue quien promovió en el 58 la ley por la que Cicerón se vio obligado a partir para el exilio.

[110](#) Clodio había ya intentado cambiar de estamento en el 60.

[111](#) Siguiendo la lectura de los manuscritos, Ailloud señala en el texto una laguna, pues faltarían al menos el verbo y el complemento directo de la frase. De entre las diversas soluciones que se han propuesto, adoptamos la conjetura de Roth *<indicem subornavit Vettium> inductum*. Sobre Vetio, véase cap. 17. Que es él el personaje del que se habla, se sabe por las demás fuentes que narran este incidente. A raíz de esta actuación suya fue encarcelado y muerto: cf. BUTLER-CARY, notas sobre el pasaje.

[112](#) Se han hecho diversos intentos de identificar a este personaje. Según unos, se trataría del hermano de Servilla, la amante de César, legado de Pompeyo en la guerra contra los piratas. Según otros, sería un hijo de éste, muerto en 59 a. C. Por último, se le identifica con Marco Junio Bruto, el tiranicida, cuyo nombre oficial, ya en 59, era Quinto Cepión Bruto. Cf. RE II A 1779.

[113](#) La *rogatio sententiarum* (consulta de pareceres en el Senado que precedía a la votación sobre cualquier asunto) tenía lugar normalmente en el orden de la lista (*album*) establecida por los censores. En ella figuraban todos los antiguos magistrados, por clases y en orden descendente. En cada clase, los patricios eran inscritos antes que los plebeyos, y los más ancianos (*seniores*) antes que los más jóvenes (*iuniores*). Desde Sila el magistrado que preside clasifica a los miembros de cada clase a su arbitrio. Se interroga a los magistrados electos (a partir de la época del año en que los haya) los primeros dentro de su clase. Para la arbitrariedad de César en sus consultas al Senado, cf. AUL. GEL., *Noches Áticas* IV 10, 5.

[113 bis](#) El pasaje *cuius...triumphorum* plantea problemas de difícil solución. Ninguna de las correcciones propuestas parece totalmente convincente. Ailloud (e igualmente Rolfe y Bassols) sigue la lectura de los manuscritos y coloca una *crux* delante del relativo. El sentido general, sin embargo, es claro.

[114](#) Presentada directamente al pueblo por el tribuno de la plebe Publio Vatinio y votada a favor. Abolía la anterior adjudicación de las provincias consulares hecha por el Senado (cf. cap. 19, 2) y asignaba a César la Galia Cisalpina y la Iliria por un período de cinco años y con derecho a mantener en ambas provincias tres legiones.

[115](#) A propuesta de Pompeyo y Craso.

[116](#) La Galia «melenuda», llamada así por la costumbre de los galos de llevar los cabellos largos. El término se aplicó en un principio a la totalidad de la Galia Transalpina, pero Suetonio lo emplea aquí de forma restringida para designar sólo la Galia Narbonense (también llamada Provincia), la región meridional de la Galia Transalpina, conquistada por Roma en el 122.

[117](#) Alusión a las costumbres afeminadas de César (cf. cap. 45, 2 y 3) y al escándalo de Nicomedes (cf. caps. 2 y 49).

[118](#) Tribuno de la plebe en el 66 a. C.; pretor en el 58 junto con Lucio Domicio Ahenobarbo; propretor de Bitinia en el 57; en el 54 se pasó al partido de César y, con el apoyo de éste (cf. cap. 73), se presentó junto con Gneo Domicio Calvino para el consulado del 53, pero fue acusado de *ambitus* y no lo consiguió. Se le cita también en el capítulo 49 como uno de los difamadores de César.

[119](#) Lucio Domicio Ahenobarbo, tatarabuelo de Nerón (cf. *Nerón* 2, 2 y 3), gran enemigo de César. Edil curul en el 61 a. C.; pretor en el 58 (su acción contra César como pretor se menciona también en *Nerón* 2); cónsul en el 54 con Apio Claudio Pulcro. Vuelve a hablarse de él en el capítulo 34. Murió en Farsalia (SUET., *loc. cit.*).

[120](#) Para tratar de invalidar las leyes de César como cónsul en vista de las ilegalidades que había cometido (violencia y desprecio de los auspicios).

[121](#) Una ley Memia (113 a. C.), basada en un artículo de la ley de las Doce Tablas, protegía a los ausentes en servicio del Estado.

[122](#) Cf. cap. 23, 1, nota 119. Domicio intentó por primera vez llegar al consulado en el 56 a. C. para el 55, pero le hicieron desistir por la fuerza de las armas.

[123](#) La moderna Lucca, en la Galia Cisalpina. La entrevista tuvo lugar hacia finales de abril del 56 a. C.

[124](#) Para el 55 a. C. Como Pompeyo y Craso habían sido cónsules en el 70, ya habían transcurrido los diez años previstos por la ley para solicitar el segundo consulado.

[125](#) Tres por la ley Vatinia y una más por el decreto del Senado que le adjudicó también la Galia Narbonense (cf. cap. 22, 1). Este número inicial de cuatro legiones lo fue elevando a sus expensas hasta alcanzar la cifra de diez.

[126](#) Nombre céltico que significa «alondra», el emblema de esta legión.

[127](#) Una ocasión es recordada a propósito de la derrota y aniquilación de los usípetes y tencteros en el 55 a. C. César les había concedido una tregua de tres días, y reanudó las hostilidades porque dicha tregua no había sido respetada. Pero él, por su parte, no había querido escuchar a los caudillos germanos que vinieron a explicarle el rompimiento de la tregua, e incluso los había arrestado (CÉSAR, *Guerra de las Galias* IV 11-15). Este hecho fue interpretado como un quebrantamiento del *ius gentium* por los enemigos de César, y Catón presentó una propuesta como la mencionada aquí por Suetonio (PLUT., *César* 22, 3; *Catón el Menor* 51, 1), propuesta que era conforme a los usos romanos.

[128](#) Plegarias públicas celebradas en los templos, y acompañadas frecuentemente de procesiones, en acción de gracias por algún beneficio.

[129](#) 58-50 a. C.

[130](#) Véase la nota siguiente. Su derrota vuelve a mencionarse en el capítulo 67, 2.

[131](#) Quinto Titurio Sabino y Lucio Aurunculeyo Cota fueron asesinados, junto con la mayor parte de sus tropas, en una emboscada tendida por Ambiorix cuando comandaban, en el 54 a. C., las quince cohortes establecidas en cuarteles de invierno en el país de los eburones (CÉSAR, *Guerra de las Galias* V 24-37).

[132](#) Aurelia. Cf. cap. 74.

[133](#) En el 54 a. C. Dio Julia a luz prematuramente, y madre e hijo murieron con pocos días de intervalo.

[134](#) Véase nota anterior.

[135](#) Cf. cap. 20, 4, nota 109. Clodio fue asesinado a comienzos del 52, en el curso de una pelea, por los hombres de Milón, su adversario político, de cuya defensa se encargó Cicerón (Milón había contribuido en el 57 a. C., como tribuno de la plebe, a conseguir su amnistía y su regreso a Roma). Para acabar con los desórdenes, Pompeyo fue nombrado *consul sine collega* en el 52.

[136](#) El Foro Julio, al norte del Foro Romano. Un gran recinto rectangular, con el templo de Venus Genetrix (antepasada de la Familia Julia, cf. cap. 6, 1, nota 31) al fondo.

[137](#) Roto en el 54 a. C. con la muerte de Julia (cf. cap. 26, 1, nota 133), hija de César y esposa de Pompeyo (cf. cap. 21).

[138](#) Octavia la menor, hermana de Augusto, nieta de Julia *minor*, hermana menor de César (cf. cap. 74, nota 299). Sobre ella véase *Augusto* 4, 1, nota 19. Pompeyo rehusó la oferta y Octavia siguió siendo esposa de Marcelo, sobre el cual cf. cap. 29, 1, nota 144.

[139](#) Fausto Cornelio Sila, hijo del dictador y de Cecilia Metela. Nacido antes del 86; tribuno militar en el 63; augur antes del 57; cuestor en el 54 a. C. Se casó con la hija de Pompeyo. En el 49-47 estuvo como procuestor *pro praetore* del lado de Pompeyo. Superviviente de Farsalia y Tapso, fue asesinado por los soldados de César (cf. cap. 75, 3).

[140](#) Amigo de Catón. Cuestor en el 65 a. C.; edil curul en el 56 (?); pretor hacia el 54; cónsul en el 51. Dedicado oponente de César. En el 46 solicitó su favor, pero fue asesinado el año 45 en el Pireo, antes de volver a Italia.

[141](#) La guerra prácticamente había acabado después de Alesia y definitivamente a finales del otoño del 51 a. C.

[142](#) Privilegio que le había sido concedido por el pueblo en el 52 a. C. (cf. cap. 26).

[143](#) Servio Sulpicio Rufo, amigo de Cicerón, que le otorga fama de gran jurista. Cuestor en el 75 a. C.; pretor en el 65; cónsul en el 51. Políticamente, mantuvo una cuidadosa neutralidad, siendo enviado por César como gobernador a Acaya en 46-45 a. C.

[144](#) Gayo Claudio Marcelo, cónsul en el 50 a. C. (después de ser pretor en 53 y edil curul en 56). Oponente de César, a pesar de estar lejanamente emparentado con él por su matrimonio con Octavia (cf. cap. 27, 1). En el 49 se pasó a su bando, pero ya no volvió a destacar en política. Sobrevivió a César, muriendo a comienzos del 40.

[145](#) Marco Claudio Marcelo. Cf. cap. 28, 2, nota 140.

[146](#) Lucio Emilio Lépido Paulo, hijo de Lépido (cónsul en el 78 a. C.) y hermano del triunviro. Cuestor en 60/59; edil curul en el 55; pretor en el 53; cónsul en el 50 junto con Gayo Marcelo.

[147](#) Gayo Escribonio Curión, hijo del cónsul del 76 a. C. (cf. cap. 9, 2, nota 45), tribuno de la plebe el año 50. En este cargo se opuso a las propuestas de obligar a César a licenciar los ejércitos y designarle un sucesor, proponiendo a su vez una solución de compromiso: la entrega simultánea del mando por parte de Pompeyo. Como emisario de César, leyó, en la sesión del Senado del 1 de enero del 49, la carta en la que aquél renovaba la oferta de licenciar los ejércitos simultáneamente. Para su muerte en África, véase cap. 36.

[148](#) Gayo Claudio Marcelo, hermano de Marco Claudio Marcelo (cf. cap. 28, 2, nota 140): edil (?) en 56 a. C., pretor hacia el 53, cónsul en el 49; fuerte partidario de Pompeyo y opositor de César; y Lucio Cornelio Léntulo Crus; pretor en el 58 a. C., cónsul en el 49; violento optimatus y también gran oponente de César. Ambos huyeron de Roma con Pompeyo el 18 de enero del 49, al acercarse César.

[149](#) A saber, el de poder presentar su candidatura al consulado estando ausente (cf. caps. 26, 1; 28, 2).

[150](#) Del año 48 a. C., una vez expirado el plazo obligatorio de diez años entre un consulado y otro previsto por la ley (César fue cónsul por primera vez el año 59 a. C., cf. cap. 20). César pretendía conservar el mando de las Galias hasta finales del año 49, presentando en ausencia su candidatura, en el verano de este mismo año, para cónsul del 48. Empalmando su cargo proconsular con el nuevo consulado, evitaría cualquier acción legal contra él.

[151](#) A finales del 50 a. C.

[152](#) Cuando, en la sesión del Senado del 1 de enero del 49, Metelo Escipión elevó la propuesta de que César licenciara sus legiones y dejara el mando so pena de ser declarado enemigo público, los tribunos del año 49, Marco Antonio y Quinto Casio, ejercieron su derecho de veto y vetaron la propuesta.

[153](#) Cf. cap. 20.

[154](#) Véase nota 135 al cap. 26. Milón fue llevado a juicio por el asesinato de Clodio en abril del 52 a. C.

[155](#) En el juicio contra Milón, Pompeyo acordonó la curia para asegurar la condena del acusado.

[156](#) Gayo Asinio Polión (76 a. C.-4 d. C.), cónsul en el 40 a. C., escritor destacado, soldado y político. Republicano convencido, se adhirió en 49 a César y en 43 a Antonio, sin tomar partido en 31. En el 49-48, tribuno militar o legado; acompañó a César en el paso del Rubicón, luchó bajo Curión en África y estuvo también en Farsalia. En el 47, tribuno de la plebe; en el 46-45, legado en África e Hispania; en el 45, pretor; en el 44-43, promagistrado en Hispania Ulterior, donde fue derrotado por Sexto Pompeyo. En el 43 se unió a Antonio en Galia. En 40, cónsul junto con Gneo Domicio Calvino; en 39-38, procónsul en Macedonia. Después de celebrar el triunfo se retiró de la vida política. Produjo varias obras literarias: discursos, una historia de la guerra civil en 17 libros (cf. caps. 55, 4; 56, 4), tragedias y poemas líricos. Fundó la primera biblioteca pública de Roma.

[157](#) *De officiis* III 82.

[158](#) *Las Fenicias* 524. En el texto se encuentran los versos originales intercalados a modo de glosa.

[159](#) Es decir, Cicerón.

[160](#) Cf. cap. 30, 1, nota 152. El Senado pasó por alto el veto interpuesto por Antonio y Casio, y el 7 de enero, con ocasión de la aprobación del *decretum ultimum* que confirmaba la propuesta de Metelo Escipión, declaró la república en peligro. Antonio y Casio se vieron obligados a huir de Roma, yendo a reunirse con César.

[161](#) Cf. cap. 31, 1, nota 160.

[162](#) 400.000 sestercios, la fortuna exigida al estamento ecuestre.

[163](#) La insignia de los caballeros, así como de los senadores, era un anillo de oro.

[164](#) Cf. caps. 23, 1 (nota 119), y 24, 1 (nota 122).

[165](#) Pompeyo y los cónsules Lucio Cornelio Léntulo y Gayo Claudio Marcelo habían huido de Roma con un gran número de senadores a mediados de enero (Pompeyo el 17; los cónsules el 18) al recibirse las noticias del avance de César. Cf. CÉSAR, *Guerra Civil* I 14.

[166](#) A la llegada de César a Brindisi, el 9 de marzo del 49, los cónsules y la mayor parte del ejército habían ya partido (el 4 de marzo); pero Pompeyo seguía allí con veinte cohortes. César sitió Brindisi, pero no logró impedir su partida, que se efectuó la noche del 17 de marzo. Cf. CÉSAR, *Guerra Civil* I 25-28.

[167](#) En la sesión del Senado del 1 de abril, tenuta en las inmediaciones de Roma. En vista de que el Senado no acababa de decidirse a nada, César saqueó el erario y partió rápidamente para Hispania (sobre el 7 de abril).

[168](#) *Ca.* 110-46. No se pueden fechar los comienzos de su carrera política: tribuno militar, prefecto, legado y, hacia 64, pretor. En 63 fue como legado al encuentro del cónsul Antonio, en cuya representación tuvo el mando, en enero del 62, en la batalla de Pistoya. En 59 se opuso, junto con Catón, a la ley agraria de

César (cf. cap. 20). En 55 marchó a Hispania por encargo de Pompeyo, actuando como legado suyo hasta el 49. Juntó sus tropas a las de Afranio para enfrentarse a César en Lérída (cf. cap. 75, 2), capitulando el 2 de agosto. Se reunió con Pompeyo en Grecia y en el 48, tras la batalla de Farsalia, marchó a África, donde en el 46 cosechó algún triunfo hasta la derrota de las tropas pompeyanas en Tapso, tras la cual se quitó la vida junto con Juba.

¹⁶⁹ Partidario de Pompeyo. De origen humilde, se destacó como legado suyo en las guerras contra Sertorio y Mitridates. Con el apoyo de Pompeyo logró el consulado del 60. En el 55 fue enviado junto con Marco Petreyo a Hispania, teniendo que entregarse a César el 2 de agosto del 49 en Lérída. Pasó con las cohortes supervivientes a Dirraquio; participó en la batalla de Farsalia; huyó de África y luchó en Tapso, siendo capturado y muerto (cf. cap. 75, 3) por Publio Sítio.

¹⁷⁰ Marco Terencio Varrón (Reatino). Político y erudito destacado. De familia probablemente ecuestre, recibió una esmerada educación en Roma y Atenas. *Triunvir capitalis* antes del 90. Temprano amigo de Pompeyo, con el que participó en Hispania en la guerra de Sertorio. En el 70, tribuno de la plebe, y en el 69, probablemente, pretor. Legado de Pompeyo en la guerra contra los piratas en el 67. Aunque en el 60 se opuso a la alianza de César, Pompeyo y Craso, en el 59 fue nombrado miembro de la comisión agraria para repartir el territorio campano (cf. cap. 20, 3). Retirado después de la política durante diez años, en los que se dedicó a escribir, en el 49 volvió a la esfera pública como legado de Pompeyo en Hispania Ulterior. Tras la derrota de los legados regulares Afranio y Petreyo, cesó en su oposición a César, quien en 47-46 le encargó la colección de la literatura griega y latina con vistas a la fundación de una biblioteca pública (cf. cap. 44, 2). Al igual que Cicerón, fue proscrito por Antonio, pero como se había mantenido alejado de la política, salvó su vida por la intervención de Quinto Fufio. Murió muy anciano el año 27.

¹⁷¹ Cf. CÉSAR, *Guerra Civil* I 34-36. Véase también *Nerón* 2, 3.

¹⁷² César llegó a Hispania el 22 de junio del 49. Los enfrentamientos ante Lérída habían ya comenzado algunos días antes, pues había destacado previamente hacia Hispania a su lugarteniente Gayo Fabio y a un gran número de tropas (CÉSAR, *Guerra Civil* I 37-40). La campaña se prolongó hasta el 2 de agosto, fecha en que las tropas de Pompeyo capitularon.

¹⁷³ César regresó a Roma en noviembre del 49. A comienzos de enero del 48 zarpó de Brindisi y desembarcó en los alrededores de Apolonia.

¹⁷⁴ Tesalia meridional, 9 de agosto del 48 a. C.

¹⁷⁵ El asedio de Dirraquio (cf. cap. 68, 2 y 3), actual Durazzo, base principal de los pompeyanos, a donde había acudido rápidamente Pompeyo al tener noticia del desembarco de César. El asedio se prolongó de marzo a julio del 48 a. C.

¹⁷⁶ Por los tutores de Ptolomeo, el 28 de septiembre del 48 a. C.

¹⁷⁷ Ptolomeo XIII Filópator Filadelfo (61-47), hijo mayor de Ptolomeo XII Auletes y sucesor suyo en el trono, junto con su hermana-esposa Cleopatra VII, a su

muerte, acaecida en el 51. La guerra de César con Ptolomeo se prolongó de octubre del 48 a marzo del 47. Ptolomeo murió en ella.

[178](#) Cleopatra VII, hermana mayor y esposa de Ptolomeo XIII y, tras la muerte de éste en el 47, de su otro hermano más pequeño (mencionado a continuación), Ptolomeo XIV (59-44), de quien se libró en el 44 recurriendo al veneno.

[179](#) La batalla de Zela, que tuvo lugar el 2 de agosto del 47 a. C. Para la rapidez en la victoria, véanse las famosas palabras de César mencionadas por Suetonio en el cap. 37, 2.

[180](#) La campaña de África se desarrolló de diciembre del 47 a abril del 46 a. C. La batalla de Tapso, que puso fin a esta guerra, tuvo lugar el 6 de abril.

[181](#) Quinto Cecilio Metelo Pío Escipión, llamado Publio Escipión antes de su adopción en la familia de los Metelos, era hijo de Publio Cornelio Escipión Násica y fue adoptado (probablemente por testamento) por Quinto Cecilio Metelo Pío, el predecesor de César como pontífice máximo (cf. *Julio* 13, nota 62). Fue tribuno de la plebe en el año 59 a. C.; edil en 57, año en que fue nombrado asimismo pontífice; pretor en 55; *interrex* en 53 y cónsul en la segunda mitad del año 52 junto con su yerno Pompeyo. A comienzos del año 49 desempeñó en el Senado un papel decisivo en contra de César (cf. cap. 30, nota 152). En 49-48 fue procónsul en Siria, y en este último año marchó a Tesalia con dos legiones, comandando el centro en Farsalia. De allí huyó a África, donde ostentó el mando supremo de los pompeyanos. Sobrevivió a la derrota de Tapso, pero por poco tiempo, siendo interceptado en su fuga por Sitio y suicidándose en Hipona.

[182](#) Juba I, hijo de Hiempsal II (véase cap. 71), rey de Numidia desde poco antes del 50 a. C. Tuvo un papel especial en la política exterior romana durante la guerra civil. Aliado de los pompeyanos y enemigo mortal de César. Aniquiló al ejército de Curión en el 49. Tras la victoria de César en Tapso, huyó a Zama y, rechazado por los ciudadanos, se quitó la vida con Petreyo. El reino de Juba se convirtió en provincia romana (*Africa Nova*), menos lo que pasó a Publio Sitio y a Mauritania.

[183](#) La campaña de Hispania tuvo lugar de diciembre del 46 a marzo del 45 a. C. Finalizó prácticamente con la batalla de Munda (17 de marzo). De los dos hijos de Pompeyo, Gneo y Sexto, el primero combatió en Munda y murió poco después de la batalla; el segundo, tras recibir la noticia de la derrota, huyó, sobreviviendo a esta guerra y a César, y entablando más tarde, durante el segundo triunvirato, guerra con los triunviros. Vencido finalmente en ella, huyó a Asia Menor, donde fue capturado y muerto por orden de Antonio (35 a. C.).

[184](#) Cf. cap. 29, nota 147. Para su muerte, véase nota 182 al cap. 35.

[185](#) Hermano del triunviro. Legado de César en 49, fue derrotado cuando intentaba reparar la derrota de Dolabela en el Adriático. En el 44, pretor urbano; en el 43, procónsul en Macedonia. Fue capturado por Bruto en el 43 y ejecutado a comienzos del 42.

[186](#) Publio Cornelio Dolabela, yerno de Cicerón, aunque más tarde se divorció de su hija Tulia. Por su modo de vida tenía muy mala fama. Se pasó por

oportunismo al bando de César y en el 49 luchó en el Adriático, siendo derrotado. En el 48 participó en Farsalia. En el 47, tribuno de la plebe, cargo en el que intentó promover diversas medidas falsamente democráticas. En 47-46 acompañó a César a África y en el 46-45 a Hispania. Fue nombrado por César cónsul *suffectus* para el 44 contra la voluntad de Antonio, aunque no había sido pretor. Tras los idus de marzo se puso del lado de los asesinos, consiguiendo la confirmación como cónsul y la provincia de Siria, a donde partió en octubre de ese mismo año. Tras asesinar al gobernador de Asia, Gayo Trebonio, fue condenado por el Senado, que encargó a Casio de su captura, siendo finalmente derrotado por éste en Laodicea y dándose muerte.

¹⁸⁷ Opositor y luego partidario de César. Legado en 62; tribuno de la plebe en 59; pretor en 56. En 54 intentó ser nombrado cónsul por medios turbios, pero no se celebraron las elecciones, y, tras el interregno de comienzos del 53, fue nombrado cónsul para la segunda mitad del año. Se pasó a César, comandando en 48 parte del ejército de Farsalia. Luchó contra Farnaces y luego en África. En 45 fue nombrado pontífice; en 40 fue cónsul por segunda vez junto con Asinio Polión, y en 39-36 gobernador en Hispania. Vivió probablemente hasta el año 20 a. C.

¹⁸⁸ Cf. cap. 68, 2 y 3.

¹⁸⁹ En Munda.

¹⁹⁰ En Tapso. Tras la victoria, César regresó a Roma (finales de julio del 46) y celebró su cuádruple triunfo por las victorias de Galia, Egipto, el Ponto y Numidia. A continuación partió para Hispania contra los hijos de Pompeyo, y a su regreso (septiembre del 45) celebró su quinto y último triunfo.

¹⁹¹ Barrio de Roma situado entre el Foro Romano, el Palatino y el Aventino, cerca del Foro Boario. Formaba parte del recorrido triunfal, que partía del Campo de Marte, atravesaba el Circo Flamínio, el Velabro, la Vía Sacra y el Foro (probablemente, también el Circo Máximo y el Foro Boario), y finalizaba en el Capitolio, donde se ofrecía un sacrificio en el templo de Júpiter Óptimo Máximo.

¹⁹² Las *fercula* —unas plataformas, normalmente sostenidas por dos varas, que se llevaban por lo general a hombros— se utilizaban en la procesión solemne (*pompa*) del triunfo para exhibir en ellas los despojos del enemigo, objetos del botín, algunas veces incluso representaciones de las ciudades conquistadas, etc. En la *pompo* que abría los juegos del circo (véase cap. 76, 1), imitada de la del triunfo, estas andas se empleaban para transportar las imágenes de los dioses. Las célebres palabras «*veni, vidi, vici*», que Suetonio hace figurar en un rótulo exhibido por César en su triunfo del Ponto, son, sin embargo, situadas por Plutarco (*César* 50, 2) en una carta de César a un amigo, y por Apiano (*Guerra Civil* II 91) en una carta dirigida a Roma.

¹⁹³ El modio era una medida de capacidad equivalente a 8,75 litros.

¹⁹⁴ Al comienzo de la guerra civil (cf. DIÓN, XLI 16, 1).

¹⁹⁵ Antigua danza griega de carácter guerrero, bajo cuyo nombre se agruparon más tarde en Roma danzas de muy diverso tipo. Cf. *Nerón* 12.

¹⁹⁶ Décimo Laberio, famoso autor de mimos, se había granjeado la enemistad de César con su carácter mordaz, por lo que éste se vengó invitándole a competir con Publilio Siro en un concurso de mimos, para humillarlo concediéndole la palma al otro. Además, la actuación de Laberio implicaba la pérdida instantánea de la dignidad ecuestre, quedando reducido al rango de histrión. En el prólogo de su mimo, conservado por Macrobio (II 7, 3), Laberio muestra claramente su dolor por esta degradación. César, efectivamente, concedió la victoria a Publilio, pero, en compensación, devolvió a Laberio el anillo de oro, símbolo del orden ecuestre (cf. cap. 33), y con él la dignidad de caballero, por lo cual Laberio pudo volver a ocupar su sitio en la sección del teatro reservada a los caballeros, las catorce filas más bajas, situadas inmediatamente detrás de la orquesta.

¹⁹⁷ Una espectacular competición de carreras y evoluciones ecuestres, descrita por Virgilio (*Eneida* V 545-603).

¹⁹⁸ El espectáculo se celebró en el Circo Máximo, y la *spina* —barrera central que dividía el espacio del circo, y en torno a la cual se efectuaban las carreras— fue levantada, al igual que los mojones cónicos (*metae*) que la limitaban por sus dos extremos.

¹⁹⁹ Las dos Codetas, *maior* y *minor*, eran unos terrenos que debían su nombre (derivado de *cauda*, «cola») a unas plantas que crecían en ellos abundantemente y que por su forma recordaban las colas de caballo: cf. FESTO, págs. 34 y 50 ed. LINDS. Una de ellas, sin duda la Codeta *maior*, se hallaba al otro lado del Tíber (FESTO, pág. 50). La Codeta *minor* estaba en el Campo de Marte, pues Dion (XLIII 23, 4) sitúa en este lugar el terreno que se excavó para el combate naval.

²⁰⁰ Según la opinión más probable, el año romano anterior a César era un año lunisolar, que seguía un ciclo cuadrienal, en el que alternaban los años comunes y los años con intercalación. El año común era de 355 días, repartidos en doce meses, cuatro de 31 días (marzo, mayo, julio y octubre), uno de 28 (febrero) y los otros siete de 29. El año que alternaba con éste era unas veces de 377 días y otras de 378, pues contaba con la adición de un mes (de 22 o 23 días) intercalado entre el 23 y el 24 de febrero. Este ciclo, resultado de sucesivos esfuerzos por acoplar el calendario lunar primitivo al curso del sol, tenía, sin embargo, un error anual de un día con respecto al año solar (de 365 días y un cuarto). En efecto, la suma de los días de los cuatro años del ciclo (355 + 377 + 355 + 378) arrojaba un total de 1.465 días, cuatro días más que la misma cantidad de años solares. Para corregir este exceso se volvió a dejar la intercalación al arbitrio de los pontífices, que ya en los primeros tiempos la habían manejado a su antojo cuando tenían total control sobre el calendario. Éstos la aplicaron tan abusivamente para fines privados o políticos, que no tardó en llegarse a una total disparidad entre el año civil y el solar. La reforma de César consistió en el calendario juliano, que seguimos manteniendo hoy día. Para salvar el déficit de 67 días que por entonces tenía el año civil con relación al solar, el año 46 a. C., año de la reforma, tuvo dos meses más, intercalados entre noviembre y diciembre. Así, contó con quince meses, pues también se mantuvo el mes intercalar que le correspondía a este año.

²⁰¹ En el 45 a. C. elevó César el número de senadores de 600 a 900.

[202](#) De 8 a 16. El número de ediles pasó de 4 a 6, y el de cuestores de 20 a 40.

[203](#) La ley Aurelia, del 70 a. C. (debida a la iniciativa del pretor Lucio Aurelio Cota), había dividido los tribunales en tres secciones (decurias), reclutadas la primera entre los senadores, la segunda entre los caballeros, y la tercera entre los tribunos del erario (una clase de ciudadanos con un censo determinado, inferior al de los caballeros). A estos últimos César los excluyó en el 46 por la ley Julia.

[204](#) En las que figuraban los beneficiarios de las distribuciones públicas de trigo.

[205](#) Un decreto del Senado de 64 a. C. había ya disuelto colegios que, bajo la tapadera de unas actividades legítimas, se utilizaban en realidad para fines políticos contra el Estado (ASCONIO, 10, pág. 7 Clark). Clodio los restauró en 58. César disolvió más tarde todas las sociedades religiosas, haciendo especial excepción con los judíos (JOSEFO, *Antigüedades judaicas* XIV 10, 8). El problema no se acabó, sin embargo, y Augusto volvió a disolver todos los colegios, salvo los antiguos y legítimos (cf. *Augusto* 32, 1).

[206](#) La etimología de la palabra *parricida* ha sido muy discutida. Sea como fuere, al principio designaba al asesino de un hombre libre con premeditación y alevosía. Al término de la república, sin embargo, se usaba ya con el sentido actual. El parricidio era siempre sancionado con la muerte, hasta que la *lex Pompeia*, del 55 a. C., introdujo algunas enmiendas que suavizaban el castigo para los casos menos graves, substituyéndolo por el destierro. A este último caso debía ir referida la medida de César aquí mencionada por Suetonio. Para el tipo de muerte reservado a los casos más graves de parricidio, véase *Augusto* 33, 1, nota 185.

[207](#) Cf. cap. 34, 2, nota 170. Varrón fue el único escritor que tuvo en vida una estatua, en la biblioteca del Atrio de la Libertad, la primera biblioteca pública de Roma, fundada en 39 a. C. por Asinio Polión (cf. PLIN. *Historia Natural* VII 115).

[208](#) La empresa fue también acometida más tarde, con éxito sólo temporal, por Claudio (cf. *Claudio* 20, 1).

[209](#) Como más tarde Calígula y Nerón (cf. *Calígula* 21; *Nerón* 19, 2, y 37, 3).

[210](#) La epilepsia era llamada *morbis comitialis* (enfermedad de los comicios) porque se consideraba como presagio funesto el que alguien sufriera una crisis de esta enfermedad en el transcurso de cualquier acto público de importancia, de suerte que bastaba incluso para que se suspendieran los comicios.

[211](#) Lo cual se consideraba como señal de afeminamiento (cf. AUL. GEL., *Noches Áticas* VI 12).

[212](#) La túnica de los senadores, que César llevaba con las mangas largas y adornadas con franjas. Propiamente, el laticlavo eran las dos bandas de púrpura tejidas verticalmente en la túnica de los senadores y de los personajes de rango senatorial como insignia de este estamento; pero el término se emplea también con mucha frecuencia como expresión abreviada para referirse a la misma túnica. Las mangas más largas de lo habitual eran consideradas como señal de afeminamiento (cf. AUL. GEL., *loc. cit.*).

[213](#) La túnica laticlavia se dejaba caer más que la ordinaria, abrochando el cinturón más abajo, para que las bandas de púrpura descendieran rectas y fueran así perfectamente visibles (QUINT., XI 3, 138). César se ceñía más arriba de lo habitual, y además dejaba su cinturón muy flojo, una nueva particularidad propia de las gentes de costumbres afeminadas.

[214](#) Barrio de Roma situado al nordeste, en el valle comprendido entre los montes Quirinal, Viminal, Cispio y Esquilino (Opio), en la primera región de Servio Tulio y en la cuarta de Augusto. Lleno de ruidos y de bullicio (MARCIAL, XII 18; JUVENAL, XI 51), lo habitaban principalmente pequeños industriales y gente de condición humilde.

[215](#) Evidentemente, en piezas, para ser montado en todo lugar donde tuviera que hacer una estancia prolongada.

[216](#) Las perlas se habían puesto de moda en Roma después del triunfo de Pompeyo en el 61 a. C. (como ejemplo véase cap. 50, 2: la perla regalada por César a Servilia), pero que llegaran a ser la causa de la expedición de César a Britania parece bastante exagerado. Para los verdaderos motivos, cf. CÉSAR, *Guerra de las Galias* IV 20.

[217](#) Cf. cap. 2.

[218](#) Gayo Licinio Calvo (82-47 a. C.), gran orador y poeta, amigo de Catulo, compuso varios poemas políticos en contra de Pompeyo, César y su favorito Tigelio.

[219](#) Cf. cap. 4, 1, nota 16.

[220](#) Cf. cap. 9, 2, nota 45.

[221](#) Para los ataques de Bíbulo a César en sus edictos, cf. caps. 9, 2; 20, 1.

[222](#) Cf. cap. 23, 1, nota 118.

[223](#) Cf. cap. 6, 1, nota 31.

[224](#) Probablemente con su discurso *Pro Bithynis*, mencionado por Gelio (*Noches Áticas* V 13, 6).

[225](#) El doble sentido en el que está empleado el término *subegit* en estos versos es evidente.

[226](#) Cf. cap. 29, 1, nota 143.

[227](#) Partidario de Pompeyo. Tribuno de la plebe en el 67 a. C.; legado de Pompeyo en 65-63. A pesar de haber sido defendido por Cicerón en un proceso con amenaza de pena capital y absuelto, más tarde, en el 58, apoyó la acción de Clodio contra Cicerón (véase nota 109 al cap. 20). Pretor en el 61; cónsul en el 58 con Lucio Calpurnio Pisón; en 57-54, gobernador de Siria. A su regreso a Roma fue de nuevo procesado y desterrado, a pesar de que también en este caso se encargó Cicerón de su defensa. En el 49, César le permitió regresar a Roma, y a partir de entonces actuó Gabinio como legado suyo, muriendo en Dalma-cia en el 47.

[228](#) Esposa, primero, de uno de los dos hermanos mayores de Craso, que se casó con ella cuando quedó viuda. Aparte de este dato y de su nombre, sólo sabemos de ella que su fidelidad no estuvo a salvo de dudas (cf., además de Suetonio en este capítulo, PLUT., *Cicerón* 25, 5; *Craso*, 1, 3), a pesar del testimonio de Cicerón (*Pro Caelio* 9: *M. Crassi castissima domus*; *Ad Familiares* V 8, 2: *prestantissima omnium feminarum*).

[229](#) Tercera mujer de Pompeyo, que se casó con ella a la muerte de Emilia. Madre de Gneo y Sexto Pompeyo. A fines del 62, Pompeyo se divorció de ella porque le había sido infiel durante su ausencia (PLUT., *Pompeyo* 42).

[230](#) Para el padre, cf. cap. 9, 2, nota 45; para el hijo, cf. cap. 29, 1, nota 147.

[231](#) Julia, la hija de César, cuarta mujer de Pompeyo, que se casó con ella en el 59 (cf. cap. 21).

[232](#) El famoso seductor de Clitemnestra, la esposa de Agamenón, y cómplice suyo en el asesinato de este último a su regreso de Troya.

[233](#) Sobrina de Marco Livio Druso, tribuno de la plebe en el 91 a. C. Casada en primeras nupcias con Marco Junio Bruto y en segundas con Décimo Junio Silano, cónsul del 62.a. C., quedó viuda poco después de este año. Madre por su primer matrimonio de Marco Junio Bruto, el asesino de César, a causa de sus conocidas relaciones con este último se le achacaba también a César la paternidad de Bruto (cf. en el cap. 82, 2, las famosas palabras de César a Bruto al recibir su ataque).

[234](#) Hay aquí un juego de palabras (intraducible) basado en el doble sentido de la palabra *tertia*, que puede entenderse como adjetivo con el significado de «tercera», se sobreentiende «parte», y como nombre propio femenino, en este caso de la hija de Servilla. También la forma verbal *deducta* («descontada», «deducida») juega con el sentido especial de este verbo cuando se refiere a una mujer, a saber, «conducir a casa del esposo», pero también «introducir como amante».

[235](#) Reconocido por César como rey de Mauritania junto con Bocco en el 49 a. C. (DIÓN, XLI 42, 7). En el 47 vino a Hispania atendiendo a la petición de ayuda del propretor Quinto Casio Longino en su lucha contra el cuestor Marco Marcelo (*Guerra de Alejandría* 62). En el 46, durante la guerra de África, fue atacado por Gneo Pompeyo, como partidario de César (*Guerra de África* 23). En el 45 tomó parte en la guerra de Hispania en el bando de César (DIÓN, XLIII 36, 1), ayudando a decidir la batalla de Munda (DIÓN, XLIII 38). Siguió el partido de Antonio tras la muerte de César, perdiendo su reino, que se levantó contra él mientras se hallaba en Hispania y del que tomó posesión Bocco, confirmado más tarde por Augusto (DIÓN, XLVIII 45). Al lado de Antonio tomó parte en la batalla de Accio, ocupando después Metona, donde halló la muerte cuando Agripa se apoderó de ella en la primavera del año 31 (DIÓN, L 11).

[236](#) Marco Actorio Nasón (cf. cap. 9, 3).

[237](#) Cf. cap. 35, 1, nota 178. Para las relaciones de César con Cleopatra en Egipto, cf. fundamentalmente PLUT., *César* 49.

[238](#) En el 46 a. C. (DIÓN, XLIII 27, 3).

[239](#) Cesarión (Ptolomeo XV César Filópator Filométor), nacido el año 47 a. C. Reinó con su madre en Egipto del 44 al 30, año en que fue muerto por orden de Octaviano (véase *Augusto* 17, 5).

[240](#) Caballero romano, nacido hacia el 84 y muerto hacia el 4 a. C.; corresponsal de Cicerón (*Ad Familiares* XI 27 y 28), que lo consideraba como un hombre erudito y lleno de encanto (*Ad Familiares* VII 15, 2). Gran amigo de César, reconcilió a éste con Cicerón en el 47-46.

[241](#) Caballero romano, íntimo amigo de César y agente suyo (TÁC., *Anales* XII 60) desde el 54 al 44. Cf. las cartas de Cicerón a partir del año 54 a. C. en su totalidad. Parece que escribió, entre otras, una biografía de César, pues lo citan sus biógrafos conocidos (PLUT., *César* XVII 5; *Pompeyo* X 4 y 5; SUET., cap. 53). Se le atribuía también la historia de las guerras de Alejandría, África e Hispania (cf. cap. 56, 1), cuyo autor ya era desconocido por la época de Suetonio.

[242](#) Puede ser identificado (cf. PLUT., *Bruto* XX 5) con el famoso poeta autor de la *Zmyrna*, amigo de Catulo. Tribuno de la plebe en el 44 a. C., año en que fue muerto por un error fatal (cf. cap. 85).

[243](#) Este término no se aplicaba únicamente al cónsul a quien se prorrogaba el mando activo al confiarle una provincia al término de su consulado, sino que también podía designar al propretor (pretor al que se prorrogaba el mando) al que se investía de autoridad consular aunque no hubiera sido cónsul. Éste es el caso de César, que fue procónsul (= *praetor pro consule*) en Hispania al término de su pretura, en el año 61-60 a. C. (cf. cap. 18, 1).

[244](#) Ptolomeo XII Auletes, padre de Cleopatra VII y de sus dos hermanos-esposos Ptolomeo XIII y Ptolomeo XIV: fue reconocido oficialmente como rey de Egipto por el Senado, que le dio el título de aliado y amigo, en el 59 a. C., durante el primer consulado de César y a propuesta de éste. La deuda que contrajo con César a tal efecto fue acabada de pagar más tarde por su hijo Ptolomeo XIII (PLUT., *César* 48, 4 y 5).

[245](#) Cf. cap. 4, 1, nota 16. Ésta fue la primera actuación forense de César, que a la sazón contaba veintitrés años.

[246](#) CIC., *Bruto* 261.

[247](#) Gayo Julio César Estrabón, hijo de Lucio Julio (primo del abuelo de César) y de Popilia; nacido hacia el 130 a. C.; edil curul en el 90 (CIC., *Bruto* 305); obviando la pretura, con menosprecio de la *lex annalis*, se presentó para el consulado del año 88 (CIC., *Filípicas* XI 11); los tribunos de la plebe Publio Sulpicio Rufo y Publio Antistio se opusieron a su solicitud; a consecuencia de este conflicto, se vio envuelto en la revueltas políticas del año 87 y fue asesinado por los seguidores de Mario junto con su hermano Lucio (CIC., *Bruto* 307). Famoso orador y trágico, de quien tenemos numerosas referencias en Cicerón (cf. principalmente *Divinatio in Caecilium* 63; *Bruto* 177, 216; *De oratore* II 12, etc.; *Tusculanae disputationes* V 55; *De officiis* I 133).

[248](#) La *divinatio*, en el derecho criminal romano, era el procedimiento previo por el que, en un proceso, se constituía al acusador. Consistía en una actuación conjunta de los diversos acusadores, tras la cual se determinaba cuál de ellos se encargaría de la acusación. Con este discurso fue encargado César de la acusación de Dolabela.

[249](#) Cf. cap. 16, 1, notas 77 y 78.

[250](#) Según Plutarco (*Catón el Menor* XXIII 3), el primer discurso recogido en taquigrafía fue el pronunciado por Catón en la sesión del Senado del 5 de diciembre del año 63, que decidió la suerte de los calilinos arrestados (cf. cap. 14, 2). La innovación fue debida a Cicerón.

[251](#) Cf. cap. 30, 4, nota 156.

[252](#) Cf. cap. 52, 2, nota 241.

[253](#) Oficial de César, con quien estuvo en la Galia, y autor del libro VIII de la *Guerra de las Galias*. Después de su pretura en 46 a. C., tuvo una breve participación en la guerra de Hispania (momento al que debe referirse SUETONIO, *Augusto* 68). Sólo sobrevivió un año a César, pues murió en 43 a. C., año de su consulado, en la batalla de Módena, junto con su colega Pansa (cf. *Augusto* 11).

[254](#) CIC., *Bruto* 262.

[255](#) Cf. *Guerra de las Galias* VIII, pref. 5-6.

[256](#) Cf. cap. 30, 4, nota 156, y cap. 55, 4.

[257](#) Cf. cap. 35, 2, nota 183.

[258](#) Véase *Augusto* 88 para una cifra similar empleada por Augusto.

[259](#) Ailloud, lo mismo que Ihm, lee, con los principales manuscritos, *et attuero ab aduleseentulo* y pone una *crux* en el texto. Preferimos adoptar en nuestra traducción la lectura que se encuentra en otros de los mejores manuscritos, *et a puero et ab adolescentulo*, seguida, entre otros editores, por Bassols.

[260](#) Gneo Pompeyo Macro, hijo del historiador Teófanos de Mitilene y de Arquedamis; nacido hacia el 45 a. C.; hacia el 23 viajó por Asia y Sicilia con su gran amigo Ovidio (OVID., *Pónticas* II 10, 21 ss.), cuya tercera esposa era, además, pariente suya (OVID., *op. cit.* II 10, 10). Unos años más tarde fue procurador de Asia (ESTRABÓN, XIII 2, 3). Poeta épico (OVID., *op. cit.* II 10, 13 s.), escribió sobre los sucesos anteriores a la cólera de Aquiles. Autor también de un *Tetrastichon* (QUINT., *Institutio oratoria* VI 3, 96), se le adjudican, además, los versos de una *Medea* que se encuentran en ESTOBEO, IV 24, 52, p. 617 ed. HENSE.

[261](#) Sin embargo, el propio César dice (*Guerra de las Galias* IV 21) que envió a Voluseno a reconocer el país.

[262](#) No directamente, sino que desembarcó en Palestre, bastante más al sur de Dirraquio, entre Órico y Corcira, sin que las dos armadas pompeyanas que

ocupaban estos dos puertos lograran impedirlo (CÉSAR, *Guerra Civil* III 6 y 7).

[263](#) César no menciona esta aventura en la *Guerra Civil*, pero, sin embargo, se encuentra en casi todas las demás fuentes: cf. PLUT., *César* 38; DIÓN, XLI 46; APIANO, *Guerra Civil* II 57; VAL. MÁX., IX 8, 2; FLORO, II 13, 37; LUCANO, V 497-677. La anécdota debe ser, por tanto, verídica y silenciada por César al tratarse de un intento fallido.

[264](#) Cf. caps. 77 y 81, 4.

[265](#) Cf. cap. 35, 2, notas 181 y 182.

[266](#) Cf., con diferentes variantes ortográficas en el nombre del personaje, PLUT., *César* 52, 3, y también DIÓN, XLII 58. Plinio (*Historia Natural* VII 54) menciona a este personaje haciendo derivar su apodo del nombre de un mimo. Esto explicaría el desprecio implícito en el sobrenombre, pues la profesión de mimo era considerada despreciable. Cf. también PLIN., *op. cit.* XXXV 8.

[267](#) Cf. CÉSAR, *Guerra Civil* III 95.

[268](#) Cf. CÉSAR, *Guerra de las Galias* I 25.

[269](#) Cf. PLIN., *Historia Natural* VIII 155; DIÓN, XXXVII 54, 2.

[270](#) Cf. PLIN., *loc. cit.* César había hecho voto de levantar este templo, en el Foro de su nombre (cf. cap. 26, 2, nota 136), antes de la batalla de Farsalia (APIANO, *Guerra Civil* II 68 y 102).

[271](#) Cf. PLUT., *César* 39. El estandarte de la legión romana, que en su parte superior ostentaba un águila de bronce plateado con las alas desplegadas (de ahí el nombre de *aquilifer* —portador del águila— que recibía el portaestandarte), acababa en punta en su extremo opuesto para poder ser clavado en tierra.

[272](#) La proeza que se relata a continuación no aparece en la *Guerra de Alejandría*. Con algunas variantes la recogen Plutarco (*César* 49), Dión (XLII 40) y Orosio (VI 15, 34). Véase también APIANO, *Guerra Civil* II 90.

[273](#) Palabra que conserva en castellano la misma ambigüedad que en latín, pudiendo significar fundamentalmente: 1) suerte, 2) riquezas. El primer significado es probablemente el más correcto aquí: «por su (buena o mala) suerte (en la guerra)».

[274](#) Costumbre abolida más tarde por Augusto, que prohibió su práctica incluso a sus hijos e hijastros (cf. *Augusto* 25, 1). Galba y Otón la retomaron (TÁC., *Hist* I 35, 2; 84, 2; SUET., *Galba* 20, 1).

[275](#) Cf. cap. 25, 2, nota 130.

[276](#) Cf. *Guerra de África* 44-6.

[277](#) Una clase de raíz conocida por el nombre de *chara* (CESAR, *Guerra Civil* III 48). Cf. también PLUT., *César* 39, 1).

[278](#) Cf. cap. 36.

[279](#) Cf. APIANO, *Guerra Civil* II 63; CÉSAR, *Guerra Civil* III 73-4.

[280](#) La cohorte, unidad táctica del ejército romano creada por Mario, agrupaba tres manípulos y tenía, por tanto, 600 hombres, pues cada manípulo (la unidad táctica anterior) comprendía 200 hombres (dos centurias). La legión, a su vez, se componía, de diez cohortes (6.000 hombres). El relato que nos ofrece a continuación Suetonio, según el cual una cohorte (600 hombres) se habría enfrentado a cuatro legiones (24.000 hombres) es erróneo: cf. CÉSAR, *Guerra Civil* III 52, donde se dice que Volcacio Tulo contuvo el ataque de una legión (no de cuatro) con tres cohortes (no una), lo cual reduce infinitamente la hazaña y la hace más verosímil. También el número de las flechas enemigas ha sido abultado: 30.000 según CÉSAR, *Guerra Civil* III 53.

[281](#) Cf. CÉSAR, *Guerra Civil* III 53; PLUT., *César* 16; APIANO, *Guerra Civil* II 60; FLORO, II 13, 40; LUCANO, VI 141-262.

[282](#) Cf. PLUT., *loc. cit.*; VAL. MÁX., III 2, 22.

[283](#) Cf. HERÓDOTO, VI 114.

[284](#) O Piacenza, ciudad de la Galia Cisalpina, a las orillas del Po. El hecho ocurrió en 49 a. C., al regreso de César de Hispania.

[285](#) Para el relato más detallado y completo de este nuevo motín en el ejército de César, cf., sobre todo, APIANO, *Guerra Civil* II 92-4.

[286](#) Hiempsal II, rey de Numidia por el tiempo de la primera guerra civil entre Mario y Sila. Expulsado del trono por sus súbditos, acaudillados por Hiarbas, que ocupó su lugar, tras la victoria de los demócratas, fue repuesto de nuevo en él por Pompeyo cuando éste, tras la definitiva victoria de Sila, fue enviado por el dictador a África para aniquilar los restos del partido de Mario, deponer a Hiarbas y devolver el trono de Numidia a su soberano legítimo. Cf. PLUT., *Pompeyo* 11; APIANO, *Guerra Civil* I 80.

[287](#) Probablemente de la familia de Hiarbas, el usurpador del trono de Numidia capturado por Pompeyo (véase nota anterior).

[288](#) Cf. cap. 35, 2, nota 182.

[289](#) Del rey Hiempsal.

[290](#) Cf. cap. 18, 1, nota 86.

[291](#) Cf. cap. 52, 2, nota 241. La anécdota es recordada también por Plutarco (*César* 17, 6) y probablemente está sacada de la biografía de César debida a Opio.

[292](#) Cf. cap. 23, 1, nota 118.

[293](#) Cf. cap. 49, 1, nota 218.

[294](#) Cf. CATULO, 29 y 57. Mamurra fue un caballero romano de Formias, *praefectus fabrum* de César en la Galia (PLIN., *Historia Natural* XXVI 48), enriquecido considerablemente por el favor de César.

[295](#) Cf. cap. 4.

[296](#) Cf. cap. 1, 2.

[297](#) Cf. caps. 6, 20 y 26.

[298](#) Con toda probabilidad perteneciente a la rama de los Aurelio Cota, ya que Suetonio menciona a un Aurelio Cota como pariente de César (véase cap. 1, nota 10).

[299](#) No se sabe a cuál de las dos Julias, hermanas de César, se refiere Suetonio aquí, si a Julia la mayor, casada en primeras nupcias con Lucio Pinario y en segundas con Quinto Pedio, o a Julia la menor, esposa de Marco Acio Balbo y abuela de Augusto por su hija Acia. Sobre los nietos de ambas véase cap. 83, 2.

[300](#) Cf. CÉSAR, *Guerra Civil* I 74-77. En ausencia de Afranio y Petreyo, sus soldados confraternizaron con los cesarianos y enviaron a César una comisión, integrada por los centuriones de los primeros rangos, para tratar de la rendición. Al tener noticia de ello, Afranio y Petreyo regresaron rápidamente, mostrándose el primero dispuesto a consentir, mientras que el segundo se aplicó a restaurar inmediatamente la disciplina, exigiendo al ejército y a Afranio el juramento de no capitular y ordenando la entrega de todos los soldados de César que permanecieran dentro del campamento, a los que hizo matar. La participación que Suetonio atribuye a los dos legados de Pompeyo en el conato de rendición es, por tanto, errónea, al menos en el caso de Petreyo. Sobre ambos personajes véase cap. 34, 2, notas 168 y 169.

[301](#) Cf. cap. 27, 1, nota 139.

[302](#) Lucio Julio César, hijo del cónsul de 64 a. C. del mismo nombre y pariente lejano del dictador. Fue enviado por Pompeyo a César con una comisión al comienzo de la guerra civil (CÉSAR, *Guerra Civil* I 8); huyó más tarde ante Curión en África (CÉSAR, *op. cit.* II 23). En abril del 46 se encontraba con Catón en Útica como procuestor y, tras el suicidio de aquél, se dirigió al encuentro de César, a quien suplicó por su vida (*Guerra de África* 88, 3, 6 y 7; 89, 4; DIÓN, XLIII 12). Perdonado en un principio (*Guerra de África* 89, 4), fue luego quitado de en medio: según los cesarianos, contra la voluntad del dictador; según los pompeyanos, por orden suya (DIÓN, *loc. cit.*).

[303](#) Al llegar las noticias de Farsalia (DIÓN, XLII 18).

[304](#) Hijo del Cecina, natural de Volterra, defendido por Cicerón en el 69; orador y autor de una obra erudita sobre la adivinación por el rayo; ferviente partidario de Pompeyo, combatió a César con las armas además de con la pluma, participando en la campaña de África hasta la batalla de Tapso: perdonado por César, se le prohibió, sin embargo, regresar a Italia, autorizándosele a residir provisionalmente en Sicilia; más tarde escribió una retractación (*Liber Querellarum*), en la que introducía un elogio de César. Cf. principalmente CIC., *Ad Familiares* VI 5, 6, 7 y 8; XIII 66.

[305](#) César fue cónsul por primera vez en el 59 (véanse caps. 19 y sigs.); por segunda vez en el 48 (CÉSAR, *Guerra Civil* III 1, 1); por tercera vez, y ya de forma

continúa, en el 46 (DIÓN, XLIII 1, 1), pues lo fue de nuevo al año siguiente (DIÓN, XLIII 33, 1), en el que, además, se le decretó una serie ininterrumpida de diez consulados (DIÓN, XLIII 45, 1; APIANO, *Guerra Civil* II 106), que comenzó el año 44.

[306](#) La orquesta del teatro ya no se utilizaba en Roma para el coro, como en Grecia, sino que contenía los asientos de los senadores. En ella se levantó ahora una tarima donde se colocó el asiento reservado a César.

[307](#) La procesión solemne (*pompa*) que abría los juegos en el circo partía del Capitolio encabezada por el magistrado que presidía los juegos, a quien rodeaban sus clientes y la juventud de Roma, a pie o a caballo. Detrás venían los que iban a participar en los juegos, seguidos de los portadores de los objetos sagrados, sacerdotes y corporaciones religiosas, que acompañaban a las imágenes de los dioses, colocadas sobre unas andas (*fercula*: véase cap. 37, 2, nota 192), y a sus símbolos y atributos ordinarios, que se llevaban sobre unos carros (*tensae*) preciosamente adornados. Entre los demás honores divinos tributados a César figuraban un carro y unas andas, para transportar en ellos su imagen y sus atributos entre los de los dioses.

[308](#) El *pulvinar* era el lecho sobre el que se reclinaban las imágenes de los dioses, especialmente en el *lectisternium* o banquete sagrado que formaba parte de un rito especial de suplicación. Con este término se designó también más tarde el lecho del emperador (véase *Domiciano* 13, 1), y en particular el palco reservado a él y a su familia en el circo (*Augusto* 45; *Claudio* 4).

[309](#) Cf. cap. 1, 1, nota 3. Antonio, nombrado flamen de César en el 44 (DIÓN, XLIV 6; CIC., *Filípicas* II 110). No se sabe si con ello se anunciaba lo que luego fue el flaminado imperial, o si Antonio venía a ocupar, siendo flamen de César y al ser éste asimilado a Júpiter, la plaza de flamen dial que estaba desocupada. En todo caso, el número tradicional de quince flámines no se vio aumentado por este nombramiento.

[310](#) Sacerdotes del primitivo dios Luperco, en cuyo honor se celebraban, el 15 de febrero, las *Lupercalia*. A los dos colegios de lupercos existentes añadió César en el 44 un tercero, el de los *Luperci Iulii*.

[311](#) *Quintilis*, que pasó a ser el mes de julio en conmemoración del nacimiento de César (véase cap. 1, nota 1) a propuesta de Antonio, cónsul junto con César en el 44 (MACROBIO, *Saturnales* I 12, 34).

[312](#) En el 46 y 45. Cf. nota 305.

[313](#) En el 46 a. C., César fue cónsul junto con Lépido, y, al pasar a Hispania contra los hijos de Pompeyo a principios de noviembre, dejó a aquél en el cargo; no fueron nombrados nuevos cónsules. Suetonio se confunde probablemente con el 47 a. C., año en que fueron nombrados cónsules en otoño Quinto Fufio Caleno y Publio Vatinio al partir César para África en noviembre. En el 45, César fue único cónsul hasta el uno de octubre, fecha en la que fue sustituido por Quinto Fabio Máximo y Gayo Trebonio.

[314](#) Quinto Fabio Máximo (véase nota anterior). En su lugar fue nombrado cónsul para un solo día Gayo Caninio Rébilo. Véase R. SYME, *The Roman Revolution*, pág. 94.

[315](#) Cf. cap. 80, 2.

[316](#) Tribuno de la plebe en 63; pretor en 59 o 58; procónsul en Asia en 58 o 57. En 55 se presentó, sin éxito, al consulado. Partidario de Pompeyo, dirigió las revueltas de Capua en el 49 y, como *legatus pro praetore* en Asia, se vio obligado en el 48 a huir de Éfeso a la llegada de César (CÉSAR, *Guerra Civil* III 105, 1). Condenado al destierro, regresó de él en 47/46 por mediación de Cicerón (*Ad Familiares* VI 12, 1), que nos lo presenta, además, como un historiador o biógrafo.

[317](#) Jugando con el doble sentido de la palabra *cor*, a saber, «corazón» y «entendimiento».

[318](#) Lucio Cornelio Balbo, originario de Cádiz; es el famoso sujeto del *Pro Balbo* ciceroniano. Recompensado por Pompeyo con la ciudadanía por sus méritos en la guerra contra Sertorio, *praefectus fabrum* de César en el 61 y más tarde también en Galia, fue acusado en el 56 de haber usurpado la ciudadanía, siendo defendido por Pompeyo, Craso y Cicerón, y absuelto. Importantísimo agente de César en Roma mientras éste se encontraba ausente, primero en las Galias y luego durante toda la guerra civil, se convirtió en uno de los personajes más influyentes de la política romana, consejero personal más tarde del dictador junto con su amigo Opio. A la muerte de César siguió el partido de Octaviano, alcanzando la pretura en 43 o 42 y el consulado en 40. Escritor de historia, su *Ephemeris* se menciona entre las fuentes para la historia de César, y de ella se deriva probablemente el suceso relatado por Suetonio en el capítulo 81, 1, aunque hay quien lo hace derivar de los Ἐξηγητικά de Cornelio Balbo el joven, sobre el cual véase SUET., *Augusto* 29, 5, y nota correspondiente.

[319](#) Gayo Trebacio Testa (*ca.* 84 a. C. - *ca.* 4 d. C.), jurista romano protegido de Cicerón, que lo recomendó, en el 54, a César. Tribuno militar en Galia, consejero ypreciado amigo de César, participó en la guerra civil a su lado. Cicerón le dedicó sus *Topica*, y Horacio, de quien también fue amigo, el primer poema del libro II de sus *Sátiras*. Se conoce el título de dos obras suyas, *De reiigionibus* y *De civili iure*.

[320](#) Tito Poncio Aquila, tribuno de la plebe en 45 a. C. y uno de los asesinos de César. Cayó en Módena, luchando contra Antonio, en la segunda y definitiva batalla del 21 de abril del año 43.

[321](#) Un antiguo festival, instituido por Tarquino el Soberbio, que se celebraba cada año en honor de Júpiter Laciario sobre el monte Albano. Como era imprescindible la presencia de los magistrados superiores en estos ritos, en su ausencia se nombraba un prefecto para que administrara entretanto los asuntos de la ciudad (*praefectus urbi feriarum Latinorum causa*). Se trata del festival celebrado en 44 a. C.

[322](#) El emblema de los reyes.

[323](#) Véase nota 310 al cap. 76.

[324](#) El célebre triunviro (82-30), cónsul con César en el 44.

[325](#) Lucio Aurelio Cota, hermano de Gayo Cota (cónsul en 75 a. C.) y de Marco Cota (cónsul en 74): cf. cap. 1, nota 10. Cuestor hacia 81, pretor en 70, cónsul en 65 y censor en 64, en 44 era uno de los quince miembros del colegio de los *quindecimviri sacris faciundis*, una de cuyas principales funciones consistía en guardar los libros sibilinos y consultarlos a petición del Senado.

[326](#) Contra los cuales proyectaba César una expedición (cf. cap. 44, 3).

[327](#) Cf. cap. 76, 3.

[328](#) *Bonum factum* (en abreviatura, *B. F.*) era la fórmula que se empleaba para encabezar los edictos: cf. *Vitelio* 14, 4.

[329](#) Tan características de los galos como llevar el cabello largo: de ahí que la Galia *Comata* (véase cap. 22, 1, nota 116) recibiera también el nombre de *Bracata*.

[330](#) Cf. cap. 45, 3, nota 212.

[331](#) Quinto Fabio Máximo; cf. cap. 76, 2, notas 313 y 314.

[332](#) Las elecciones consulares de 44 a. C., en la que resultaron elegidos Hircio y Pansa.

[333](#) Cf. cap 79, 1.

[334](#) Lucio Junio Bruto, el legendario fundador de la república y el consulado en 509 a. C.

[335](#) Gayo Casio Longino, cuestor con el cónsul Marco Licinio Craso en la campaña contra los partos del 53 a. C.; procuestor en Siria en 52-51; tribuno de la plebe en 49. Participó en la guerra civil del lado de Pompeyo, siendo prefecto de su flota en 49-48. César le perdonó, no obstante, después de Farsalia y le nombró legado suyo en 47-46 y pretor peregrino para el 44. Sin embargo, fue cabecilla de los conjurados junto con Bruto, y, como aquél, se suicidó tras la derrota de Filipos en 42.

[336](#) Marco Junio Bruto (85-42 a. C.). Para el rumor de que era hijo de César, cf. cap. 50, nota 233, y cap. 82, nota 348. Cuestor en 53 en Cilicia con su suegro Claudio Pulcro; *ca.* 51 *pontifex*, siguió el partido de Pompeyo en la guerra civil, y tras la derrota de Farsalia fue perdonado por Cesar, que lo admitió en el círculo de sus amigos, le nombró gobernador de la Galia Cisalpina en 46 y pretor urbano para 44. Principal cabecilla de la conjura junto con Casio, murió como él en Filipos (cf. *Augusto* 13).

[337](#) Décimo Junio Bruto Albino (*ca.* 81-43 a. C.). Fiel partidario de César, fue jefe de su flota durante la guerra de las Galias y también en la civil, recibiendo a finales del 49 la Galia Comata, de la que fue gobernador de 48 a 46.- Pretor en 45, a comienzos del 44 se le otorgó la Galia Cisalpina y se le designó cónsul para el 42. Se puso de parte de los conjurados y fue quien, el quince de marzo, convenció a César para que acudiera al Senado (cf. cap. 81, 4). Murió poco después de Módena (cf. *Augusto* 10).

[338](#) El *pons suffragiorum* (puente de los sufragios), la pasarela provisional por la que se acercaban a votar los electores. El magistrado que presidía el acto avanzaba probablemente sobre el puente para dar comienzo a las elecciones.

[339](#) Uno de los salones del pórtico de Pompeyo, adosado al teatro. En él se encontraba la estatua de Pompeyo a cuyos pies cayó asesinado César. Más tarde, Augusto retiró de allí la estatua (cf. *Augusto* 31, 5) e hizo tapiar la curia como un *locus sceleratus* (cf. cap. 88).

[340](#) La ley agraria de César, de la que se habla en el capítulo 20.

[341](#) Cf. nota 318 al cap. 78.

[342](#) Cf. cap. 21.

[343](#) Véase cap. 80, 4, nota 337.

[344](#) Sobre las 11 de la mañana.

[345](#) Lucio Tilio Cimbro, partidario de César, que le favoreció mucho. Recibió la pretura (en 45?) y el imperio proconsular de Bitinia-Ponto para el 44. Se alió con los conjurados por motivos claramente personales, pues César le había negado el perdón para su hermano.

[346](#) Publio Servilio Casca Longo, que un año después fue tribuno de la plebe y en 42 legado en Oriente a las órdenes de Bruto. Debió suicidarse poco después de Filipos.

[347](#) El instrumento de metal con el que se escribía sobre las tabullas enceradas, y que, por ello, era muy afilado en uno de sus extremos.

[348](#) Estas famosísimas palabras de César sólo son mencionadas por Suetonio y Dión (XLIV 19), que tienden, además, a rechazarlas. Es poco probable que Bruto fuera hijo de César, dado que nació en el 85, cuando César debía de tener catorce o quince años (cf. cap. 1, nota 1).

[349](#) Véase nota 324 al cap. 79.

[350](#) Marco Emilio Lépido, el triunviro (ca. 90 - 12 a. C.). Edil (*¿curul?*) en 53; *interrex* en 52; pretor en 49; gobernador de Hispania Citerior en 48-47. Colega de César en el consulado del 46, dirigió los asuntos de Roma en ausencia de éste como *magister equitum* del 46 al 44.

[351](#) Cf. cap. 21.

[352](#) El acusador de Ligario en el año 46 (cf. CIC., *Pro Ligario*). Autor de una historia de Roma utilizada por Livio y Dionisio de Halicarnaso.

[353](#) El futuro Augusto, nieto de Julia la menor (cf. nota 299 al cap. 74).

[354](#) Ambos nietos de Julia la mayor (cf. asimismo nota 299).

[355](#) 20 de marzo de 44 a. C.; el testamento se había leído un día antes.

[356](#) La hija de César y esposa de Pompeyo, cuya muerte se menciona en el cap. 26, 1.

[357](#) Que formaban parte de la procesión funeraria, junto con mimos que representaban al difunto, imitando sus gestos y sus palabras (cf. *Vespasiano* 19, 2), y danzantes.

[358](#) La *bullā* era una especie de medallón lleno de amuletos: los niños lo llevaban colgado del cuello desde la ceremonia de su legitimización hasta la de la asunción de la toga viril, y las niñas hasta el día de su matrimonio. Junto con la *bullā* se deponía entonces la toga pretexta.

[359](#) A quienes César había favorecido especialmente, además de ser el vencedor de Pompeyo, que había tomado Jerusalén.

[360](#) Cf. cap. 52, 3, nota 242.

[361](#) Cf. cap. 5, nota 24.

[362](#) Cf. caps. 45, 1 y 81, 4.

[363](#) Entre las diversas correcciones propuestas para la lectura de los manuscritos *adinspectantium*, que figura en la edición de Ailloud marcada con una *crux* (así también en la edición de Ihm y en la de Bassols), adoptamos la de Ihm, *adsectantium*, seguida, entre otros, por Rolfe. Butler-Cary prefieren, sin embargo, la corrección de Bentley, *nudis stipantium*, cuyo sentido sería «que lo escoltaban (con las espadas) desenvainadas».

[364](#) Cf. cap. 84, 2.

[365](#) Ailloud, siguiendo a Roth e Ihm, señala una laguna en el texto latino. La conjetura propuesta por ambos editores para subsanarla (*semper* (sólo Ihm) *sollicitum maluisse. Quidam dicere etiam*) ha sido adoptada prácticamente por todos los editores posteriores y es en la que descansa nuestra traducción.

[366](#) *Ciropedia* VIII 7.

[367](#) Se trata de los Juegos de la Victoria de César, instituidos por el dictador dos años antes en honor de su patrona, Venus Genetrix. Se celebraban ahora (últimos días de julio del año 44 a. C.) por primera vez tras la muerte de César.

[368](#) Hacia las cinco de la tarde.

[369](#) Por la ley Pedia, promulgada por Quinto Pedio, colega de Augusto en el consulado obtenido a viva fuerza por este último a mediados de agosto del año 43 a. C.

LIBRO II

EL DIVINO AUGUSTO

SINOPSIS

I. INTRODUCCIÓN (1-8)

Antepasados de Augusto. Sus padres y hermanas (1-4). Circunstancias de su nacimiento. Nombres que adoptó a lo largo de su vida. Visión de conjunto de ésta (5-8).

II. EXPOSICIÓN DE LA VIDA DE AUGUSTO POR TEMAS (9-101)

1. *Las guerras civiles* (9-18).

Causa inicial de éstas. Guerra de Módena. Muerte sospechosa de Hircio y Pansa (9-11). Augusto cambia de partido. Formación del segundo triunvirato. Guerra de Filipos. Comportamiento de Augusto tras la victoria (12-13). Guerra de Perusa. Ensañamiento con los vencidos (14-15). Guerra de Sicilia. Derrota de Sexto Pompeyo. Relegación de Lépido (16). Rompimiento definitivo con Antonio. Batalla de Accio. Toma de Alejandría. Muerte de Antonio y Cleopatra. Egipto, provincia romana (17-18).

2. *Conatos de revolución y conjuras sofocadas durante su mandato* (19).

3. *Guerras externas y organización militar* (20-25).

Guerras dirigidas personalmente (20). Territorios anexionados bajo su mandato. Otras operaciones militares y diplomáticas (21). Cierres del templo de Jano. Ovaciones y triunfos. Derrotas (22-23). Disciplina militar. Alistamiento de esclavos. Recompensas (24-25).

4. *Carrera política* (26-28).

Consulados de Augusto (26). Actuación como triunviro. Recibe la potestad tribunicia y la supervisión de las leyes y costumbres. Censos del pueblo (27). Instauración del Principado (28).

5. *El Principado de Augusto* (29-60).

Reformas urbanísticas y administrativas (29-30). Política religiosa (31). Medidas para garantizar el orden público. Reformas judiciales. Leyes contra la disolución (32-34). Augusto y el Senado (35-36). Creación de nuevos servicios (37). Recompensas al mérito militar. Augusto y el orden ecuestre (38-40, 1). Reglamentación de los comicios. Política relativa a la concesión de la ciudadanía y a la liberación de esclavos. Liberalidad con todos los órdenes sociales (40, 2-42). Espectáculos públicos (43-45). Organización de Italia y de las provincias. Política con los aliados (46-48). Distribución de las fuerzas militares. Creación de las cohortes urbanas y pretorias. Reglamento militar. El correo y el sello imperial (49-50). Testimonios de clemencia y sencillez (51-56). Popularidad que estas virtudes le depararon. Testimonios de afecto dentro y fuera de Italia (57-60).

6. *Vida privada y costumbres* (61-78).

Relaciones con su madre y su hermana (61). Matrimonios y descendencia. Matrimonios de Julia, hija de Augusto (62-63). Los nietos de Augusto. Su educación. Destino de cada uno de ellos. Desgracia de Julia (64-65). Augusto y sus amigos (66). Actitud con sus libertos y esclavos (67). Fama de afeminado y mujeriego, así como de derrochador, amante del lujo y jugador

empedernido (68-71). Moderación en los demás aspectos de su vida. Residencias y lugares de retiro. Mobiliario y ajuar. Banquetes y celebraciones. Comida y bebida. Descanso (72-78).

7. Rasgos personales de Augusto (79-93).

Características físicas. Naturaleza enfermiza. Cuidados que le dedicaba. Ejercicios y esparcimientos (79-83). Augusto, hombre de letras (84). Producción literaria (85). Estilo oratorio (86). Giros de lenguaje (87). Despreocupación por la ortografía. Escritura cifrada (88). Formación helenística. Protección de las artes y las letras (89). Supersticiones (90-92). Postura respecto a los ritos extranjeros (93).

8. Presagios relativos a Augusto (94-97).

Presagios de su futura grandeza (94-95). Presagios de sus victorias (96). Presagios de su muerte y posterior deificación (97).

9. Muerte de Augusto (98-101).

Último viaje de Augusto. Enfermedad y muerte (98-99). Lugar, fecha y edad a la que murió. Traslado de su cuerpo. Doble elogio fúnebre. Exequias (100). Testamento y demás documentos dejados por Augusto (101).

Muchos hechos revelan que la familia Octavia fue en [1] otro tiempo una de las principales de Vélitras¹. En efecto, ya un barrio situado en una de las zonas más frecuentadas de la ciudad se llamaba Octavio desde hacía tiempo, pero, además, se mostraba allí un altar consagrado por un Octavio. Este hombre fue general en una guerra contra un pueblo vecino y, como tal, se encontraba ofreciendo un sacrificio a Marte cuando le fue anunciada una súbita incursión del enemigo. Arrebatando entonces del fuego las entrañas medio crudas de la víctima, las cortó en pedazos y, tras haber entrado en combate en semejantes condiciones², regresó vencedor. Se conservaba incluso un decreto oficial por el que se ordenaba que en el futuro fueran también ofrecidas las entrañas a Marte del mismo modo y que los restos fueran entregados a los Octavios.

[2] Esta familia fue admitida en el Senado por el rey Tarquino el Antiguo entre las de rango inferior³; luego fue elevada a las patricias por Servio Tulio⁴; andando el tiempo retornó a la plebe⁵ y, de nuevo, después de un gran intervalo, volvió a la dignidad patricia por obra del divino Julio⁶. El primer miembro de ella que alcanzó una magistratura [2] por sufragio popular fue Gayo Rufo⁷. Éste, que llegó a ser cuestor, tuvo dos hijos, Gneo⁸ y Gayo, que dieron origen a las dos ramas de la familia Octavia, de diferente condición social, pues Gneo y todos sus descendientes desempeñaron los más altos honores, mientras que Gayo y los suyos, por azar o por voluntad propia, permanecieron en el orden ecuestre hasta el padre de Augusto. El tatarabuelo⁹ de Augusto sirvió, durante la segunda guerra púnica, como tribuno militar en Sicilia, a las órdenes del general Emilio Papo. Su abuelo, satisfecho con los cargos municipales, llegó a la vejez en posesión de un abundante patrimonio y gozando de una absoluta tranquilidad. Pero estas noticias nos las suministran otros; el [3] propio Augusto se limita a escribir¹⁰ que nació de una familia ecuestre, antigua y opulenta, en la que el primer senador fue su

padre. Marco Antonio le echa en cara el tener un antepasado liberto, cordelero del distrito de Turio, y un abuelo cambista. Esto es todo lo que he podido encontrar sobre los antecesores paternos de Augusto.

[3] Su padre, Gayo Octavio¹¹, gozó desde sus primeros años de una gran riqueza y consideración; por eso me causa verdadero asombro que también él haya sido presentado por algunos como un cambista e incluso contado entre los agentes al servicio de los candidatos para comprar votos en su nombre y demás asalariados del Campo de Marte. Criado, en efecto, en medio de una gran opulencia, obtuvo fácilmente los cargos públicos y, además, los desempeñó de forma admirable. Al término de su pretura, obtuvo por sorteo¹² Macedonia y, en su viaje de camino a esta provincia, aniquiló a los esclavos fugitivos restos de las tropas de Espartaco y Catilina, que ocupaban el territorio de Turio¹³, misión que se le había confiado [2] en el Senado con carácter extraordinario¹⁴. Gobernó su provincia con tanta justicia como valor; así, después de haber derrotado en un gran combate a los besos y a los tracios, trató de tal forma a los aliados que Cicerón, en unas cartas que se nos han conservado¹⁵, aconseja y exhorta a su hermano Quinto, que a la sazón ejercía el proconsulado¹⁶ de Asia con no muy buena fama, a imitar a su vecino Octavio en ganarse las simpatías de sus aliados.

Cuando volvía de Macedonia, antes de que pudiera [4] declararse candidato al consulado¹⁷, murió repentinamente, dejando tres hijos: Octavia la mayor¹⁸, de su primera mujer Ancaria, y Octavia la menor¹⁹ y Augusto, de Acia. Esta última era hija de Marco Acio Balbo²⁰ y de Julia²¹, hermana de Gayo César. Balbo, originario de Aricia²² por línea paterna y con muchos retratos de senadores en su familia, estaba por parte de madre en un grado muy estrecho de parentesco con Pompeyo Magno; después de haber ejercido el cargo de pretor, formó parte de la comisión de los veinte magistrados que dividieron, en virtud de la [2] ley Julia, el territorio de Campania entre la

plebe²³. Sin embargo, el mismo Antonio, despreciando también la ascendencia materna de Augusto, le echa en cara el haber tenido un antepasado de origen africano, que regentó en Aricia ya una tienda de perfumes, ya una tahona. También Casio de Parma²⁴, en una de sus cartas, acusa a Augusto de descender de un panadero por una de las ramas y de un cambista por la otra, en los siguientes términos: «De la más grosera tahona de Aricia procede tu harina materna; la amasó un cajero de Nérulo²⁵ con sus manos manchadas por el trasiego de monedas».

Augusto nació bajo el consulado de Marco Tulio [5] Cicerón y Gayo Antonio, el noveno día antes de las calendas de octubre²⁶, poco antes de la salida del sol, en el distrito del Palatino²⁷, en las Cabezas de Bueyes, donde ahora tiene un santuario, levantado algún tiempo después de su muerte. En efecto, según consta en las actas del Senado, un adolescente de origen patricio, Gayo Letorio, para eludir la severidad del castigo impuesto al delito de adulterio²⁸, alegó en cierta ocasión ante los senadores, además de su edad y de su cuna, el ser poseedor y en cierto modo guardián del primer suelo que el divino Augusto había tocado al nacer²⁹, y suplicó ser perdonado en gracia a este dios que de algún modo le pertenecía como propio; en consecuencia, se decretó que esta parte de su casa fuera consagrada.

[6] Todavía hoy, en una finca perteneciente a su familia cerca de Véлитras, se muestra el lugar en que fue criado, de dimensiones muy reducidas y parecido a una despensa; las gentes del lugar mantienen la creencia de que nació también allí. Un escrúpulo religioso les impide penetrar en esta habitación, a no ser por necesidad y con ánimo piadoso, porque es creencia concebida desde antiguo que los que entran por capricho son víctimas de una cierta conmoción y espanto, creencia que incluso se ha visto más tarde confirmada. En efecto, un nuevo propietario de la casa se trasladó una vez a dormir allí, sea sin intención, sea para hacer el experimento, y

sucedió que una fuerza súbita y desconocida le arrancó del sitio, pasadas apenas unas pocas horas de la noche, y se le encontró casi medio muerto delante de la puerta junto con su cama.

[7] Le pusieron en su infancia el sobrenombre de Turino en memoria del origen de sus antepasados, o bien porque fue en la región de Turio donde su padre Octavio, a poco de nacer él, llevó a cabo felizmente su empresa contra los esclavos fugitivos. Me bastaría para afirmar, sin dejar lugar a dudas, que fue apodado Turino, con basarme en mi descubrimiento de una estatuilla suya de cuando era niño, en bronce y antigua, en la que aparece inscrito este nombre en letras de hierro ya casi comidas por la herrumbre; se la regalé al emperador³⁰, que la venera entre los lares de su alcoba. Pero, además, en sus cartas Marco Antonio con frecuencia le llama Turino a modo de injuria, y el propio Augusto, como única respuesta, le contesta que se admira de que su primer nombre le sea echado en cara como un insulto. Más tarde tomó el nombre de Gayo César³¹ [2] y luego el sobrenombre de Augusto³², el primero en virtud del testamento de su tío abuelo³³ y el segundo siguiendo el parecer de Munacio Planeo³⁴. Mientras algunos opinaban, en efecto, que debía llamársele Rómulo, como fundador también él de la ciudad, prevaleció la propuesta de que se le llamara mejor Augusto, con un sobrenombre nuevo y además más ilustre, porque también se denominan augustos los lugares religiosos y en los que se hace alguna consagración después de haber tomado los augurios, a partir del término «auctus» (engrandecimiento) o de la expresión «avium gestus» o «gustus» (movimientos o degustación de las aves), como muestra incluso Ennio³⁵ cuando escribe:

Después de que la inclita Roma fuera fundada con augusto augurio.

[8] A los cuatro años perdió a su padre³⁶. Cuando tenía doce pronunció ante la asamblea del pueblo el elogio fúnebre de su abuela Julia³⁷. Cuatro años más tarde, después de haber

vestido la toga viril³⁸, fue gratificado con recompensas militares en el triunfo de César sobre África³⁹, a pesar de no haber participado en la guerra, debido a su edad. Cuando más tarde⁴⁰ su tío abuelo partió a las Hispanias contra los hijos de Gneo Pompeyo, Augusto le siguió con una mínima escolta, a pesar de hallarse convaleciente de una grave enfermedad, por rutas infestadas de enemigos, sufriendo incluso un naufragio, y se hizo merecedor de gran estima ante César, que tuvo pronto ocasión de apreciar también la naturaleza de su carácter, [2] además de la rapidez de su viaje. Tras la reconquista de las Hispanias, César, que proyectaba una expedición contra los dacios y después contra los partos⁴¹, lo envió por delante a Apolonia⁴², donde consagró su tiempo a los estudios. Cuando recibió allí la noticia del asesinato de César⁴³ y de que lo había nombrado su heredero⁴⁴, estuvo largo tiempo dudando si pedir ayuda a las legiones vecinas, pero desechó esta medida por juzgarla precipitada y prematura. Por lo demás, regresó a Roma⁴⁵ y aceptó la herencia, a pesar de las dudas de su madre y de los muchos consejos en contra de su padrastro, el excónsul Marcio Filipo⁴⁶. A partir de este momento y después de haber [3] reclutado ejércitos, gobernó el Estado, primero con Marco Antonio y Marco Lépido⁴⁷, luego solamente con Antonio, durante casi doce años, y, por último, él solo durante cuarenta y cuatro.

[9] Después de haber presentado el conjunto, por decirlo así, de su vida, pasaré a exponer cada una de sus partes, pero no por orden cronológico, sino a través de sus distintos aspectos, para poder describirlas y hacerlas comprender de forma más clara. Sostuvo cinco guerras civiles: las de Módena, Filipos, Perusa, Sicilia y Accio; la primera y la última de ellas contra Marco Antonio, la segunda contra Bruto⁴⁸ y Casio⁴⁹, la tercera contra Lucio Antonio⁵⁰, hermano del triunviro, y la cuarta contra Sexto Pompeyo⁵¹, hijo de Gneo.

[10] El origen y la causa de todas estas guerras estuvo en lo siguiente: pensando que lo más adecuado en su caso era ante

todo vengar el asesinato de su tío y defender sus actos, decidió, tan pronto como regresó de Apolonia, atacar a Bruto y Casio. Optó primero por emplear la fuerza mientras aún se hallaban desprevenidos; pero como aquéllos, previendo el peligro, lograron escapar, recurrió luego a las leyes, acusándolos de asesinato en su ausencia. Como, además, los magistrados a quienes había tocado este deber no se atrevían a celebrar los juegos en honor de la victoria de César⁵², los hizo dar él mismo. Para poder [2] con más firmeza ejecutar también sus otros proyectos, se presentó como candidato a la plaza de un tribuno de la plebe que acababa casualmente de fallecer⁵³, aunque era patricio y todavía no senador⁵⁴. Pero como el cónsul Marco Antonio, de quien había esperado una especial ayuda, se oponía a sus intentos y no le concedía en ningún asunto ni siquiera el derecho común y ordinario sin acordar previamente con él una enorme recompensa, se pasó a los optimates, que sabía que odiaban a Antonio principalmente por tener sitiado en Módena a Décimo Bruto⁵⁵ y por tratar de expulsarlo por medio de las armas de una provincia⁵⁶ que César le había otorgado y que le había sido confirmada por el Senado. Siguiendo, pues, el [3] consejo de algunos de ellos, sobornó a unos asesinos para que mataran a Antonio⁵⁷, pero el atentado fue descubierto; entonces, por temor a las represalias, reunió en su auxilio y en el de la república a los veteranos, haciéndoles cuantos regalos pudo; se le ordenó luego⁵⁸ tomar como propretor el mando del ejército que había reclutado y llevar ayuda a Décimo Bruto junto con Hircio⁵⁹ y Pansa, que habían asumido el consulado, terminando en tres meses, con dos combates⁶⁰, la guerra que se le había confiado. [4] Según Antonio, en el primero de ellos huyó y no volvió a aparecer hasta después de dos días, sin su manto de general ni su caballo; en el segundo es cosa bien sabida que cumplió con su deber, no ya de general, sino incluso de soldado, y que, herido de gravedad un portaestandarte de su legión en medio de la

batalla, tomó él la enseña sobre sus hombros y la llevó durante largo tiempo.

[11] En esta guerra, Hircio pereció en el campo de batalla y poco después Pansa a consecuencias de una herida, y se propagó el rumor⁶¹ de que Augusto los había hecho matar a ambos para quedar él solo al mando de los ejércitos vencedores, una vez puesto en fuga Antonio y privado el Estado de sus dos cónsules. Lo cierto es que la muerte de Pansa resultó tan sospechosa que su médico Glicón fue encarcelado bajo la acusación de haber aplicado veneno a su herida. Aquilio Nigro añade a esto que a Hircio, el otro cónsul, lo mató el propio Augusto en el fragor de la batalla.

Pero cuando se enteró de que Antonio, después de su [12] huida, había sido acogido por Marco Lépido⁶² y de que los demás generales y ejércitos⁶³ apoyaban de consuno su partido, abandonó sin vacilar la causa de los optimates, censurando sin razón, como pretexto de este cambio de actitud, las palabras y actos de algunos de ellos; unos, según afirmaba, habían dicho abiertamente que era un niño, y otros⁶⁴ que se le debía honrar y elevar a lo alto⁶⁵, todo ello para no corresponder con el debido agradecimiento ni a él ni a sus veteranos. Para dar más pruebas de su arrepentimiento por haber pertenecido al anterior partido impuso a los habitantes de Nursia una multa enorme en metálico, de modo que no pudieran pagarla, y los expulsó de su ciudad por haber levantado a expensas públicas en honor de los ciudadanos muertos en la batalla de Módena un túmulo con la siguiente inscripción: «caídos en defensa de la libertad».

[13] Después de firmar una alianza con Antonio y Lépido⁶⁶, terminó también en dos batallas⁶⁷ la guerra de Filipos, a pesar de encontrarse débil y enfermo. En la primera de ellas, el enemigo le despojó de su campamento y a duras penas consiguió escapar huyendo hacia el ala comandada por Antonio. Sin embargo, no supo controlar el éxito de la

victoria; muy al contrario, envió a Roma la cabeza de Bruto⁶⁸ para que la pusieran al pie de la estatua de César y se ensañó con todos los prisioneros de [2] alcurnia, además de ultrajarlos verbalmente; así, en efecto, se dice que a uno de ellos, que le pedía humildemente sepultura, le respondió que ésa sería pronto competencia de las aves, y que ordenó a otros dos, padre e hijo, que le suplicaban por su vida, sacar la suerte o jugar a la morra para dársela a uno o a otro, contemplando más tarde la muerte de ambos, pues el padre se ofreció a morir por su hijo, siendo ejecutado, y el hijo a continuación se quitó también la vida voluntariamente. Por este motivo, los demás prisioneros, y entre ellos Marco Favonio⁶⁹, aquel émulo de Catón, cuando se les hizo comparecer cargados de cadenas saludaron respetuosamente a Antonio llamándole *imperator*, mientras que a Augusto lo insultaron públicamente lanzándole las más horrendas injurias. Cuando, [3] después de la victoria, se hizo la repartición de funciones y Antonio recibió la de organizar el Oriente y Augusto la de volver a traer a los veteranos a Italia y establecerlos en tierras municipales, no obtuvo el reconocimiento ni de los veteranos ni de los dueños del suelo, pues los unos se quejaban de ser expulsados y los otros de que no se les trataba como ellos esperaban con arreglo a sus méritos.

Por este tiempo, obligó a Lucio Antonio⁷⁰, que tramaba [14] una revolución confiado en el consulado que ejercía y en el poder de su hermano, a refugiarse en Perusa, y lo forzó a rendirse⁷¹ por hambre, no sin haber corrido, con todo, grandes peligros tanto antes de la guerra como en el desarrollo de la misma. En efecto, en un espectáculo de juegos hizo expulsar por uno de sus lictores a un soldado raso que estaba sentado en una de las catorce filas⁷² y sus detractores propagaron el rumor de que luego lo había incluso hecho matar, tras someterlo a tortura; en un tris estuvo entonces de perecer víctima de una multitud de soldados que acudieron en tropel, llenos de indignación. Lo que le salvó fue la aparición inesperada del

soldado por el que se lamentaban, sano y salvo y sin haber sufrido ningún daño. En otra ocasión, mientras se encontraba ofreciendo un sacrificio ante los muros de Perusa, estuvo a punto de perder la vida a manos de una tropa de gladiadores que habían hecho una brusca salida de la ciudad.

[15] Una vez tomada Perusa, hizo ejecutar a la mayoría de sus habitantes, dando como única respuesta a cuantos intentaban implorar su perdón o justificarse que debían morir. Algunos autores cuentan que, de entre los vencidos, eligió a trescientos pertenecientes a los dos órdenes y los inmoló como víctimas en los idus de marzo, delante de un altar levantado en honor del divino Julio. No han faltado quienes dijeran que se puso en armas de común acuerdo con Antonio, para que sus enemigos secretos y aquellos a quienes retenía más el miedo que la voluntad salieran a la luz, al ofrecérseles la posibilidad de seguir a Lucio Antonio, y para poder, con los bienes confiscados a éstos después de su derrota, pagar a sus veteranos las recompensas prometidas.

[16] La guerra de Sicilia es una de las primeras que emprendió, pero la arrastró durante largo tiempo⁷³ porque la interrumpió muchas veces, unas para rehacer su escuadra, que la tempestad le había hecho perder en dos naufragios⁷⁴ y precisamente en pleno verano, y otras por haber firmado la paz⁷⁵ a instancias del pueblo, dado que los víveres habían sido interceptados y el hambre iba en aumento. Al fin, tras haber construido de nuevo barcos y manumitido a veinte mil esclavos para emplearlos como remeros, levantó cerca de Bayas el puerto de Julio⁷⁶, haciendo entrar el mar en los lagos Lucrino y Averno. En este puerto ejercitó a sus tropas durante todo un invierno, venciendo acto seguido⁷⁷ a Pompeyo entre Milas y Náuloco, si bien a la hora del combate cayó de repente presa de un sueño tan profundo, que sus amigos tuvieron que despertarle para que diera la señal. Este hecho es, a mi [2] entender, lo que dio ocasión a Antonio para reprocharle que ni siquiera había podido contemplar de frente a la armada

dispuesta en orden de batalla, sino que, en su estupor, se había quedado tumbado boca arriba, mirando al cielo, y que sólo se había levantado y comparecido ante sus soldados después de que Marco Agripa⁷⁸ hubiese puesto en fuga a las naves enemigas. Otros le recriminan sus palabras y su actuación, acusándole de haber exclamado, cuando la tempestad le hizo perder sus flotas, que conseguiría la victoria aun contra la voluntad de Neptuno, y de haber suprimido, en la siguiente celebración que hubo de juegos circenses, la estatua de este dios en la procesión [3] solemne. En ninguna otra guerra tuvo probablemente que afrontar más y mayores peligros. Cuando ya había pasado un ejército a Sicilia e intentaba traer del continente el resto de sus tropas⁷⁹, fue de improviso sorprendido por Demócares y Apolófanes⁸⁰, prefectos de Pompeyo, logrando al fin escapar con enorme dificultad y con un solo navío. En otra ocasión en que se dirigía a pie a Regio y pasaba por la ciudad de Locros, avistó unas birremes pompeyanas que bordeaban la costa; descendió entonces hasta la playa, creyendo que eran suyas, y por poco no fue apresado. Incluso en esta misma ocasión, cuando huía por senderos alejados del camino, un esclavo de su compañero Emilio Paulo⁸¹, que estaba resentido contra él por haber proscrito en otro tiempo al padre de su amo, Paulo⁸², y que consideró que se le había brindado la oportunidad de vengarse, [4] intentó asesinarlo. Después de la huida de Pompeyo⁸³, en vista de que su otro colega, Marco Lépido, a quien había hecho venir de África⁸⁴ en su auxilio, se ensoberbecía con la confianza que le daban sus veinte legiones⁸⁵ y reclamaba para sí el principal papel valiéndose del terror y de las amenazas, lo despojó de su ejército y, si bien le perdonó la vida atendiendo a sus súplicas, lo relegó para siempre a Circeyos⁸⁶.

Al fin rompió su alianza con Marco Antonio⁸⁷, que [17] siempre había sido inestable e insegura y a duras penas reavivada a base de sucesivas reconciliaciones⁸⁸; y para dar mayores pruebas de que aquél había renegado de su condición

de ciudadano, se ocupó de que fuera abierto y leído ante la asamblea del pueblo el testamento que Antonio había dejado en Roma designando entre sus herederos incluso a los hijos habidos de Cleopatra⁸⁹. Sin embargo, cuando se le declaró enemigo público, le envió a todos sus parientes y amigos, entre otros a Gayo Sosio⁹⁰ y a Tito Domicio⁹¹, por entonces aún cónsules. Eximió también oficialmente a los habitantes de Bolonia, puesto que eran clientes de los Antonios desde fechas remotas, de coligarse con toda Italia en defensa de su partido. Poco después venció a Antonio en una batalla naval junto a Accio⁹², prolongándose la lucha hasta tan tarde que, ya vencedor, tuvo que pasar la noche en la nave. De Accio [3] se retiró a Samos, a sus cuarteles de invierno, pero, inquieto por las noticias de una sedición de los soldados que había seleccionado de entre la totalidad de sus tropas y enviado por delante a Brindisi después de su victoria y que reclamaban sus recompensas y licenciamiento, regresó a Italia; durante la travesía fue víctima de la tempestad en dos ocasiones, la primera entre los promontorios del Peloponeso y de Etolia, y la segunda cerca de los montes Ceraunios; en ambas, naufragó una parte de sus navíos liburnos⁹³, mientras que aquel en el que él viajaba perdió sus aparejos y se le rompió el timón. Sin haberse detenido en Brindisi más que veintisiete días, lo justo para dejarlo <todo>^{93 bis} arreglado conforme a los deseos de los soldados, se dirigió a Egipto bordeando Asia y Siria, puso sitio a Alejandría, donde se había refugiado Antonio con Cleopatra, y se apoderó de ella en poco tiempo. Y aunque [4] Antonio intentaba, ya tarde, llegar a unas condiciones de paz, le forzó a darse muerte y contempló su cadáver. En cuanto a Cleopatra, a la que especialmente deseaba reservar con vida para su triunfo, le trajo incluso unos psilos⁹⁴ para que succionaran el líquido venenoso de su herida, pues se creía que había muerto por la mordedura de un áspid⁹⁵. Concedió a ambos el honor de una sepultura común y mandó terminar la tumba que ellos mismos habían [5] comenzado.

Hizo arrancar al joven Antonio⁹⁶, el mayor de los dos hijos de Fulvia⁹⁷, de la estatua del divino Julio, a cuyos pies se había refugiado después de muchas e inútiles súplicas, y mandó que le dieran muerte. Del mismo modo, hizo detener en su huida y entregar al suplicio a Cesarión⁹⁸, el hijo que Cleopatra se vanagloriaba de haber tenido de César. Sin embargo, respecto a los demás, los hijos comunes de Antonio y de la reina⁹⁹, se comportó como si fueran parientes suyos, conservándoles primero la vida e incluso manteniéndolos y apoyándolos más tarde según la condición de cada uno.

[18] Por la misma época se hizo mostrar, sacándolo del sepulcro, el sarcófago y el cuerpo de Alejandro Magno, y le rindió homenaje colocando sobre él una corona de oro y regándolo de flores; pero cuando le preguntaron si quería también ver la sepultura de los Ptolomeos, respondió [2] que él había querido ver a un rey, no cadáveres. Redujo Egipto a la categoría de provincia¹⁰⁰ y, para volverla más fértil y más apta para el aprovisionamiento de Roma, hizo limpiar con mano de obra militar todos los canales sobre los que se desborda el Nilo, que en el transcurso de los siglos se habían cubierto de limo. Para enaltecer también a perpetuidad el recuerdo de su victoria de Accio, fundó junto a ésta la ciudad de Nicópolis e instituyó allí unos juegos quinquenales, amplió el antiguo templo de Apolo y consagró a Neptuno y a Marte, después de adornarlo con despojos navales, el lugar que había ocupado su campamento.

Después de esto sofocó muchos disturbios, brotes de [19] revolución y conjuras, delatadas antes de que llegaran a alcanzar mayores proporciones, cada una en distinta época: en primer lugar la del joven Lépido¹⁰¹, luego la de Varrón Murena¹⁰² y Fanio Cepión¹⁰³, más tarde la de Marco Egnacio¹⁰⁴, a continuación las de Plaucio Rufo¹⁰⁵ y Lucio Paulo¹⁰⁶, esposo de su nieta, y, además de éstas, la de Lucio Audasio, acusado de falsificación, y, ya viejo y enfermo, la de Asinio Epicado, un mestizo de origen ilirio, y, por último, la

de Télefo, esclavo nomenclador¹⁰⁷ de una mujer; pues no se libró de la conspiración y la amenaza de los hombres incluso de más baja categoría. [2] Audasio y Epicado habían proyectado rescatar por la fuerza a su hija Julia¹⁰⁸ y a su nieto Agripa¹⁰⁹ de las islas en que estaban confinados, para llevarlos ante los ejércitos; Télefo, atentar contra él y contra el Senado, en la idea de que el destino le tenía reservado el poder absoluto. Aún más, en cierta ocasión un criado del ejército de Iliria, que había burlado la vigilancia de los porteros, fue sorprendido de noche junto a su habitación con un cuchillo de monte al cinto, sin que se pueda saber si había perdido la razón o si su demencia era fingida, pues la tortura no consiguió arrancarle nada.

[20] Por lo que se refiere a las guerras en el exterior, personalmente sólo dirigió dos: la de Dalmacia¹¹⁰, cuando aún era muy joven, y la Cantábrica¹¹¹, después de haber vencido a Antonio. En la primera sufrió incluso heridas, pues fue alcanzado en un combate por una piedra en la rodilla derecha y en otro resultó herido de gravedad en la pierna y en ambos brazos por el derrumbamiento de un puente. Las demás guerras las dirigió por medio de sus lugartenientes, aunque, no obstante, en algunas campañas en Panonia y en Germania o bien intervenía o no se encontraba lejos, avanzando desde Roma hasta Ravena, Milán o Aquileya.

Sea bajo su mando personal o sea bajo sus auspicios¹¹², [21] sometió Cantabria, Aquitania, Panonia, Dalmacia con toda Iliria, así como Recia y a los vindélicos y salasos, pueblos de los Alpes. Contuvo también las incursiones de los dacios, matando a tres de sus caudillos junto con un gran número de soldados, y rechazó a los germanos más allá del río Elba, exceptuando a los suevos y sigambros, que se entregaron y a los que trasladó a la Galia para establecerlos en unos campos cercanos al Rin. Asimismo redujo a la obediencia a otros pueblos poco sumisos. Pero no llevó la guerra a ninguna nación sin causas [2] justas y necesarias, y estuvo tan lejos de

la pasión por agrandar de cualquier modo el imperio o su gloria militar, que obligó a los jefes de algunos pueblos bárbaros a jurar en el templo de Marte Vengador¹¹³ que se mantendrían firmes en la palabra dada y en la paz que solicitaban, y a la vez probó a exigir a algunos de ellos un nuevo tipo de rehenes, a saber, mujeres, porque veía que les eran indiferentes las prendas consistentes en varones; no obstante, concedió siempre a todos la potestad de recuperar sus rehenes cuantas veces quisieran. Cuando se rebelaban con demasiada frecuencia o mostrando una especial deslealtad, no se vengó nunca con un castigo más severo que el de vender a los cautivos, con la condición de que no sirvieran como esclavos en un país cercano al suyo ni fueran [3] liberados antes de treinta años. Con esta fama de valor y moderación, atrajo incluso a los indos y a los escitas, conocidos sólo de oídas, a solicitar espontáneamente mediante embajadores su amistad y la del pueblo romano. Los partos, a su vez, no sólo le cedieron sin dificultad la Armenia, que él reclamaba, sino que incluso, obedeciendo a su requerimiento, le devolvieron las enseñas militares que habían arrebatado a Marco Craso y a Marco Antonio¹¹⁴, ofreciéndole además rehenes; por último, en cierta ocasión en que varios de ellos se disputaban el trono, sólo reconocieron al que él eligió.

[22] El templo de Jano Quirino¹¹⁵ había sido cerrado sólo dos veces antes de su época desde la fundación de Roma; en un espacio de tiempo mucho menor, Augusto lo cerró en tres ocasiones, conseguida la paz por tierra y por mar. Entró dos veces en Roma con los honores de la ovación¹¹⁶, la primera después de la guerra de Filipos y la segunda después de la guerra de Sicilia. Celebró tres triunfos curules¹¹⁷, el de Dalmacia, el de Accio y el de Alejandría, todos ellos en tres días seguidos¹¹⁸.

Sufrió sólo dos derrotas graves e ignominiosas, y las [23] dos en Germania, la de Lolio¹¹⁹ y la de Varo¹²⁰, pero mientras que la primera supuso más deshonra que pérdidas, la segunda

pudo haber sido fatal, pues en ella fueron masacradas tres legiones junto con su general, sus lugartenientes y todas las tropas auxiliares. Cuando recibió la noticia de esta derrota, Augusto fijó guardias por toda la ciudad, para prevenir cualquier tumulto, y prolongó su mandato a los gobernadores de las provincias para que pudieran contener a los aliados al ser personas expertas [2] en el trato con ellos. Hizo también voto a Júpiter Óptimo Máximo de unos grandes juegos si la situación política cambiaba para mejor, como se había hecho en la guerra de los cimbrós¹²¹ y en la de los marsos. Cuentan, por último, que quedó tan consternado que durante varios meses se dejó crecer la barba y los cabellos; que se golpeaba a veces la cabeza contra las puertas gritando: «¡Quintilio Varo, devuélveme las legiones!», y que consideró cada año el día de la derrota como día de dolor y de luto.

[24] En la organización militar cambió muchas prácticas e instauró o incluso hizo volver a la antigua costumbre algunas otras. Dirigió la disciplina con el máximo rigor. No permitía ni siquiera a sus lugartenientes, sino de mala gana y sólo en los meses de invierno, ir a ver a sus mujeres. Hizo vender en pública subasta a un caballero romano junto con sus bienes por haber amputado a sus dos jóvenes hijos los dedos pulgares para evitar su alistamiento; con todo, al ver que los arrendadores de las rentas públicas se disponían a comprarlo, lo hizo adjudicar a un liberto suyo, para que lo relegara al campo¹²², pero permitiéndole [2] vivir como hombre libre. Licenció con ignominia a la décima legión en su totalidad por su excesiva resistencia a obedecer las órdenes, y concedió la licencia a otras, pero sin otorgarles las recompensas merecidas, por su falta de moderación al pedirla. Hizo diezmar y alimentar con cebada a las cohortes que hubieran abandonado su puesto. Castigó con la pena capital, como a soldados rasos, a los centuriones que habían desertado de su puesto y les impuso, para los otros tipos de faltas, diversas penas infamantes, mandándoles, por ejemplo, permanecer de pie

durante todo un día delante de la tienda del general, a veces vestidos con una túnica y sin cinturón¹²³, otras sosteniendo las varas¹²⁴ o incluso llevando en la mano un puñado de césped.

Después de las guerras civiles, ni en la asamblea ni [25] en sus edictos llamaba jamás a sus soldados «conmilitones»¹²⁵, sino «soldados», y no permitió que los llamaran de otro modo ni siquiera sus hijos o hijastros cuando ostentaban el mando, pues pensaba que esa manera de designarlos era más aduladora de lo que exigía el reglamento militar, la paz actual o su propia majestad y la de su casa. Salvo en caso de incendios en Roma y cuando era [2] de temer alguna revuelta en momentos de una mayor carestía de víveres, no empleó a libertos como soldados más que en dos ocasiones: la primera para proteger a las colonias colindantes con Iliria, y la segunda para defender la margen izquierda del Rin; se trataba de esclavos que habían debido suministrar los hombres y mujeres de mayor riqueza y que habían sido al instante manumitidos; Augusto los mantuvo en el primer destacamento¹²⁶, sin mezclarlos con los libres de nacimiento ni armarlos del mismo [3] modo. Como recompensas militares, otorgaba con bastante más facilidad faleras¹²⁷ y collares y cualquier objeto de oro o de plata que coronas valares¹²⁸ y murales, que conferían mayor honor; de estas últimas concedió el menor número posible, sin espíritu de adulación, y frecuentemente incluso a soldados rasos. Recompensó a Marco Agripa, después de su victoria naval en Sicilia¹²⁹, con un estandarte azul. Los generales que habían obtenido los honores del triunfo, aunque hubieran sido compañeros suyos en sus expediciones y partícipes de sus victorias, fueron los únicos a los que pensó que nunca se debían repartir estas recompensas, puesto que también ellos habían gozado del [4] derecho de concederlas a su antojo. Opinaba, por otra parte, que nada convenía menos a un general perfecto que la precipitación y la temeridad. Así, repetía con frecuencia frases como «¡Date prisa lentamente!»¹³⁰; pues es mejor un caudillo seguro que uno audaz»¹³¹, y «Bastante

deprisa se hace todo lo que se hace bastante bien». Afirmaba que no debía en absoluto entablarse un combate o una guerra sino cuando la esperanza de beneficio era ostensiblemente mayor que el temor a las pérdidas. Decía, en efecto, que los que buscaban un mínimo provecho arriesgando mucho eran semejantes a los que pescaban con un anzuelo de oro, cuya pérdida, si se rompía, ninguna pesca la podía compensar.

Recibió magistraturas y honores antes del tiempo legal [26] e incluso algunos de nueva creación y a perpetuidad. Se apoderó del consulado a los diecinueve años¹³², haciendo avanzar con aire de hostilidad a sus legiones contra Roma y enviando mensajeros a reclamarlo para él en nombre del ejército; en vista de que el Senado vacilaba, el centurión Cornelio, jefe de la embajada, echando atrás su manto y mostrando la empuñadura de su espada, no dudó en exclamar en la curia: «Ésta lo hará, si vosotros no lo hacéis». Ejerció un segundo consulado nueve años después¹³³, un [2] tercero tras haber dejado pasar un año, y los siguientes hasta el undécimo sin interrupción; le ofrecieron luego muchos, que él rechazó, hasta que, después de un gran intervalo, exactamente de diecisiete años, él mismo solicitó un duodécimo¹³⁴ y luego un decimotercero dos años después¹³⁵ para presentar en el Foro, investido de la más alta magistratura, a sus hijos Gayo¹³⁶ y Lucio¹³⁷ el día en [3] que cada uno de ellos tomara la toga viril. Cinco de sus consulados centrales, del sexto al décimo, los ejerció durante todo el año, los demás durante nueve, seis, cuatro o tres meses, e incluso el segundo por muy pocas horas. En efecto, el día de las calendas de enero se sentó un momento por la mañana en la silla curul delante del templo de Júpiter Capitolino y luego dimitió de su cargo, tras haber elegido a otro para reemplazarlo. Tampoco tomó posesión de todos en Roma, pues del cuarto consulado se hizo cargo en Asia, del quinto en la isla de Samos y del octavo y noveno en Tarragona.

[27] Durante diez años¹³⁸ dirigió el triunvirato creado para reorganizar la república; en este cargo, si bien es cierto que durante algún tiempo se opuso a sus colegas para que no se abriera ninguna proscripción, cuando ésta dio comienzo, la puso en práctica con más saña que los otros dos. De hecho, mientras que aquéllos, en consideración a la categoría de muchos proscritos, se dejaron a menudo ganar por la recomendación y por las súplicas, él solo puso todo su empeño en que no se perdonara a nadie y proscribió incluso a Gayo Toranio, su tutor, el mismo que había sido colega de su padre Octavio en el cargo de edil. Julio Saturnino cuenta además que, cuando se acabó la [2] proscripción y Marco Lépido presentó excusas en el Senado por los hechos pasados, al tiempo que daba esperanzas de clemencia para el futuro, puesto que ya se había castigado bastante, Augusto, por el contrario, declaró que había decidido poner fin a las proscripciones, sin dejar por ello de reservarse una total libertad de actuación. Sin embargo, como muestra de arrepentimiento de esta obstinación suya, honró más tarde con la dignidad ecuestre a Tito Vinio Filopemen, porque, según se decía, había ocultado en otro tiempo a su patrono, que era uno de los proscritos. En este mismo cargo de triunviro provocó el [3] rencor con muchas de sus actuaciones. En efecto, cuando pronunciaba un día una arenga ante sus soldados en presencia de una multitud de civiles a los que se había permitido aproximarse, advirtió que Pinario, caballero romano, tomaba furtivamente algunas notas y, considerándolo como un curioso y un espía, lo mandó matar a la vista de todos. Aterrorizó con tantas amenazas a Tedio Afro, cónsul electo, por haber criticado con un lenguaje malicioso cierta actuación suya, que aquél se arrojó de cabeza al vacío. Un día en que el pretor Quinto Galio¹³⁹ vino a [4] saludarle manteniendo ocultas bajo sus vestiduras unas tablillas dobles, sospechó que escondía una espada, pero no se atrevió a indagar nada en ese momento por temor a que se descubriera otra cosa; no obstante, poco

después lo hizo arrancar de su tribunal por unos centuriones y soldados y someter a tortura como si se tratara de un esclavo; luego, en vista de que no confesaba nada, lo mandó matar tras haberle sacados los ojos con sus propias manos. Sin embargo, con respecto a este último, Augusto escribe que, después de haberle solicitado audiencia, atentó contra su vida; que él lo hizo encarcelar y luego soltar, castigándole con el destierro, y que pereció en un naufragio [5] o asaltado por unos ladrones. Recibió la potestad tribunicia a perpetuidad y en el ejercicio de ella se adjudicó dos veces un colega¹⁴⁰, cada una de ellas por cinco años. Recibió también la supervisión de las costumbres y de las leyes, igualmente a perpetuidad, y con el derecho que le daba esta función, aunque sin el cargo de censor, llevó a cabo tres veces el censo del pueblo, la primera y la tercera junto con un colega¹⁴¹, la segunda, solo.

[28] En dos ocasiones¹⁴² pensó en restablecer la república: la primera, inmediatamente después de haber aplastado a Antonio, pues recordaba que con bastante frecuencia aquél le había acusado de ser en cierto modo el causante de que no se restableciera; y la segunda, en el hastío de una larga enfermedad, cuando hizo incluso venir a su casa a los magistrados y a los senadores y les entregó una estadística del imperio¹⁴³. Pero reflexionando, por una parte, en el peligro que correría volviendo a la vida privada y, por otra, en que sería una temeridad dejar la república al arbitrio de varias personas, continuó reteniéndola, sin que se pueda saber si fue mejor el resultado o la intención. De esta intención, aunque no dejaba de manifestarla conanualmente, [2] dio incluso testimonio en un edicto con las siguientes palabras: «Ojalá me sea posible mantener el Estado en su sede, sano y salvo, y recibir el fruto que pretendo de esta acción, a saber, que se me considere el fundador de la mejor forma de gobierno y que, al morir, pueda llevarme conmigo la esperanza de que los fundamentos del Estado puestos por mí permanecerán inamovibles». Él mismo se ocupó de conseguir su deseo,

haciendo cuantos esfuerzos pudo para que nadie se sintiera descontento de la nueva forma de gobierno. Embelleció hasta tal [3] punto Roma, cuyo ornato no se correspondía con la majestad del imperio y que, además, se encontraba expuesta a las inundaciones y a los incendios, que pudo con justicia jactarse de dejarla de mármol, habiéndola recibido de ladrillo. En cuanto a su seguridad, la garantizó incluso para el futuro hasta donde la razón humana lo pudo prever.

Construyó una gran cantidad de obras públicas, de las [29] que las principales fueron: un Foro¹⁴⁴ con un templo de Marte Vengador, un templo de Apolo¹⁴⁵ en el Palatino y otro de Júpiter Tonante¹⁴⁶ en el Capitolio. El motivo de levantar un Foro fue la gran abundancia que había de hombres y de procesos, que parecía hacer necesario un tercero por no dar abasto los dos ya existentes¹⁴⁷; por eso también se abrió al público a toda prisa, sin que estuviera acabado el templo de Marte, y se dispuso que en él se celebraran especialmente los juicios públicos y los [2] sorteos de los jueces. Había hecho voto de levantar el templo de Marte una vez entablada la guerra de Filipos para vengar a su padre; decidió, por tanto, que en él sería consultado el Senado a propósito de las guerras y de los triunfos, que de él partiría la escolta de los magistrados que se dirigieran a las provincias investidos del mando supremo y que a él traerían las insignias de sus triunfos [3] los generales que hubiesen regresado vencedores. Levantó el templo de Apolo en esa parte de su casa del Palatino que había sido herida por un rayo y que los arúspices habían anunciado que era deseada por el dios; le añadió unos pórticos con una biblioteca latina y griega, donde, siendo ya muy mayor, reunió incluso con frecuencia al Senado y pasó revista a las decurias de jueces. Consagró un templo a Júpiter Tonante por haberle salvado del peligro cuando, durante una marcha nocturna en su expedición contra los cántabros¹⁴⁸, un rayo pasó rozando su litera y mató al esclavo que le precedía para alumbrarle. [4] Hizo incluso algunas obras en nombre de otros,

a saber, de sus nietos¹⁴⁹, de su mujer¹⁵⁰ y de su hermana¹⁵¹, como el pórtico y la basílica de Gayo y Lucio¹⁵², los pórticos de Livia y de Octavia¹⁵³ y el teatro de Marcelo¹⁵⁴. Pero también exhortó a menudo a los demás varones de relieve a enriquecer la ciudad, cada uno según sus posibilidades, con monumentos nuevos o restaurando y embelleciendo los existentes. Muchas de estas personas construyeron [5] entonces un gran número de monumentos, como el templo de Hércules y de las Musas¹⁵⁵, levantado por Marcio Filipo, el templo de Diana¹⁵⁶, por Lucio Cornificio, el atrio de la Libertad¹⁵⁷, por Asinio Polión, el templo de Saturno¹⁵⁸, por Munacio Planco, un teatro¹⁵⁹, por Cornelio Balbo, un anfiteatro¹⁶⁰, por Estatilio Tauro, y por Marco Agripa¹⁶¹ muchos monumentos magníficos.

[30] Dividió el área de la ciudad en regiones¹⁶² y barrios, estableciendo que la supervisión de las primeras fuera asignada por sorteo a magistrados anuales y la de los segundos a unos dirigentes elegidos entre la plebe de cada vecindario. Ideó contra los incendios un servicio de guardias nocturnas y de vigilantes; para contener las inundaciones, ensanchó y limpió el cauce del Tíber, lleno desde hacía tiempo de escombros y reducido por los avances de los edificios. Por otra parte, para hacer más fácil el acceso a Roma desde todos los puntos, se encargó personalmente¹⁶³ de hacer reparar la Vía Flaminia hasta Rímini, y distribuyó las demás entre los generales que habían sido honrados con el triunfo, para que las pavimentaran con el dinero obtenido del botín. Reconstruyó los templos derrumbados [2] por el tiempo o destruidos por un incendio, y los enriqueció, tanto éstos como los demás, con dones muy opulentos, pues en una sola donación depositó en el santuario de Júpiter Capitolino dieciséis mil libras de oro y piedras preciosas y perlas por valor de cincuenta millones de sestercios.

Cuando por fin asumió¹⁶⁴, a la muerte de Lépido, el [31] pontificado máximo, que nunca había pensado arrebatárle

mientras vivía, hizo reunir de todas partes todos los libros proféticos, griegos y latinos, de autores desconocidos o poco dignos de crédito que se encontraban en circulación, más de dos mil, y los mandó quemar, conservando únicamente los Sibilinos, e incluso éstos después de haber hecho una selección; los guardó en dos cajas doradas bajo el pedestal de Apolo Palatino. Ordenó de nuevo el calendario, [2] organizado por el divino Julio¹⁶⁵, pero que después, por negligencia, se había vuelto a embrollar y confundir; en esta tarea, le puso su sobrenombre al mes de sextil¹⁶⁶ más que al de septiembre, en el que había nacido, por haber obtenido en este mes su primer consulado¹⁶⁷ y sus grandes [3] victorias¹⁶⁸. Aumentó el número y la dignidad de los sacerdotes, así como sus privilegios, en especial de las vírgenes vestales¹⁶⁹; y, como era preciso elegir a una para ocupar una vacante dejada por fallecimiento y muchos intrigaban para no exponer a sus hijas al sorteo, juró que, si la edad de cualquiera de sus nietas¹⁷⁰, lo permitiera, él [4] la habría ofrecido. Restableció también algunas de las antiguas instituciones religiosas que poco a poco habían ido desapareciendo, como el augurio de la Salud¹⁷¹, la dignidad de flamen dial¹⁷², las fiestas Lupercales¹⁷³, los Juegos Seculares¹⁷⁴ y los de las Compitales¹⁷⁵. En las Lupercales prohibió que corrieran los muchachos todavía imberbes, e igualmente, en los Juegos Seculares, que los jóvenes de ambos sexos asistieran a cualquier espectáculo nocturno, a no ser acompañados por algún familiar mayor de edad. Dispuso que los Lares Compitales fueran adornados con [5] flores dos veces al año, en primavera y en verano. Rindió un honor semejante al de los dioses inmortales a la memoria de los generales que habían hecho tan grande el poder del pueblo romano a partir de su insignificancia primitiva. En consecuencia, no sólo restauró las obras construidas por cada uno de ellos, conservando las inscripciones que tenían, sino que, además, en los dos pórticos de su Foro levantó estatuas en las que figuraban todos ellos

con las insignias triunfales, declarando en un edicto que había ideado esto para que tanto él mismo, mientras viviese, como los príncipes de las siguientes generaciones fueran juzgados por sus conciudadanos con arreglo a «la pauta»¹⁷⁶ establecida por aquéllos, tomándola como modelo. Trasladó también la estatua de Pompeyo fuera de la curia en la que Gayo César había sido asesinado¹⁷⁷ y la colocó sobre un arco de mármol frente al pórtico de su teatro¹⁷⁸.

Muchas costumbres de la peor especie tendentes a alterar [32] el orden público habían subsistido como resultado de los hábitos y de la licencia de las guerras civiles o bien incluso habían surgido durante la paz. Un gran número de salteadores se mostraba públicamente con el puñal al cinto, como si fuese para defenderse; los viajeros eran secuestrados en los campos y, sin hacer ninguna distinción entre hombres libres y esclavos, encerrados en las ergástulas¹⁷⁹ de los propietarios; bajo el título de un nuevo colegio, muchas asociaciones se unían para participar en todo tipo de delitos. Pues bien, Augusto reprimió los asaltos estableciendo puestos de guardia en puntos estratégicos, inspeccionó las ergástulas y disolvió los colegios¹⁸⁰, [2] a excepción de los antiguos y legítimos. Hizo quemar las listas de los antiguos deudores del erario, principal pretexto para las acusaciones falsas; adjudicó en Roma a sus propietarios los terrenos del Estado sobre los que eran dudosos los derechos reclamados por ambas partes; hizo borrar los nombres¹⁸¹ de los acusados que llevaban largo tiempo en esta situación y cuyos harapos¹⁸² sólo servían para regocijar a sus enemigos, con la condición expresa de que, si alguien quería perseguir judicialmente de nuevo a alguno de ellos, quedara expuesto al mismo castigo. Por otra parte, para que ningún delito quedara impune ni dejara de instruirse ningún proceso a fuerza de aplazamientos, habilitó más de treinta días, que se dedicaban a los juegos honorarios¹⁸³, para el despacho de los asuntos judiciales. A las tres decurias de jueces añadió una cuarta [3] de fortuna inferior, que se llamara «de los

doscientos»¹⁸⁴ y tuviera a su cargo los juicios sobre cantidades más bajas. Admitió jueces a partir de los treinta años de edad, es decir, cinco años antes de lo que solían. Como la mayor parte de los ciudadanos eludían el cargo de juez, concedió de mala gana que cada decuria disfrutara por turno de un año de vacaciones y que se suspendieran los procesos que solían celebrarse durante los meses de noviembre y diciembre.

Él mismo administró justicia con asiduidad, y a veces [33] hasta la noche, haciendo colocar su litera delante del tribunal o incluso tendido en el lecho, en su casa, si se encontraba mal de salud. La administró, por otra parte, no sólo con el mayor esmero, sino también con la máxima indulgencia, pues, según cuentan, para evitar que un reo convicto de parricidio fuera cosido en un saco¹⁸⁵, y dado que sólo se castiga de esta manera a los que confiesen este delito, lo interrogó en los siguientes términos: «¿Verdad [2] que no mataste a tu padre?»; igualmente, cuando se celebraba un día un proceso sobre falso testamento y a todos los firmantes les alcanzaba la ley Cornelia^{185 bis}, entregó a los jueces que instruían con él la causa, además de las dos tablillas, condenatoria y absolutoria, una tercera, por la que pudieran perdonar a aquellos que claramente hubieran sido inducidos a firmar por engaño o por [3] error. Delegaba cada año en el pretor urbano las apelaciones presentadas por los litigantes de Roma; las de los litigantes de provincias las confiaba, en cambio, a excónsules, que había puesto individualmente al frente de los asuntos de cada provincia.

[34] Corrigió las leyes y promulgó algunas de nuevo, como la suntuaria y las leyes sobre los adulterios, la castidad, el soborno y el matrimonio de los distintos órdenes sociales. En esta última introdujo enmiendas bastante más severas que en las demás y, a causa del violento rechazo que provocó, no pudo ponerla en vigor sino después de haber suprimido o atenuado parte de las sanciones, concedido un plazo de tres años y aumentado las recompensas [2]¹⁸⁶. Como, aun así, el

estamento ecuestre, durante un espectáculo público, reclamaba insistentemente su abolición, mandó a buscar a los hijos de Germánico¹⁸⁷ y, situados unos a su lado, otros en el regazo de su padre, los mostró ostentosamente, dando a entender a los caballeros, con su gesto y su expresión, que no rehusaran imitar el ejemplo del joven. Al advertir que todavía se eludía la fuerza de la ley tomando prometidas que aún no habrían alcanzado la edad núbil¹⁸⁸ y cambiando frecuentemente de esposa, redujo la duración de los noviazgos e impuso un límite a los divorcios.

El número de senadores se elevaba hasta formar una [35] multitud abigarrada y grosera (eran, en efecto, más de mil, y algunos totalmente indignos, que habían sido admitidos por medio del favor y de la recompensa después del asesinato de César, y a los cuales el pueblo llamaba «senadores del Orco»¹⁸⁹); Augusto lo hizo volver a sus antiguas cifras y esplendor mediante dos selecciones: la primera, al arbitrio de los mismos senadores, eligiendo cada uno de ellos a otro; la segunda, al suyo propio y de Agripa; en estas ocasiones, parece ser que presidió protegido por una coraza debajo de la toga, con una espada al cinto y rodeando su silla diez de sus más fuertes amigos del estamento [2] senatorial. Cremucio Cordo¹⁹⁰ escribe que, por entonces, ni siquiera recibió a ningún senador si no era a solas y después de habérsele cacheado. Indujo a algunos a dimitir discretamente y les conservó incluso a éstos el honor de la vestidura senatorial, así como el derecho de asistir a los espectáculos en los asientos de la orquesta y [3] de tomar parte en los banquetes públicos. Por otro lado, para que los senadores elegidos y aprobados desempeñaran las funciones propias de su cargo más a conciencia y con menos trastorno, decretó que, antes de tomar asiento, cada uno de ellos hiciera ofrendas de incienso y vino ante el altar del dios en cuyo templo se reuniera; que el Senado no fuese convocado regularmente más que dos veces al mes, en las calendas y en los idus, y que en los meses de septiembre

y octubre sólo fuera obligatoria la asistencia de los senadores sacados por sorteo en el número preciso para que pudieran ser aprobados los decretos; igualmente, decidió asignarse cada semestre un consejo por sorteo, para tratar previamente con él los asuntos que debían someterse [4] al pleno del Senado. No seguía la costumbre ni el orden establecido¹⁹¹ para recoger los votos de los senadores sobre asuntos importantes, sino que lo hacía a su capricho, con la finalidad de que cada uno de ellos se mantuviera tan atento como si tuviera que exponer su opinión, más que adherirse a la de otro.

Fue también autor de otras medidas, prohibiendo, entre [36] ellas, la publicación de las actas del Senado¹⁹² y el envío de los magistrados a las provincias inmediatamente después de haber cesado en su cargo¹⁹³; estableció igualmente que se asignara una cantidad fija a los procónsules para los mulos y tiendas de campaña, suministros que solían contratarse por el Estado¹⁹⁴; que la administración del erario pasara de los cuestores urbanos a los expretoreos o pretoreos, y que el tribunal de los centunviros¹⁹⁵, tradicionalmente convocado por excuestores, lo fuera a partir de entonces por los decenviros¹⁹⁶.

Ideó nuevos servicios para que un mayor número de [37] ciudadanos pudiese tomar parte en la administración del Estado, a saber: la comisaría de las obras públicas, de los caminos, de las aguas, del cauce del Tíber y de la distribución de trigo al pueblo, la prefectura de Roma, una comisión de tres miembros encargada de elegir a los senadores y otra que pasara revista a los escuadrones de caballería siempre que fuera necesario. Nombró censores, cosa que durante largo tiempo había dejado de hacerse. Aumentó el número de pretoreos. Pidió incluso tener dos colegas, en lugar de uno, cada vez que se le concediera el consulado, pero no lo obtuvo, pues todos los senadores exclamaron que bastante rebajada quedaba su dignidad ejerciendo este cargo con otro, en lugar de hacerlo él solo.

[38] No menos generoso a la hora de recompensar el mérito militar, se encargó de que fuesen votados los honores regulares del triunfo a más de treinta generales y las insignias [2] triunfales¹⁹⁷ a un número aún mayor. Para que los hijos de los senadores se habituaran antes a los asuntos públicos, les permitió vestir el laticlavo¹⁹⁸ y asistir a las sesiones del Senado inmediatamente después de haber recibido la toga viril, concediéndoles además, al emprender la carrera militar, no sólo el grado de tribunos de legión¹⁹⁹, sino también la comandancia de un ala de caballería; asimismo, para garantizar su experiencia individual en el ejército, puso comúnmente al frente de cada ala a [3] dos de ellos²⁰⁰. Pasó revista con frecuencia a los escuadrones de caballería, restableciendo la costumbre del desfile, largo tiempo suspendida. Pero no permitió que ningún caballero fuese sacado de la fila por un acusador durante esta ceremonia, como solía ocurrir, y dio licencia a los que se destacaban por su avanzada edad o por alguna incapacidad física para enviar su caballo dentro de la fila y venir a pie a presentarse cuantas veces fueran citados; luego concedió la gracia de devolver el caballo a aquellos que, siendo mayores de treinta y cinco años, no quisieran conservarlo.

Después de haber obtenido del Senado diez ayudantes, [39] obligó a cada uno de los caballeros a rendir cuentas de su conducta, y, en los casos en que ésta resultó reprobable, les aplicó diversas sanciones, consistentes unas veces en un castigo, otras en una nota infamante, y las más de ellas en una amonestación, pero de forma diversa. El tipo más suave de amonestación consistió en la entrega inmediata de unas tablillas que tenían que leer al punto, en silencio y allí mismo; sancionó también a algunos por haber colocado a rédito usurario cantidades que a su vez habían tomado prestadas a intereses muy bajos.

Cuando no había suficientes candidatos del estamento [40] senatorial para las elecciones de tribunos²⁰¹, los nombró de la

clase ecuestre, otorgándoles la facultad de permanecer, al término de su cargo, en el orden que quisieran de los dos. Por otra parte, como muchos caballeros, cuyo patrimonio se había visto notablemente reducido por las guerras civiles, no se atrevían a tomar asiento en las catorce gradas²⁰² para asistir a los juegos por miedo al castigo previsto por la ley del teatro²⁰³, proclamó que este castigo no afectaba a aquellos que habían tenido alguna vez [2] la fortuna ecuestre o la habían tenido sus padres. Hizo el censo del pueblo barrio por barrio, y, para que la plebe no se viera con excesiva frecuencia apartada de sus negocios por causa de las distribuciones de trigo, resolvió darle tres veces al año unos bonos por el suministro de cuatro meses cada uno; pero en vista de que echaba de menos la antigua costumbre, le permitió de nuevo recibirlos mensualmente. Restableció también el antiguo reglamento de los comicios²⁰⁴ y, después de haber castigado el soborno con diversas penas, el día de las elecciones distribuía, de su propio peculio, mil sestercios por cabeza a los miembros de las tribus Fabia y Escaptia, a las que él pertenecía²⁰⁵, para que no desearan nada de ningún candidato. [3] Juzgando, además, de gran importancia conservar al pueblo puro y a salvo de toda mezcla de sangre extranjera y servil, concedió con extrema parquedad la ciudadanía romana e impuso un límite a las manumisiones. En respuesta a la solicitud de ciudadanía de Tiberio en favor de un griego cliente suyo, le escribió que sólo se la concedería si de viva voz lograba convencerle de lo justos que eran sus motivos para solicitarla; negó la misma petición a Livia en favor de un galo que pagaba tributo, y a cambio le ofreció eximirle de éste, afirmando que le costaría menos causar un detrimento al fisco que vulgarizar el honor de la ciudadanía romana. No contento con haber puesto [4] muchas dificultades a los esclavos para conseguir la libertad, y muchas más en el caso de la libertad completa²⁰⁶, después de haber establecido con exactitud tanto el número como la condición y características de aquellos que podían ser

manumitidos²⁰⁷, añadió incluso que jamás pudiese, en virtud de ningún tipo de libertad, obtener la ciudadanía un esclavo que hubiera sido encadenado o sometido a tortura²⁰⁸. Se ocupó asimismo de restablecer el porte [5] y la indumentaria antiguos, y así, viendo un día en la asamblea del pueblo una multitud de gente vestida de oscuro, lleno de indignación y gritando: «¡He aquí a

los Romanos, dueños del mundo, el pueblo que viste la toga!»²⁰⁹,

encargó a los ediles que, a partir de ese momento, no permitieran a nadie estacionarse en el Foro o en sus alrededores sino después de haberse despojado de la lacerna²¹⁰ para lucir la toga.

Dio en muchas ocasiones pruebas de su liberalidad a [41] todas las clases sociales. En efecto, cuando se transportó a Roma el tesoro real en su triunfo de Alejandría, provocó, para empezar, tal abundancia de numerario, que el interés del dinero disminuyó y aumentó muchísimo el valor de las tierras, pero, además, luego, cada vez que había dinero en abundancia resultante de los bienes de los condenados, lo prestó por cierto tiempo gratuitamente a aquellas personas que pudieran dar garantías por el doble. Aumentó la fortuna exigida a los senadores, fijándola en un millón doscientos mil sestercios, en lugar de los ochocientos mil anteriores, y se la completó, añadiendo lo que [2] les faltaba, a los senadores que no la poseían. Hizo con frecuencia repartos extraordinarios al pueblo, pero, por lo general, de diversa cuantía: unas veces cuatrocientos sestercios, otras trescientos, y algunas doscientos cincuenta; y ni siquiera excluyó a los niños de menor edad, aunque no solían recibirlos sino a partir de los diez años cumplidos. En épocas de escasez, midió también el trigo por cabeza, a menudo a muy bajo precio, a veces gratuitamente, y dobló el valor de los bonos para su adquisición.

[42] Pero, para que quede claro que fue un príncipe interesado por el bienestar público más que ansioso de

popularidad, un día en que el pueblo se quejaba de la escasez y alto precio del vino, lo contuvo dirigiéndole una alocución severísima, a saber, que su yerno Agripa, construyendo numerosos acueductos, ya había tomado suficientes medidas [2] para que los hombres no tuvieran sed. Otro día en que también el pueblo reclamaba un reparto extraordinario que le había ciertamente prometido, le respondió que él era un hombre de crédito; pero como en otra ocasión exigía uno del que no le había hecho ninguna promesa, le reprochó en un edicto su infame desvergüenza y afirmó que no lo daría, aunque antes pensaba hacerlo. Con el mismo rigor y firmeza, cuando se enteró de que, a raíz del anuncio de otra distribución de este tipo, se había manumitido a muchos esclavos y se los había incluido en el número de los ciudadanos, afirmó que las personas a las que no se había dado promesa de este reparto no lo recibirían, y dio a los restantes menos de lo que les había prometido, para que la suma total prevista resultara suficiente²¹¹. Después de haber expulsado de Roma, con [3] ocasión de una gran escasez²¹² difícil de remediar, a los esclavos en venta y a las escuelas de gladiadores, así como a todos los extranjeros, excepto los médicos y profesores, y a una parte de los esclavos, cuando por fin la cosecha mejoró, estuvo tentado, según su propio testimonio, de suprimir para siempre las distribuciones de trigo al pueblo por parte del Estado, porque, confiando en ellas, se descuidaba el cultivo de las tierras; y si no se mantuvo en ello fue porque estaba seguro de que algún día podían ser restablecidas por afán de popularidad. Y a continuación las reguló de suerte que no tenía menos en cuenta a los labradores y a los comerciantes que al pueblo.

Superó a todos sus predecesores en la frecuencia, variedad [43] y magnificencia de sus espectáculos. Según él mismo dice²¹³, celebró cuatro veces juegos públicos en su propio nombre y veintitrés por otros magistrados, que se encontraban ausentes o no tenían suficientes medios. A veces los celebró

incluso por los barrios y en muchos escenarios, empleando a actores de todas las lenguas. Dio < espectáculos de gladiadores >^{213 bis} no sólo en el Foro y en el anfiteatro, sino también en el circo y en los *Septa*²¹⁴, en ocasiones sólo consistentes en una caza; presentó también atletas, disponiendo para ello unos asientos de madera en el Campo de Marte, e igualmente un combate naval cerca del Tíber, para el que fue excavado el suelo donde hoy se encuentra el bosque de los Césares²¹⁵. Durante estos días fijó guardias en la ciudad, para evitar que quedara expuesta a los maleantes debido al escaso número de [2] personas que permanecía en ella. Exhibió en el circo a aurigas, corredores y luchadores con fieras, pertenecientes incluso a veces a la más granada juventud. Pero también dio con mucha frecuencia juegos troyanos²¹⁶ de niños de mayor y menor edad, pues tenía por una hermosa costumbre de otro tiempo el que se diera así a conocer la índole de su ilustre estirpe. En el transcurso de estos juegos, Nonio Asprenate resultó herido a consecuencias de una caída, siendo recompensado con un collar de oro por Augusto, que, además, le permitió a él y a sus descendientes llevar el sobrenombre de Torcuato²¹⁷. Luego puso fin a las exhibiciones de este tipo, a raíz de las serias y dolorosas quejas presentadas en el Senado por el orador Asinio Pollón a propósito del accidente sufrido por su nieto Esernino, que se había roto también una pierna. También para [3] las representaciones teatrales y los combates de gladiadores utilizó en ocasiones incluso a caballeros romanos, pero antes de que quedara prohibido por un decreto del Senado. Después, únicamente exhibió a un muchachito licio de noble cuna, pero sólo para mostrarlo, pues medía menos de dos pies, pesaba diecisiete libras y tenía una voz potentísima. No obstante, un día de juegos, como por entonces [4] era la primera vez que se habían enviado a Roma rehenes partos, los hizo pasar por el centro de la arena para exhibirlos, y los situó en la segunda grada, por encima de él. Solía también, sin esperar a los días de los espectáculos, si alguna

vez habían traído a Roma algún animal insólito y digno de verse, mostrarlo al público a título extraordinario, en cualquier lugar, como un rinoceronte en los *Septa*²¹⁸, un tigre en un escenario, o una serpiente de cincuenta codos delante del Comicio²¹⁹. En unos juegos votivos [5] celebrados en el Circo se dio el caso de que, por encontrarse indispuerto, tuvo que conducir los carros procesionales²²⁰ tendido en su litera; otra vez, en la apertura de los juegos con los que inauguraba el teatro de Marcelo²²¹, se aflojaron las junturas de su silla curul y cayó de espaldas. Durante un espectáculo ofrecido asimismo por sus nietos, viéndose impotente del todo para contener y tranquilizar al pueblo, aterrado por el miedo de un derrumbamiento, abandonó su puesto para venir a sentarse en la zona de mayor peligro.

[44] La manera de asistir a los espectáculos no podía ser más desordenada y negligente; Augusto la corrigió y la sometió a un reglamento, movido por la ofensa hecha a un senador que, en Pozzuoli, durante unos juegos concurridísimos, no había hallado a nadie que le hiciera sitio entre el numeroso concurso de espectadores. Por consiguiente, se promulgó un decreto del Senado por el que debía reservarse a los senadores la primera fila de asientos cada vez que se diera en cualquier parte un espectáculo público, y prohibió que en Roma ocuparan los asientos de la orquesta los embajadores de los pueblos libres y aliados, pues se había dado cuenta de que incluso se enviaba a algunos de la clase de los libertos. Separó a los [2] soldados del pueblo. Asignó a los plebeyos casados unas gradas especiales, así como su propia sección a los que todavía vestían la pretexta²²² y la contigua a sus preceptores, y prohibió ocupar las gradas centrales a toda persona vestida de oscuro²²³. En cuanto a las mujeres, no les permitió presenciar ni siquiera los combates de gladiadores, que desde hacía tiempo era habitual que presenciaran mezcladas con el público, sino desde las gradas más altas [3] y ellas solas. Dio a las vírgenes vestales un asiento aparte en el

teatro, frente al estrado del pretor. Pero del espectáculo de los atletas excluyó de tal forma a todo el sexo femenino que, cuando el público reclamó una pareja de púgiles durante sus juegos pontificales²²⁴, la aplazó a la mañana del día siguiente, haciendo saber por un edicto que no quería que las mujeres fueran al teatro antes de la hora quinta²²⁵.

En cuanto a él, presenciaba de ordinario los juegos del [45] circo desde las habitaciones superiores²²⁶ de las casas de sus amigos y libertos, y a veces desde su palco²²⁷; en cualquier caso, en compañía de su mujer y de sus hijos. Se ausentaba del espectáculo muchas horas, a veces días enteros, para lo cual pedía previamente excusas y dejaba a unas personas encargadas de desempeñar su papel en la presidencia. Pero, siempre que asistía, no se ocupaba en ninguna otra cosa, sea para evitar la maledicencia con que el pueblo, según recordaba, le había censurado a su padre César el dedicarse, durante los espectáculos, a leer o contestar cartas y peticiones, sea por su afición a los mismos y por el placer que nunca ocultó que le producían; antes bien, lo confesó a menudo con total franqueza. Y así, [2] ofrecía a sus propias expensas, incluso en las exhibiciones y juegos dados por otros, pequeñas coronas y recompensas tan frecuentes como espléndidas, y nunca asistió a un certamen griego²²⁸ sin honrar a cada uno de los competidores según su mérito. El espectáculo que seguía con mayor interés era, no obstante, el de los púgiles, y, sobre todo, latinos; no sólo los reconocidos como profesionales, a los que solía incluso enfrentar con griegos, sino los del pueblo, que luchaban en catervas, en las estrechas calles, a [3] su aire y sin arte. Consideró, en fin, dignas de su atención a todas las personas que intervenían de algún modo en los espectáculos públicos; conservó a los atletas sus privilegios y, además, se los aumentó; prohibió dar combates de gladiadores a muerte²²⁹, y el poder coercitivo de los magistrados sobre los histriones, que una antigua ley les concedía en todo tiempo y lugar, lo limitó al momento [4] de los juegos y al teatro. Pero

ello no le impidió exigir siempre la más estricta observancia de las reglas en las luchas de atletas en el gimnasio o en los combates de gladiadores; y en lo tocante a los excesos de los histriones les puso tanto freno, que hizo golpear con varas en tres teatros²³⁰, desterrándolo luego, a Estefanión, un actor de comedias romanas, tras haberse enterado de que se había hecho servir a la mesa por una matrona con el pelo cortado como los muchachos; hizo azotar al pantomimo Hilas²³¹ en el atrio de su casa, en presencia de todos, ante las quejas presentadas contra él por el pretor, y desterró de Roma y de Italia a Pílates por haber hecho un gesto con el dedo²³² y puesto en evidencia a un espectador que le silbaba.

Organizada de este modo Roma y sus asuntos, pobló [46] Italia con veintiocho colonias fundadas por él y dotó de obras y rentas públicas a muchas de sus ciudades; la igualó también, en cierto modo y hasta cierto punto, a Roma en derechos y consideración, ideando un tipo de votación por el que los decuriones de las colonias podían votar cada uno en la suya para elegir a los magistrados de Roma y remitir a ésta sus votos sellados el día de las elecciones. Para fomentar, además, en todas partes el número de personas de mérito y la natalidad de la plebe, concedía los grados militares reservados a los caballeros²³³ a quienes lo solicitaban, sin más requisito que una recomendación oficial de su ciudad, y, cuando visitaba las regiones, todos los plebeyos que lograban que diera su aprobación a sus hijos o hijas recibían de él mil sestercios por cada uno.

Se encargó personalmente de las provincias más prósperas, [47] que no era fácil ni seguro confiar al gobierno de magistrados con mandatos anuales, y dejó las demás en manos de procónsules elegidos por sorteo²³⁴; no obstante, cambió también a veces de categoría algunas de ellas, y tanto las de un tipo como las de otro fueron en su mayor parte visitadas con bastante frecuencia por él. Privó de su libertad a algunas ciudades aliadas pero que la disolución precipitaba a la ruina;

en cambio, a otras les pagó las deudas que las agobiaban, las fundó de nuevo si habían sido destruidas por un terremoto, o les concedió el derecho latino o de ciudadanía cuando alegaban servicios prestados al pueblo romano. Tampoco hay, según tengo entendido, provincia que no haya visitado, con la única excepción de África y de Cerdeña. Cuando proyectaba pasar a ellas desde Sicilia después de la derrota de Sexto Pompeyo, una serie de tremendas tempestades se lo impidió y luego ya no tuvo ocasión ni motivo para hacerlo.

[48] Salvo escasas excepciones, devolvió los reinos de los que se había apoderado por derecho de conquista a aquellos de quienes los había tomado o se los dio a extranjeros. Unió incluso entre sí con lazos mutuos de parentesco a los reyes aliados, mostrándose siempre del todo dispuesto a procurar y favorecer su afinidad y sus buenas relaciones; los atendió además a todos ellos como si fuesen parte integrante del imperio, fijando incluso habitualmente un tutor a los que aún eran niños o sufrían trastornos mentales, hasta que crecieran o recobraran el juicio; crió también y educó a los hijos de muchos de ellos junto con los suyos propios²³⁵.

[49] De las fuerzas militares, repartió las legiones y las tropas auxiliares por las provincias, apostando una flota en Miseno y otra en Ravena para la defensa de los mares Adriático y Tirreno; el resto lo adscribió en parte a la guardia de la ciudad y en parte a la suya propia²³⁶, una vez licenciada la tropa de calagurritanos²³⁷ y la de germanos, que había tenido entre su guardia personal, la primera hasta que venció a Antonio, y la segunda hasta la derrota de Varo. Sin embargo, jamás permitió que hubiera en Roma más de tres cohortes²³⁸, e incluso éstas sin alojamiento estable; las demás tenía por costumbre despacharlas a los cuarteles de invierno y de verano cerca de las ciudades vecinas. Por otra parte, sometió a todos los [2] soldados sin excepción a una reglamentación precisa de años de servicio y recompensas, determinando, según la graduación que tuvieran, la duración de su servicio militar y

las ventajas que recibirían al licenciarse, para evitar que la edad o la miseria pudiera arrastrarlos, una vez licenciados, a la sublevación. Y para poder siempre y sin dificultad disponer del dinero necesario para mantenerlos y recompensarlos, creó un fondo militar nutrido con nuevos impuestos. Asimismo, a fin de que lo que sucedía en cada [3] provincia pudiera serle notificado y conocido con más rapidez y facilidad, distribuyó a cortos intervalos, a lo largo de las rutas militares, primero a jóvenes, luego vehículos. Esto último le pareció más conveniente, porque permite incluso interrogar, si las circunstancias lo requieren, a los correos, que son siempre los mismos durante todo el trayecto.

[50] Para sellar los certificados²³⁹, los escritos de petición²⁴⁰ y su propia correspondencia, utilizó primero la figura de una esfinge, luego la efigie de Alejandro Magno y, por último, la suya propia, grabada por Dioscúrides²⁴¹, con la que continuaron también firmando los emperadores siguientes. Añadía asimismo a todas sus cartas la hora, no sólo del día, sino también de la noche, en la que las declaraba expedidas.

[51] Existen muchas e importantes pruebas de su clemencia y de su moderación. Para no detenerme excesivamente en el número y condición de todas las personas del partido contrario a las que concedió el perdón y la inmunidad, permitiéndoles incluso ocupar un lugar principal en el Estado, se contentó con castigar a los plebeyos Junio Novato y Casio de Padua, al uno con una multa y al otro con un exilio poco severo, a pesar de que el primero de ellos había divulgado, bajo el nombre del joven Agripa²⁴², una carta en la que se le trataba con extrema dureza, y proclamado el segundo en un banquete muy concurrido que no le faltaba ni el deseo ni el valor para matarlo. Con [2] ocasión de instruir un proceso en el que se acusaba a Emilio Eliano de Córdoba muy especialmente, entre otros delitos, de hablar habitualmente mal del César, se volvió hacia el acusador y, con aspecto indignado, le dijo: «Quisiera que me lo probaras; haría saber a Eliano que yo también tengo

lengua, pues diría mucho más acerca de él»; y no hizo más averiguaciones ni en ese momento ni más tarde. Como Tiberio le dirigía también quejas por carta sobre [3] este mismo tema, pero con mayor violencia, le contestó como sigue: «No te dejes llevar en este asunto, mi querido Tiberio, por tu edad, ni te indignes demasiado porque haya alguien que hable mal de mí; basta con que logremos que nadie pueda perjudicarnos».

Aunque sabía que se decretaban normalmente templos [52] incluso a los procónsules, no los aceptó en ninguna provincia sino en nombre suyo y de Roma a la vez. Mas en Roma declinó con la mayor obstinación este honor, e incluso hizo fundir todas las estatuas de plata que se le habían erigido en otro tiempo, y con el producto obtenido de ellas consagró trípodes de oro a Apolo Palatino²⁴³. En vista de que el pueblo le ofrecía con gran insistencia la dictadura²⁴⁴, se postró de rodillas, dejó caer la toga de sus hombros, y, con el pecho desnudo, le rogó que no se la impusieran.

[53] Siempre le produjo horror el título de señor, que consideraba como una injuria y un insulto. Un día en que presenciaba unos juegos, se pronunciaron en un mimo estas palabras: «¡Oh señor justo y bueno!», y todos los asistentes las aprobaron al unísono con gran alborozo, aplicándoselas a él; pero Augusto reprimió al instante con sus gestos y su expresión estas adulaciones indecorosas y al día siguiente las censuró, además, en un edicto muy severo. A partir de ese momento, no permitió que le llamaran señor ni siquiera sus hijos o sus nietos, ni en serio ni en broma, y les prohibió incluso entre ellos los halagos de [2] este tipo. Rara vez salió de una ciudad o de un pueblo, o entró en algún lugar, en otro momento que a la caída de la tarde o por la noche, para no molestar a nadie por causa de las atenciones debidas a su persona. Cuando ejercía el consulado, casi siempre iba a pie por la ciudad; fuera de estas ocasiones, lo hacía a menudo en una litera cerrada. Admitía en sus audiencias públicas incluso a la plebe, recibiendo con tanta afabilidad las peticiones de

cuantos acudían a verle, que reprendió en broma a uno de ellos porque, según sus propias palabras, dudaba, al entregarle su demanda, igual que si tendiera una moneda [3] a un elefante. Los días que había sesión del Senado, nunca saludaba a los senadores en otro lugar que en la curia²⁴⁵, y, por cierto, permaneciendo éstos sentados y dirigiéndose Augusto a cada uno de ellos por su nombre, sin que nadie se lo recordara; también al retirarse se despedía del mismo modo, conservando todos ellos sus asientos. Tuvo con muchos senadores atenciones recíprocas, y no dejó de asistir a las celebraciones de cada uno de ellos hasta que ya era muy mayor, y porque un día en que se celebraban unos esponsales había sido zarandeado entre la multitud. Con su presencia y su consuelo hizo volver a la vida al senador Galo Terrinio, con el que tenía menos relación, pero que se había quedado repentinamente ciego y por este motivo pensaba dejarse morir de hambre.

Mientras hablaba un día en el Senado, un senador dijo: [54] «No he comprendido», y otro: «Te contradiría si se me diera ocasión». A veces, al precipitarse encolerizado fuera de la curia a causa de las violentas disputas que se producían en los debates, algunos le gritaron que debía permitirse a los senadores hablar de los asuntos públicos. Durante la selección del Senado en la que cada senador escogía a otro²⁴⁶, Antistio Labeón²⁴⁷ eligió a Marco Lépidio, enemigo en otro tiempo de Augusto y por entonces en el exilio²⁴⁸; y cuando Augusto le preguntó si no había otros más dignos, le contestó que cada cual tenía su propio criterio. Y, sin embargo, ninguno sufrió el menor daño por su franqueza o terquedad.

No se espantó tampoco de los libelos que contra él se [55] habían hecho circular en la curia; antes bien, puso un gran cuidado en rebatirlos y, sin buscar siquiera a los autores, determinó únicamente que a partir de entonces se instruyeran diligencias contra aquellos que bajo pseudónimo publicaran libelos o poemas destinados a difamar a alguien.

[56] Cuando se vio igualmente atacado por las bromas maliciosas o insolentes de algunos individuos, les replicó en un edicto. Y, sin embargo, intervino para que no se tomara ninguna medida coercitiva contra los excesos que se daban en los testamentos²⁴⁹. Siempre que asistía a las elecciones de magistrados, circulaba por las tribus con sus candidatos y solicitaba los votos según la costumbre establecida. Él mismo votaba también dentro de su tribu²⁵⁰, como uno más. Cuando comparecía como testigo en los juicios, soportaba el interrogatorio e incluso las refutaciones [2] que se le hacían sin la menor señal de disgusto. Hizo un Foro²⁵¹ demasiado estrecho porque no se atrevió a expropiar a sus propietarios las casas colindantes. Jamás recomendó a sus hijos²⁵² al pueblo sin añadir: «Si lo merecen». En vista de que un día, cuando todavía vestían la pretexta, todo el público se había levantado en el teatro a su llegada y los había aplaudido permaneciendo en pie, deploró este hecho de la forma más enérgica. Quiso que sus amigos gozaran de una posición destacada y poderosa en el Estado sin que por ello dejaran de estar en pie de igualdad jurídica con los demás ni de encontrarse sujetos [3] del mismo modo a las leyes penales. Cuando Asprenate Nonio²⁵³, con el que se encontraba muy estrechamente unido, se defendía de la acusación de envenenamiento presentada contra él por Casio Severo²⁵⁴, Augusto consultó al Senado cuál consideraba que era su deber, pues se hallaba, decía, del todo perplejo ante la disyuntiva de que, si acudía en su defensa, pudiera pensarse que arrancaba a un acusado de manos de la justicia, y si, por el contrario, no lo hacía, que abandonaba a un amigo y lo condenaba de antemano; y, en vista de que todos los senadores eran de un mismo parecer, se sentó en los bancos de la defensa por algunas horas, pero sin pronunciar palabra ni tan siquiera prestar declaración en su descargo. Asistió también [4] a sus clientes, como, por ejemplo, a un tal Escutario, uno de sus veteranos reenganchados en otro tiempo voluntariamente, que se hallaba

bajo la acusación de injurias. Solamente libró de sus cargos a un acusado, e incluso a éste sin recurrir a otros medios que a sus súplicas, con las que doblegó al acusador en presencia de los jueces; esta persona fue Castricio, gracias al cual había tenido conocimiento de la conjuración de Murena²⁵⁵.

Es fácil calcular el gran aprecio que obtuvo en respuesta [57] a tales merecimientos. Dejo a un lado los decretos del Senado, porque pueden parecer inspirados por la necesidad o por el respeto. Pero los caballeros romanos celebraron siempre durante dos días su cumpleaños por su propia voluntad y de común acuerdo. Todas las clases sociales lanzaban cada año una moneda al lago de Curcio en cumplimiento de un voto hecho por su salud, e igualmente, en las calendas de enero, le dejaban, incluso estando ausente, un donativo en el Capitolio; con el total resultante, Augusto compraba valiosísimas estatuas de dioses que dedicaba en los diferentes barrios, como el Apolo [2] Sandaliario, el Júpiter Tragedo y otras. Para contribuir a la reconstrucción de su casa del Palatino, destruida por un incendio²⁵⁶, los veteranos, las decurias, las tribus, e incluso, de manera individual, personas de toda condición, aportaron dinero voluntariamente y cada uno según sus posibilidades, aunque Augusto apenas tocó los montones de monedas, limitándose a tomar un denario de cada uno. Cuando regresaba de una provincia, le escoltaban no sólo expresándole sus mejores deseos, sino incluso dedicándole himnos. Se respetó también la medida de no someter a suplicio a nadie cada vez que él hiciera su entrada en Roma.

[58] De improviso, todos llegaron unánimemente al acuerdo de ofrecerle el título de Padre de la Patria: la plebe lo hizo en primer lugar a través de una embajada que le envió a Ancio, y luego, en vista de que no aceptaba, en masa y coronada de laurel al entrar él un día en el teatro en Roma; después lo hizo el Senado, en la curia, no por un decreto ni por aclamación, sino por boca de Valerio [2] Mesala²⁵⁷, que le dijo, en nombre de todos: «¡Por el bien y la prosperidad tuya y

de tu casa, César Augusto!, pues este voto a nuestro juicio expresa el de perpetua ventura para el Estado que se verá colmado de dicha: el Senado, de acuerdo con el pueblo romano, te saluda Padre de la Patria». Entonces Augusto, con lágrimas en los ojos, le respondió con estas palabras (las cito textualmente, como las de Mesala): «Puesto que he conseguido ver realizados mis deseos, senadores, ¿qué más puedo pedir a los dioses inmortales sino que me permitan conservar este consenso vuestro hasta el último día de mi vida?».

Levantaron por suscripción una estatua junto a la de [59] Esculapio a su médico Antonio Musa, gracias al cual se había recuperado de una grave enfermedad²⁵⁸. Algunos padres de familia ordenaron en su testamento que sus herederos llevaran víctimas al Capitolio, con un cartel explicativo delante, para cumplir en su nombre el voto que habían hecho porque Augusto les sobreviviera. Ciertas ciudades de Italia hicieron comenzar el año en el aniversario de su primera visita a ellas. La mayor parte de las provincias le dedicó, además de templos y altares, juegos quinquenales en casi todas sus ciudades.

Los reyes amigos y aliados fundaron, cada uno en su [60] reino, ciudades llamadas Cesárea, y todos juntos decidieron además acabar, a sus propias expensas, el templo de Júpiter Olímpico²⁵⁹, que se había comenzado mucho tiempo atrás en Atenas, y dedicarlo a su Genio; a menudo dejaron también sus reinos para venir cada día a presentarle, a la manera de los clientes, sus respetos, vestidos con la toga y sin los emblemas de la realeza, no sólo en Roma, sino también cuando se hallaba recorriendo las provincias.

[61] Puesto que ya he referido cuál fue su conducta en los cargos militares y civiles, así como en la dirección del Estado por toda la tierra, tanto en paz como en guerra, pasaré ahora a exponer su vida íntima y familiar, e igualmente cuáles fueron sus costumbres y su fortuna en su casa y entre los suyos desde

su juventud hasta el último [2] día de su vida. Perdió a su madre²⁶⁰ durante su primer consulado, y a su hermana Octavia²⁶¹ cuando contaba cincuenta y cuatro años de edad. Con ambas tuvo, mientras vivieron, especiales atenciones, y, después de su muerte, les tributó los máximos honores.

[62] En su adolescencia había tenido como prometida a la hija de P. Servilio Isáurico²⁶²; pero cuando se reconcilió con Antonio tras su primera disputa, en vista de que los dos ejércitos les pedían insistentemente que se unieran también con algún lazo de parentesco, desposó a la hijastra de aquél, Claudia, hija de Fulvia²⁶³ y de Publio Cipdio, apenas en edad de contraer matrimonio, y como luego se enemistó²⁶⁴ con su suegra Fulvia, la repudió²⁶⁵ sin haber llegado a tener contacto con ella. Tomó luego en matrimonio [2] a Escribonia, que había estado anteriormente casada con dos excónsules²⁶⁶ y era madre por uno de ellos. También de ésta se divorció²⁶⁷, «hastiado», según sus propias palabras, «del desarreglo de sus costumbres», e inmediatamente tomó a Livia Drusila²⁶⁸, quitándosela a su marido Tiberio Nerón, aunque ella se encontraba encinta, y le profesó de por vida un amor y una estima únicos.

De Escribonia tuvo a Julia²⁶⁹; de Livia, en cambio, [63] no tuvo ningún hijo, aunque lo deseaba ardientemente. El niño que ella había concebido nació prematuro. Dio a Julia en matrimonio primero a Marcelo²⁷⁰, hijo de su hermana Octavia, apenas salido de la infancia, y luego, cuando éste murió, a Marco Agripa²⁷¹, después de haber obtenido de su hermana a fuerza de ruegos que le cediera a su yerno, pues por entonces Agripa estaba casado con [2] una de las Marcelas y tenía hijos de ella. Cuando éste también murió, y tras haber examinado atentamente y durante largo tiempo numerosos partidos, incluso del orden ecuestre, eligió al fin a su hijastro Tiberio y le obligó a repudiar a su mujer, aunque ella se encontraba encinta y le había ya hecho padre²⁷². Según Marco Antonio, Augusto había prometido primero a Julia a su hijo Antonio²⁷³,

y luego a Cotisón, rey de los getas, por la época en que, a su vez, había también solicitado para sí en matrimonio a la hija de este rey.

[64] Agripa y Julia le dieron tres nietos, Gayo, Lucio y Agripa, y dos nietas, Julia y Agripina. Casó a Julia con Lucio Paulo²⁷⁴, hijo del censor, y a Agripina con Germánico, nieto de su hermana²⁷⁵. Adoptó a Gayo y a Lucio, después de habérselos comprado a su padre Agripa en su casa mediante el as y la balanza²⁷⁶, y los promovió, aún jóvenes, a la administración del Estado, enviándolos también, una vez que fueron designados cónsules, a recorrer las provincias y los ejércitos. Educó a su hija y a sus [2] nietas acostumbrándolas incluso al trabajo de la lana y prohibiéndoles toda palabra o actuación encubierta y que no pudiera consignarse en el diario de su casa; las mantuvo, por otra parte, tan alejadas del trato con los extraños, que en cierta ocasión escribió a Lucio Vinicio²⁷⁷, joven ilustre y distinguido, diciéndole que había cometido una indiscreción viniendo a saludar a su hija a Bayas. Casi [3] siempre se ocupó personalmente de enseñar a sus nietos las primeras letras, la escritura cifrada y otros rudimentos de la educación, y en nada se esforzó tanto como en hacerles imitar su letra; siempre que comía con ellos, se sentaban al pie de su lecho, e igualmente, cuando viajaba en su compañía, le precedían en un vehículo o cabalgaban a su lado.

Pero la Fortuna frustró su alegría y confianza en su [65] descendencia y en la disciplina de su casa. Las dos Julias, su hija y su nieta, se deshonraron con todo tipo de vicios, y las relegó²⁷⁸; a Gayo y a Lucio los perdió a ambos en el espacio de dieciocho meses, muerto el primero en Licia y el segundo en Marsella²⁷⁹. Adoptó en el Foro, por la ley curiata, a su tercer nieto, Agripa, así como a su hijastro Tiberio²⁸⁰; pero del primero de éstos renegó poco después a causa de su temperamento envilecido y feroz, y lo [2] desterró a Sorrento²⁸¹. No obstante, soportó con bastante más resignación la muerte de los suyos que su deshonor. La pérdida

de Gayo y Lucio no le dejó, en efecto, tan abatido, mientras que, en lo concerniente a su hija, informó al Senado sin estar él presente y mediante un escrito leído por un cuestor, manteniéndose además, por vergüenza, alejado durante bastante tiempo de toda reunión, y pensando incluso en matarla. Lo cierto es que cuando, por el mismo tiempo, una de sus cómplices, la liberta Febe, puso fin a su vida ahorcándose, Augusto declaró que habría [3] preferido ser el padre de Febe. Después de haber relegado a su hija, le prohibió el vino y todo tipo de lujo en su género de vida, impidiéndole además recibir la visita de cualquier hombre, libre o esclavo, sin que se le hubiera consultado a él previamente, haciéndole saber la edad, estatura y color del visitante, e incluso sus marcas o cicatrices corporales. Por fin, al cabo de cinco años, la trasladó de su isla al continente²⁸² y suavizó algo sus condiciones de vida; pero no hubo súplica capaz de inducirle a que le levantara el destierro por completo, y en vista de que el pueblo romano solicitaba a menudo su perdón con obstinada insistencia, acabó por exclamar en plena asamblea que ojalá sus hijas y sus esposas fueran iguales. Cuando su nieta Julia dio a luz un niño después de su [4] condena, prohibió que fuera reconocido y criado. En vista de que Agripa no se volvía en modo alguno más tratable, sino, por el contrario, más loco cada día, lo deportó a una isla²⁸³, poniendo además a su alrededor una guardia de soldados. Se ocupó también por un decreto del Senado de que su confinamiento en el mismo lugar fuera de por vida. A la menor mención que se hacía de él o de las Julias, solía exclamar entre gemidos:

*¡Ojalá no me hubiera casado y muriera sin descendencia!*²⁸⁴,

y siempre los llamaba sus tres abscesos y sus tres cánceres.

No hizo amigos fácilmente, pero guardó siempre una [66] gran fidelidad a los que tuvo, no sólo recompensando dignamente las virtudes y méritos de cada uno, sino tolerando incluso sus vicios y faltas, con tal de que no sobrepasaran la

medida. De todos ellos, apenas se encontrará, en efecto, ninguno a quien haya retirado su favor, a excepción de Salvidieno Rufo²⁸⁵ y de Cornelio Galo²⁸⁶, a quienes había promovido de la posición más baja, al primero hasta [2] el consulado y al segundo a la prefectura de Egipto. Entregó a Salvidieno al Senado para que lo condenara por maquinarse una revolución, y, en cuanto a Cornelio Galo, le prohibió el acceso a la casa y a las provincias imperiales por su ingratitude y malevolencia. No obstante, cuando las denuncias de sus delatores y los decretos del Senado llevaron también a Galo a darse muerte, alabó de hecho la devoción de aquellos que salían en su defensa con tanta indignación, pero lloró y se lamentó de su suerte, porque, según decía, sólo a él no le estaba permitido enojarse con sus amigos hasta donde su arbitrio le dictara. [3] Los demás se señalaron por su poder y riquezas hasta el final de su vida, descollando cada uno entre los de su orden, aun cuando lo hubieran agraviado. En efecto, a veces echó en falta, para no hablar de otros, paciencia en Marco Agripa y discreción en Mecenas, pues el primero, por una ligera sospecha de frialdad y porque, a su entender, se le posponía a Marcelo, lo había dejado todo y se había retirado a Mitilene²⁸⁷, y el segundo había revelado a su mujer Terencia el secreto en que se tenía el descubrimiento [4] de la conjura de Murena²⁸⁸. A su vez, él exigió también a sus amigos iguales muestras de afecto, tanto en vida como después de muertos. Efectivamente, aunque no ambicionaba en absoluto las herencias, pues jamás soportó recibir nada del testamento de un desconocido, examinó las últimas voluntades de sus amigos con extrema minuciosidad, sin disimular su disgusto si alguno le trataba con demasiada mezquindad o sin los debidos cumplimientos, ni su satisfacción si lo hacían con gratitud y afecto. En cuanto a los legados o partes de herencias que le dejaba cualquier padre de familia, tenía por costumbre entregarlos al punto a los hijos del testador o, si éstos eran

menores de edad, restituírselos con interés el día en que asumían la toga viril o contraían matrimonio.

Patrono y señor tan severo como afable y clemente, [67] tuvo a muchos de sus libertos en la mayor consideración y familiaridad, como, por ejemplo, a Licino, a Celado y a otros. Castigó sólo con los grilletes a su esclavo Cosmo, que se permitía las más duras opiniones sobre su persona. Prefirió acusar de cobardía que de crimen a su administrador Diomedes, que, yendo de paseo con él, lo había expuesto, por miedo, a la súbita embestida de un fiero jabalí, y, aunque el peligro había sido enorme, tomó el asunto a broma porque no había habido malicia. Sin embargo, [2] obligó a morir a Polo, uno de sus más queridos libertos, convicto de cometer adulterio con matronas; hizo romper las piernas a su secretario Talo por haber recibido quinientos denarios a cambio de revelar el contenido de una carta; como el preceptor y los servidores de su hijo Gayo, aprovechando la ocasión de la enfermedad y muerte de éste, se habían conducido en la provincia de forma altanera y codiciosa, los hizo arrojar al río con un gran peso atado al cuello.

Sufrió el descrédito de haber incurrido en diversas bajezas [68] durante su primera juventud. Sexto Pompeyo le tachó de afeminado; Marco Antonio, de haber conseguido la adopción de su tío a cambio de prestaciones vergonzosas; e igualmente Lucio, el hermano del anterior, de haber incluso entregado a Aulo Hircio²⁸⁹ en Hispania, por trescientos mil sestercios, su pudor, desflorado por César, y de tener la costumbre de quemar ligeramente el vello de sus piernas con una nuez ardiendo para que le saliera más suave. Incluso una vez, un día de juegos, todo el público interpretó como una ofensa dirigida a él y celebró, además, con un aplauso unánime el siguiente verso recitado en la escena a propósito de un sacerdote de la Madre de los Dioses que tocaba su pandero:

*¿Ves cómo el sarasa maneja el orbe con su dedo?*²⁹⁰.

[69] Ni siquiera sus amigos niegan que cometió adulterios, pero los justifican diciendo que los practicó ciertamente no por pasión, sino por política, para informarse más fácilmente de los planes de sus adversarios por medio de sus mujeres. Marco Antonio le ha reprochado incluso, además de sus precipitadas nupcias con Livia, el haberse llevado del triclinio al dormitorio, en presencia de su marido, a la mujer de un excónsul y haberla luego devuelto a la reunión con las orejas encendidas y el cabello en desorden; el haberse divorciado de Escribonia porque había lamentado con demasiada franqueza el excesivo poder de un hombre sin escrúpulos; y el haber buscado mujeres sirviéndose de sus amigos, que desnudaban y examinaban a madres de familia y doncellas de edad adulta como si las pusiera a la venta el mercader de esclavos Toranio. Escribió [2] también a Augusto como sigue cuando aún le trataba con familiaridad y todavía no se había enemistado abiertamente con él ni llegado a la guerra: «¿Qué te ha cambiado?, ¿que me acuesto con una reina?: es mi mujer. ¿Acaso he comenzado ahora o hace nueve años? ¿Es que tú te acuestas sólo con Drusila? Salud si, cuando leas esta carta, no te has acostado con Tertula, o con Terentila²⁹¹, o con Rutila, o con Salvia Titisenia, o con todas ellas. ¿Importa acaso dónde y con quién sacias tu deseo?».

Se habló mucho también de una cena muy secreta que [70] dio, y que todo el mundo llamaba de «los doce dioses»; en ella los convidados se sentaron a la mesa disfrazados de dioses y diosas y el propio Augusto ataviado como Apolo, como le reprochan no sólo las cartas de Antonio, que enumera con la mayor mordacidad los nombres de todos ellos, sino también estos versos anónimos y muy conocidos:

*Tan pronto como la mesa de esos desaprensivos contrató a un director escénico²⁹²
y Malia vio a seis dioses y a seis diosas,
mientras César representaba su impía imitación de Febo,
mientras se banqueteaba con nuevos adulterios de los dioses,
todas las divinidades se alejaron de la tierra*

y el mismo Júpiter abandonó su dorado trono.

[2] La extrema escasez y el hambre que por entonces padecía Roma aumentaron las murmuraciones sobre esta cena, y al día siguiente se elevaron gritos de protesta de que los dioses se habían comido todo el trigo y de que César era realmente Apolo, pero Apolo el Verdugo, sobrenombre con el que era venerado este dios en una parte de la ciudad. Se le tachó también de muy apasionado por el mobiliario costoso y los vasos de Corinto, además de aficionado al juego. En efecto, en el tiempo de la proscripción se escribió en su estatua:

A mi padre le iba la plata²⁹³, a mí el bronce de Corinto,

pues se creía que había hecho inscribir entre los proscritos a algunas personas para apoderarse de sus vasos de Corinto; y luego, durante la guerra de Sicilia, se divulgó este epigrama:

*Después de haber perdido sus barcos en dos derrotas navales,
con la esperanza de ganar alguna vez, no para de jugar a los dados.*

[71] De estas acusaciones o calumnias, la injuria que rebatió con más facilidad fue la de haber cometido actos contra natura, con la pureza de sus costumbres tanto de aquel tiempo como posteriores; e igualmente la animosidad por su pretendido lujo, reteniendo para sí, después de la toma de Alejandría, únicamente un cáliz murrino del aparato regio y haciendo además fundir, más adelante, todos sus vasos de oro de uso cotidiano. De los placeres, en cambio, nunca supo desprenderse, e incluso más tarde, según dicen, le cogió una gran afición a desflorar doncellas, que hasta su mujer le buscaba por todas partes. En cuanto a su fama de jugador, no la temió en absoluto, y jugó sin disimulo y a las claras, para divertirse, incluso en su vejez, y no sólo en el mes de diciembre²⁹⁴, sino también en los otros meses, tanto los días de fiesta como los laborables. Sobre ello no existe la menor duda. En una carta [2] de su puño y letra dice: «Comí, mi querido Tiberio, con los mismos; se sumaron como

convidados Vinicio²⁹⁵ y Silio²⁹⁶ el padre. Durante la comida estuvimos jugando como viejos²⁹⁷ tanto ayer como hoy; tirábamos los dados²⁹⁸, y, cada vez que uno de nosotros sacaba la suerte del perro o el seis, ponía en el centro un denario por cada dado, que se llevaba en su totalidad el que sacaba la suerte [3] de Venus». Dice también en otra carta: «Nosotros, mi querido Tiberio, hemos pasado bastante agradablemente las Quincatrias²⁹⁹; jugamos, en efecto, durante todos estos días y calentamos la mesa de juego. Tu hermano³⁰⁰ puso el grito en el cielo; sin embargo, a la postre, no perdió mucho, sino que poco a poco, y contra lo que esperaba, se recuperó de sus grandes pérdidas. Yo perdí veinte mil sestercios por mi cuenta, pero porque fui, como acostumbro las más de las veces, ampliamente liberal en el juego, pues, si hubiese exigido a cada jugador las puestas que le perdoné o hubiese conservado el dinero que le di, [4] habría ganado hasta cincuenta mil sestercios. Pero lo prefiero: mi bondad me llevará, desde luego, a la gloria celeste». A su hija le escribe: «Te he enviado doscientos cincuenta denarios, que es lo que he dado a cada uno de mis convidados por si querían, durante la comida, jugar entre ellos a los dados o a pares y nones».

[72] En los demás aspectos de su vida consta que fue extremadamente moderado y que no se le sospechó ningún vicio. Habitó primero cerca del Foro Romano, más arriba de las escaleras de los orfebres, en la casa que había sido del orador Calvo; luego en el Palatino, pero en la casa igualmente modesta de Hortensio³⁰¹, nada notable ni por su amplitud ni por su adorno, pues sus pórticos eran pequeños, de columnas de piedra de Albano^{301 bis}, y sus habitaciones carecían por completo de mármol o pavimento precioso. Durante más de cuarenta años ocupó el mismo dormitorio tanto en invierno como en verano, aunque sabía por experiencia que Roma en invierno era poco recomendable para su salud y a pesar de que siempre pasaba en ella esta estación. Para cuando quería trabajar en privado [2] o sin interrupciones, tenía un lugar

reservado en el piso superior, al que llamaba su Siracusa y su taller: se trasladaba allí o a la finca de alguno de sus libertos; pero cuando se encontraba enfermo dormía en casa de Mecenas. De los lugares de retiro, los que más frecuentó fueron la costa y las islas de Campania, o las ciudades cercanas a Roma, como Lanuvio, Preneste o Tíbur, donde en muchas ocasiones administró incluso justicia en los pórticos del templo de Hércules. Detestaba las casas de campo [3] grandes y suntuosas, e incluso hizo demoler hasta los cimientos las que su nieta Julia había levantado con grandes gastos; en cuanto a las suyas, aunque modestas, las embelleció no tanto adornándolas con estatuas y cuadros como dotándolas de paseos y de bosques, así como de objetos notables por su antigüedad o por su rareza, como los restos colosales de enormes monstruos y animales salvajes que se conservan en Capri y que se conocen con el nombre de «huesos de los gigantes» y «armas de los héroes».

La sobriedad de su mobiliario y de su ajuar queda patente [73] en los lechos y mesas que se han conservado hasta nuestros días, la mayor parte de los cuales apenas serían dignos del buen tono de un particular. Según dicen, durmió siempre en una cama baja y arreglada con modestia. Rara vez utilizó otro vestido que el de estar por casa, confeccionado por su hermana, su mujer, su hija y sus nietas; sus togas no eran ni ceñidas ni sueltas, su banda de púrpura³⁰², ni ancha ni estrecha, y su calzado, un poco elevado para parecer más alto de lo que era³⁰³. No dejó nunca de tener preparados dentro de su habitación un traje de calle y unos zapatos para los casos imprevistos.

[74] Daba comidas continuamente, pero siempre formales³⁰⁴, y no sin hacer una cuidadosa selección de personas y de rangos. Según Valerio Mesala³⁰⁵, jamás sentó a su mesa a ningún liberto, a excepción de Menas³⁰⁶, y, con todo, una vez que lo hubo asimilado a los libres de nacimiento por haberle entregado la flota de Sexto Pompeyo. El propio

Augusto escribe que en cierta ocasión invitó a uno en cuya casa de campo se alojaba y que había sido en otro tiempo guardia personal suyo. A veces llegaba tarde a los banquetes o se retiraba antes de que hubieran acabado, comenzando los convidados a comer sin esperar a que él ocupara su puesto o permaneciendo después de su partida. Las comidas que ofrecía constaban de tres platos o, como máximo, de seis, pero si el gasto que en ellas hacía no era excesivo, su amabilidad era extrema. En efecto, lo mismo animaba a los que estaban callados o conversaban en voz baja a participar en la conversación común, que hacía intervenir artistas, histriones, o incluso vulgares mimos del circo y, con mayor frecuencia, bufones.

Celebraba los días festivos y las solemnidades haciendo [75] gala de la mayor esplendidez o, a veces, gastando simplemente bromas. En las Saturnales³⁰⁷ y en cualquier otra ocasión que le pareciera bien, unas veces repartía obsequios, tales como ropa, oro y plata; otras, monedas de todo cuño, incluso antiguas, de época de los reyes, y extranjeras; y en ocasiones, nada más que mantos de pelo de cabra, esponjas, atizadores, pinzas y otros objetos de este estilo acompañados de letreros poco claros y equívocos. Solía también poner a la venta, en el transcurso del banquete, lotes de objetos de lo más dispar, así como cuadros vueltos del revés, y frustrar o colmar las esperanzas de los compradores según el capricho del azar, haciendo que en cada lecho se organizara una subasta y que se comunicaran las pérdidas o las ganancias.

Comía muy poco (pues no quiero omitir ni siquiera [76] estos detalles), y generalmente alimentos vulgares. Lo que más le gustaba era el pan hecho en casa, los pescaditos pequeños, el queso de vaca prensado a mano y los higos verdes que se dan dos veces al año; y comía incluso antes de hora, en cualquier momento y lugar en que su estómago se lo pidiera. En una de sus cartas dice textualmente: «Tomamos en el coche un poco de pan y dátiles»; y en [2] otra: «Volviendo del

pórtico³⁰⁸ a casa en mi litera, comí una onza de pan con unos cuantos granos de uva de hollejo duro»; y de nuevo: «Ni siquiera un judío, mi querido Tiberio, guarda el ayuno el sábado³⁰⁹ con tanta diligencia como lo guardé yo hoy, pues comí sólo dos bocados en el baño, después de la primera hora de la noche, antes de que empezaran a darme las fricciones». Por este desarreglo de sus costumbres, a veces cenaba solo, antes de que el banquete comenzara o después de que hubiera terminado, sin tocar la comida durante su desarrollo.

[77] Era también muy sobrio por naturaleza en el vino. Cuando se hallaba acampado junto a Módena, no solía beber más de tres veces durante la comida, según el testimonio de Cornelio Nepote. Después, las veces en que se animaba a beber más, no sobrepasaba los seis sextantes³¹⁰, y, si lo hacía, vomitaba. Su vino predilecto era el rético, pero rara vez bebía durante la jornada; en su lugar, tomaba pan mojado en agua fría, un pedazo de pepino, un cogollo de lechuga, o una fruta jugosa, fresca o pasa, de sabor parecido al del vino.

Después del almuerzo, vestido y calzado como estaba, [78] reposaba un poco, sin taparse los pies, con una mano puesta sobre los ojos. Al terminar de comer, se retiraba a su diván de trabajo y allí permanecía hasta bien entrada la noche, en tanto que dejaba acabados del todo o en su mayor parte los asuntos pendientes de la jornada. De allí se iba a la cama, donde dormía, a lo sumo, no más de siete horas, y ni siquiera seguidas, pues en ese tiempo se despertaba tres o cuatro veces. Si, como suele ocurrir, no [2] podía conciliar de nuevo el sueño interrumpido, mandaba llamar a lectores o narradores, con cuya ayuda lo volvía a coger, prolongándolo con frecuencia hasta después del amanecer. Jamás permaneció despierto en la oscuridad sin tener a alguien cerca. Le molestaba madrugar, y, si por un deber de urbanidad o por un sacrificio se veía obligado a levantarse demasiado temprano, para evitarse esta incomodidad, pernoctaba en casa de cualquier familiar que viviera cerca, en el piso de arriba. Así y

todo, con frecuencia quedaba falto de sueño y dormía profundamente mientras le transportaban por las calles y cuando depositaban su litera en el suelo en alguna parada.

Fue un hombre muy apuesto y dotado de un enorme [79] atractivo durante toda su vida; sin embargo, desdeñaba toda afectación y era tan indiferente en lo que se refiere a su tocado, que se ponía en manos de varios peluqueros a la vez de prisa y corriendo; unas veces se hacía cortar la barba y otras afeitarse, y hasta en esos momentos leía o incluso escribía alguna cosa. Tenía una expresión tan tranquila y serena, lo mismo si hablaba como si se mantenía callado, que, según confesó a los suyos un personaje principal de las Galias, ante ella quedó cohibido y ablandado en sus propósitos de lanzarlo al precipicio, cuando fue admitido a su presencia en el paso de los Alpes so [2] pretexto de una entrevista. Sus ojos eran vivos y brillantes, y le gustaba incluso hacer creer que en ellos había una especie de fuerza divina, disfrutando si, al mirar a alguien fijamente, éste bajaba el rostro como ante el resplandor del sol; pero en su vejez perdió vista en el ojo izquierdo; tenía los dientes separados, pequeños y desiguales; el cabello, ligeramente rizado y tirando a rubio; las cejas, juntas; las orejas, medianas; la nariz, prominente en la base y recogida en la punta; la tez, entre morena y blanca, y la estatura, pequeña (no obstante, Julio Marato³¹¹, liberto y cronista suyo, cuenta que era de cinco pies y tres cuartos³¹²), pero la disimulaba la perfecta proporción de sus miembros, que la hacía pasar inadvertida a no ser que se le comparara con alguien más alto que estuviera de pie a su lado.

[80] Según dicen, tenía el cuerpo cubierto de manchas, de señales de nacimiento diseminadas por su pecho y vientre en la forma, orden y número de la constelación de la Osa, pero también de ciertas callosidades que se le habían desarrollado en varias partes hasta formar impétigo debido al uso continuo y vehemente que hacía de la estrígila para aplacar el prurito de su cuerpo. Su cadera, su muslo y su pierna izquierda eran algo

débiles, de suerte que a menudo le hacían incluso cojear, pero se sostenía con la ayuda de correas y tablas. A veces se sentía asimismo tan flojo el índice de la mano derecha, que, cuando se le entumecía y contraía por el frío, a duras penas conseguía escribir reforzándolo con un anillo de cuerno. Se quejaba también de la vejiga, y no se le calmaba el dolor hasta que lograba expulsar los cálculos por la orina.

Padeció varias enfermedades graves y peligrosas a lo [81] largo de su vida³¹³, especialmente tras la conquista de Cantabria, cuando una fluxión hepática lo redujo incluso a la desesperación y le obligó a someterse a tratamientos contrarios, de resultado incierto: como los fomentos calientes no surtían efecto, se vio forzado a tratarse, por prescripción de Antonio Musa³¹⁴, con fomentos fríos. Padecía [2] cada año enfermedades periódicas; y así, por el día de su cumpleaños, casi siempre caía enfermo; al comienzo de la primavera sufría inflamación de vientre, y resfriados cuando soplaban los vientos del sur, de modo que su cuerpo quedaba debilitado y no soportaba bien ni el frío ni el calor.

En invierno, además de una toga gruesa, se abrigaba [82] con cuatro túnicas, una camisa, un chaleco de lana y unas bandas que le cubrían los muslos y las piernas; en verano dormía con las puertas de la alcoba abiertas y a menudo en el peristilo³¹⁵, junto a un surtidor, e incluso haciéndose abanicar por alguien. No aguantaba el sol ni siquiera en invierno, e incluso en casa sólo se paseaba al aire libre protegido por un sombrero de alas anchas. Hacía sus viajes en litera, generalmente de noche, despacio y en jornadas cortas, de modo que invertía dos días en ir a Preneste o a Tíbur; y si podía llegar a su destino por mar, lo prefería. [2] Ponía un gran cuidado en proteger su naturaleza tan débil, sobre todo bañándose poco; en efecto, se hacía friccionar con bastante frecuencia o sudaba junto al fuego, y luego se duchaba con agua tibia o calentada ligeramente a pleno sol. Ahora bien, siempre que por causa de los nervios le era preciso tomar

baños de mar o las aguas termales de Álbula³¹⁶, se contentaba con sentarse en una banqueta de madera, que designaba con el nombre hispánico de «dureta», y sumergir alternativamente las manos y los pies.

[83] Nada más terminar las guerras civiles abandonó los ejercicios de equitación y de armas en el Campo de Marte, sustituyéndolos primero por la pelota y el balón, y limitándose luego a dar paseos, en vehículo o a pie, y a cubrir los últimos tramos saltando y corriendo, envuelto en una estera^{316 bis} o en una pequeña manta. Para distraerse, unas veces pescaba con anzuelo y otras jugaba a los dados, a las canicas o a las nueces con niños pequeños que tuviesen un físico y un balbuceo agradables y a los que hacía buscar por todas partes, especialmente moros y sirios, pues sentía horror por los enanos, los contrahechos y todas las criaturas del mismo tipo, a los que consideraba caprichos de la naturaleza y seres de mal agüero.

Desde su primera juventud cultivó la elocuencia y los [84] estudios liberales con pasión y con una laboriosidad extrema. Cuentan que durante la guerra de Módena, en medio de tamañas preocupaciones, no dejó de leer, escribir y declamar ni un solo día. De hecho, posteriormente, jamás habló en el Senado, ante el pueblo ni ante sus soldados sin haber meditado y compuesto su discurso, aunque no careciera de la facultad de improvisar ante cualquier situación inesperada. Para no exponerse a los fallos de la [2] memoria ni perder el tiempo en memorizar, decidió leerlo todo. Llevaba escritas hasta las conversaciones que sostenía con cada individuo, e incluso con su esposa Livia, cuando eran importantes, y seguía en ellas sus notas, para no hablar de más ni de menos debido a la improvisación. Tenía un tono de voz dulce y peculiar y utilizaba asiduamente los servicios de un maestro de dicción; no obstante, a veces, por hallarse enfermo de la garganta, se sirvió de un heraldo para dirigir su arenga al pueblo.

Escribió en prosa muchas obras de diverso género, algunas [85] de las cuales las leyó en el círculo de sus amigos, que le hacían de auditorio; por ejemplo, sus *Respuestas a Bruto a propósito de Catón*³¹⁷, obra que leyó casi entera siendo ya muy anciano, motivo por el cual le rindió la fatiga y tuvo que entregársela a Tiberio para que la acabara de leer; asimismo, unas *Exhortaciones a la filosofía*, y unas memorias de su vida, que narró en trece libros [2] hasta la guerra cantábrica³¹⁸, sin pasar más allá. Tocó superficialmente la poesía. Nos queda un libro escrito por él en versos hexámetros, cuyo argumento y título es *Sicilia*, y otro, igualmente corto, de *Epigramas*³¹⁹, que casi siempre componía durante el baño. De hecho, había comenzado con gran entusiasmo una tragedia³²⁰, pero como su estilo no acababa de gustarle, la destruyó, y cuando sus amigos le preguntaron qué tal estaba Áyax, les respondió que su Áyax se había arrojado sobre la esponja³²¹.

[86] Cultivó un estilo oratorio elegante y medido, evitando las sandeces de las fórmulas de efecto y su artificiosa disposición, así como «el hedor de los vocablos rebuscados», como él mismo dice; su interés primordial fue expresar su pensamiento lo más claramente posible. Para lograrlo con más facilidad, sin confundir ni entretener al lector o al oyente en ningún punto, no dudó en añadir preposiciones a los nombres de ciudad ni en repetir constantemente conjunciones, cuya supresión comporta alguna [2] oscuridad, aunque aumente la gracia. Rechazó con igual fastidio a los imitadores afectados y a los arcaizantes, en la idea de que cada uno de ellos incurría en el vicio contrario, y los hacía a veces blanco de sus críticas; sobre todo a su querido Mecenas, cuyos «rizos perfumados», como él los llama, no cesa de atacar, imitándolos en broma para burlarse de ellos³²²; pero tampoco perdona a Tiberio, que a veces andaba a la caza de expresiones desusadas y oscuras. Tacha de extravagante a Marco Antonio, acusándole de escribir para que le admiren y no para que le entiendan; luego, burlándose de lo retorcido e inconstante que era a la hora de

elegir su estilo oratorio, añade lo siguiente: «¿Así que dudas de si debes imitar a Annio [3] Cimbro y a Veranio Flaco, utilizando palabras que Crispo Salustio sacó de los *Orígenes* de Catón³²³, o de si debes mejor verter a nuestra lengua el torrente de palabras huecas de los oradores asiáticos?». Y, en una carta en la que alaba el talento de su nieta Agripina, dice: «Pero tienes que esforzarte en no escribir ni hablar con afectación».

Sus cartas autógrafas muestran que en su conversación [87] cotidiana utilizaba con frecuencia ciertos giros curiosos; por ejemplo, a menudo escribe en ellas, cuando quiere dar a entender que algunos deudores no van a pagar nunca, que «pagarán para las calendas griegas»³²⁴; cuando aconseja aceptar el momento presente tal como es, «contentémonos con este Catón»; y para expresar la rapidez con que se ha hecho algo, «más deprisa que se cuecen los espárragos». Suele emplear *baceolus* (imbécil) en lugar de [2] *stultus* (necio), *pulleiaceus* (negruzco) en lugar de *pullas* (negro)³²⁵, *vacerrosus* (zoquete) en lugar de *cerritus* (demente), *vapide se habere* (sentirse entre vapores) por *male se habere* (sentirse mal), *betizare* (estar mustio como una acelga) en lugar de *languere* (estar débil), lo que vulgarmente se dice *lachanizare* (estar como una hortaliza); asimismo, *simus* en vez de *sumus*, y *domos*, genitivo singular, en vez de *domuos*. Estas dos últimas palabras nunca las escribe de otra manera, por lo que deben tomarse no [3] por un error, sino por una costumbre. He notado además, en los escritos de su puño y letra, sobre todo las siguientes peculiaridades: no corta las palabras ni lleva, al acabar el renglón, las letras que le sobran al siguiente, sino que las escribe inmediatamente debajo de la palabra comenzada, rodeándolas de un círculo.

[88] Respeta tan poco la ortografía, es decir, la manera correcta de escribir las palabras establecida por los gramáticos, que parece más bien adscribirse a la opinión de quienes piensan que debemos escribir tal como hablamos. De hecho, el

que a menudo invierta u omita no sólo letras, sino también sílabas, es un error humano corriente. Yo no lo mencionaría siquiera si no me causara sorpresa la noticia dada por algunos de que asignó un sucesor a un legado de rango consular, por ignorante e inculto, al darse cuenta de que había escrito *ixi* por *ipsi*. Por otra parte, cuando escribe en cifra³²⁶, emplea B por A, C por B, y así sucesivamente con las demás letras; en cuanto a la X, la representa mediante AA.

No era menor la atención que dedicaba a los estudios [89] griegos. También en este campo sobresalía notablemente, pues había tenido como maestro de retórica a Apolodoro de Pérgamo³²⁷, a quien, ya anciano, se había incluso llevado consigo de Roma a Apolonia en la época de su juventud, quedando además luego henchido de una vasta erudición por el trato que mantuvo con el filósofo Areo³²⁸ y sus hijos Dionisio y Nicanor; con todo, no hasta el punto de hablar el griego con fluidez o de atreverse a escribirlo; cuando las circunstancias lo exigían, redactaba el texto en latín y se lo daba a traducir a otros. Tampoco le era absolutamente desconocida la poesía griega, deleitándose incluso con la comedia antigua, que hizo representar a menudo en sus espectáculos públicos. Cuando leía a los [2] autores griegos y latinos, en lo que más se fijaba era en los preceptos y ejemplos útiles para el bien público o privado, enviando muchas veces una copia literal de ellos a los miembros de su casa, a las autoridades de los ejércitos y de las provincias, o a los magistrados de Roma, según el consejo que cada uno precisara. Llegó incluso a leer frecuentemente libros enteros ante el Senado y a ponerlos en conocimiento del pueblo mediante un edicto, como los discursos de Quinto Metelo³²⁹ *Sobre el aumento de la natalidad* y de Rutilio³³⁰ *Sobre la moderación en los edificios*, como argumento más convincente de que no había sido él el primero en considerar estas dos cuestiones, sino [3] que ya los antiguos se habían preocupado de ellas. Hizo cuanto pudo para fomentar los ingenios de su

época. Escuchó de buen grado y con paciencia la lectura de poemas y de historias, e incluso de discursos y diálogos. Le desagradaba, sin embargo, que escribieran sobre él, a no ser que el tono de la obra fuera serio y su autor de los más destacados, y advertía a los pretores que no consintieran que su nombre fuera envilecido en concursos literarios.

[90] En lo tocante a las supersticiones, nos lo han descrito de la siguiente manera. Sentía un temor un tanto enfermizo por los truenos y los rayos, hasta el extremo de que, para protegerse, llevaba siempre consigo a todas partes una piel de foca³³¹, retirándose, a la menor sospecha de tormenta, a algún lugar recóndito y abovedado, pues, como ya hemos dicho³³², quedó espantado en otro tiempo por la caída de un rayo durante una marcha nocturna.

[91] En cuanto a los sueños, no descuidaba ni los propios ni los que otros tenían sobre él. En la batalla de Filipos, aunque había decidido no salir de su tienda debido al mal estado de su salud³³³, sin embargo acabó haciéndolo, advertido por el sueño de un amigo³³⁴; y más le valió, pues, cuando tomaron su campamento, su litera fue acribillada y despedazada por los enemigos, que se lanzaron sobre ella pensando que se había quedado acostado allí. Él, por su parte, tenía, durante toda la primavera, muchas pesadillas carentes por completo de sentido, que el resto del año se volvían menos frecuentes y vanas. Como solía visitar [2] muy a menudo el templo que había dedicado en el Capitolio a Júpiter Tonante³³⁵, soñó que Júpiter Capitolino se quejaba de que se le restaban devotos, y que él le había respondido que había puesto a su lado al Tonante de portero; por esa razón rodeó luego de campanillas la techumbre del templo, porque se las solía colgar de las puertas. También a consecuencia de una visión nocturna pedía limosna al pueblo todos los años un día determinado, extendiendo la mano para que le echaran monedas.

Consideraba infalibles ciertos auspicios y presagios: si [92] por la mañana se calzaba al revés, poniéndose el zapato izquierdo por el derecho, lo tenía por un augurio funesto; si, al emprender un largo viaje por tierra o por mar, daba la casualidad de que caía rocío, lo consideraba favorable y señal de un regreso pronto y feliz. Pero también le impresionaban enormemente los prodigios. Cuando una palmera nació entre las junturas de las piedras delante de su casa, la hizo trasplantar al patio de los dioses Penates y cuidó con gran ahínco de su crecimiento. Al ver, en la [2] isla de Capri, que las ramas de una viejísima encina, que ya se inclinaban lánguidas hacia el suelo, reverdecían a su llegada, se alegró tanto que cambió con la ciudad de Nápoles esta isla por la de Enaria³³⁶. Guardaba también escrupulosamente algunas fechas, y así, no emprendía ningún viaje al día siguiente del mercado³³⁷, ni empezaba ningún asunto serio en las nonas; en este último caso, sólo pretendía evitar, según escribe a Tiberio, «el mal agüero» de esta palabra³³⁸.

[93] En lo que se refiere a los ritos extranjeros, mostró el mayor respeto por los que estaban arraigados desde antiguo, despreciando los demás. Así, tras haberse iniciado en Atenas³³⁹, cuando, más tarde, en Roma instruía en su tribunal un proceso sobre el privilegio de los sacerdotes de la Ceres Ática, que daba lugar a que se desvelaran algunos secretos, despachó a sus consejeros y a toda la concurrencia para escuchar a solas a las partes litigantes. En cambio, cuando recorrió Egipto, se negó a desviarse lo más mínimo para ver al buey Apis, y alabó incluso a su nieto Gayo por no haber orado en Jerusalén cuando pasó por Judea.

[94] Llegados a este punto, no estará de más añadir aquí el relato de los presagios³⁴⁰ ocurridos antes de su nacimiento, el mismo día en que nació, y en lo sucesivo, por los cuales cabía esperar y se podía conocer su futura grandeza y perpetua felicidad.

Siglos atrás, en Vélitras³⁴¹, al alcanzar un rayo parte [2] de la muralla, se vaticinó que un ciudadano de esa plaza se haría un día con el poder; fiados en ello, sus habitantes habían entablado inmediatamente la guerra con el pueblo romano, y siguieron haciéndolo muchas veces en épocas sucesivas, casi hasta su destrucción; por fin, la evidencia demostró más tarde que aquel fenómeno había presagiado el poderío de Augusto. Según cuenta Julio Marato, pocos [3] meses antes de su nacimiento se produjo en Roma, a la vista de todos, un prodigio que anunciaba que la naturaleza estaba a punto de parir un rey para el pueblo romano; aterrado, el Senado decretó que no se criara a ningún varón nacido aquel año; pero los senadores que tenían a sus mujeres encinta, interpretando cada uno el presagio a su favor, se ocuparon de que el decreto del Senado no se depositara en el erario³⁴². En la obra de Asclepiades [4] de Mendes³⁴³ titulada *Discusiones sobre los dioses* leo que Acia acudió a media noche a una ceremonia solemne en honor de Apolo y que hizo depositar su litera dentro del templo, quedándose luego dormida mientras las demás matronas regresaban a casa; de súbito, se deslizó hasta ella una serpiente que se retiró poco después; al despertar, se purificó como si hubiese yacido con su marido, y al punto apareció en su cuerpo una mancha con figura de serpiente que no pudo borrar jamás y que la obligó a renunciar para siempre a los baños públicos; nueve meses más tarde nació Augusto, y por este motivo se le consideró hijo de Apolo. Asimismo, Acia, antes de dar a luz, soñó que sus entrañas se elevaban hasta las estrellas y que se extendían por toda la órbita de la tierra y del cielo. También su padre Octavio soñó que del seno de Acia salía el resplendor [5] del sol. El día en que nació³⁴⁴ se trataba en el Senado sobre la conjuración de Catilina, y Octavio llegó con bastante retraso, debido al parto de su mujer; cuando Publio Nigidio³⁴⁵ —y esto es algo que todo el mundo conoce— se enteró de la causa del retraso y supo además la hora del parto, afirmó que le había nacido un

soberano al mundo entero. Más tarde, cuando Octavio conducía al ejército por las zonas apartadas de Tracia³⁴⁶, consultó a un oráculo bárbaro acerca de su hijo en un bosque consagrado al padre Líber, y los sacerdotes le respondieron lo mismo, pues, al derramar el vino sobre el altar, se había levantado una llama tan grande que rebasó la techumbre del templo y se elevó hasta el cielo, y un prodigio similar sólo le había ocurrido a Alejandro Magno cuando sacrificó [6] en estos mismos altares. Más aún, a la noche siguiente se le apareció a Octavio su hijo con unas proporciones sobrehumanas, llevando el rayo, el cetro y los atributos de Júpiter Óptimo Máximo, así como una corona de rayos, sobre un carro adornado de laurel, que arrastraban doce caballos de una blancura extraordinaria. Cuando todavía no hablaba, según consta en Gayo Druso³⁴⁷, su nodriza lo colocó una noche en su cuna, situada en el piso de abajo, y a la mañana siguiente había desaparecido; después de buscarlo durante largo tiempo, lo encontraron al fin en una torre muy alta, tendido cara al Oriente. Nada [7] más empezar a hablar, cierto día en que las ranas le molestaban con sus gritos en la finca propiedad de su familia, las mandó callar, y desde entonces, según dicen, las ranas no croan en aquel lugar. Mientras almorzaba en un bosque, hacia el cuarto mojón de la Vía Campana, un águila le arrebató súbitamente el pan de la mano; luego, tras haberse elevado volando a gran altura, volvió a descender de improviso suavemente y se lo devolvió. Tras la consagración [8] del Capitolio, Quinto Cátulo³⁴⁸ tuvo, en dos noches consecutivas, los siguientes sueños: la primera noche soñó que Júpiter Óptimo Máximo separaba a un niño de los varios que jugaban, vestidos con la pretexta, en torno a su altar, y depositaba en sus brazos la imagen del Estado que llevaba en la mano; la noche siguiente, que veía en el regazo de Júpiter Capitolino a ese mismo niño y que, al dar la orden de que lo bajaran, el dios se lo impedía, manifestándole que lo estaba educando para la salvaguarda del Estado; al día siguiente se

encontró con Augusto, que, por otra parte, le era desconocido, y, contemplándolo no sin admiración, exclamó que se parecía muchísimo al niño de sus sueños. Algunos narran de distinta manera el primer sueño de Cátulo, a saber, que Júpiter, en vista de que muchos niños vestidos con la pretexta le pedían un tutor, designó a uno de ellos, al que debían presentar todas sus peticiones, y, tras haberle dado a besar sus dedos, [9] se los llevó a los labios. Mientras acompañaba a Gayo César al Capitolio, Marco Cicerón contaba un día a sus amigos el sueño que había tenido la noche anterior: un niño de noble aspecto bajaba del cielo sostenido por una cadena de oro y se detenía ante las puertas del Capitolio, donde Júpiter le entregaba un látigo; luego, al ver de repente a Augusto, al que la mayoría de ellos no conocía aún y a quien su tío César había hecho venir al sacrificio, declaró que él era el niño cuya imagen se le había aparecido durante [10] el sueño. Al asumir la toga viril³⁴⁹, su laticlavo se descosió por ambos lados y cayó a sus pies. Según la interpretación de algunos, este hecho sólo podía tener un significado, a saber, que el orden cuya insignia era ésta³⁵⁰ [11] le quedaría un día sometido. Cuando en Munda el divino Julio, al elegir un lugar para su campamento, hacía talar un bosque, se descubrió una palmera, que César mandó conservar como un presagio de victoria; de ella nació acto seguido un vástago que creció tanto en unos pocos días, que no sólo llegó a igualar al tronco madre, sino incluso a taparlo, poblándose, además, de nidos de palomas, aun· que esta clase de aves evita al máximo el follaje duro y rugoso. Según dicen, aquel prodigio fue principalmente lo que movió a César a no querer otro sucesor que el nieto [12] de su hermana³⁵¹. Durante su retiro en Apolonia³⁵², su bió en compañía de Agripa al observatorio del astrólogo Teógenes; al ver que Agripa, que fue el primero en consultarle, obtenía unas predicciones casi increíbles de puro magníficas, persistía él en ocultar los datos de su nacimiento y en negarse a darlos a conocer, por miedo y vergüenza de que se le descubriera como inferior. Cuando,

después de muchas exhortaciones, se avino al fin a suministrar aquellos datos, a duras penas y vacilando, Teógenes saltó de su asiento para hincarse de rodillas ante él. Más tarde, Augusto tuvo una confianza tan grande en su destino, que hizo publicar su horóscopo y batir una moneda de plata con el cuño de la constelación de Capricornio, bajo la que había nacido.

Al entrar en Roma a su regreso de Apolonia después [95] del asesinato de César, un círculo semejante al arco iris rodeó de repente el disco solar en el cielo sereno y despejado, y la tumba de Julia, hija de César, fue varias veces herida por el rayo. Durante su primer consulado³⁵³, al tomar los augurios, se le manifestaron doce buitres, como a Rómulo, mientras que, al ofrecer un sacrificio, los hígados de todas las víctimas aparecieron replegados sobre sí mismos a partir del lóbulo inferior³⁵⁴, coincidiendo todos los expertos en interpretar ambas señales como presagios favorables y grandiosos.

Más aún, Augusto supo de antemano el resultado de [96] todas sus guerras. Cuando las tropas de los triunviros estaban agrupadas junto a Bolonia³⁵⁵, un águila que se posaba sobre su tienda abatió a dos cuervos que la hostigaban por uno y otro lado y los echó a tierra, reconociendo en este signo todo el ejército que algún día se produciría la discordia entre los tres colegas, como de hecho ocurrió, y presagiando el desenlace. En Filipos, un tesalio le anunció su futura victoria, que conocía por el divino César, cuya imagen se le había aparecido en un camino retirado. [2] Ante Perusa, en vista de que el sacrificio que estaba celebrando no obtenía presagios favorables, mandó traer más víctimas, y en ese momento se produjo una brusca salida del enemigo, que se llevó todo el aparato del sacrificio; los arúspices convinieron entonces en que los peligros y calamidades que se le habían anunciado al sacrificador recaerían en bloque sobre aquellos que tenían en su poder las entrañas; y así sucedió. La víspera de que entablara la batalla naval de Sicilia, mientras se paseaba por la playa, un pez saltó del mar para ir a caer a sus pies. En Accio,

cuando se dirigía al combate, le salió al encuentro un asno con su dueño: el hombre se llamaba Eutico, el animal Nicón³⁵⁶; ya vencedor, les erigió a ambos una estatua de bronce en el templo que levantó donde había estado su campamento³⁵⁷.

[97] Incluso su muerte, de la que en seguida hablaré, y su posterior deificación fueron conocidas de antemano por las señales más evidentes. Cuando celebraba en el Campo de Marte, con una gran afluencia de público, la ceremonia de purificación después del censo³⁵⁸, un águila voló insistentemente en torno a él y, dirigiéndose luego al templo cercano, se posó sobre la primera letra del nombre de Agripa; al verlo, Augusto mandó a su colega Tiberio formular los votos que se suelen hacer para el lustro siguiente, pues, aunque las tablillas ya estaban escritas y preparadas, se negó a pronunciar unos votos que no podría cumplir. Por el mismo tiempo, un rayo cayó sobre la inscripción [2] de su estatua, haciendo desaparecer la primera letra de su nombre, y se vaticinó que no viviría más de cien días, número que designaba la letra C, y que sería incluido entre los dioses, puesto que «aesar», esto es, el resto del nombre de César, significaba dios en lengua etrusca. Dispuesto, pues, a enviar a Tiberio a Iliria y a acompañarlo [3] hasta Benevento, al ver que unos importunos le retenían en su tribunal presentándole un proceso tras otro, exclamó —y esto fue también incluido luego entre los presagios— que, aunque todo se confabulara para detenerlo, no permanecería por más tiempo en Roma; y poniéndose en camino, alcanzó Astura³⁵⁹, de donde zarpó de noche, en contra de su costumbre, para aprovechar el viento favorable, y así fue como contrajo su enfermedad, que comenzó con una diarrea.

Recorriendo luego la costa de Campania y las islas [98] vecinas, pasó incluso cuatro días en su retiro de Capri, donde se entregó por completo al descanso y a toda suerte de amenidades. Cuando costeaba el golfo de Pozzuoli, los [2] pasajeros y la tripulación de un navío alejandrino que acababa

de atracar, vestidos de blanco, adornados con coroñas y quemando incienso, le habían expresado sus mejores votos y colmado de las mayores alabanzas, asegurando que por él vivían, por él podían navegar y por él disfrutar de su libertad y de sus bienes. Hondamente complacido por estas manifestaciones, repartió cuarenta monedas de oro a cada uno de sus compañeros, exigiéndoles el compromiso jurado de que dedicarían íntegramente esta suma [3] a la compra de mercancías alejandrinas. En los días sucesivos distribuyó además, entre otros presentes de poca monta, togas y mantos griegos, prescribiendo que los romanos adoptarían el vestido y la lengua griegos, y los griegos el romano. Asistió cada día a los ejercicios de los efebos, que aún eran numerosos en Capri de acuerdo con la antigua costumbre³⁶⁰; les hizo servir además un banquete en su presencia, durante el cual les permitió o más bien les impuso el deber de no contenerse en sus bromas ni en sus porfías por conseguir los obsequios de frutas, viandas y fruslerías <diversas>³⁶¹ que se les lanzaba. En [4] fin, no se privó de ningún tipo de diversión. Llamaba Apragópolis³⁶² a la vecina isla de Capri, a causa de la desidia en que vivían los miembros de su corte que se retiraban allí; pero acostumbraba a llamar «κτίστης»³⁶³ a uno de sus preferidos, de nombre Masgaba, como si hubiese sido el fundador de esta isla. Al ver desde su triclinio que la tumba de este Masgaba, muerto un año antes, era visitada por una gran muchedumbre de gente provista de antorchas, recitó en voz alta este verso improvisado:

Veo la tumba del fundador entre llamas,

y volviéndose hacia Trasilo, compañero de Tiberio³⁶⁴, que estaba sentado a la mesa enfrente de él y que desconocía el asunto, le preguntó de qué poeta pensaba que podía ser este verso; mientras aquél dudaba, añadió este otro:

¿ Ves a Masgaba honrado con antorchas?,

y le volvió a hacer la misma pregunta. Al no encontrar Trasilo otra respuesta sino que eran muy buenos, cualquiera que fuese el autor, se echó a reír a carcajadas, haciendo mil bromas sobre el asunto. Luego se trasladó [5] a Nápoles, aunque en sus intestinos todavía enfermos el mal seguía apareciendo con altibajos; a pesar de ello, asistió hasta el fin a la competición quinquenal de gimnasia instituida en su honor y acompañó, además, a Tiberio al lugar fijado³⁶⁵. Pero durante su regreso se agravó su enfermedad, cayendo al fin en cama en Nola, a donde hizo volver a Tiberio, que interrumpió su viaje, reteniéndolo largo tiempo en conversación privada³⁶⁶, tras lo cual no volvió a ocuparse de ningún asunto de envergadura.

El último día de su vida preguntó repetidas veces si [99] había ya revuelo en las calles a causa de su estado. Después pidió un espejo, se hizo arreglar el cabello y afirmar las mejillas que le colgaban, y recibió a sus amigos, a quienes preguntó si les parecía que había representado bien la farsa de la vida, añadiendo incluso el final consabido³⁶⁷:

Si la comedia os ha gustado, concededle vuestro aplauso

y, todos a una, despedidnos con alegría.

Luego los despachó a todos y, mientras interrogaba a unas personas recién llegadas de Roma sobre la enfermedad de la hija de Druso³⁶⁸, expiró de repente en los brazos de Livia, pronunciando estas palabras: «¡Livia, conserva mientras [2] vivas el recuerdo de nuestra unión! Adios». Alcanzó así una muerte dulce y a la medida de sus deseos, pues casi siempre, cuando oía que alguien había muerto rápidamente y sin dolor, pedía para él y para los suyos una similar εὐθανασία³⁶⁹ (ésta era, en efecto, la palabra que solía emplear). No dio más que una señal de trastorno mental antes de morir, pues, súbitamente aterrado, se quejó de que lo arrastraban cuarenta jóvenes. Y fue más un presagio que una pérdida de razón, ya que éste fue exactamente el número de soldados pretorianos que lo llevaron a la vista del pueblo.

[100] Murió en la misma habitación que su padre Octavio³⁷⁰, bajo el consulado de los dos Sextos, Pompeyo y Apuleyo, el decimocuarto día antes de las calendas de septiembre, a la hora nona³⁷¹, faltándole treinta y cinco días para cumplir los setenta y seis años. Los decuriones de [2] los municipios y de las colonias transportaron su cuerpo desde Nola hasta Bovilas³⁷² de noche, por la estación del año en que se hallaban, siendo depositado durante el día en la basílica de cada ciudad o en el mayor de sus templos. En Bovilas se hizo cargo de él el orden ecuestre³⁷³, que lo llevó a Roma, depositándolo en el vestíbulo de su casa. Los senadores rivalizaron entre sí en su afán por dar brillo a sus funerales y honrar su memoria, presentando gran cantidad de mociones; entre otras, unos propusieron que el cortejo fúnebre pasase por la puerta triunfal³⁷⁴, precedido por la Victoria que está en la curia y cantando una nenia los hijos de ambos sexos de los principales ciudadanos; otros, que el día de las exequias se prescindiese de los anillos de oro sustituyéndolos por otros de hierro; y, finalmente, algunos, que las cenizas fuesen recogidas por los sacerdotes de los colegios más importantes. Hubo incluso quien aconsejó que el nombre del mes [3] de agosto³⁷⁵ se trasladara a septiembre, puesto que en este mes había nacido Augusto, mientras que en el anterior había muerto; y otro que propuso llamar «siglo de Augusto» a todo el período comprendido entre el día de su nacimiento y su muerte, registrándolo bajo este nombre en los fastos. Pero se impuso un límite a los honores, tras lo cual se pronunció su elogio fúnebre en dos lugares: ante el templo del divino Julio por Tiberio y en la antigua tribuna de las arengas por Druso, hijo del anterior, siendo después llevado a hombros por los senadores al Campo [4] de Marte³⁷⁶, donde fue quemado. Hubo también un expretor³⁷⁷ que juró haber visto su espectro ascendiendo al cielo tras la cremación. Los miembros más importantes del orden ecuestre, vestidos con la túnica, sin cinturón y con los pies descalzos, recogieron sus restos y los

depositaron en el Mausoleo³⁷⁸. Augusto había hecho levantar este edificio entre la Vía Flaminia y la ribera del Tíber en su sexto consulado³⁷⁹, poniendo ya entonces a disposición del público los bosques y paseos que lo rodeaban.

[101] Había hecho su testamento bajo el consulado de Lucio Planeo y Gayo Silio, el tercer día antes de las nonas de abril³⁸⁰, un año y cuatro meses antes de su muerte; escrito en dos códigos, en parte por él mismo y en parte por sus libertos Polibio e Hilarión, había sido depositado en poder de las vírgenes vestales, que lo sacaron ahora a la luz junto con tres rollos igualmente sellados. Todos estos documentos fueron abiertos y leídos en el Senado³⁸¹. Nombraba primeros herederos a Tiberio, de la mitad más [2] un sexto, y a Livia, del tercio restante, ordenándoles, además, llevar su nombre; como segundos herederos le dejaba a Druso, hijo de Tiberio, un tercio, y el resto a Germánico y a sus tres hijos varones³⁸²; en tercer lugar nombraba a muchos parientes y amigos. Legaba al pueblo romano cuarenta millones de sestercios, a las tribus tres millones quinientos mil, a cada soldado pretoriano mil sestercios, a cada miembro de las cohortes urbanas quinientos y a cada legionario trescientos; mandaba pagar esta suma al contado, pues la había tenido siempre guardada en reserva en su tesoro particular. Dejaba otros legados de diversa [3] cuantía, llegando algunos a veinte mil sestercios; fijaba para pagarlos el plazo de un año, alegando como excusa su escasa fortuna y declarando que no recaerían sobre sus herederos más de ciento cincuenta millones de sestercios, pues, según decía, aunque en los últimos veinte años había recibido cuatro mil millones de los testamentos de sus amigos, los había invertido casi todos en el Estado, junto con los dos patrimonios recibidos de sus padres³⁸³ y sus demás herencias. Prohibía que enterraran en su sepulcro a las dos Julias, su hija y su nieta³⁸⁴, cuando muriesen. En cuanto a los tres rollos, dejaba en uno las disposiciones [4] acerca de su funeral; en otro hacía una relación de sus hechos³⁸⁵, manifestando el

deseo de que fuera grabada en dos tablas de bronce que debían colocarse delante de su mausoleo; y en el tercero un inventario de todo el imperio, en el que hacía constar cuántos soldados había alistados en la totalidad del territorio, cuánto dinero había en el erario y en las cajas imperiales, y a cuánto ascendían los atrasos de las rentas públicas. Añadía asimismo los nombres de sus libertos y esclavos, a quienes se podían exigir cuentas.

¹ Hoy Velletri. Ciudad situada al sur de los montes Albanos, en el Lacio. Conquistada en el siglo VI a. C. por los volscos, formó parte de la Liga Latina en el siglo V y fue colonizada por los romanos en este mismo siglo, aunque no perdió del todo la población volsca. Durante todo el siglo V se mantuvo en guerra casi constante con Roma, que la sometió en 338, castigándola duramente. Municipio romano y colonia de nuevo más tarde.

² Es decir, sin observar escrupulosamente el rito. Éste exigía que los *exta* (hígado, pulmones, corazón y bazo), la parte de la víctima destinada al dios en el sacrificio, fueran preparados y cocinados cuidadosamente junto con ciertos trozos de carne (*augmenta, magmenta*), para luego ser troceados y quemados.

³ El primitivo Senado de Rómulo se componía, según la tradición, de cien miembros. Este número aumentó en seguida con el gradual progreso de la ciudad, y hacia el final de la monarquía se elevaba a trescientos. Los historiadores exponen de diversas maneras las fases de este crecimiento, pero la principal parece situarse bajo el reinado del quinto rey de Roma, Tarquino el Antiguo, que nombró cien nuevos senadores (cf. LIV., I 35, 6; DIONISIO DE HALICARNASO, III 67, 1; CIC., *De re publica* II 20). Los senadores nombrados por Tarquino se llamaron *patres minorum gentium*, por oposición a los *patres maiorum gentium*, o primeras familias senatoriales.

⁴ Penúltimo rey de Roma, sucesor de Tarquino el Antiguo. La noticia de que este rey nombrara nuevas familias patricias no está confirmada por ninguna otra fuente, aparte de que el patriciado como tal no aparece hasta los tiempos de la república. Puede verse aquí un intento de explicar la admisión dentro del patriciado de la familia de Augusto, concedida por César, como un regreso a él por parte de una familia ya patricia que en un momento determinado se habría pasado a la plebe.

⁵ Hecho, en principio, no imposible ni raro, pues era factible pasar de una clase social a otra. Publio Clodio, por ejemplo, cambió de orden en el 59 a. C. haciéndose adoptar por un plebeyo, para poder aspirar al cargo de tribuno de la plebe (cf. *Julio* 20, 4).

⁶ Quizá en 45 a. C., cuando, en virtud de una ley Casia (TÁC., *Anales* XI 25), César nombró nuevas familias patricias (DIÓN, XLIII 47). Véase también SUET., *Julio* 41, 1. Augusto continuó esta práctica (DIÓN, LII 42; TÁC., *loc. cit.*), y después de él los emperadores siguientes.

⁷ Gayo Octavio Rufo, cuestor en 230 a. C.

⁸ Gneo Octavio, tribuno militar en 216; edil plebeyo en 206; pretor en 205; propritor en Cerdeña en 204-203 y jefe de la flota en el Tirreno. En 202 participó en la batalla de Zama y mandó las tropas que atacaban Cartago, cediendo el mando en 201. En 200 volvió a África como miembro de la embajada tripartita. En 194 fue triunviro para la colonización de Crotona y en 192-191 miembro de la embajada cuatripartita enviada a Grecia.

⁹ El término *proavus* se utiliza normalmente para designar al bisabuelo. Sin embargo, aunque Gayo Octavio fuera muy joven en 205, cuando fue nombrado

tribuno militar para el año siguiente en Sicilia a las órdenes del propretor Lucio Emilio Papo (pretor en 205 junto con Gneo Octavio, familiar de Gayo), la diferencia de tiempo entre este momento y el nacimiento del padre de Augusto (más o menos sobre el 100) es de casi un siglo, por lo que tiene que haber una generación más entre medias. *Proavus* tiene que ser entendido, pues, en sentido lato como «tatarabuelo». Suetonio vuelve a emplear el término al reproducir los reproches de Marco Antonio a los antepasados de Augusto, tanto por la línea paterna (véase parágrafo 3 de este mismo capítulo: «...un *proavus* liberto, cordelero del distrito de de Turio») como por línea materna (véase cap. 4, 2: «...un *proavus* de origen africano»). En ambos casos debe entenderse en sentido lato, como antepasado en general. Cf. *RE* XVII, 2 1805 número 13.

¹⁰ En sus Memorias, mencionadas por Suetonio en el capítulo 85, 1.

¹¹ Tribuno militar; cuestor en 66; edil en 63; pretor en 61; propretor en Macedonia en 60. Murió el año 59 (cf. caps. 4, 1; 8, 1) en Nola, lo mismo que más tarde su hijo (véase cap. 100, 1), cuando regresaba de su provincia a Roma.

¹² Durante la república, cada año el Senado adjudicaba por sorteo a los cónsules y pretores que resultaran elegidos las provincias que gobernarían al término de su mandato (véase *Julio* 18, 1; 19, 2).

¹³ Ciudad de Lucania, situada sobre el golfo de Tarento.

¹⁴ Probablemente por hallarse esta región de camino a su provincia, Macedonia, y a pesar de no estar, en principio, bajo su competencia.

¹⁵ *Ad Quintum fratrem* I 1, 21; 2, 7.

¹⁶ Quinto Tulio Cicerón fue pretor en 62 a. C. y gobernador de Asia de 61 a 58. Sobre el título de procónsul, aplicado a un gobernador de provincia al margen del cargo desempeñado anteriormente, cf. *Julio* 54, 1, nota 243.

¹⁷ El padre de Augusto murió en Nola, de regreso a Roma. No pudo, por tanto, presentar su candidatura al consulado, pues era obligatorio hacerlo personalmente (véase *Julio* 18, 2).

¹⁸ Para Plutarco (*Antonio* 31) sólo existe esta Octavia, hija de Ancaria y hermanastra de Augusto, a la que refiere todas las noticias relativas a Octavia la menor. Casada con Sexto Apuleyo, fue madre de Sexto y de Marco Apuleyo, cónsules en 29 y 20 a. C. respectivamente.

¹⁹ Cf. *Julio* 27, 1, nota 138. Casada en primeras nupcias con Gayo Claudio Marcelo, cónsul en 50 a. C., y en segundas, el año 40, con Marco Antonio, que se divorció de ella en el 32. Modelo de honradez y fidelidad, jugó muchas veces el papel de mediadora entre Antonio y Augusto, e incluso acudió a Grecia, en 35 a. C., para proporcionar a su marido tropas y dinero, a pesar de que éste ya la había relegado en Roma. Permaneció toda su vida entregada a la educación de sus hijos, tres de su primer matrimonio (Marcelo, primer marido de Julia, la hija de Augusto, y dos hijas, llamadas ambas Marcela) y dos del segundo, las dos Antonias, de las que la menor fue madre del emperador Claudio (véase *Claudio* 1, 6). A su muerte (véase cap. 61, 2) recibió de su hermano Augusto los mayores honores. Cf.

APIANO, *Guerra Civil* V 64, 93, 138; PLUT., *Antonio* 31, 35, 54, 57; DIÓN, XLVIII 31 y 54; XLIX 33; L 3.

[20](#) Originario de Aricia, pretor en 60 a. C., tuvo dos hijas, llamadas ambas igual: Acia la mayor, madre de Augusto, y Acia la menor. Las dos se casaron, además, con un Lucio Marcio Filipo: Acia la mayor con el padre, cónsul en 56 (véase cap. 8, 2, nota 46), tras la muerte de Gayo Octavio en 59; y su hermana con el hijo de este personaje, cónsul también en 38 a. C. Acia la mayor murió en 43 a. C. Véase cap 61, 2.

[21](#) Julia la menor, véase nota 299 a *Julio* 74, 2.

[22](#) Ciudad interior del Lacio, en la Vía Apia, hoy Ariccia. Cicerón (*Filípicas* III 15), defendiendo a Augusto contra los ataques de Marco Antonio, habla de esta ciudad como de un municipio muy antiguo, aliado de Roma, de la que era casi vecina, y muy insigne por el brillo de sus habitantes. Gozaba del derecho de ciudadanía prácticamente desde el final de la gran guerra latina de 338 a. C. (LIV., VIII 14).

[23](#) Véase *Julio* 20, 3, nota 102.

[24](#) Uno de los asesinos de César. Cuestor en 43, procuestor en 42. Se encargó de reunir los restos del ejército derrotado en Filipos, pasándose a Sexto Pompeyo y en 36 a Antonio, a cuyo lado luchó en Accio. Después de la derrota, murió ajusticiado. Autor (cf. HOR., *Epístolas* I 4, 3) de sátiras, elegías y epigramas. Plinio (*Historia Natural* XXXI 8) menciona una carta suya a Antonio.

[25](#) Pequeña ciudad interior de Lucania, cercana a Turio.

[26](#) El 23 de septiembre del año 63 a. C.

[27](#) Una de las cuatro *regiones* en que, según Dionisio de Halicarnaso (IV 14, 1), el sexto rey de Roma, Servio Tulio, dividió ésta. Las otras eran la Subura, la Colina o Viminal y el Esquilino. Augusto elevó más tarde su número a catorce. Las Cabezas de Bueyes debe de ser el nombre de una calle de este distrito.

[28](#) La *lex Iulia de adulteriis coercendis*, promulgada por Augusto, penaba el adulterio con la *relegatio* a una pequeña isla y la confiscación parcial de los bienes. En el caso de la mujer, ésta, además, no podía volver a casarse con un ciudadano. La ley no mencionaba la muerte como castigo a los infractores, pero permitía al padre o al marido ultrajado infligirla en ciertos casos y con ciertas restricciones.

[29](#) El niño recién nacido debía ser legitimado por su padre, acto que tenía lugar en el curso de una ceremonia celebrada, para las niñas, el octavo día de su nacimiento y, para los niños, el noveno. La criatura era depositada en el suelo, de donde su padre le levantaba para reconocerla, tomándola en sus brazos. La ceremonia continuaba con la *lustratio* (purificación) del niño, tras de la cual se le ponía en torno al cuello la *bullae* (cf. *Julio* 84, 4, nota 358) y se le daba un nombre. No levantar a un hijo del suelo implicaba condenarlo a la muerte por exposición.

[30](#) Adriano, de quien Suetonio era secretario *ab epistulis*.

[31](#) Así, Gayo Octavio pasó a llamarse Gayo Julio César Octaviano.

³² En la sesión del Senado que tuvo lugar el dieciséis de enero del año 27 a. C. (cf. LIV., *Epitome* CXXXIV 102 y 103). Véase también *Res gestae Divi Augusti* cap. 34; DIÓN, LIII 16; OROSIO, VI 20 (en 29 a. C.); FLORO, IV 12, 66.

³³ Cf. *Julio* 83, 2.

³⁴ Lucio Munacio Planco, desde 54 a. C. legado de César, fue en 46 *praefectus urbi* y en 45 pretor. Gobernador de la Galia Comata en 44, en agosto del 43 abandonó a Décimo Bruto para pasarse a Antonio. Fue cónsul ordinario en 42, y en 41 prestó su apoyo a Lucio Antonio, siendo nombrado gobernador de Asia en 40. En 35/34 fue gobernador de Siria, y en 32 se pasó a Augusto, siendo recompensado con la censura en 22 (véase cap. 37).

³⁵ *Anales* 502, 2.^a ed. VAHLEN; 155, ed. O. SKUTSCH.

³⁶ Año 59 a. C. El 23 de septiembre cumplía Augusto los cuatro años. Como se desconoce el mes de la muerte de su padre, no podemos saber si aquí se está empleando el cómputo exclusivo o el inclusivo, es decir, si Augusto tenía ya los cuatro años cumplidos o si tenía algo más de tres.

³⁷ Véase cap. 4, 1. Es el año 51 a. C. Como en el caso anterior, no podemos precisar si Augusto tenía doce u once años.

³⁸ El 18 de octubre del año 49 (*CIL* I² pág. 332), a los catorce años.

³⁹ En el verano del 46 (cf. *Julio* 37, 1, nota 190).

⁴⁰ Finales del año 46 (cf. *Julio* 35, 2, nota 183).

⁴¹ Cf. *Julio* 44, 3; 79, 3.

⁴² Antigua colonia griega fundada en las costas de Iliria a comienzos de la segunda mitad del siglo VII a. C. por Corinto y Corcira conjuntamente. Junto a ella, un poco más al norte, fue fundada también Epi-damne, la Dirraquio romana que fue más tarde punto de partida de la *via Egnatia*, que, atravesando Macedonia, llegaba a Bizancio.

⁴³ 15 de marzo del 44. Octavio tenía a la sazón dieciocho años.

⁴⁴ Cf. *Julio* 83, 2.

⁴⁵ Finales de abril del año 44.

⁴⁶ Lucio Marcio Filipo (ca. 102 - *post.* 43 a. C.), pretor en 62 —colega, entre otros, de César—, y en 61-60 propretor en Siria. En 58 casó en segundas nupcias con Acia, la madre de Augusto (véase nota 20 al cap. 4, 1). Cónsul en 56 junto con Gneo Cornelio Léntulo Marcelino. Partidario de César, no participó, sin embargo, en la guerra civil. En 43 fue encargado por el Senado de la reconciliación con Antonio, y tras su fracaso se retiró de la vida política.

⁴⁷ El triunvirato quedó legalmente constituido por la *lex Titia*, presentada por el tribuno de la plebe Publio Ticio y aprobada el 27 de noviembre del año 43. Octaviano, Antonio y Lépido fueron investidos de poderes ilimitados por cinco

años (hasta el 31 de diciembre del año 38) para la reorganización del Estado — *triunviri rei publicae constituendae*—. Con el acuerdo de Tarento, estos poderes se prorrogaron otros cinco años (hasta el 31 de diciembre del año 33), pero en 36, tras la derrota de Sexto Pompeyo, Lépido fue privado de sus provincias y del título de triunviro, debiendo contentarse con el pontificado máximo, que conservó hasta su muerte. Del año 35 al 32 Augusto compartió el poder sólo con Antonio. A comienzos de este último año comenzó el enfrentamiento abierto entre ambos, que culminó prácticamente con la batalla de Accio (2 de septiembre del año 31). Desde la constitución del triunvirato hasta esta última fecha habían pasado casi doce años. Después de Accio y del suicidio de Antonio en 30, Augusto ejerció el poder absoluto hasta su muerte (año 14 d. C.).

[48](#) Véase nota 336 a *Julio* 80, 4.

[49](#) Véase nota 335 a *Julio* 80, 4.

[50](#) Cuestor en Asia en 50 y procuestor *pro praetore* en 49 a. C. Tribuno de la plebe en 44, hizo aprobar en abril una ley agraria anticonstitucional como *septemvir agris dividundis*, la *lex Antonia*. A fines de año se reunió con su hermano, y con él fue derrotado en 43 en *Forum Gallorum*, tras de lo cual ambos fueron desterrados. Tras su rehabilitación a mediados del 43, regresó a Italia, donde obtuvo el consulado del 41 y se dedicó junto con su cuñada Fulvia, la mujer de Marco Antonio, a soliviantar a la población con vistas a restablecer la república y acabar con el triunvirato. Finalmente fue sitiado en Perusa por Octaviano, teniendo que entregarse en febrero del 40. Fue perdonado por Octaviano, que no quería enemistarse con Marco Antonio, y enviado a Hispania con imperio proconsular.

[51](#) Véase nota 183 a *Julio* 35, 2.

[52](#) Cf. *Julio* 88, nota 367.

[53](#) Gayo Helvio Cinna, muerto por error a manos de la plebe después del asesinato de César. Cf. *Julio* 85.

[54](#) El tribunado de la plebe fue siempre una magistratura plebeya a la que los patricios no tenían acceso. Por otra parte, solía seguir a la cuestura en el orden establecido para las magistraturas y, por tanto, era ejercido por un senador, pues desde el año 80 los antiguos cuestores eran también inscritos en la lista del Senado. Pero Augusto no había sido cuestor, y, por tanto, no era senador.

[55](#) Cf. *Julio* 80, 4, nota 337.

[56](#) La Galia Cisalpina, a la que pertenecía la ciudad de Módena. A pesar de que Décimo Bruto era legalmente su propretor para el 43, en junio del 44 Antonio hizo aprobar una ley por la que se le transfería a él el mando de esta provincia. Después de algunas dudas, Bruto decidió resistir; no reconoció esta ley, y en el Senado se formó una fuerte oposición contra Antonio, capitaneada por Cicerón. Bruto se refugió en Módena con sus tropas a finales del 44, y allí fue sitiado por Antonio a comienzos del 43.

[57](#) Antonio divulgó la noticia de este atentado, que, sin embargo, no fue comprobado. Aunque algunos lo creyeron, lo más probable es que fuera una fábula

inventada por él mismo, para desacreditar a Augusto. Cf. APIANO, *Guerra Civil* III 39; CIC., *Ad Familiares* XII 23; NICOLÁS DE DAMASCO, *Vita Caesaris* 30; PLUT., *Antonio* 16; SÉNECA, *De Clementia* I 9, 1.

⁵⁸ El decreto fue aprobado en la sesión del Senado del uno de enero del 43, día en que Hircio y Pansa entraban en funciones como cónsules.

⁵⁹ Cf. *Julio* 56, 1, nota 253.

⁶⁰ Los combates decisivos se dieron el quince y el diecisiete de abril.

⁶¹ Rumor mencionado también por TÁCITO, *Anales* I 10.

⁶² A la sazón gobernador de la Hispania Citerior y la Galia Narbonense.

⁶³ Ventidio Baso se unió a Antonio hacia finales de mayo del 43 (CIC., *Ad Familiares* XI 10 y 13). Antes de finales de agosto, Lucio Munacio Planeo (véase nota 34 al cap. 7, 2) fue convencido por Gayo Asinio Polión para que abandonara a Décimo Bruto, encargado por el Senado de la persecución de Antonio, y para pasarse junto con él al bando de este último (APIANO, *Guerra Civil* III 97).

⁶⁴ Cicerón. Cf. *Ad Familiares* XI 20, 1.

⁶⁵ Jugando con el doble sentido del verbo *tollo*, que significa a la vez «ensalzar» y «suprimir». Cf. VELEYO PATÉRCULO, II 62, 6.

⁶⁶ El triunvirato. Véase nota 47 al cap. 8, 3.

⁶⁷ Entabladas hacia finales de octubre y comienzos de noviembre del año 42.

⁶⁸ Según Dión (XLVII 49), el cuerpo fue quemado con honores por Antonio y la cabeza enviada a Roma, pero cayó al mar en medio de una tempestad. Plutarco (*Antonio* 22) y Apiano (*Guerra Civil* IV 135) sólo mencionan la cremación del cadáver.

⁶⁹ Optimate convencido, opuesto, lo mismo que Catón, a Pompeyo y a César igualmente. Edil en 52, pretor en 49, tomó partido por Pompeyo al comienzo de la guerra civil y le siguió en su huida después de Farsalia. Incluido en las listas de los proscritos, tomó parte en la guerra de Filipos y fue ejecutado después de la derrota.

⁷⁰ Véase nota 50 al cap. 9. Es el año 41, en el que fueron cónsules Lucio Antonio y Publio Servilio Isáurico.

⁷¹ Finales de febrero del 40.

⁷² Reservadas a los caballeros. Cf. *Julio* 39, nota 196.

⁷³ Del 43 al 36, año de las derrotas decisivas de Sexto Pompeyo en Milas y Náuloco.

⁷⁴ En el año 38 (DIÓN, XLVIII 47 y 48).

⁷⁵ El acuerdo de Miseno, en otoño del 39, en virtud del cual se le otorgaba a Sexto Pompeyo el gobierno de Córcega, Cerdeña y Sicilia a cambio de abandonar el bloqueo de Italia.

[76](#) En el año 37.

[77](#) El verdadero artífice de la victoria en los dos combates navales del verano del 36 fue Agripa, general de Augusto. Cf. APIANO, *Guerra Civil* V 105-22; DIÓN, XLIX 2-11.

[78](#) Marco Vipsanio Agripa (64/63 - 12 a. C.). Perteneciente al orden ecuestre y estrechamente asociado con Augusto desde temprana edad. Tribuno de la plebe en 43; participó en las batallas de Filipos y en la guerra de Perusa; pretor urbano; después del desastre de la flota en 38 y de la desertión de Menodoro a principios del 37, Augusto, insatisfecho con la gestión de su lugarteniente Calvisio Sabino, le encargó la tarea de construir y comandar una nueva flota, haciendo también que fuera elegido cónsul para la segunda mitad del 37. Edil en 33 y almirante en Accio en 31; en 28, cónsul por segunda vez, y en 27, por tercera. Representante en Roma de Augusto, ausente en Hispania, hasta el año 24, emprendió grandes trabajos de construcción (el Panteón fue realizado en 25). Casado con Julia, hija de Augusto, en terceras nupcias (sobre su descendencia véase cap. 64, 1). En 20/19 derrotó a los cántabros; en 18 se le concedió el *imperium* extraordinario sobre todo el imperio y la potestad tribunicia por cinco años; en 17 se trasladó a Oriente y tuvo gran amistad con Herodes; en 13 se le prorrogaron sus poderes por otros cinco años. Murió el año 12 en Campania.

[79](#) En 36, entre las dos batallas navales de Milas y Naúloco.

[80](#) Libertos de Sexto Pompeyo que asumieron el comando de sus tropas después de la traición de Menodoro y de la muerte de Menecrates.

[81](#) Lucio Emilio Lépido Paulo (o Paulo Emilio Lépido), sobrino del triunviro. Cónsul en 34 y censor en 22 a. C. Era amigo de Augusto, que casó a su nieta Julia con un hijo de éste, Lucio Emilio Paulo (véase cap. 19, 1, nota 106).

[82](#) Lucio Emilio (¿Lépido?) Paulo, hermano mayor del triunviro Marco Emilio Lépido. Había sido siempre un seguidor del partido senatorial, y, aunque en su consulado del año 50 había aceptado el soborno de César para permanecer neutral (véase *Julio* 29, 1, nota 146), en 43 había tomado parte en la votación del Senado que declaró a su hermano enemigo público por unirse a Antonio. En consecuencia, fue incluido en las listas de proscritos después de la formación del triunvirato.

[83](#) Tras su derrota definitiva en 36, Sexto Pompeyo huyó a Mitilene e intentó crear en Asia Menor una nueva base de operaciones. A comienzos del 35 atacó a las tropas de Antonio, pero, después de unos triunfos iniciales, se vio obligado a huir a Armenia. Cayó en Bitinia en manos de Marco Ticio, que lo hizo ajusticiar en Mileto.

[84](#) Su provincia en la nueva subdivisión de éstas que siguió a la guerra de Filipos y que se consolidó en el acuerdo de Brindisi del año 40. Augusto le hizo venir en su auxilio contra Sexto Pompeyo en el verano del 36.

[85](#) Lépido había venido a Sicilia con doce legiones, pero luego se había hecho con ocho más. Envalentonado con la seguridad que le daban estas fuerzas, decidió reclamar Sicilia para sí como provincia, y habría estallado otra nueva guerra civil si

su armada no se hubiera pasado a Augusto. Éste le perdonó la vida, pero le privó de su *imperium* y de todo cargo, excepto el de pontífice máximo, que siguió ostentando hasta su muerte.

[86](#) Ciudad del Lacio, situada cerca del promontorio del mismo nombre.

[87](#) El rompimiento definitivo se produjo tras la primera sesión del Senado del año 32. Los poderes de los triunviros habían cesado al acabar el 33 y, al menos técnicamente, el poder volvía a los magistrados ordinarios, los dos cónsules designados para el 32, Gneo Domicio Ahenobarbo y Gayo Sosio, ambos partidarios de Antonio. En aquella sesión, Gayo Sosio formuló invectivas contra Augusto y propuso la confirmación de los actos de Antonio. En la siguiente sesión del Senado, Augusto se presentó con una escolta armada, defendió su política y arremetió contra Antonio. Los dos cónsules, junto con más de trescientos senadores, dejaron Roma para unirse a Antonio. Augusto designó dos nuevos cónsules, adictos a él, abrió y leyó en público el testamento de Antonio, y, por fin, a finales del 32, consiguió que se le privara a Antonio de sus poderes y que se declarara oficialmente la guerra a Cleopatra.

[88](#) La primera a finales del 43, después de la guerra de Módena, cuando se acordó formar el triunvirato; la segunda en 40, después de Perusa, en Brindisi, pacto sellado con el casamiento de Antonio con Octavia; la tercera y última en Tarento, el año 37, cuando se decidió prorrogar el triunvirato por otros cinco años.

[89](#) Una hija y dos hijos: Cleopatra Selene, Alejandro y Ptolomeo. Los tres fueron criados más tarde por Octavia. De los dos niños no tenemos más noticias; Selene fue casada con Juba II, rey de Numidia y después de Mauritania.

[90](#) Cuestor en 39 (?), cónsul designado en 38-37 y 36. Tuvo el *imperium* proconsular en Siria y Judea hasta 34 (toma de Jerusalén con ayuda de Herodes en 37). En 32, cónsul junto con Gneo Domicio Ahenobarbo. Tras la derrota de Accio fue perdonado, y en los Juegos Seculares de 17 a. C. fue *quindecinvir sacris faciundis*.

[91](#) Domicio Ahenobarbo (véase nota 87), bisabuelo de Nerón (cf. *Nerón* 3). Los manuscritos dan *T. Domitium*, pero su *praenomen* era Gneo. Fue incluido en las listas de proscritos del año 43-42, pero se mantuvo firme contra los triunviros hasta el 40, ostentando el mando de cincuenta barcos en el Mar Jonio, con los que hostigó a Antonio cuando cruzaba a Grecia en 42, y obteniendo una victoria sobre su lugarteniente Domicio Calvino por el tiempo de la guerra de Filipos. En 40 se reconcilió con Antonio gracias a la influencia de Asinio Polión, y bajo su autoridad sirvió contra los partos. En 32, cónsul con Gayo Sosio. Siendo comandante en jefe de parte de la flota de Antonio en Accio, se pasó a Augusto, muriendo poco después.

[92](#) El 2 de septiembre de 31 a. C.

[93](#) Naves ligeras y muy rápidas, semejantes a las empleadas por los piratas de Liburnia, región de Iliria.

[93 bis](#) *Omnia* es una adición al texto sugerida por Ihm y aceptada, entre otros, por Ailloud, Rolfe y Bassols.

⁹⁴ Pueblo de África que poseía el arte de encantar serpientes y curar sus mordeduras.

⁹⁵ El hecho no era seguro (cf. PLUT., *Antonio* 86; DIÓN, LI 14). Veleyo Patérculo (II 87) lo afirma, sin embargo, y Horacio (*Odas* I 37, 26 ss.) acepta también esta versión.

⁹⁶ Marco Antonio Antilo. Prometido en 36 a Julia, la hija de Augusto. Tomó la toga viril en 30, pero ese mismo año fue ejecutado por orden de Augusto.

⁹⁷ Casada en primeras nupcias con Publio Clodio (sobre el cual véase *Julio* 6, 20, 26 y 74), en segundas con Gayo Escribonio Curión (véase *Julio* 29, 36), muerto en 49, y en terceras, alrededor del 46 a. C., con Marco Antonio. Después de la guerra de Perusa se dirigió a Atenas al encuentro de Antonio y murió en Sición a mediados del 40.

⁹⁸ Véase *Julio* 52, 1, nota 239.

⁹⁹ Véase nota 89 a este mismo capítulo.

¹⁰⁰ véase *Julio* 35, 1.

¹⁰¹ Marco Emilio Lépido, el hijo del triunviro. Se separó de Augusto en 31 y, tras la batalla de Accio, fue apresado por Mecenas, acusado de una conspiración contra Augusto y, más tarde, ejecutado.

¹⁰² Aulo Terencio Varrón Murena, hermano de Terencia, la esposa de Mecenas. En 25 dirigió una expedición contra los salasos y fundó la ciudad de Augusta, hoy Aosta; miembro también del colegio de augures. Su conjura con Cepión tuvo lugar en 23, año de su consulado. Fue ejecutado cuando pretendía huir.

¹⁰³ Republicano convencido; acusado por Tiberio, y condenado en su ausencia (véase *Tiberio* 8), fue asesinado en Nápoles.

¹⁰⁴ Marco Egnacio Rufo, edil hacia 22, pretor ilegalmente en 21; por este motivo, el cónsul Gayo Sentio Saturnino rechazó su candidatura al consulado en 19. Conspiró contra Augusto, siendo encarcelado y muerto.

¹⁰⁵ cf. DIÓN, LV 27, 2. Probablemente, ciudadano de Auximum, ciudad de Piceno, hoy Osimo, *CIL* IX, 5834.

¹⁰⁶ Lucio Emilio Paulo, cónsul el año 1 d. C., hijo del compañero de Augusto mencionado en el cap. 16, 3. Casó con Julia, nieta de Augusto, que le dio una hija, Emilia Lépidia, prometida del emperador Claudio (cf. *Claudio* 26, 1).

¹⁰⁷ El encargado de recordar a su señor o señora los nombres de las personas que debía conocer.

¹⁰⁸ Años 39 a. C. - 14 d. C. Casada en 25 con Marco Claudio Marcelo y, tras la muerte de éste en 23, con Marco Vipsanio Agripa (véase cap. 63, 1). Madre de Cayo y Lucio César, así como de Julia y Agripina (véase cap. 64, 1), a la muerte de Agripa en 12 a. C. estaba embarazada y dio a luz un niño que recibió el nombre de Agripa Póstumo. El año 11 Augusto la casó con Tiberio (véase cap. 63, 2; *Tiberio*

7, 2), y, tras la partida de éste a Rodas en 6, se lanzó a una vida disoluta. A finales del año 2 a. C. se le notificó el divorcio (véase *Tiberio* 11, 4) y fue relegada de Pandataria (véase cap. 65). En 3 d. C. se la trasladó a Regio, donde murió en 14, pocas semanas después que su padre.

[109](#) Cf. caps. 64, 1, y 65, 1.

[110](#) En el año 35 a. C.

[111](#) Años 26-5 a. C. Augusto inauguró su octavo y noveno consulado en Tarragona (véase cap. 26, 3). Pero el norte de Hispania no quedó totalmente pacificado hasta el 19 a. C., por obra de Agripa.

[112](#) Como jefe del ejército, a él le incumbía tomar los auspicios cada vez que se partía a alguna campaña, aunque no la dirigiera personalmente.

[113](#) Véase cap. 29, 1 y 2.

[114](#) Al primero en la batalla de Carras, del año 53 a. C.; al segundo dos veces durante sus operaciones en el este, en 40 y 36 a. C. Véase *Tiberio* 9.

[115](#) Jano era el dios de las puertas (aunque no de las de la casa, que era Pontuno) y los pasadizos, así como de todo comienzo. Su más famosa denominación era la de Jano Gémino (cf. *Nerón* 13, 2), y así se llamaba el arco doble situado en el Foro que constituía la entrada al Argileto, y, por ende, al Quirinal. A este arco se le llamaba también Jano Quirino, y el rey Numa había instituido que se cerrara en tiempos de paz, permaneciendo abierto en época de guerra. Hasta Augusto sólo se había cerrado en dos ocasiones, la primera durante el reinado de Numa y la segunda en 235, tras la primera guerra púnica. Augusto reinstauró esta antigua costumbre y lo cerró tres veces; en 29, tras la derrota de Antonio; en 25, después de su victoria sobre los cántabros; y en 8, tras las victorias de Tiberio en Germania.

[116](#) Entrada solemne del general victorioso en Roma, que constituía un triunfo, pero un triunfo menor, pues se efectuaba a pie o a caballo —no en un carro tirado por cuatro caballos como en el triunfo propiamente dicho—, vestido con la pretexta, y no con la túnica palmata, coronado no de laurel, sino de mirto, con acompañamiento de flautas en vez de trompetas, y sin el cetro ni el bastón de marfil.

[117](#) De *currus* (carro), el triunfo mayor. Véase nota anterior.

[118](#) En agosto del 29 a. C.

[119](#) Marco Lolio, gobernador de la provincia de Galacia en 25 a. C. como legado de Augusto *pro praetore*; cónsul en 21; en 17, gobernador de la Galia Comata. En el verano del 16 sufrió una dura derrota a manos de los germanos (sugambros, usípetes y téncteros), en la que se perdió el águila de la quinta legión. Tras este desastre se retiró por completo, hasta que el año 1 a. C. fue puesto como *comes* y *rector* de Gayo César en Oriente (cf. *Tiberio* 12, 2). En el año 2 d. C. se produjo la ruptura entre ambos (cf. *Tiberio* 13, 2). Fue acusado de traición y murió envenenado. A él se dirige Horacio *Odas* IV 9; *Epístolas* I 2 y 18.

[120](#) Publio Quintilio Varo, cuestor de Augusto en 22 a. C. en Acaya; cónsul el año 13. Hacia 7/6, procónsul en África. Legado *pro praetore* de Augusto en Siria del 6 al 4. Enviado con el mismo título a Germania en 7 d. C., sus intentos de exigir impuestos e introducir el procedimiento judicial romano motivaron el levantamiento de los germanos bajo Arminio y Segímero. Cayó en una emboscada en 9 d. C. y sufrió una derrota total, tras la cual se suicidó.

[121](#) Años 105-101 a. C. La guerra contra los marsos o guerra social tuvo lugar en los años 90-88 a. C.

[122](#) La forma más suave de *relegatio*, puesto que no comportaba dejar Italia.

[123](#) Es decir, sin el *sagum* (especie de casaca abierta, sujeta con un broche) ni el talabarte, lo cual constituía una degradación.

[124](#) La *decempeda* era una vara de medir de diez pies de largo (= 2,96 m). Todas las tareas de instalación, mantenimiento, etc., del campamento eran ejecutadas por soldados, y por ello constituía una marca de degradación hacer llevar a los centuriones los instrumentos empleados por aquéllos o, por ejemplo, los montones de césped con que se cubría el terreno del campamento.

[125](#) Contrariamente a la costumbre de César (cf. *Julio* 67, 2).

[126](#) La frase se presta a dos interpretaciones: 1) «en el destacamento en el que habían sido enrolados desde un principio», las cohortes voluntarias, sólo integradas por estos libertos; 2) «en el destacamento que iba en cabeza», es decir, en primera línea.

[127](#) Placas de metal brillante que servían de adorno para los caballos y que se convirtieron después en condecoraciones militares. En un principio, sólo se otorgaban, al parecer, a los soldados de caballería, pero luego se entregaron a todos los cuerpos indistintamente.

[128](#) Destinadas a recompensar al primer soldado que escalaba un *vallum* enemigo (o empalizada), de igual manera que las siguientes se concedían al primero que escalaba la muralla de una ciudad.

[129](#) Véase cap. 16, 2.

[130](#) Cf. AULO GELIO, *Noches Áticas* X 11.

[131](#) Cf. EURÍP., *Fenicias* 599.

[132](#) *Vicesimo aetatis anno*, por el cómputo inclusivo. Augusto recibió el consulado en agosto del 43, un mes antes de cumplir los veinte años. Previamente se le había otorgado el rango de propretor, los ornamentos consulares y el *imperium*.

[133](#) En 33 a. C. El tercero lo ejerció en 31. Del 30 al 23 fue cónsul cada año.

[134](#) Ejercido en 5 a. C.

[135](#) En 2 a. C.

[136](#) Gayo Julio César, nacido el 23 de septiembre del 20 a. C. Hijo mayor de Agripa y Julia, la hija de Augusto, fue adoptado por éste en 17 (véase cap. 64, 1). En 7 a. C. ostentó la presidencia de los juegos votivos; en 6 fue nombrado *princeps iuventutis*; tomó la toga viril el 1 de enero del 5. El año 1 a. C. fue enviado con *imperium* proconsular extraordinario a Armenia, y el 1 de enero del año 1 d. C. asumió el consulado ordinario. Tras algunos éxitos políticos en Armenia, el partido nacionalista se levantó en armas contra él. Fue herido en un atentado y murió a consecuencia de la herida de regreso a Roma, el 21 de febrero del 4 d. C. Recibió sepultura en el mausoleo de Augusto.

[137](#) Lucio Julio César, nacido en 17 a. C. Segundo hijo de Agripa y Julia, adoptado por Augusto, al igual que su hermano. Recibió la toga viril el año 2 a. C. y fue nombrado, como Gayo, *princeps iuventutis*. Cónsul designado para el 4 d. C., no llegó con vida a esta fecha, pues, enviado por Augusto a Hispania, enfermó en el camino y murió en Marsella el 20 de agosto del año 2 d. C.

[138](#) Véase nota 47 al cap. 8, 3.

[139](#) Hermano de Marco Galio que adoptó a Tiberio (*Tiberio* 6, 3). Pretor en 43 a. C.

[140](#) En 18 a. C., Agripa, por cinco años; en 6 a. C., Tiberio, por el mismo espacio de tiempo (véase *Tiberio* 9).

[141](#) La primera vez con Agripa, en 28 a. C., y la tercera con Tiberio, en 14 d. C. El censo lo hizo solo, en 8 a. C.

[142](#) En 28-27 y en 23 a. C.

[143](#) Cf. cap. 101, 4: *breviarium totius imperii*.

[144](#) Situado al sudeste del Foro Julio (véase *Julio* 26, 2) y construido con el producto de las confiscaciones de los bienes de los conjurados y con el botín obtenido en Filipos. Al fondo, el templo de Marte Vengador, que conmemoraba la venganza obtenida sobre los asesinos de César. Se inauguró el año 2 a. C.

[145](#) Consagrado en octubre del año 28 a. C.

[146](#) Un pequeño templo levantado junto al de Júpiter Capitolino (véase cap. 91, 2) y consagrado en septiembre del año 22 a. C.

[147](#) El Foro Romano y el Foro Julio.

[148](#) Véase cap. 20.

[149](#) Gayo y Lucio. Véase cap. 26, 2, notas 136 y 137.

[150](#) Livia. Véase cap. 62, 2.

[151](#) Octavia la menor. Véase cap. 4, 1, nota 19.

[152](#) La Basílica Julia, comenzada en 54 a. C. y dedicada por César en 46. Augusto le dio los toques finales. Destruída luego por un incendio, fue reconstruida

por Augusto en 12 d. C. y dedicada a la memoria de Gayo y Lucio: cf. *Res gestae Divi Augusti* cap. 20.

[153](#) El primero en el Esquilino, en el lugar que, según la tradición, ocupó el palacio de Servio Tulio, y el segundo en el Campo de Marte, sobre el emplazamiento del viejo pórtico de Metelo.

[154](#) Hijo de Octavia y primer marido de Julia, la hija de Augusto, muerto prematuramente en 23 a. C. (véase cap. 63, 1). El teatro ya había sido proyectado por César (véase *Julio* 44, 1). Fue dedicado el año 13 o el 11 a. C.

[155](#) Originalmente construido por Marco Fulvio Nobilior en 186 a. C. y reconstruido por Marcio Filipo, padrastro de Augusto (véase nota 46 al cap. 8, 2).

[156](#) Construido, según la tradición, por Servio Tulio en el Aventino, y reconstruido por Lucio Cornificio, cónsul en 35 a. C.

[157](#) Con una biblioteca adosada, la primera construida en Roma.

[158](#) Otro edificio reconstruido, pues el primitivo templo de Saturno fue uno de los primeros de Roma, dedicado, al parecer, en 497 a. C. Estaba situado en el Foro, al pie del Capitolio. De su reconstrucción se encargó Lucio Munacio Planco, sobre el cual véase nota 34 al cap. 7, 2.

[159](#) El tercer teatro en piedra de Roma, construido cerca del teatro de Marcelo. Lucio Cornelio Balbo era sobrino del famoso personaje citado en *Julio* 78, 1, y, como él, gaditano. Hizo la campaña civil al lado de César. Fue cuestor en 43 en Hispania y, probablemente, propretor en la misma en 41. Procónsul en África en 20, tras de lo cual celebró su triunfo sobre los garamantes el año 19 a. C.

[160](#) El primer anfiteatro de piedra edificado en Roma, en el Campo de Marte, el año 29 a. C., y destruido por el incendio del 64 d. C. Estatilio Tauro fue cónsul en 37 y 26, y del 16 al 10 *praefectus urbi* durante la ausencia de Augusto.

[161](#) Véase nota 78 al cap. 16, 2. Las construcciones de Agripa en Roma fueron muy numerosas e importantes. Entre ellas cabe destacar el Panteón, unas Termas, un puente sobre el Tiber, un pórtico y dos acueductos (véase cap. 42, 1).

[162](#) Aumentando su número de cuatro a catorce (véase nota 27 al cap. 5). Cada región se hallaba a su vez subdividida en barrios, que sumaban 265 en su totalidad.

[163](#) En 27 a. C. La Via Flaminia fue construida por Gayo Flaminio durante su censura en el año 220 a. C.

[164](#) En 12 a. C.

[165](#) Véase *Julio* 40.

[166](#) El sexto mes del año en el calendario primitivo, que comenzaba en marzo.

[167](#) Véase nota 132 al cap. 26, 1.

[168](#) Probablemente se alude aquí a su entrada en Alejandría, que se produjo en agosto, y a la victoria sobre S. Pompeyo (véase cap. 16).

[169](#) Sobre este sacerdocio, véase nota 8 a *Julio* 1, 2.

[170](#) Las hijas de Julia, hija de Augusto, y de Agripa, a saber, Julia y Agripina. Cf. cap. 64, 1.

[171](#) Que se tomaba cada año, en época de paz, para saber si los cónsules podían ofrecer o no la tradicional plegaria por la salud y prosperidad del pueblo.

[172](#) Véase nota 3 a *Julio* 1, 1. El cargo permanecía vacante desde la muerte de Lucio Cornelio Mérula en 87 a. C. Augusto lo volvió a cubrir el año 11 a. C.

[173](#) Celebradas el quince de febrero en honor del primitivo dios Luperco.

[174](#) Organizados por el colegio de los *quindecinviri* y celebrados una vez por siglo. La guerra civil impidió que se dieran en la fecha prevista de 49 o 48 a. C., y Augusto los celebró el año 17 a. C.

[175](#) Instituidas por Servio Tulio y celebradas a comienzos de enero en honor de los lares de las encrucijadas.

[176](#) Los principales manuscritos dan la lectura *ad illorum uelut ad*, en la que se supone que tiene que haber una laguna detrás de *illorum*. Así lo indica Ailloud, siguiendo a Ihm. Entre las diversas soluciones propuestas adoptamos la de Oudendorp, que suple en el texto la palabra <normam>. Bücheler, seguido por Rolfe y Bassols, propuso suplir <vitam>.

[177](#) Véase *Julio* 80, 4, nota 339.

[178](#) El teatro de Pompeyo, erigido en el Campo de Marte e inaugurado el año 55 a. C. Fue el primer teatro de piedra en Roma y llevaba adosado por la parte de la escena un doble pórtico rectangular, constituyendo todo el conjunto uno de los monumentos más importantes de Roma, cuidado y restaurado con esmero a lo largo de los siglos hasta que en la Edad Media pereció, sin dejar apenas huella, al ser utilizado primero como fortaleza y después como cantera.

[179](#) Prisiones para los esclavos rebeldes, que trabajaban encadenados en los campos y eran encerrados durante la noche en celdas separadas, a menudo subterráneas. Tiberio las inspeccionó también más tarde por toda Italia (véase *Tiberio* 8) en vista de este y otros abusos semejantes que se cometían en ellas.

[180](#) Como ya había hecho César (véase *Julio* 42, 3).

[181](#) De las listas públicas en las que figuraban los acusados.

[182](#) Según una antigua costumbre, los acusados debían mostrarse en público mal vestidos y andrajosos para excitar la compasión de sus jueces. Véase también *Tiberio* 2, 4 (resistencia de su familia a sufrir esta humillación) y *Vitelio* 8, 1 (abolición de esta costumbre).

[183](#) Los juegos ofrecidos por los magistrados con ocasión de su entrada en el cargo.

[184](#) César había eliminado a los tribunos del erario del número de los jueces (véase *Julio* 41, 2, nota 203), pero mantuvo la división en tres decurias. Augusto añadió una cuarta decuria, a cuyos componentes sólo se les exigía la mitad del censo ecuestre, esto es, doscientos mil sestercios. Probablemente, las otras tres categorías de jueces debían poseer el censo ecuestre, cuatrocientos mil sestercios.

[185](#) Los parricidas confesos de su crimen eran condenados a ser azotados con varas y luego cosidos en un saco junto con un perro, un gallo, una víbora y un mono, siendo luego arrojados al mar o a un río. Véase también *Nerón* 45, 2.

[185 bis](#) La *lex Cornelia de falsis o testamentaria*, promulgada por Sila contra todo tipo de fraudes relacionados con testamentos. Los testigos que hubieran estampado su firma en un documento falso quedaban sujetos a la misma pena que el falsificador en cuestión.

[186](#) La *lex Iulia de maritandis ordinibus* iba encaminada a favorecer la natalidad, y, por tanto, preveía sanciones contra los célibes y los matrimonios sin hijos. En su primera redacción era muy radical: por ejemplo, no concedía a las viudas más que un año de plazo para contraer nuevo matrimonio y a las divorciadas seis meses. La ampliación de esta ley, promulgada, en 9 a. C., durante el consulado de Marco Papio Mutilo y Quinto Popeo Segundo, y por ello llamada *lex Papia Poppaea*, mitigaba, por un lado, la dureza de la ley primitiva —las viudas tendrían un plazo de dos años y las divorciadas de un año y medio para volverse a casar— y, por otro, reforzaba las medidas tendentes a estimular la natalidad.

[187](#) Germánico tuvo de Agripina nueve hijos, de los que sólo seis le sobrevivieron, cf. *Calígula* 7. Por esta época (año 9 d. C.) debían haber nacido ya varios de ellos.

[188](#) Así se alargaba el tiempo de noviazgo y se retrasaba el matrimonio. El compromiso desde edad muy temprana era una práctica corriente, pero Augusto tendió a limitarla por esta razón, prescribiendo que no se tuvieran en cuenta los esponsales que no fueran seguidos del matrimonio en el plazo de dos años.

[189](#) El término de *orcinos* se aplicaba a los esclavos que habían obtenido la libertad en virtud del testamento de sus amos. Los senadores que entraron fraudulentamente en el Senado después de la muerte de César, so pretexto de que éste los había nombrado en los papeles que dejó, recibieron también este calificativo.

[190](#) Historiador contemporáneo de las guerras civiles y del principado de Augusto. Su crónica de la actualidad, escrita con espíritu republicano (según él, Bruto y Casio fueron «los últimos romanos»), le valió una acusación bajo Tiberio de la que resultó su muerte y la destrucción de su obra, que, sin embargo, había sido recibida por Augusto con ecuanimidad (cf. *Tiberio* 61, 3). Sus escritos fueron conservados, no obstante, por su hija Marcia, y autorizada su circulación bajo Calígula (cf. *Calígula* 16, 1).

[191](#) Para el orden de consulta en el Senado, véase *Julio* 21, nota 113.

¹⁹² Medida contraria a la introducida por César durante su primer consulado. Cf. *Julio* 20, 1.

¹⁹³ Ésta no era una medida nueva, sino que volvía a poner en vigor las disposiciones de la ley de Pompeyo del 52, en virtud de la cual tenía que haber un paréntesis de al menos cinco años entre el cargo ostentado y el gobierno de una provincia. Formó parte de los estatutos dictados por Augusto para las provincias en 27 a. C., año a partir del cual el gobierno de una provincia no fue ya una magistratura prorrogada, sino independiente.

¹⁹⁴ Es decir, el Estado encargaba de estos suministros a particulares mediante adjudicación, pagándoles con fondos públicos. Parece ser que era un negocio bastante lucrativo; véase AULO GELIO, *Noches Áticas* XV 4, a propósito de Ventidio Baso.

¹⁹⁵ Tribunal muy antiguo, compuesto al principio por 105 miembros y, más tarde, en época de Trajano, por 180, que juzgaba en asuntos privados. La expresión *centumviralem hastam* con que Suetonio lo designa se deriva de la costumbre de plantar un *hasta* en el sitio donde se reunía.

¹⁹⁶ Los *decemviri stlitibus iudicandis*.

¹⁹⁷ Enumeradas en LIV., XXX 15.

¹⁹⁸ Cf. *Julio* 45, 3, nota 212.

¹⁹⁹ Los miembros del *ordo senatorius* prestaban sus primeros servicios en el ejército, que les daban acceso a la carrera política, como *tribuni legionis (laticlavii*, por oposición a los que no eran de rango senatorial, que eran llamados *angusticlavii*, véase *Otón* 10) y *praefecti alarum*, los dos grados superiores de la *equestris militia*. Véase nota 233 al cap. 46.

²⁰⁰ Literalmente, a dos «laticlavios».

²⁰¹ Desde la época de Sila, los tribunos de la plebe solían ser senadores (véase cap. 10, 2, nota 54).

²⁰² Cf. *Julio* 39, 2, nota 196.

²⁰³ La *lex Roscia theatralis*, del 68 a. C., tenía una cláusula especial referente a aquellos *equites* que estuvieran arruinados. La *lex Iulia theatralis* abolió esta cláusula.

²⁰⁴ El establecido por César, que nombraba a los cónsules y a la mitad de los otros magistrados él mismo. Véase *Julio* 41, 2.

²⁰⁵ A la primera en virtud de su adopción dentro de la *gens Iulia*; a la segunda por ser un Octavio.

²⁰⁶ La que llevaba aparejados todos los derechos, incluido el más importante, la ciudadanía romana.

[207](#) Mediante dos leyes principalmente: la *lex Fufia Caninia*, que limitaba la liberación por testamento, y la *lex Aelia Sentia*, que fijaba un límite a la liberación por parte de los propietarios en vida.

[208](#) Éstos eran asimilados a los *peregrini dediticii*, es decir, a los extra eros que se hubieran entregado.

[209](#) Cf. VIRG., *Eneida* I 282.

[210](#) Capa de tejido grueso que solía llevarse encima de la toga.

[211](#) Evidentemente, porque no se había podido determinar con exactitud quiénes tenían derecho al reparto y quienes no.

[212](#) En 6 d.C. Cf. DIÓN, LV 26.

[213](#) Cf. *Res gestae Divi Augusti* cap. 22.

[213 bis](#) En el texto de los manuscritos se ha supuesto, prácticamente por todos los editores, que ha de haber una laguna entre *histriones* y *non in foro modo*. Perizonius propuso suplir *⟨Munera⟩*, conjetura que aceptan, entre otros, Rolfe y Bassols y que adoptamos en nuestra traducción. Roth, remitiendo a las *Res gestae Divi Augusti* IV 39 ss. y a Claudio 21, pensó que se debía insertar *⟨circensibus ludis gladiatorisque muneribus frequentissime editis interiecit plerumque bestiarum Africanarum venationes⟩* («dio con mucha frecuencia juegos del circo y espectáculos de gladiadores, intercalando, por lo general, cazas de fieras africanas») o algo similar. Ailloud, al igual que Ihm, solamente señala la laguna en el texto.

[214](#) Originalmente, un gran recinto vallado en el Campo de Marte, destinado a los plebiscitos. César comenzó a levantar en su solar un lujoso edificio de mármol, continuado luego por Lépido e inaugurado por Agripa en 26 a. C. con el nombre de *Saepta Iulia*. Se trataba de un gigantesco edificio de planta rectangular, que se convirtió en centro recreativo al dejar de celebrarse elecciones y donde, entre otros, se dieron, desde Augusto a Nerón, espectáculos de gladiadores. Tras la construcción del Coliseo se convirtió en almacén.

[215](#) Cf. *Res gestae*... cap. 23. El lugar recibió el nombre de *nemus Caesarum* tras la muerte de Gayo (4 d. C.) y de Lucio (2 d. C.), los dos nietos mayores de Augusto.

[216](#) Véase *Julio* 39, 2, nota 197.

[217](#) Derivado de *torquis*, «collar».

[218](#) Véase parágrafo 1, nota 214.

[219](#) Véase *Julio* 10, 1, nota 52.

[220](#) *Tensae*: cf. *Julio* 76, 1, nota 307.

[221](#) Cf. cap. 29, 4, nota 154.

[222](#) Véase *Julio* 1, 1, nota 5.

[223](#) Es decir, que llevara una *lacerna* sobre la toga. Véase cap. 40, 5.

[224](#) Probablemente los celebrados con ocasión de haber asumido el pontificado máximo. Véase cap. 31, 1.

[225](#) De nueve y media a diez y media aproximadamente, según la época del año.

[226](#) El *cenaculum* era propiamente el comedor, pero, por hallarse de ordinario situado en el piso superior de la casa, también recibía este nombre, por extensión, el mismo piso y todas sus dependencias.

[227](#) *Pulvinar*: cf. *Julio* 76, 1, nota 308.

[228](#) Juegos al estilo griego, consistentes en pruebas atléticas, carreras de carros y certámenes musicales.

[229](#) La *missio* era el permiso para abandonar la arena vivos que tenían derecho a solicitar del *editor*; y luego habitualmente del público, los gladiadores heridos y que ya no podían seguir luchando. Los combates *sine missione* eran, por tanto, luchas a muerte.

[230](#) Los de Pompeyo, Balbo y Marcelo. Sobre el primero véase nota 178 al cap. 31, 5; sobre los otros dos véase cap. 29, 4 y 5, y notas correspondientes.

[231](#) Discípulo de Pilades, el fundador, junto con Batilo, de este tipo de representaciones, consistentes en el mimo, ejecutado por un bailarín, de un texto poético que otro actor cantaba con acompañamiento de instrumentos

[232](#) El dedo corazón, llamado *infamis digitus*. Con él se hacía un gesto obsceno.

[233](#) La *equestris militia* —es decir, la carrera militar reservada a los caballeros, los oficiales superiores, pues los simples soldados sólo podían llegar a ser centuriones, esto es, oficiales subalternos— comprendía tres grados por los que se pasaba sucesivamente, a saber, *tribunus cohortis*, *tribunus legionis* y *praefectus alae* (Claudio alteró este orden: véase *Claudio* 25, 1). Una vez ostentados estos cargos, se tenía la posibilidad de acceder a la cuestura o a otros oficios *a militiis*, es decir, por vía militar.

[234](#) La primera división en provincias imperiales y senatorias se realizó en 27 a. C., pero luego fue alterada en varias ocasiones a criterio del propio Augusto.

[235](#) Por ejemplo, a Herodes Agripa, hijo de Aristóbulo y nieto de Herodes el Grande, que fue enviado a Roma a la muerte de su padre, en 6 a. C., y criado con Druso, el hijo de Tiberio.

[236](#) Con la creación de las *cohortes urbanae*, en número de tres, y de las *cohortes praetoriae*, nueve en total, tres mantenidas en Roma y seis fuera de la ciudad.

[237](#) Españoles, como la guardia personal de César (véase *Julio* 86, 1), procedentes de *Calagurris Nassica* o *Iulia* (la actual Calahorra), municipio de la

Hispania Tarraconense que gozaba de la ciudadanía romana.

[238](#) *Praetoriae* (véase nota 236), pues las *cohortes urbanae* tenían sus cuarteles cerca del *Forum Suarium*.

[239](#) El *diploma* era el escrito dimanado de una autoridad en favor de alguien. Acreditaba a su poseedor para recibir un beneficio, del tipo que fuera; unas veces le confería el permiso de viajar libremente (salvoconducto) o de utilizar para sus desplazamientos el servicio estatal de postas; otras era una carta de recomendación, o un documento acreditativo de un nombramiento, etc. Véase *Calígula* 38, 1; *Nerón* 12, 1.

[240](#) Entre otras acepciones, la palabra *libellus* significa la súplica dirigida por escrito a una autoridad. Los *libelli* dirigidos al emperador por particulares eran normalmente contestados sobre la misma carta de petición, que así se convertía en un *rescriptum* (véase cap. 45, 1). Estos *rescripta*, cuando trataban de cuestiones de jurisprudencia, pasaron con el tiempo a formar parte del cuerpo de leyes o *constitutiones principum*. Una vez escrita la contestación, el billete era sellado.

[241](#) El tallista de gemas más famoso de la época augústea, al parecer procedente de Egeas. Su estilo era el aticista propio de la época, y la calidad de sus obras, extraordinaria. Se conservan ocho gemas talladas sin duda por él, aunque su firma fue falsificada con mucha frecuencia.

[242](#) Agripa Póstumo. Véanse caps. 64, 1; 65, 1.

[243](#) Véase cap. 29, 1.

[244](#) En 22 a. C., el pueblo, ante la escasez de alimentos en la ciudad, rodeó el Senado solicitando que se concedieran a Augusto la *praefectura annonae* y la dictadura. Éste aceptó el primer cargo, pero rechazó el segundo. Cf. DIÓN, LIV 1; VELEYO PATÉRCULO, II 89. De hecho, a la muerte de César, Antonio había presentado una ley que abolía la dictadura (APIANO, *Guerra Civil* III 25).

[245](#) Es decir, nunca hacía al Senado venir a saludarle a palacio.

[246](#) Véase cap. 35, 1.

[247](#) Uno de los grandes jurisconsultos de la época de Augusto. Políticamente estaba adscrito a la oposición senatorial, y Tácito (*Anales* III 75) alaba su *incorrupta libertas*. Su obra sobre diversos aspectos del derecho fue numerosa y su influencia sobre los juristas posteriores muy grande.

[248](#) Véase cap. 16, 4.

[249](#) No era raro que los testantes se permitieran una total libertad de palabra en sus testamentos, llegando en ocasiones a lanzar críticas muy severas o incluso abiertas injurias contra estamentos y personajes públicos, sin recatarse siquiera en el caso del emperador o de sus familiares.

[250](#) Para las dos tribus a las que pertenecía Augusto, véase cap. 40, 2.

[251](#) Cf. cap. 29, 1.

[252](#) Sus nietos Gayo y Lucio, que pasaron a ser hijos suyos por adopción (véase cap. 64, 1).

[253](#) Véase cap. 43, 2. Amigo íntimo de Augusto. Fue defendido por Asinio Polión en el proceso del que habla Suetonio a continuación, el más famoso de su época.

[254](#) El más grande orador de la época, famoso por su espíritu mordaz y sus libelos infamantes, que le valieron primero, en 8 d. C., el ser relegado por Augusto a Creta, y más tarde, el año 24, la conversión de esta *relegatio* en un auténtico destierro, con confiscación de sus bienes, a la isla de Serifos, una de las Cícladas. Cf. TÁC., *Anales* I 72; IV 21. En ella murió, diez años más tarde, en la más absoluta miseria.

[255](#) Véase cap. 19, 1.

[256](#) En 2 d. C. Sobre esta segunda y definitiva residencia de Augusto, véase cap. 72, 1.

[257](#) Marco Valerio Mesala Corvino (ca. 64 a. C.-13 d. C.). Adicto en principio al partido de los cesaricidas, luchó al lado de Bruto en Filipos. Estuvo luego con Marco Antonio en Asia y Alejandría, y luchó en Sicilia junto a Augusto, que en agradecimiento le concedió el cargo de augur en 36 a. C. Cónsul *suffectus* con Augusto en 31; *praefectus urbi* en 26, aunque por poco tiempo; *curator aquarum* en 11. El 5 de febrero del año 2 a. C., en su calidad de *princeps senatus*, ofreció a Augusto el título de Padre de la Patria. Puso fin a su vida víctima de una grave enfermedad. Fue uno de los grandes oradores de su época, agrupando en torno a sí al famoso círculo de poetas al que pertenecía Tibulo.

[258](#) En 23 a. C. Cf. DIÓN, LIII 30. Véase cap. 28, 1.

[259](#) Quizás el primer templo corintio de grandes dimensiones, comenzado por los Pisistrátidas, reanudado por el rey seléucida Antíoco Epífanes de Siria, en la primera mitad del siglo II a. C., y no acabado hasta la época de Adriano.

[260](#) Véase cap. 4, 1, nota 20.

[261](#) Véase cap. 4, 1, nota 19.

[262](#) Hijo de Publio Servilio Vatia (véase *Julio* 3). Pretor en 54 a. C.; partidario de César en 50 y colega suyo en el consulado del 48; procónsul en Asia en 46-44. Tras el asesinato de César, siguió el partido de Octaviano y fue cónsul de nuevo en 41 en compensación por el repudio de su hija.

[263](#) Véase cap. 17, 5, nota 97.

[264](#) A raíz de la conjura que dio lugar a la guerra de Perusa (véase cap. 14). Fulvia conspiró con su cuñado Lucio Antonio contra Octaviano y, después de su derrota, fue al encuentro de Marco Antonio en Grecia, donde pronto murió.

[265](#) Se había casado con ella el año 43 a. C. y la repudió en 41.

[266](#) El primer marido de Escribonia fue Gneo Cornelio Léntulo Marcelino, cónsul en 56 a. C. El segundo debió de ser un Cornelio Escipión, pero su identificación resulta problemática. Quizá se trate de Publio Cornelio Escipión, cónsul *suffectus* en 35 a. C., aunque en este caso las palabras de Suetonio serían inexactas, al no alcanzar el consulado este personaje hasta cinco años después del matrimonio de Escribonia con Augusto.

[267](#) En 39 a. C., un año después de haber contraído matrimonio con ella y el mismo día del nacimiento de su hija Julia.

[268](#) (Ca. 58 a. C.-29 d. C.). Hija de Livio Druso Claudiano y descendiente de Apio Claudio el Ciego. Se casó con Tiberio Claudio Nerón, y en 40 huyó con éste y con su pequeño hijo Tiberio después del fracaso de la conjura de Lucio Antonio, en la que su marido había participado. No regresó a Roma hasta finales del 39. Aunque estaba encinta de su segundo hijo, Druso, se divorció de su marido de mutuo acuerdo a comienzos del 38 y se casó con Augusto. Véase *Tiberio* cap. 4, 3.

[269](#) Véase cap. 19, 2, nota 108.

[270](#) El joven Marcelo de VIRGILIO, *Eneida* VI 860-885, hijo de Octavia la menor y de Gayo Claudio Marcelo, cónsul en 50 a. C. (véase *Julio* 29, 1). Nacido en 43 a. C., casado con Julia hacia 25 y muerto en otoño del 23, siendo edil curul. Augusto pensaba hacerle su sucesor, pues había heredado todas las virtudes de su madre.

[271](#) Véase cap. 16, 2, nota 78. Agripa había estado casado anteriormente con Cecilia Ática, hija de Ático, que le dio a Vipsania Agripina, primera mujer de Tiberio (véase *Tiberio* 7, 2), y era por entonces marido de Marcela la mayor, hija de Octavia y de Gayo Claudio Marcelo.

[272](#) Véase *Tiberio* 7, 2.

[273](#) Véase cap. 17, 5, nota 96.

[274](#) Véase cap. 19, 1, nota 106.

[275](#) Pues era hijo de Druso, el hermano menor de Tiberio, y de Antonia la menor, segunda hija de Marco Antonio y Octavia.

[276](#) Cuando la adopción se realizaba estando el adoptado todavía bajo la autoridad paterna, se celebraba antes la ceremonia de la *mancipatio*, o compra simbólica, en casa del padre. La persona que quería adoptar al niño pronunciaba unas palabras rituales y mientras tocaba una balanza con una moneda. El proceso tenía que repetirse tres veces en presencia del pretor.

[277](#) Primo hermano del otro Vinicio mencionado en el cap. 71, 2. Cónsul *suffectus* en 5 a. C.

[278](#) A su hija, primero a la isla de Pandataria y luego a Regio; a su nieta, a la isla de Tremero, donde pasó el resto de su vida, hasta su muerte, acaecida en 29 d. C.

[279](#) Véanse notas 136 y 137 al cap. 26, 2.

[280](#) Véase *Tiberio* 15, 2.

[281](#) Agripa Póstumo, nacido poco después de la muerte de su padre, en 12 a. C., y adoptado por Augusto en 4 d. C., fue desterrado a Sorrento en 7 d. C. y más tarde deportado a Planasia, entre Córcega y Elba. Fue asesinado inmediatamente después de la muerte de Augusto (cf. *Tiberio* 22).

[282](#) Véase nota 278.

[283](#) Véase nota 281.

[284](#) Cf. HOM., *Iliada* III 40: palabras de Héctor dirigidas a su hermano Paris en segunda persona («¡Ojalá no hubieras nacido y perecieras sin haberte casado!»). Augusto se las aplica a sí mismo, alterando, además, los términos de la frase, con lo que el significado cambia también de manera notable.

[285](#) Uno de los más antiguos amigos de Augusto. Estuvo con él en Apolonia; tuvo el mando en Regio contra Sexto Pompeyo en 42 y 41 a. C.; luchó en Perusa, y fue designado cónsul en 40, pero se le condenó por *maiestas* y murió ese mismo año.

[286](#) El famoso poeta celebrado por Ovidio (*Tristia* IV 10, 53). Nacido en 69 o 68 a. C., se adhirió pronto a Octaviano y luchó a su lado contra Antonio. Fue nombrado como primer prefecto de Egipto el año 30, pero su ostentación y fanfarronería le hicieron pronto caer en desgracia, suicidándose en 26 a. C.

[287](#) Cf. *Tiberio* 10, 1.

[288](#) Cf. cap. 19, 1. Terencia fue también amante de Augusto (véase cap. 69, 2).

[289](#) Véase nota 253 a *Julio* 56, 1.

[290](#) Juego de palabras intraducible, basado en el doble sentido del término *orbis*, que puede significar «disco, círculo», en este caso el del pandero, o bien «órbita terrestre, mundo». El verbo *temperare* puede significar, a su vez, «tocar un instrumento» o «dirigir, gobernar». Y, por último, la palabra *cinaedus* (afeminado) puede ir referida al sacerdote de Cibeles (*gallus*), pues éstos eran siempre eunucos, o contener una alusión a Augusto.

[291](#) Citada en diminutivo, como las demás. Se trata de Terencia, la esposa de Mecenas.

[292](#) El propio Augusto, en el papel de Apolo. El *choragus* desempeñaba en el teatro latino sólo una pequeña parte de las funciones que tenía a su cargo el *choregus* griego, a saber, el cuidado del vestuario. Durante la representación podía también, llegado el caso, realizar la función de un traspunte. En cuanto al nombre de Malia, que aparece en el verso siguiente, no se sabe con seguridad a quién o a qué hace referencia. Lo más probable es que se trate del nombre de la casa en la que tuvo lugar el banquete.

[293](#) El padre de Augusto era, según algunos de sus detractores, *argentarius* (cambista) de profesión. Véase cap. 3, 1.

[294](#) Mes en el que tenían lugar las *Saturnalia*, el tiempo de la diversión por excelencia, en el que estaban permitidas todas las licencias, entre ellas la del juego, y especialmente el de dados. Cf. MARCIAL, IV 14.

[295](#) Marco Vinicio, cónsul *suffectus* en 19 a. C.

[296](#) Publio Silio Nerva, cónsul en 20 a. C., padre del personaje citado en el capítulo 101, 1.

[297](#) Los dados y otros juegos similares eran tenidos por la diversión característica de los ancianos. Cf. CIC., *De Senectute* 58.

[298](#) Los dados de que se trata aquí (*tali*, ἄστρογάλοι) eran tabas, que, por tanto, no tenían más que cuatro caras en las que sustentarse, siendo las dos de los extremos redondeadas. Sobre cada una de esas cuatro caras había un número grabado, a saber, I, III, IV y VI; el dos y el cinco no existían. Se jugaba normalmente con cuatro *tali*, y había muchas convenciones que atribuían a las distintas combinaciones un valor superior o inferior. En el juego aquí descrito por Augusto, la baza mejor era la de Venus, que consistía en que los cuatro dados tirados presentaran cada uno un número diferente; las bazas peores eran el seis y el as (*canis*), y el jugador que las sacaba tenía que pagar un denario por cada dado.

[299](#) Originalmente, una fiesta en honor de Marte que se celebraba el diecinueve de marzo, pero que se alargó luego hasta el veintitrés e incluyó la fiesta de dedicación del templo de Minerva *capta*. A partir de entonces quedó como un festival de Minerva y su nombre se atribuyó a sus cinco días de duración.

[300](#) Druso. Véase, sobre todo, *Claudio* 1.

[301](#) Quinto Hortensio Hórtalo (114-50 a. C.), el famoso orador, amigo y rival de Cicerón.

[301 bis](#) Piedra volcánica procedente de las canteras del territorio de Albano, en el Lacio, de color gris verdoso, blanda y quebradiza, de aspecto granular y como salpicada de granos de pimienta (de ahí su actual nombre, «peperino»). La proximidad de estas canteras a Roma hacía que este material resultara poco costoso.

[302](#) De la túnica senatorial (véase *Julio* 45, 3, nota 212). Las personas ostentosas llevaban esta doble banda lo más/ ancha posible.

[303](#) Sobre la estatura de Augusto, véase cap. 79, 2.

[304](#) La *cena recta* era la comida formal y completa, como opuesta a la *sportula*, una mera distribución de víveres o un festín informal. Cf. *Claudio* 21, 4; *Nerón* 16, 2; *Domiciano* 7, 1.

[305](#) Véase cap. 58, 1, nota 257.

[306](#) Así en Dión Casio (XLVIII 30 ss.; XLIX 1 y 37), Menodoro en Apiano (*Guerra Civil* V 56-102). Liberto de Sexto Pompeyo y uno de sus generales de mayor confianza. Comandó su flota en Córcega y Cerdeña; desertó por dos veces para pasarse a Octaviano. Cayó en 35 a. C. en Panonia. Véanse también notas 78 y 80 al cap. 16, 2 y 3.

[307](#) Fiesta muy antigua y de gran importancia en el calendario romano, que se celebraba el 17 de diciembre. Coincidían con el ciclo de los cereales (del 13 al 21 de diciembre) y venían a sumarse a las fiestas ctónicas de este mismo mes (*Faunalia*, *Consualia*, *Opalia* y *Larentalia*). Eran fiestas de gran regocijo público, durante las cuales se celebraban banquetes, se intercambiaban regalos (cf. *Claudio* 5, nota 30) y se permitía una gran licencia en las diversiones (cf. cap. 71, 1, nota 294).

[308](#) *Regia*: quizá el pórtico del teatro de Pompeyo (cf. cap. 31, 5) o alguna galería indeterminada, como supone Ailloud (pág. 126, nota 1). También podría referirse a la Regia, el antiguo palacio de Numa, situado en el Foro, junto al templo de Vesta, residencia oficial del pontífice máximo.

[309](#) Error de Augusto, que se encuentra también en JUSTINO, XXXVI 2, 14, pues los judíos no tenían prescrito el ayuno los sábados, aunque era una práctica siempre recomendada. El único día de ayuno obligatorio era el de la Fiesta de la Expiación, que correspondía al día diez del mes *Tischri* (septiembre-octubre). Dio pie a este error, probablemente, la costumbre judía del descanso sabático, que hizo suponer que la suspensión de todo negocio iría acompañada del ayuno, una de las prácticas, por lo demás, más famosas de la religión judía.

[310](#) Es decir, un sextario (medio litro aproximadamente), pues el sextante era la sexta parte del sextario, que a su vez era la sexta parte del congio, medida equivalente a unos tres litros.

[311](#) Véase también cap. 94, 3.

[312](#) Un metro setenta, aproximadamente.

[313](#) Véanse caps. 8, 13, 28 y 59.

[314](#) Cf. cap. 59.

[315](#) Columnata que rodeaba un patio o jardín interior, y, por extensión, el patio mismo.

[316](#) Fuentes de agua sulfurosa, entre Roma y Tíbur. Cf. MARCIAL, I 12.

[316 bis](#) Adoptamos la corrección de Roth, *segestria*, para la palabra *sestertio* de los manuscritos, que figura en la edición de Ailloud, al igual que en la de Ihm, marcada con una *crux*.

[317](#) Marco Junio Bruto, sobrino de Catón de Útica, pues éste era hermanastro de su madre, Servilia, y luego también yerno suyo por su matrimonio en segundas nupcias con Porcia, había publicado en 45 a. C. una *laudatio* de su tío, que fue un gran oponente de César (véase *Julio* 14, 2, nota 69). A esta obra de Bruto iban dirigidas las *Respuestas* de Augusto.

[318](#) Véase cap. 20.

[319](#) Uno de estos epigramas ha sido conservado por MARCIAL, XI 20.

[320](#) SUIDAS, *S.V.* Αὐγούστος Καῖσαρ, menciona dos tragedias, *Áyax* y *Aquiles*.

[321](#) Áyax se suicidó arrojándose sobre su espada; el *Áyax* de Augusto sucumbe bajo la esponja con la que su autor borra toda traza de la obra.

[322](#) Según Macrobio (*Saturnales* II 4), Augusto imitaba constantemente el estilo de Mecenas en las cartas que le enviaba, de las que da un ejemplo.

[323](#) Sobre el conocido arcaísmo de Salustio, que resucita la lengua de los antiguos historiadores, y en particular de Catón el Censor, puede verse SUET., *De Grammaticis* X y XV. De los otros dos escritores aquí citados apenas se sabe nada.

[324](#) Es decir, nunca, pues los griegos no tenían calendas.

[325](#) Ailloud lee con los principales manuscritos *apud pullum pulleiaceum* y coloca una *crux* en el texto, pues estas palabras («en un pollo negro»), que figuran a continuación de *baceolum*, no ofrecen ningún sentido satisfactorio. Adoptamos la lectura de otros códices, *et pro pullo pulleiaceum*, seguida por Shuckburgh, Rolfe y Bassols.

[326](#) Compárese *Julio* 56, 6.

[327](#) El introductor del aticismo en la cultura griega, fundador de una escuela opuesta a la de Teodoro de Gádara. Fue preceptor de Augusto (QUINTILIANO, III 1, 17).

[328](#) Areo de Alejandría, filósofo estoico. Dión Casio (LI 16, 4) lo menciona como uno de los motivos que movieron a Augusto a perdonar a los alejandrinos. Se pronunció en contra de perdonar a Cesarión (PLUT., *Antonio* LXXXI).

[329](#) Quinto Cecilio Metelo Macedónico, cónsul en 143 a. C., censor en 131.

[330](#) Publio Rutilio Rufo, legado de Metelo en África; cónsul en 105; legado de Quinto Mucio Escévola en Asia; en 92 se exiló a Esmirna a consecuencia de un proceso por concusión, en el que rehusó defenderse. Autor de una historia en griego y de una autobiografía. Fue seguidor de la filosofía estoica, jurisconsulto, orador y hombre de gran integridad.

[331](#) Plinio, *Historia Natural* II 146, menciona a estos animales como los únicos, dentro de la fauna marina, que son respetados por los rayos.

[332](#) Véase cap. 29, 3.

[333](#) Véase cap. 13, 1.

[334](#) Su médico Artorio, según VELEYO PATÉRCULO, II 70, y VALERIO MÁXIMO, I 7, 1.

[335](#) Cf. cap. 29, 1.

[336](#) En 29 a. C. (DIÓN, LII 43).

[337](#) Las *nundinae* (adjetivo usado como sustantivo que deriva de *novem* y *dies*) tenían lugar en el primitivo mes romano cada ocho días, y en ellas se celebraba el mercado. Al principio eran días absolutamente nefastos, aunque luego la ley Hortensia de 287 a. C. los convirtió en días fastos. El día siguiente a uno considerado nefasto se tenía por funesto.

[338](#) Quizá porque *nonis* puede descomponerse en *non is* (no vas), e interpretarse así como una advertencia.

[339](#) En los misterios de Eleusis, en 31 a. C., después de Accio.

[340](#) Narrados también casi todos por DIÓN CASIO, XLV 1 y 2.

[341](#) Véase cap. 1.

[342](#) Véase *Julio* 28, 3. Se trata del erario de Saturno, donde se depositaban los decretos del Senado, formalidad que había venido a convertirse, en fecha indeterminada, en una obligación para su validez.

[343](#) Al parecer, el mismo que escribió los libros sobre Egipto (ATENEO, III 83c).

[344](#) Véase cap. 5.

[345](#) Publio Nigidio Figulo, el hombre más sabio después de Varrón, según AULO GELIO, *Noches Áticas* IV 9. Neopitagórico, autor de varios tratados eruditos sobre diversos temas, fue amigo y corresponsal de Cicerón. Pretor en 58, seguidor de Pompeyo en la lucha contra César. murió en el destierro en 45 a. C.

[346](#) Véase cap. 3, 2.

[347](#) No se conoce a ningún escritor de este nombre. Algunos autores han propuesto leer *Caesarem Drusum*, y entenderlo así como una referencia a Druso, hijo de Tiberio, que hizo la *Iaudatio* de Augusto a su muerte (cf. cap. 100).

[348](#) Cf. *Julio* 15.

[349](#) Cf. cap. 8, 1. Junto con ella, por lo que dice a continuación, debió tomar el laticlavo, constituyendo este hecho un privilegio, que luego él extendió a todos los hijos de senadores (véase cap. 38, 2).

[350](#) Es decir, el Senado. Véase nota 212 a *Julio* 45, 3.

[351](#) Cf. cap. 4, 1.

[352](#) Cf. cap. 8, 2.

[353](#) Cf. cap. 26, 1.

[354](#) Véase PLIN., *Historia Natural* II 73; DIÓN, XLVI 35. Plinio sitúa el suceso en Espoleto y Dión lo retrotrae a la guerra de Módena.

[355](#) Noviembre del 43 a. C., cuando se constituyó el triunvirato. El presagio narrado a continuación aparece también en DIÓN, XLVII 1.

[356](#) Nombres griegos que significan, respectivamente, «afortunado» y «vencedor».

[357](#) Cf. cap. 18, 2.

[358](#) En 14 d. C., en virtud de su *consularis potestas*, Augusto desempeñó las funciones censoriales junto con su colega Tiberio (véase cap. 27, 5, nota 141). Después del censo, efectuado normalmente durante la república por los censores, cada cinco años, se celebraba una ceremonia expiatoria (*lustrum*) que culminaba con una *suovetaurilia* (el sacrificio de un cerdo, una oveja y un toro).

[359](#) Pequeña isla en la desembocadura del río del mismo nombre, entre Ancio y Circeyos.

[360](#) La isla de Capri perteneció a Nápoles hasta que Augusto se la canjeó por la de Enaria (véase cap. 92, 2). Allí habían sobrevivido las costumbres griegas más que en cualquier otra parte de la Magna Grecia. Los efebos eran los jóvenes que, superada la adolescencia (una vez cumplidos los dieciocho años), realizaban un aprendizaje atlético y militar antes de pasar a ser ciudadanos de pleno derecho.

[361](#) *Variarum* es una adición al texto sugerida por Ailloud y aceptada, entre otros editores, por Bassols.

[362](#) La «ciudad de la ociosidad» (del griego ἄ-πραγία).

[363](#) «Fundador».

[364](#) Cf. *Tiberio* 14, 4; 62, 3; *Calígula* 19, 3.

[365](#) Benevento. Cf. cap. 97, 3.

[366](#) Cf. *Tiberio* 21, 1.

[367](#) Fórmula habitual empleada, al término de la representación, para solicitar el aplauso.

[368](#) Livila, hija de Druso y de Antonia la menor, y hermana de Germánico y Claudio. Cf. *Claudio* 1, 6.

[369](#) «Buena muerte». Se trata de una palabra rara y tardía. Para el deseo similar de César de hallar una muerte rápida e inesperada, cf. *Julio* 87.

[370](#) Cf. TÁC., *Anales* I 9. Véase también nota 11 al cap. 3.

[371](#) Diecinueve de agosto del año 14 de nuestra era, sobre las dos y media de la tarde.

[372](#) Antigua ciudad del Lacio, al pie de la Vía Apia, once millas al sur de Roma.

[373](#) Que lo solicitó de los cónsules como un honor, encargando al futuro emperador Claudio de presentar la petición (véase *Claudio* 6, 1).

[374](#) Por la que entraba la procesión del triunfo.

[375](#) Cf. cap. 31, 2.

[376](#) Es decir, fuera del *pomerium*, como era de rigor. La cremación de los cadáveres de Clodio y César en el foro constituyó una ilegalidad, y, de hecho, tuvo lugar en el transcurso de una revuelta popular (véase *Julio* 84, 3 y 4). Sólo las vestales y ciertas familias (*virtutis causa*) podían ser incineradas dentro de los muros de la ciudad. Ya el hacerlo en el Campo de Marte constituía un privilegio.

[377](#) Numerio Ático. Cf. DIÓN, LVI 46.

[378](#) Un gran amontonamiento de tierra en forma de túmulo colocado sobre una base de mármol blanco de unos 85 m. de diámetro y coronado por una estatua colosal de Augusto en bronce.

[379](#) Año 28 a. C. Véase cap. 26, 2.

[380](#) Tres de abril del año 13 d. C.

[381](#) Cf. *Tiberio* 23.

[382](#) Véase *Calígula* 7.

[383](#) Uno de su padre natural, Octavio, y otro de su padre adoptivo, César. Cf. *Julio* 83, 2.

[384](#) Véanse caps. 64 y 65.

[385](#) Las *Res gestae Divi Augusti*, que conservamos fundamentalmente gracias a la copia grabada en un templo de Ancira (*Monumentum Ancyranum*), pues las dos tablillas de bronce en que fueron grabadas por disposición de Augusto se han perdido.

LIBRO III

TIBERIO

SINOPSIS

I. ASCENDENCIA DE TIBERIO. SU VIDA ANTES DE ALCANZAR EL PODER (1-25)

La familia de Tiberio. Antepasados más importantes (1-3). Sus padres y hermano (4). Nacimiento e infancia de Tiberio (5-6). Matrimonios y descendencia. Muerte de su hermano (7). Inicio en las funciones civiles (8). Campañas militares. Ovación y ornamentos triunfales. Cuestura, pretura y doble consulado. Potestad tribunicia (9). Retiro en Rodas. Diferencias con Gayo César. Sospechas de traición. Peligro de su vida. Regreso a Roma (10-13). Presagios y predicciones desde antes de su nacimiento (14). Comportamiento de Tiberio en Roma. Muerte de Gayo y Lucio César. Adopción de Tiberio. Adopción de Germánico (15). Nueva concesión de la potestad tribunicia. Envío a Germania. Rebelión de Iliria. Desastre de Varo en Germania. Honores decretados a Tiberio (16-17). Nueva campaña de Germania. Triunfo de Tiberio. Larguezas con el pueblo. Dedicación del templo de la Concordia y del de Cástor y Pólux (18-20). Tiberio, corregente. Censo del pueblo. Interrupción de su viaje a Iliria. Entrevista con Augusto moribundo. Testimonios de la buena opinión de éste respecto a su hijastro (21). Asesinato de Agripa Póstumo (22). Lectura del testamento de Augusto (23).

Vacilaciones de Tiberio en aceptar el poder. Conjuras y revueltas militares (24-25).

II. TIBERIO EN EL PODER (26-67)

Primera etapa (26-40)

Comedimiento de los primeros años de mandato. Rechazo de honores excesivos. Sencillez y tolerancia (26-28). Predominio del Senado y de los magistrados. Humildad y benevolencia (29-32). Primeras intervenciones. Medidas contra el lujo (33-34). Saneamiento de las costumbres (35). Política religiosa (36). Medidas de orden público. Acantonamiento de la guardia pretoriana. Represión de revueltas (37). Resistencia a ausentarse de Roma. Viaje a Campania y Capri (38-40).

Segunda etapa (41-67)

Tiberio en Capri. Abandono de las tareas gubernativas (41). Desbordamiento de todos sus vicios. Su antigua afición por la bebida. Lujuria y aberraciones sexuales (42-45). Tacañería y avaricia (46-47). Únicos actos de generosidad de su reinado. Codicia y rapacidad (48-49). Primeras manifestaciones de odio hacia sus parientes. Comportamiento con su hermano, con Julia y con su madre (50-51). Indiferencia ante la muerte de su hijo Druso y sospechas de participación en la de Germánico (52). Persecución de la familia de éste (53-54). Trato dispensado a sus colaboradores y compañeros (55-56). Testimonios de crueldad desde el comienzo de su mandato. Epigramas de denuncia de ésta (57-59). Nuevos actos de crueldad. Reinado de terror (60-62). Impopularidad de Tiberio. Angustias y temores de éste (63-64). Caída de Sejano (65). Hostilidad general contra Tiberio. Abatimiento de su espíritu (66-67).

III. RASGOS PERSONALES DE TIBERIO (68-71)

Características físicas (68). Indiferencia religiosa. Afición por la astrología. Supersticiones (69). Tiberio, hombre de letras. Producción literaria. Interés por la mitología (70). Purismo lingüístico (71).

IV. MUERTE DE TIBERIO (72-76)

Intentos de regresar a Roma. Enfermedad y muerte. Lugar, fecha y edad a la que murió. Sospechas de asesinato (72-73). Presagios relativos a su muerte (74). Estallido de alegría popular. Traslado del cuerpo. Funerales (75). Testamento de Tiberio (76).

La rama patricia de la familia Claudia —pues hubo [1] también otra plebeya, no menor en poder ni en dignidad— es oriunda de Regilos, ciudad de los sabinos. De allí emigró a Roma con un gran número de clientes, o poco después de la fundación de la ciudad, a instancias de Tito Tacio¹, compañero de Rómulo, o, lo que es más seguro, de Ata Claudio, jefe de la familia, aproximadamente cinco años después de la expulsión de los reyes². Admitida entre las familias patricias, recibió, además, del Estado un terreno para sus clientes más allá del río Aniene y un lugar para la sepultura de sus miembros al pie del Capitolio³. En el transcurso del tiempo, obtuvo veintiocho consulados, [2] cinco dictaduras, siete censuras, seis triunfos y dos ovaciones⁴. Aunque se distinguía por hacer uso de diversos nombres y sobrenombres, repudió por decisión unánime el nombre de Lucio, después de que dos miembros de la familia llamados así resultaran convictos uno de robo y el otro de asesinato. Por otra parte, adoptó también entre sus sobrenombres el de Nerón, que en lengua sabina significa fuerte y valiente⁵.

[2] El Estado les debe a muchos Claudios un sinfín de servicios excelentes, pero también de actos de muy opuesto carácter. Para mencionar sólo los más importantes, Apio el Ciego se opuso a la conclusión de una alianza con el rey Pirro por estimarla poco conveniente⁶. Claudio Caudex fue el primero que atravesó el estrecho con una flota⁷, expulsando a los cartagineses de Sicilia. Tiberio⁸ Nerón aplastó a Asdrúbal, que llegaba de Hispania con gran cantidad de tropas, antes de que se uniera con su hermano [2] Aníbal. En el sentido opuesto, Claudio Regiliano⁹, decenviro para la redacción de las leyes, intentó, para satisfacer su pasión, reducir por la fuerza a la esclavitud a una doncella libre de nacimiento, provocando con ello una nueva secesión de la plebe. Claudio Druso¹⁰, después de haberse hecho erigir junto al Foro de Apio una estatua coronada con una diadema, intentó apoderarse de Italia por medio de sus clientes. Claudio Pulcro, en Sicilia, en vista de que, al tomar los auspicios, los pollos sagrados se negaban a comer, los echó al mar con desprecio de la religión, so pretexto de que bebieran ya que no querían comer, y a continuación entabló un combate naval¹¹; al resultar vencido y ordenarle el Senado que nombrara un dictador, como haciendo de nuevo burla del momento crítico que

atravesaba el Estado, nombró a su ujier Glicias. También [3] de entre las mujeres tenemos ejemplos igualmente opuestos. De esta familia fueron, en efecto, las dos Claudias¹²: la que extrajo de los bancos de arena del Tíber, donde había encallado, la nave que llevaba los objetos sagrados de la Madre de los Dioses, Señora del Ida¹³, rogándole públicamente que la siguiera, pero sólo si su honestidad era manifiesta, y la que, a pesar de ser mujer, tuvo que afrontar, representando este hecho una innovación, un juicio de lesa majestad ante el pueblo por haber exclamado en público, al ver que su carroza apenas podía avanzar entre el gentío, que ojalá reviviera su hermano Pulcro y perdiera otra flota, a ver si así disminuía la aglomeración [4] en Roma. Es bien sabido además que todos los Claudios —con la única excepción de Publio Clodio¹⁴, que, para expulsar de Roma a Cicerón, se hizo adoptar por un plebeyo incluso más joven que él— fueron siempre aristócratas y defensores acérrimos del prestigio y poder de los patricios; se mostraron asimismo tan violentos y orgullosos para con la plebe, que ninguno de ellos consintió en cambiar su vestidura¹⁵ o en implorar perdón ni aun acusado ante el pueblo de un delito sancionado con la pena capital, y algunos, en el curso de un debate o de una discusión, golpearon a los tribunos de la plebe. Una virgen vestal de esta familia montó incluso en el carro de su hermano, que celebraba un triunfo sin la autorización del pueblo, y lo acompañó hasta el Capitolio, para que ningún tribuno pudiera interponer su veto e impedirselo.

[3] De esta familia descendía Tiberio César, y, además, por ambas ramas: por la paterna de Tiberio Nerón y por la materna de Apio Pulcro¹⁶, ambos hijos de Apio el Ciego. Pertenecía también a la familia de los Livios, pues su abuelo materno¹⁷ había entrado en ella por adopción. Esta última, aunque plebeya, alcanzó asimismo una gran preponderancia, viéndose honrada con ocho consulados, dos censuras, tres triunfos, e incluso con una dictadura y una comandancia de la caballería; se hizo también ilustre por sus varones insignes, especialmente por Salinator¹⁸ y los Drusos. Salinator marcó durante su censura a todas [2] las tribus¹⁹ con la nota infamante de volubilidad porque, después de haberle condenado a pagar una multa tras su primer consulado, le habían hecho cónsul por segunda vez y censor. Druso se ganó para sí y para sus descendientes este sobrenombre por haber muerto en combate

singular al general enemigo Drauso. Se cuenta también que, cuando era propretor, volvió a traer de su provincia de Galia el oro que había sido entregado en otro tiempo a los senones durante el asedio del Capitolio y que Camilo no les había arrebatado, como quiere la tradición²⁰. Su tataranieto²¹, nombrado patrono del Senado por su eximia labor en contra de los Graco, dejó un hijo²² que, durante un conflicto similar, mientras preparaba diversas reformas, fue traidoramente asesinado por la facción contraria.

[4] El padre de Tiberio, Nerón, estuvo, como cuestor de Gayo César, al frente de su flota durante la guerra de Alejandría²³, contribuyendo en gran medida a la victoria. Por esta razón, fue nombrado pontífice en sustitución de Publio Escipión²⁴ y enviado además a Galia para fundar colonias, entre ellas Narbona y Arles. Sin embargo, tras la muerte de César, mientras que todos los senadores votaban el indulto del crimen por miedo a los desórdenes que se pudieran producir, él llegó a proponer que se abriera una deliberación sobre las recompensas debidas a los [2] tiranicidas. Luego, cuando, al término de su pretura, surgió la discordia entre los triunviros a finales de año²⁵, retuvo sus insignias más tiempo del debido y siguió a Perusa al cónsul Lucio Antonio²⁶, hermano del triunviro; cuando los demás se rindieron, se mantuvo solo en su partido, pasando primero a Preneste y de allí a Nápoles, para acabar refugiándose en Sicilia, tras haber fracasado en su intento de soliviantar a los esclavos con la promesa de la libertad. Pero, molesto por no haber sido admitido [3] inmediatamente a presencia de Sexto Pompeyo²⁷ y porque se le había prohibido el uso de las fascas, pasó a Acaya para unirse a Marco Antonio. Al poco tiempo regresó con él a Roma, una vez restablecida la paz general²⁸, y accedió a la solicitud de Augusto otorgándole a su esposa Livia Drusila²⁹, a pesar de que por entonces se hallaba embarazada y de que ya le había dado antes un hijo. Poco después murió, dejando dos hijos, Tiberio y Druso Nerón³⁰.

Algunos han pensado que Tiberio nació en Fundos basándose [5] en la débil conjetura de que su abuela materna³¹ era de esta ciudad y de que más tarde se erigió allí por un decreto del Senado una estatua de la Felicidad. Pero, según fuentes más numerosas y fidedignas, nació en Roma, en el Palatino, el decimosexto día antes de las

calendas de diciembre del año en que fueron cónsules Marco Emilio Lépido por segunda vez y Lucio Munacio Planco³², durante la guerra de Filipos. De hecho, así aparece consignado en los fastos y en las actas oficiales. Sin embargo, hay escritores que fechan su nacimiento, unos, en el año anterior, durante el consulado de Hircio y Pansa³³, y otros, en el siguiente, durante el consulado de Servilio Isáurico³⁴ y Lucio Antonio³⁵.

[6] Sus primeros años y su niñez fueron penosos y agitados, pues acompañaba siempre a sus padres en su huida³⁶; precisamente estuvo a punto de descubrirlos dos veces con su llanto en Nápoles, cuando trataban de embarcarse en secreto ante la irrupción del enemigo, al verse arrancado bruscamente, primero del pecho de su nodriza y luego de los brazos de su madre, por los acompañantes, que intentaban aligerar de peso a las mujeres debido a lo [2] imperioso de las circunstancias. Llevado también a través de Sicilia y de Acaya y confiado luego al municipio de los lacedemonios, que estaban bajo la protección de los Claudios³⁷, al partir de allí de noche corrió peligro de perder la vida, pues de repente estalló por todas partes un incendio en los bosques que rodeó tan de cerca a toda la comitiva que las llamas llegaron a alcanzar parte del vestido y los cabellos de Livia. Se conservan y se exhiben [3] todavía en Bayas los regalos que en Sicilia le hizo Pompeya, hermana de Sexto Pompeyo, una clámide y una fíbula, así como unas bulas³⁸ de oro. Adoptado por testamento, tras su regreso a Roma, por el senador Marco Galio³⁹, aceptó la herencia, pero se abstuvo luego de tomar su nombre, porque Galio había sido del partido contrario a Augusto. A los nueve años⁴⁰ perdió a su padre, [4] cuyo elogio fúnebre pronunció en la tribuna de las arengas. Luego, al entrar en la pubertad, escoltó el carro de Augusto, durante el triunfo de Accio⁴¹, sobre el caballo de cuerda⁴² situado a la izquierda, mientras Marcelo⁴³, hijo de Octavia, montaba el de la derecha. Presidió también los juegos urbanos y tomó parte en los troyanos⁴⁴, celebrados en el circo, como jefe del escuadrón de los muchachos de más edad.

Tras la asunción de la toga viril⁴⁵, pasó toda su adolescencia [7] y el resto de su vida hasta el comienzo de su principado más o menos del modo siguiente. Ofreció un combate de gladiadores en

memoria de su padre y otro en memoria de su abuelo Druso en diferentes fechas y lugares, el primero en el Foro, el segundo en el anfiteatro⁴⁶, haciendo volver incluso a algunos gladiadores retirados⁴⁷ mediante una paga de cien mil sestercios; ofreció también juegos, pero estando ausente; todos estos espectáculos fueron magníficos, corriendo con los gastos su [2] madre y su padrastro. Contrajo matrimonio con Agripina⁴⁸, hija de Marco Agripa y nieta de Cecilio Ático, caballero romano a quien se hallan dirigidas unas cartas de Cicerón; pero aunque había tenido un hijo suyo, Druso⁴⁹, y a pesar de hallarse en perfecta armonía con él y de nuevo encinta, se vio obligado a repudiarla y a desposar acto seguido a Julia⁵⁰, la hija de Augusto, no sin un gran dolor, ya que estaba acostumbrado a Agripina y, además, desaprobaba las costumbres de Julia, pues había advertido que le deseaba incluso en vida de su anterior marido⁵¹, [3] como también pensaba todo el mundo. Sin embargo, a Agripina no sólo después del divorcio lamentó haberla repudiado, sino que, para una sola vez que la vio en un encuentro casual, la siguió con unos ojos tan alegres y tiernos que se tomaron precauciones para que nunca más volviera a aparecer en su presencia. Al principio vivió con Julia en armonía y con un amor mutuo, pero luego se alejó de ella, y ese distanciamiento se hizo aún más grave —hasta el extremo de dormir siempre en lecho aparte— cuando se rompió el vínculo que les unía, un hijo que nació en Aquileya y murió siendo aún muy pequeño. Perdió a su hermano Druso en Germania⁵² y llevó su cuerpo hasta Roma marchando a pie, a la cabeza del cortejo, durante todo el recorrido.

Se inició en las funciones civiles defendiendo al rey [8] Arquelao⁵³, a los habitantes de Tralles y a los tesalios en procesos diferentes que instruía Augusto; intercedió también en el Senado a favor de los habitantes de Laodicea, de Tiatira y de Quíos, que habían sufrido los efectos de un terremoto e imploraban ayuda; asimismo, acusó de lesa majestad ante los jueces e hizo condenar a Fanio Cepión, que había conspirado contra Augusto con Varrón Murena⁵⁴. En medio de estas actividades, desempeñó el doble cometido de asegurar el aprovisionamiento de trigo, que se había encontrado muy escaso, y de inspeccionar las ergástulas de toda Italia⁵⁵, cuyos dueños se habían hecho odiosos porque se sospechaba que recogían en ellas y mantenían detenidos no sólo a viajeros, sino

incluso a aquellas personas a quienes el miedo al alistamiento había empujado hacia este tipo de escondites.

[9] Hizo sus primeras armas como tribuno militar en la expedición contra los cántabros⁵⁶, conduciendo luego un ejército a Oriente, donde restituyó el trono de Armenia a Tigranes⁵⁷ y lo coronó en su tribunal. Recuperó también las enseñas que los partos habían arrebatado a Marco Craso⁵⁸. Tras esto, gobernó durante casi un año la Galia Comata⁵⁹, agitada por las incursiones de los bárbaros y la discordia de sus jefes. Acto seguido, emprendió las guerras de Recia y Vindelicia, luego la de Panonia, y, por [2] último, la de Germania⁶⁰. En las dos primeras sometió a los pueblos alpinos; en la tercera, a los breucos y dálmatas; y en la última trasladó a Galia a cuarenta mil germanos que se habían sometido, y los asentó a la orilla del Rin, asignándoles residencia. En recompensa por todo esto, entró en Roma con los honores de la ovación y en un carro⁶¹, tras haber sido honrado, según la opinión de algunos, con los ornamentos triunfales, un nuevo tipo de distinción no otorgado a nadie hasta el momento. Asumió [3] las magistraturas antes de la edad reglamentaria y pasó sucesivamente por ellas —cuestura, pretura y consulado— casi sin interrupción⁶²; pasado un tiempo y siendo cónsul por segunda vez⁶³, recibió además la potestad tribunicia por cinco años.

A pesar del concurso de tantas circunstancias felices, [10] en la flor de su vida y gozando de una perfecta salud decidió de repente retirarse y apartarse lo más lejos posible; se desconoce si fue por la aversión que le inspiraba su mujer⁶⁴, a quien no se atrevía a acusar ni a repudiar, pero a la que tampoco podía soportar por más tiempo, o para evitar el hastío que pudiera producir su presencia continua, protegiendo e incluso aumentando su autoridad, por si alguna vez el Estado tenía necesidad de él, mediante la ausencia. Algunos creen que, como los hijos de Augusto⁶⁵ ya eran adultos, les cedió voluntariamente el puesto y, por decirlo así, el disfrute del segundo rango que había usurpado durante largo tiempo, siguiendo el ejemplo de Marco Agripa⁶⁶, que, cuando Marco Marcelo⁶⁷ fue promovido a los cargos públicos, se marchó a Mitilene⁶⁸ para que su presencia en Roma no pudiera interpretarse [2] como un obstáculo o una crítica. Éste fue también el motivo que el propio Tiberio dio,

pero más tarde. Por el momento, pidió un permiso, so pretexto de que se hallaba cansado de los cargos y necesitaba un descanso de sus tareas; y no cedió ni a los ruegos de su madre ni a las quejas de abandono que su padrastra formulaba incluso en el Senado. Aún más, como aquéllos se empeñaban en retenerlo, se abstuvo de alimento durante cuatro días. Cuando al fin recibió el permiso de partir, dejó en Roma a su mujer y a su hijo, y se dirigió rápidamente a Ostia, sin responder ni siquiera una palabra a ninguno de sus acompañantes ni besar más que a unos pocos a la hora de la partida.

[11] Costeaba Campania desde Ostia cuando recibió la noticia de una indisposición de Augusto, por lo que decidió hacer un alto. Pero como crecía el rumor de que se demoraba aguardando el cumplimiento de mayores esperanzas, zarpó hacia Rodas, a pesar de que el tiempo no era muy propicio, pues lo ameno y salubre de esta isla ya le había cautivado desde que arribó a ella a su regreso de Armenia. Allí, contentándose con una casa modesta y una finca en las afueras no mucho más amplia, llevó una vida muy sencilla, paseando a veces por el gimnasio sin lictor ni ujier y tratándose casi en pie de igualdad con simples griegos. Una mañana, al organizar su jornada, expresó [2] casualmente su deseo de visitar a todos los enfermos que hubiera en la ciudad; las personas que estaban a su lado lo interpretaron de otro modo y ordenaron que todos los enfermos fueran conducidos a un pórtico público y dispuestos según sus enfermedades. Sorprendido ante lo inesperado de la situación, se quedó un rato sin saber qué hacer y acabó por ir de uno a otro, pidiendo disculpas por esta acción incluso a los más humildes y desconocidos. Sólo está consignado un caso en el que, al parecer, hizo [3] uso del derecho que le confería su potestad tribunicia: como frecuentaba las escuelas y los auditorios de los profesores, habiéndose levantado una violenta discusión entre los seguidores de distintas tendencias, hubo uno que, juzgando su intervención demasiado favorable al otro partido, le llenó de improperios. Tiberio entonces, sin que los demás se apercibieran, volvió a su casa y, presentándose de improviso con su séquito, citó por voz de un heraldo ante su tribunal al que lo había injuriado y le mandó encarcelar. Más tarde se enteró de que su mujer Julia había [4] sido condenada por sus excesos y adulterios⁶⁹ y de que se le había notificado el divorcio en su nombre por orden de Augusto; y aunque

le alegró la noticia, consideró, sin embargo, su deber hacer cuanto estuviera en su mano por reconciliar al padre con la hija en múltiples cartas y dejarle, cualesquiera que fuesen sus merecimientos, todos los regalos que le hubiera hecho. Una vez concluido el período [5] de su potestad tribunicia⁷⁰, confesó al fin que con su retirada sólo había pretendido evitar la sospecha de rivalidad con Gayo y Lucio⁷¹, y solicitó, puesto que ya estaba tranquilo a este respecto dado que ellos habían crecido y podían defender sin dificultad el segundo rango, que se le permitiera volver a ver a su familia, cuya añoranza le embargaba. Pero no lo consiguió; antes bien, se le advirtió incluso que declinara toda preocupación por los suyos, a los que con tanto gusto había dejado.

[12] Permaneció, pues, en Rodas contra su voluntad, y a duras penas consiguió, gracias a su madre, estar ausente [2] como legado de Augusto para ocultar su deshonra. Pero entonces vivió no sólo como un simple particular, sino como un hombre apocado y temeroso, escondido en las tierras del interior y evitando las atenciones de las personas que pasaban por la isla y que le visitaban continuamente, pues no había general ni magistrado, cualquiera que fuese su rumbo, que no se desviara a Rodas. Todavía se le añadieron motivos de mayor inquietud. En efecto, habiendo pasado a Sarrios para visitar a su hijastro Gayo⁷², a quien se había confiado el mando en Oriente, lo encontró llenó de hostilidad hacia él a consecuencia de las calumnias que le había levantado Marco Lolio⁷³, su compañero y preceptor. [3] Incurrió, además, en la sospecha de haber dado a varias personas, por medio de algunos centuriones promovidos por él a este grado y que regresaban al campamento después de un permiso, instrucciones ambiguas y, al parecer, destinadas a sondear los ánimos de cada uno con vistas a una revolución. Informado por Augusto de esta sospecha, no cesó de reclamar un guardián, del orden social que fuera, que vigilase sus actos y sus palabras.

Abandonó incluso sus ejercicios habituales de equitación [13] y de armas y, renunciando a la indumentaria de su país, se conformó con el manto y las sandalias griegas, permaneciendo en semejante situación casi dos años, cada día más despreciado y aborrecido; a tal extremo llegaron estos sentimientos, que los habitantes de Nimes

derribaron sus retratos y estatuas⁷⁴, y un día en que se hizo mención de él en una comida íntima, no faltó quien prometiera a Gayo embarcarse al punto para Rodas, si así lo ordenaba, y traerle la cabeza del desterrado (que así se le llamaba). Esto fue lo que le forzó especialmente, no ya [2] el miedo, sino un auténtico peligro, a implorar su regreso con las más insistentes súplicas, tanto propias como de su madre, y lo consiguió, contribuyendo también a ello en gran medida el azar. Había resuelto Augusto atenerse a la voluntad de su hijo mayor⁷⁵ para tomar cualquier decisión a este respecto; como casualmente Gayo se encontraba por entonces muy indispuesto con Marco Lolio⁷⁶, fue benévolo y condescendiente con su padrastro. Con el permiso, pues, de Gayo se le permitió volver, pero a condición de que no tuviera parte ni responsabilidad alguna en el gobierno.

Regresó a Roma siete años después de su partida⁷⁷, [14] con la grande y firme esperanza en su futuro que le habían hecho concebir, desde el comienzo de su vida, prodigios y predicciones. Efectivamente, ya en uno de los diversos [2] presagios a los que recurrió Livia durante su embarazo para saber si iba a dar a luz un varón, quitó un huevo a una gallina que estaba incubando y lo calentó en sus manos y en las de sus esclavas alternativamente, hasta que vio salir del cascarón un polluelo provisto de una magnífica cresta. Más tarde, siendo Tiberio aún muy pequeño, el astrólogo Escribonio le auguró un brillante porvenir, e incluso que llegaría a reinar un día, pero sin las insignias de la realeza, pues, como es lógico, por entonces [3] aún se desconocía cuál sería el poder de los Césares. Cuando emprendió su primera expedición y conducía su ejército a Siria a través de Macedonia, sucedió que, cerca de Filipos, un fuego espontáneo iluminó de repente los altares consagrados en otro tiempo por las legiones victoriosas⁷⁸. Más adelante, de camino a Iliria, consultó cerca de Padua el oráculo de Gerión⁷⁹. La suerte que extrajo le ordenaba tirar a la fuente de Apono unos dados de oro que le darían respuesta a sus preguntas. Los tiró, pues, y el resultado fue que sacó el número más alto; estos dados aún [4] pueden verse hoy día bajo el agua. Pocos días antes de obtener el permiso para volver, un águila, ave nunca vista hasta el momento en Rodas, se posó en el tejado de su casa; y la víspera del día en que se le notificó su regreso, al cambiarse de vestido, le pareció que su túnica ardía. Fue

también en esta ocasión cuando más pudo comprobar la capacidad del astrólogo Trasilo⁸⁰, a quien había admitido en su intimidad para que le enseñara su ciencia, pues aquél le aseguró que el navío que se divisaba en lontananza era portador de buenas noticias, precisamente cuando Tiberio, en vista de que las cosas sucedían de manera totalmente adversa y al revés de como las había predicho,teniéndolo por un farsante en vano confidente de sus secretos, había decidido arrojarlo al mar en ese mismo momento, mientras paseaban juntos.

Una vez en Roma, tan pronto como presentó en el [15] Foro a su hijo Druso⁸¹, dejó las Carinas⁸² y la casa de Pompeyo y se instaló en las Esquilias⁸³, en los Jardines de Mecenas, donde se abandonó por entero al descanso, atendiendo únicamente a sus deberes privados, sin tomar parte en las funciones públicas. En menos de tres años [2] murieron Gayo y Lucio⁸⁴, y él fue adoptado por Augusto junto con el hermano de aquéllos, Marco Agripa⁸⁵, tras haberse visto obligado a hacer lo propio con Germánico⁸⁶, el hijo de su hermano. A partir de este momento no volvió a actuar como padre de familia ni conservó en ninguna medida el derecho que había perdido. Así, ni hizo donaciones, ni manumitió esclavos, ni tan siquiera aceptó ninguna herencia o legados, salvo los recibidos a título de peculio⁸⁷. Desde ese momento no se descuidó nada que pudiera aumentar su dignidad, sobre todo desde que, con el desheredamiento y destierro de Agripa⁸⁸, quedó patente que la esperanza de la sucesión recaía sólo en él.

[16] Se le concedió de nuevo la potestad tribunicia por cinco años⁸⁹, se le dio el encargo de pacificar Germania⁹⁰, y los embajadores de los partos recibieron la orden de visitarle también a él en su provincia después de haber cumplido su misión ante Augusto en Roma⁹¹. Pero, cuando recibió la noticia del levantamiento de Iliria⁹², pasó a ocuparse de esta nueva guerra, la más grave de todas las guerras en el exterior después de las púnicas, que llevó a cabo durante tres años⁹³, con quince legiones e igual número de tropas auxiliares, en medio de grandes dificultades de todo tipo y con una extrema escasez de víveres. Aunque se le instaba al regreso, perseveró, no obstante, [2] en la lucha, por miedo a la persecución de un enemigo vecino y superior en fuerzas, si se retiraban voluntariamente. Y obtuvo una gran recompensa a su

perseverancia, pues redujo por completo y sometió a su autoridad a toda la Iliria, que se encuentra comprendida entre Italia, el reino Nórico, Tracia y Macedonia, por un lado, y entre el río Danubio y el golfo del Mar Adriático, por otro.

Pero lo que elevó al máximo su gloria fue la oportunidad [17] de esta victoria, pues por esta época aproximadamente Quintilio Varo pereció en Germania con tres legiones⁹⁴, y nadie ponía en duda que los vencedores germanos se habrían unido a los panonios si antes no se hubiera sometido Iliria. Por este motivo se le decretó el triunfo, además de muchos y grandes honores. Algunos propusieron [2] incluso que se le diera el sobrenombre de Panónico, otros el de Invicto, y algunos el de Pío; pero Augusto se opuso a ello, volviendo a prometer que le bastaba con el que habría de tomar después de su muerte. En cuanto al triunfo, el propio Tiberio lo aplazó⁹⁵ en vista de que la ciudad se hallaba afligida por el desastre de Varo; no obstante, hizo su entrada en Roma vestido con la pretexta y coronado de laurel, subió a un tribunal levantado en los Septa⁹⁶ en presencia de todo el Senado, y se sentó, junto con Augusto, entre los dos cónsules; desde allí saludó al pueblo y fue después escoltado a visitar los templos.

[18] Al año siguiente⁹⁷ regresó a Germania, y, al darse cuenta de que el desastre de Varo se había debido a la temeridad y negligencia del general, todas sus actuaciones las sometió a la opinión de su consejo. Él, que siempre había resuelto todo por sí mismo, sin depender de nadie, contrariamente a su costumbre consultó ahora con varios la estrategia a seguir. Mostró también un celo más riguroso de lo habitual. Cuando se disponía a cruzar el Rin, no dejó pasar todo el bagaje, sujeto a unas normas precisas, sino después de haber comprobado, de pie en la ribera, la carga de los carros, para que no se transportara [2] nada más que lo autorizado o necesario. Ya al otro lado del Rin, observó la siguiente conducta: tomaba los alimentos sentado simplemente en el suelo, a menudo pasaba la noche al raso, y daba por escrito todas sus órdenes para el día siguiente, así como cualquier deber que tuviera que asignar de improviso, añadiendo la advertencia de que, cuando se presentara alguna duda, se recurriera exclusivamente a él, a cualquier hora del día o de la noche.

[19] Exigió la disciplina más severa, reinstaurando antiguas formas de castigo y de ignominia y señalando incluso con la nota de infamia a un legado de legión⁹⁸ por haber enviado a algunos soldados a cazar al otro lado de la ribera en compañía de un liberto suyo. En cuanto a los combates, pese a ser poco amigo de fiarlos a la suerte o a la casualidad, los entablaba siempre con más seguridad si por las noches, mientras se hallaba trabajando, la luz de su lámpara disminuía y se apagaba de golpe sin intervención de nadie, pues, según sus propias palabras, confiaba plenamente en este presagio, cuya veracidad había sido ampliamente comprobada por él y por sus mayores en todos sus mandatos militares. Sin embargo, después de haber ejecutado su empresa felizmente, estuvo a punto de ser asesinado por un brúctero. Este individuo se había mezclado entre las personas que rodeaban a Tiberio, pero su azoramiento lo delató y las torturas acabaron por arrancarle la confesión del crimen que proyectaba.

Regresó de Germania a Roma al cabo de dos años y [20] celebró el triunfo⁹⁹, que había aplazado, en compañía incluso de sus legados, para los que había obtenido las insignias triunfales. Antes de girar hacia el Capitolio¹⁰⁰, descendió del carro y se postró ante su padre, que presidía la ceremonia. Después de haber colmado de recompensas al caudillo panonio Batón¹⁰¹, lo trasladó a Ravena¹⁰², en señal de agradecimiento por haberle dejado escapar en cierta ocasión en que se hallaba bloqueado con su ejército por los accidentes del terreno. Ofreció luego al pueblo una comida servida en mil mesas e hizo un reparto extraordinario de trescientos sestercios por cabeza. Con el producto del botín dedicó asimismo un templo a la Concordia y otro a Cástor y Pólux¹⁰³, en nombre suyo y en el de su hermano.

[21] Poco después, como los cónsules habían promovido una ley para que administrara las provincias junto con Augusto e hiciera con él el censo, cerró el lustro¹⁰⁴ y partió para Iliria. Al instante se le hizo volver de su camino y encontró a Augusto ya muy enfermo, pero todavía con vida, permaneciendo a solas con él durante todo un [2] día¹⁰⁵. Sé que es creencia general que, cuando Tiberio salió de la alcoba después de esta conversación privada, los esclavos del dormitorio sorprendieron la siguiente exclamación de Augusto:

«¡Pobre pueblo romano, que será víctima de unos colmillos tan lentos!». Tampoco ignoro lo que otros han contado, a saber, que Augusto condenó abierta y claramente la crueldad de su carácter, llegando a interrumpir a veces las conversaciones más relajadas e hilarantes cuando él se acercaba, pero que consintió en adoptarlo vencido por los ruegos de su mujer, o incluso movido por la ambición de hacerse añorar más un día con semejante sucesor. Sin embargo, no me puedo creer que [3] un príncipe tan precavido y prudente haya hecho nada a la ligera, sobre todo en un asunto de tamaña magnitud; más bien me inclino a pensar que, después de haber examinado atentamente los vicios y las virtudes de Tiberio, halló estas últimas superiores, basándome ante todo en el juramento que hizo ante la asamblea de que lo adoptaba en beneficio del Estado, y en el hecho de que, en algunas de sus cartas, lo alaba como persona sumamente experta en el arte de la guerra y único sostén del pueblo romano. De ellas he elegido al azar algunos pasajes, que añado a título de ejemplo. «Adiós, gentilísimo Tiberio, y que tengas éxito [4] en tu empresa, para mí y para [.....]^{105 bis}. Adiós, gentilísimo y ¡por mi dicha! más valeroso varón y experto general». «¡Qué perfecta organización la de tus campañas [5] de verano! Yo ciertamente, mi querido Tiberio, considero que, entre tantas circunstancias difíciles y tal abatimiento de las tropas, nadie habría podido comportarse con más prudencia que tú. También aquellos que estuvieron a tu lado confiesan unánimemente que se te puede aplicar aquel famoso verso:

Un solo hombre, permaneciendo alerta, nos ha restablecido la situación»¹⁰⁶.

[6] «Si se presenta alguna cuestión que exija una reflexión más atenta, o si tengo algún disgusto, por el dios Fidio¹⁰⁷ que echo mucho de menos a mi querido Tiberio y me vienen a la memoria aquellos famosos versos de Homero:

Si él me acompañara, hasta del fuego ardiente

podríamos ambos regresar, pues es sagaz como nadie»¹⁰⁸.

[7] «Cuando oigo y leo que estás extenuado por el trabajo continuo, los dioses me pierdan si mi cuerpo no se estremece; cuídate, te lo ruego, para que no muramos tu madre y yo si nos enteramos de que estás enfermo, y el pueblo romano no vea comprometida la supremacía de su imperio». «Nada importa que yo esté bien o no, si

tú no lo estás». «Pido a los dioses que te nos conserven y permitan que sigas bien ahora y siempre, si es que no odian al pueblo romano».

[22] Tiberio no divulgó la muerte de Augusto sino después de que el joven Agripa¹⁰⁹ fuera eliminado. Lo mató el tribuno militar encargado de su custodia¹¹⁰, tras la lectura de un despacho en el que se le ordenaba que lo hiciera; nunca se supo si este despacho lo había dejado Augusto al morir, para suprimir un motivo de desorden después de él, o si lo había dictado Livia en nombre de Augusto, con la complicidad de Tiberio o sin ella. Cuando el tribuno le anunció que había ejecutado sus órdenes, Tiberio respondió que él no se las había dado y que tendría que rendir cuentas al Senado, evidentemente para evitar la animosidad por el momento, pues luego silenció el asunto, haciéndolo caer en el olvido.

Con el derecho que le daba su potestad tribunicia convocó [23] al Senado y comenzó una alocución, pero, de repente, como incapaz de soportar el dolor, prorrumpió en sollozos, exclamó que ojalá le faltara no sólo la voz, sino también la vida, y entregó el manuscrito a su hijo Druso¹¹¹ para que lo acabara de leer. Trajeron luego el testamento de Augusto¹¹² y, sin que se admitieran más signatarios que los del orden senatorial, reconociendo los demás sus sellos fuera de la curia, lo hizo leer por un liberto. El testamento comenzaba así: «Puesto que la cruel fortuna me ha arrebatado a mis hijos Gayo y Lucio¹¹³, sea Tiberio César mi heredero de la mitad más un sexto». Este comienzo mismo hizo que aumentaran las sospechas de quienes creían que lo había aceptado como sucesor más por necesidad que por gusto, puesto que no se abstuvo de emplear este prefacio.

[24] Aunque no hubiera vacilado en ocupar al instante el poder ni en ejercerlo, pues se asignó incluso una guardia militar, es decir, la fuerza y el símbolo de la soberanía, lo rehusó, no obstante, largo tiempo; representando la comedia más descarada, ya respondía a las exhortaciones de sus amigos reprochándoles el no saber qué gran monstruo era el imperio, ya mantenía en suspenso al Senado, que le rogaba cayendo de hinojos ante él, con respuestas ambiguas y una astuta indecisión; al cabo, logró que algunos perdieran la paciencia, llegando a exclamar uno en medio de la confusión: «¡Que lo tome o que lo deje!», y a reprocharle un segundo, abiertamente, que otros

tardaban en llevar a la práctica sus promesas, pero que él tardaba [2] en prometer lo que ya practicaba. Por fin, como a la fuerza y lamentándose de que se le imponía el yugo de una servidumbre miserable y onerosa, aceptó el imperio, y aun así, no sin manifestar la esperanza de poder abandonarlo algún día. He aquí sus propias palabras: «Hasta que alcance la edad en que pueda pareceres justo conceder algún descanso a mi vejez».

[25] El motivo de su vacilación era el miedo a los peligros que le amenazaban por todas partes, de modo que, como solía decir, tenía al lobo por las orejas¹¹⁴. En efecto, un esclavo de Agripa, llamado Clemente, había reunido una tropa no despreciable para vengar a su señor¹¹⁵; Lucio Escribonio Libón¹¹⁶, personaje de la nobleza, preparaba en secreto una revolución; y estallaron dos revueltas militares, una en Iliria y otra en Germania¹¹⁷. Ambos ejércitos [2] reclamaban muchas concesiones extraordinarias; ante todo, que se les equiparara en sueldo a los pretorianos¹¹⁸. Pero los soldados de Germania se negaban incluso a reconocer a un príncipe no elegido por ellos, e instaban con extrema violencia a Germánico, por entonces su general¹¹⁹, a apoderarse del Estado, aunque aquél se oponía firmemente¹²⁰. Temiendo ante todo esta posibilidad, Tiberio reclamó para sí las parcelas del gobierno que el Senado quisiera adjudicarle, alegando que nadie podía dar abasto solo a la totalidad de ellas si no era contando con un colega o incluso con varios. Llegó a simular una enfermedad, [3] para que Germánico permaneciera en calma a la espera de una pronta sucesión o, al menos, de una asociación al imperio. Después de haber apaciguado las sediciones¹²¹, tomó también por sorpresa a Clemente valiéndose del engaño y lo redujo a su autoridad. En cuanto a Libón, para no estrenarse con una actuación demasiado severa, tardó dos años en acusarlo ante el Senado, contentándose en el ínterin con tomar sus precauciones contra él; así, un día en que aquél sacrificaba a su lado entre los demás pontífices¹²², le hizo dar un cuchillo de plomo en vez del habitual¹²³, y en otra ocasión en que le pedía una audiencia privada, no se la concedió sino en presencia de su hijo Druso, reteniendo además su mano derecha durante el paseo, como si se apoyara en ella, hasta el final de la conversación.

[26] Una vez libre de temores, su conducta fue al principio muy sencilla y casi la de un simple particular¹²⁴. De los muchos honores extraordinarios, no aceptó más que unos pocos y en absoluto desmedidos. Para honrar su natalicio, que coincidía con los juegos plebeyos celebrados en el circo¹²⁵, apenas permitió que se añadiera una biga. Prohibió que se le decretaran templos, flámenes y sacerdotes, e incluso que se le erigieran estatuas y bustos sin su permiso, que, por otra parte, sólo concedió a condición de que no los colocaran entre las imágenes de los dioses, sino entre los adornos de los templos¹²⁶. Se opuso también a [2] que se le prestara el juramento de ratificar sus actos y a que el mes de septiembre recibiera el nombre de Tiberio y el de octubre el de Livio. Rechazó asimismo el prenombre de *Imperator*, el sobrenombre de Padre de la Patria y una corona cívica¹²⁷ en su vestíbulo; ni siquiera añadió en ninguna de sus cartas, salvo en las remitidas a los reyes y dinastas, el nombre de Augusto, aunque lo había recibido por herencia¹²⁸. No desempeñó más que tres nuevos consulados¹²⁹, el primero durante unos pocos días, el segundo durante tres meses, y el tercero, estando ya ausente de Roma¹³⁰, hasta los idus de mayo.

Aborrecía tanto las adulaciones que no permitió a ningún [27] senador acercarse a su litera ni para presentarle sus respetos ni para tratar de ningún asunto, y cierto día en que un excónsul¹³¹ se disculpaba ante él e intentaba suplicarle abrazando sus rodillas, lo esquivó con tanta vehemencia que cayó de espaldas; es más, si en una conversación o en un discurso se referían a él en términos demasiado halagadores, no dudaba en atajar esos elogios, censurarlos y hacerlos cambiar al punto. Cuando un individuo le llamó señor¹³², le ordenó que no le volviera a dar ese título ultrajante. Como otro calificaba sus ocupaciones de sagradas, y un tercero afirmaba que había venido al Senado por orden suya, les obligó a cambiar sus palabras empleando «por consejo suyo» en vez de «por orden suya», y «laboriosas» en lugar de «sagradas».

[28] Sereno y paciente con las críticas, con los rumores ofensivos y los versos difamatorios sobre él y sobre los suyos, a menudo repetía que, en una ciudad libre, la palabra y el pensamiento debían ser libres; y en cierta ocasión en que el Senado reclamaba la instrucción de procesos sobre los delitos de este jaez y sus autores,

respondió: «No nos sobra tanto el tiempo como para que debamos enredarnos en más asuntos; si abríis esta ventana¹³³, os impediréis cualquier otra actividad: todo el mundo tendrá así un pretexto para traer ante vosotros sus enemistades particulares». Son suyas también las siguientes palabras, modelo de discreción, que pronunció en el Senado: «Si alguien me hace objeciones, procuraré explicarle mis actos y mis palabras; si persevera, lo odiaré a mi vez».

Esta actitud suya resultaba aún más chocante porque, [29] a la vez, el respeto con el que trataba a todos y cada uno al dirigirse a ellos excedía casi los límites de la cortesía. Un día en que en el Senado discrepaba de Quinto Haterio¹³⁴, le dijo: «Te ruego que me perdones si, en mi condición de senador, te rebato con excesiva libertad». Luego dirigiéndose a todos, añadió: «He dicho ahora y en muchas otras ocasiones, senadores, que un príncipe bueno y compasivo, al que habéis investido de un poder tan grande y tan ilimitado, debe estar al servicio del Senado y de todos los ciudadanos, e incluso, a menudo y casi sin excepción, al de cada uno de ellos en particular; y no me arrepiento de haberlo dicho, pues os he tenido y os sigo teniendo por amos¹³⁵ buenos, justos y condescendientes».

Es más, incluso dio una cierta apariencia de libertad [30] conservando al Senado y a los magistrados su antigua majestad y poder. No hubo ningún asunto público o privado, por pequeño o grande que fuera, que no se sometiera al parecer de los senadores; se les consultaba sobre los impuestos y los monopolios, sobre la construcción o restauración de edificios, incluso sobre el alistamiento o la licencia de los soldados y la repartición de las legiones y tropas auxiliares, decidiendo, por último, a qué personas se les debía prorrogar el mando o encargar de las guerras extraordinarias, y cuál tenía que ser el contenido y la forma de las respuestas a las cartas de los reyes. Obligó al comandante de un ala acusado de violencia y de robo a defender su causa ante el Senado. Siempre entró solo¹³⁶ en la curia; un día que se encontraba enfermo fue introducido en litera, pero luego despidió a su séquito.

[31] Ni siquiera se quejó de que se tomaran algunas decisiones en contra de su opinión. Aunque defendía que los magistrados designados no debían ausentarse, sino aguardar en la ciudad a entrar

en posesión de su cargo, un pretor electo consiguió una legación libre¹³⁷. Cuando en otra ocasión proponía que se les concediera a los habitantes de Trebia¹³⁸ emplear en la reparación de una calzada la suma que les había sido legada para la construcción de un nuevo teatro, no pudo obtener que la voluntad del testador quedara sin efecto. En otro momento en que se procedía a una votación separándose los senadores en dos grupos¹³⁹, cuando él pasó a la parte minoritaria, no le [2] siguió nadie. También los demás asuntos se tramitaban exclusivamente a través de los magistrados, según el derecho ordinario, y la autoridad de los cónsules era tan grande, que unos embajadores africanos vinieron a quejarse ante ellos de que César, a quien se les había enviado, les hacía perder el tiempo. Y la cosa no tiene nada de extraño, pues él mismo, a la vista de todos, se levantaba ante ellos y les cedía el paso.

Reprochó a los excónsules puestos al frente de los ejércitos [32] que no escribieran al Senado para darle cuenta de sus actos y que le consultaran a él a la hora de otorgar ciertas recompensas militares, como si no tuvieran el derecho de otorgarlas todas. Colmó de elogios a un pretor por haber retomado, a su entrada en el cargo, la antigua costumbre de recordar a sus antepasados ante la asamblea. Acompañó hasta la pira el cortejo fúnebre de algunos personajes ilustres. Mostró la misma moderación incluso con [2] personas y asuntos de menor importancia. Hizo venir a Roma a unos magistrados rodios por haberle enviado cartas oficiales sin la debida fórmula de despedida, pero luego los dejó marchar sin una sola palabra de reproche y con la única advertencia de que no volvieran a hacerlo. El gramático Diógenes, que acostumbraba a disertar los sábados¹⁴⁰ en Rodas, no había querido recibirle un día fuera del habitual en que acudió a escuchar sus enseñanzas¹⁴¹, y le había mandado decir por uno de sus esclavos que aguardara al séptimo día; cuando más tarde, en Roma, Diógenes se hallaba ante sus puertas a la espera de poder complimentarle, se limitó a mandarle aviso de que volviera pasados siete años. A las sugerencias que le hacían algunos gobernadores de que aumentara los impuestos de sus provincias contestó por escrito que un buen pastor debía esquilarse a su rebaño, pero no desollarlo.

[33] Poco a poco se fue manifestando como príncipe, y, por muchas pruebas de inconstancia que diera durante largo tiempo, fueron más las ocasiones en las que se mostró benévolo y dispuesto a servir a los intereses públicos. Al principio intervenía sólo para evitar que se cometieran abusos. Así, anuló algunos decretos del Senado, y muchas veces, cuando los magistrados se hallaban juzgando en su tribunal, se ofrecía a actuar como asesor suyo, sentándose a su lado o enfrente de ellos, en primera fila¹⁴²; si corrían rumores de que la influencia iba a hacer que se perdonara a un acusado, se presentaba de improviso ante los jueces y, desde el mismo suelo o bien desde el estrado del instructor, les recordaba las leyes, el sagrado juramento que habían prestado, y el delito sobre el que debían juzgar; asimismo, al menor indicio de relajación en las costumbres públicas debido a la desidia o a un mal hábito, asumió al instante su reforma.

Redujo los gastos que ocasionaban los juegos y espectáculos [34] recortando el salario de los actores¹⁴³ y limitando a un número determinado las parejas de gladiadores. Después de haberse quejado enérgicamente del exorbitante precio que habían alcanzado los vasos de Corinto¹⁴⁴ y de que tres salmonetes hubiesen llegado a costar treinta mil sestercios, propuso que se fijara un límite al mobiliario y que el precio de los víveres fuera regulado cada año por decisión del Senado, encargando a los ediles imponer severas restricciones a las tabernas y tugurios, al extremo de no permitir siquiera la puesta en venta de productos de pastelería. Asimismo, para fomentar también la economía pública con el ejemplo, a menudo hizo servir en las comidas de ceremonia los restos del día anterior, por ejemplo la mitad de un jabalí, asegurando que tenía exactamente las mismas propiedades que entero. Prohibió por un edicto [2] la costumbre de besarse¹⁴⁵ y el intercambio de estrenas¹⁴⁶ pasadas las calendas de enero. Solía devolver una estrena de valor cuatro veces mayor que la recibida, y hacerlo además personalmente, pero, harto de que le importunaran durante todo el mes las personas que no habían podido verle el primero de año, dejó de admitirlas pasado ese día.

[35] Respecto a las matronas que se hubieran deshonrado, dispuso que, a falta de acusador público, fueran sus parientes quienes las castigaran con arreglo a la sentencia dictada en común,

según la costumbre de nuestros mayores. Permitió a un caballero romano repudiar a su mujer, convicta de adulterio con su yerno, dispensándole del juramento que había prestado anteriormente de no repudiarla [2] jamás. Las mujeres de mala fama comenzaban a declarar la prostitución¹⁴⁷ para quedar libres de los derechos y la dignidad de las matronas con vistas a evitar el castigo de las leyes¹⁴⁸, y los jóvenes más depravados de los dos órdenes afrontaban voluntariamente el estigma de un juicio infamante para no verse coartados por el decreto del Senado que prohibía su actuación en el teatro o en la arena¹⁴⁹; castigó a todos ellos, hombres y mujeres, con el destierro, para que nadie pudiera hallar un refugio en semejantes fraudes. Retiró el laticlavo a un senador cuando supo que se había ido a vivir al campo hacia las calendas de julio para alquilar a un precio más bajo una casa en Roma pasada esta fecha¹⁵⁰. Privó de la cuestura a otro personaje, casado la víspera del sorteo, por haber repudiado a su mujer al día siguiente de efectuarse éste¹⁵¹.

Reprimió los cultos extranjeros, los ritos egipcios¹⁵² y [36] judíos¹⁵³, obligando a los que profesaban esta primera superstición a quemar sus vestiduras religiosas y todos los utensilios de su culto. So pretexto del servicio militar, repartió a la juventud judía en provincias de clima muy riguroso¹⁵⁴, y a los demás individuos de este pueblo o seguidores de cultos similares los expulsó de Roma, bajo pena de esclavitud perpetua si no obedecían. Desterró también a los astrólogos, pero luego los perdonó atendiendo a sus ruegos y ante la promesa de que renunciarían a su arte.

[37] Ante todo, procuró defender el orden público de los atracos y robos, así como del desenfreno que acompaña a las sediciones. Distribuyó por Italia puestos de guardia en mayor número de lo que era habitual. Construyó en Roma un cuartel para dar alojamiento a las cohortes pretorianas, hasta el momento sin residencia fija y dispersas [2] por casas particulares¹⁵⁵. En cuanto a las revueltas populares, las reprimió con la mayor severidad una vez que habían estallado, pero también veló atentamente para que no llegaran a producirse. Cuando en cierta ocasión se cometió un asesinato en el teatro en el curso de una disputa, desterró a los cabecillas de las facciones y a los actores que eran causa de la reyerta, y todas las súplicas del pueblo no bastaron para moverle a levantarles el

destierro. [3] En otra ocasión en que el pueblo de Pollencia¹⁵⁶ no había dejado partir del Foro el cortejo fúnebre de un centurión primipilo hasta haber arrancado por la fuerza a sus herederos dinero para un combate de gladiadores, hizo que una cohorte partiera de Roma y otra del reino de Cotio¹⁵⁷ sin manifestar el motivo de su marcha, y que luego, descubriendo de repente las armas y dando al unísono la señal de ataque, penetraran en la ciudad por las diversas puertas, tras lo cual encarceló de por vida a la mayor parte del pueblo y de los decuriones¹⁵⁸. Abolió asimismo el derecho consuetudinario de los lugares de asilo, dondequiera que se hallaran¹⁵⁹. Privó a Cícico de la libertad que se había ganado durante la guerra contra Mitridates, cuando sus habitantes se atrevieron a atacar a los ciudadanos romanos que en ella habitaban. No emprendió ninguna otra [4] expedición para sofocar las revueltas de los enemigos, sino que lo hizo por medio de sus legados, a los que sólo enviaba tras muchas vacilaciones y en caso de necesidad. Contuvo a los reyes hostiles y poco de fiar más con amenazas y reproches que utilizando la fuerza; a algunos los atrajo hacia sí valiéndose de halagos y promesas, y ya no los dejó partir, como al germano Marobodo¹⁶⁰, al tracio Rascuporis¹⁶¹ y al capadocio Arquelao¹⁶², cuyo reino redujo incluso a la categoría de provincia.

[38] Durante los dos primeros años de su mandato no salió de Roma; en los años siguientes, sólo se ausentó para ir a ciudades cercanas, cuando más lejos hasta Ancio, y ello en contadas ocasiones y sólo por unos días, a pesar de haber anunciado a menudo su propósito de visitar también las provincias y los ejércitos, y de preparar su marcha casi todos los años proveyéndose de carros, disponiendo pertrechos por los municipios y colonias, y permitiendo, en fin, que se hicieran votos por su marcha y por su regreso, de suerte que el pueblo le llamaba ya en broma Calípides, personaje que, según un proverbio griego¹⁶³, corría sin avanzar siquiera un codo.

Pero cuando perdió a sus dos hijos, muerto Germánico [39] en Siria y Druso en Roma, buscó el retiro de Campania¹⁶⁴. En la mente y en los labios de casi todo el mundo rondaba la idea de que ya no iba a regresar, e incluso de que hallaría pronto la muerte, y poco faltó para que ambas predicciones se cumplieran. En efecto, no

volvió más a Roma, y, pocos días después, mientras comía, cerca de Terracina, en una finca de recreo llamada Espelunca¹⁶⁵, varias rocas enormes se desprendieron de improviso del techo y aplastaron a muchos convidados y sirvientes, escapando él mismo contra todo pronóstico¹⁶⁶.

Después de haber recorrido Campania y dedicado un [40] Capitolio en Capua¹⁶⁷ y un templo de Augusto en Nola¹⁶⁸, proyectos ambos que le habían servido de pretexto para su partida, se dirigió a Capri¹⁶⁹, especialmente atraído por esta isla porque sólo se abordaba por una pequeña ensenada, hallándose, por lo demás, totalmente circundada por rocas escarpadas de una altura inmensa y por un mar profundo. Mas, como el pueblo le instaba a volver al punto con las más insistentes súplicas, a causa del desastre ocurrido en Fidenas¹⁷⁰, en el que habían perecido más de veinte mil personas durante un espectáculo de gladiadores a consecuencia del hundimiento del anfiteatro, pasó al continente y permitió a todo el mundo venir a verle, con mayor motivo aún debido a que, al salir de Roma, había ordenado que nadie viniera a importunarle, y, durante todo el recorrido, había hecho alejar a los que se acercaban.

[41] Una vez de regreso en su isla, hasta tal extremo se despreocupó de los asuntos públicos que, a partir de ese momento, no volvió a cubrir las bajas en las decurias de los caballeros, no cambió a ningún tribuno militar o prefecto ni a ningún gobernador de provincia, tuvo a Hispania y Siria durante varios años sin legados consulares, y dejó que los partos ocuparan Armenia, que los dacios y sármatas devastaran Mesia y los germanos las Galias, con gran deshonra y no menor peligro del imperio.

[42] Por lo demás, con la libertad que le ofrecía el aislamiento y lejos, por decirlo así, de los ojos de la ciudad, dejó por fin salir de una vez al exterior todos los vicios que durante tanto tiempo apenas había logrado disimular. Hablaré de ellos uno por uno desde el principio. En el campamento, cuando era todavía soldado bisoño, su excesivo apego al vino hacía que le llamaran Biberio, en lugar de Tiberio, Caldio, en vez de Claudio, y Merón, por Nerón¹⁷¹. Más tarde, siendo ya emperador, precisamente cuando acometía la reforma de las costumbres públicas, pasó una noche y los dos días siguientes comiendo y bebiendo con Pomponio Flaco¹⁷² y Lucio

Pisón¹⁷³, tras lo cual entregó al primero la provincia de Siria y al segundo la prefectura de Roma, declarándolos incluso en sus respectivos nombramientos sus amigos más queridos y de todas las ocasiones. Aceptó la invitación a comer de Sestio [2] Galo, anciano libidinoso y pródigo, que había sido en otro tiempo marcado con la nota de ignominia por Augusto y a quien él mismo había reprendido pocos días antes en el Senado, a condición de que no se cambiara ni omitiera nada de lo que era habitual y de que la comida fuera servida por jovencitas desnudas. Prefirió a un candidato a la cuestura totalmente desconocido, antes que a muy nobles personajes, por haberse bebido en un banquete un ánfora de vino en respuesta a su desafío. Premió a Aselio Sabino¹⁷⁴ con doscientos mil sestercios por un diálogo en el que había presentado el debate de una seta, un papafigo, una ostra y un tordo. Creó, en fin, un nuevo cargo, el de secretario para los placeres imperiales, al frente del cual puso al caballero romano Tito Cesonio Prisco.

[43] En su retiro de Capri ideó incluso unos aposentos, sede de obscenidades secretas, donde grupos de muchachas y de jóvenes licenciosos reclutados por doquier, junto con aquellos inventores de ayuntamientos monstruosos a los que llamaba espintrias¹⁷⁵, unidos de tres en tres, fornicaran sucesivamente ante su vista, para excitar de este modo [2] sus apagados deseos. Instaló alcobas por todas partes y las adornó con cuadros y estatuillas de los más lascivos asuntos, equipándolas además con los libros de Elefántide¹⁷⁶, para que todo el mundo tuviera, al ejecutar su cometido, un modelo de la postura que se le ordenaba tomar. Se le ocurrió también disponer en bosques y prados diversos parajes consagrados a Venus, y distribuir por cuevas y grutas jóvenes de uno y otro sexo que se ofrecían al placer vestidos de faunos y de ninfas; de ahí que todo el mundo le llamara ya abiertamente «Capríneo», haciendo un juego de palabras con el nombre de la isla.

Se le atribuían vicios aún peores y más indignos, de [44] tal naturaleza que apenas es lícito exponerlos u oírlos contar, y menos aún creerlos. Se decía, en efecto, que enseñaba a niños de la más tierna edad, a los que llamaba sus pececitos, a revolverse y jugar entre sus muslos mientras nadaba, dándole tiernas lengüetadas y mordiscos; e incluso que acercaba a su sexo, como si del pecho se

tratara, a niños más robustos, pero todavía sin destetar, pues su naturaleza y su edad le hacían sin duda muy propenso a este tipo de placer. Por este motivo, cuando le legaron un cuadro [2] de Parrasio¹⁷⁷ en el que se veía a Atalanta¹⁷⁸ complaciendo con la boca a Meleagro¹⁷⁹, dándole opción a recibir en su lugar un millón de sestercios si el tema le disgustaba, no sólo prefirió el cuadro, sino que lo hizo incluso colgar en su alcoba. Cuentan también que un día, mientras se hallaba celebrando un sacrificio, cautivado por la belleza del sirviente que le ofrecía el incensario, no pudo evitar llevárselo al punto aparte, apenas acabada la ceremonia, para forzarlo a él y a su hermano, que era flautista; y que luego hizo romper las piernas a ambos por haberse reprochado mutuamente su deshonra.

[45] La muerte de una tal Malonia puso clarísimamente de manifiesto lo muy habituado que estaba también a ultrajar a las mujeres, incluso nobles. Ante la obstinada negativa de aquélla a tolerar ninguna vejación después de haber sido conducida hasta él, la expuso a los delatores, y ni siquiera durante el juicio dejó de preguntarle si se arrepentía, hasta que ella, abandonando la sala, se precipitó a su casa y se atravesó con un puñal, no sin antes haber colmado abiertamente de vituperios a ese viejo grosero y repulsivo por la obscenidad de su boca. De ahí que las siguientes palabras¹⁸⁰, pronunciadas durante los juegos que se celebraron a continuación en la atelana que cerraba el espectáculo¹⁸¹, fueran recibidas con un aplauso unánime, corriendo luego de boca en boca: «El viejo cabrón lame el sexo de las cabras».

[46] Tacaño y avariento, jamás asignó un sueldo a los compañeros de sus viajes y expediciones, contentándose con subvenir a su manutención; sólo una vez se mostró generoso con ellos a expensas de su padrastro y, agrupándolos en tres clases, según la dignidad de cada uno, repartió seiscientos mil sestercios entre los de la primera, cuatrocientos mil entre los de la segunda, y doscientos mil entre los de la tercera, a quienes llamaba no sus amigos, sino sus griegos¹⁸².

Una vez emperador, no realizó ninguna construcción [47] de envergadura (pues incluso las únicas que había emprendido, a saber, el templo de Augusto y la restauración del teatro de Pompeyo, las dejó sin acabar después de tantos años¹⁸³) ni dio tampoco ningún

espectáculo; ni siquiera asistió, salvo en contadas ocasiones, a los patrocinados por otras personas, para evitar que pudieran dirigirle alguna petición, sobre todo después de haberse visto obligado a manumitir al comediante Accio. Alivió la miseria de unos pocos senadores, pero luego, para no tener que prestar ayuda a más, declaró que sólo socorrería a aquellos que hubieran justificado sus necesidades ante el Senado. Con esta condición, hizo que la mayoría desistiera por modestia y por pudor, entre ellos Hórtalo, nieto del orador Quinto Hortensio¹⁸⁴, que, con un modestísimo patrimonio, había criado a cuatro hijos siguiendo las consignas de Augusto¹⁸⁵.

Sólo en dos ocasiones se mostró generoso con el pueblo: [48] la primera, cuando puso a su disposición cien millones de sesteracios sin interés por un período de tres años, y la segunda, cuando reembolsó a algunos propietarios de casas de vecindad, que se habían incendiado en el monte Celio¹⁸⁶, el precio que habían pagado por ellas. Se vio obligado a tomar la primera de estas medidas ante la insistente demanda de ayuda por parte del pueblo a raíz de una gran escasez de numerario, y después de haber ordenado por un decreto del Senado que los prestamistas invirtieran en tierras dos partes de su patrimonio y que los deudores satisficieran otro tanto de su deuda, sin que la situación se arreglara¹⁸⁷; la segunda, para mitigar el horror de aquella catástrofe. Sin embargo, valoró tanto este último beneficio, que ordenó cambiar el nombre del monte [2] Celio por el de Augusto¹⁸⁸. En cuanto a los soldados, después de haber duplicado los legados que Augusto les había hecho en su testamento¹⁸⁹ no volvió a hacerles ninguna donación, a excepción de mil denarios por cabeza a los pretorianos por no haber secundado a Sejano, y algunas recompensas a las legiones de Siria por haber sido las únicas que no honraron la imagen de éste entre sus estandartes. Concedió incluso poquísimas licencias a los veteranos, calculando que la vejez les traería la muerte y que su muerte le supondría un ahorro. Ni siquiera socorrió a las provincias con ningún donativo, a excepción de Asia, cuando sus ciudades fueron destruidas por un terremoto.

[49] Con el paso del tiempo se aficionó incluso a la rapiña. Como todo el mundo sabe, valiéndose del miedo y de la angustia llevó a Gneo Léntulo Augur¹⁹⁰, una de las personas más ricas, a aborrecer la vida y a morir dejándole como único heredero; hizo asimismo

condenar a Lépida, mujer de muy noble familia¹⁹¹, para complacer a Quirinio¹⁹², excónsul sumamente rico y sin hijos, el cual, veinte años después de haberse divorciado de ella, la acusaba de haber intentado envenenarlo en otro tiempo; confiscó [2] además sus bienes a personas principales de las Galias, de las Hispanias, de Siria y de Grecia bajo unas acusaciones de lo más fútil y desvergonzado, llegando a imputárseles a algunos como único delito el tener en metálico parte de su patrimonio; quitó incluso a muchas ciudades y particulares sus antiguos privilegios, así como el derecho a explotar sus minas y a disponer de sus rentas; para colmo, despojó en un acto de perfidia e hizo matar a Vonones, rey de los partos¹⁹³, que, expulsado por su pueblo, se había refugiado con su inmenso tesoro en Antioquía, como apelando a la protección del pueblo romano.

El odio que sentía contra sus parientes lo puso en primer [50] lugar de manifiesto con su hermano Druso, divulgando una carta suya en la que le hablaba de obligar a Augusto a restablecer la libertad; luego lo manifestó asimismo con los demás. No mostró un ápice de consideración, ni siquiera de humanidad, que es lo mínimo que se puede tener, para con su mujer Julia una vez que fue relegada; antes bien, aunque se hallaba ya por orden de su padre confinada en una ciudad¹⁹⁴, le prohibió además salir de casa y gozar de la compañía de los hombres; incluso la despojó del peculio que su padre le había concedido y de las rentas anuales que le proporcionaba, so pretexto de que debía aplicársele el derecho común, puesto que Augusto no había previsto nada a este respecto en su [2] testamento. Harto de su madre Livia, que, según él, reclamaba para sí una participación igual en el poder, evitó frecuentar su trato y mantener con ella conversaciones demasiado largas e íntimas, para no dar la impresión de que se regía por sus consejos, los cuales, sin embargo, solía necesitar y utilizar en ocasiones. Le produjo incluso una gran indignación que se hubiera debatido en el Senado la cuestión de añadir a sus títulos el de «Hijo de Livia» del mismo modo que se le había dado el de «Hijo de [3] Augusto». Por este motivo, se opuso terminantemente a que se la llamara «Madre de la Patria» y a que se le otorgara oficialmente ningún honor extraordinario; la advirtió incluso repetidas veces que se mantuviera al margen de los asuntos de importancia e impropios de una mujer, sobre todo cuando supo que, en un incendio que se

había declarado junto al templo de Vesta, se había personado en el lugar del siniestro y había exhortado al pueblo y a los soldados a prestar auxilio con todas sus fuerzas, como solía hacerlo en vida de su marido.

Más adelante, llegó a enemistarse con ella, según dicen, [51] por el siguiente motivo. Como no dejaba de apremiarle para que admitiera en las decurias de jueces a un individuo al que se había concedido la ciudadanía, acabó por acceder a ello, pero sólo si le daba su consentimiento para que en la lista constara que este nombramiento le había sido arrancado por su madre. Entonces Livia, irritada, sacó de sus aposentos privados unas viejas cartas que Augusto le había escrito, en las que le comentaba la dureza e intolerancia del carácter de su hijo, y se las leyó a éste. Tiberio llevó tan a mal que las hubiera guardado durante tanto tiempo y que se las echara ahora en cara con tanta malevolencia, que, según la opinión de algunos, éste fue el principal motivo de su retiro. Sea como fuere, el caso [2] es que, en los tres años que estuvo fuera de Roma en vida de su madre¹⁹⁵, sólo la vio una vez, un día nada más y por muy pocas horas; más tarde, no se molestó en ir a verla durante su enfermedad, y, después de su muerte, hizo retrasar sus funerales durante varios días a la espera de su llegada, de suerte que, cuando al fin se celebraron, el cadáver estaba ya corrupto y en descomposición, tras lo cual prohibió además que se la divinizará¹⁹⁶, como si ella misma así lo hubiera dispuesto. Declaró asimismo nulo su testamento, y en poco tiempo causó la ruina de todos sus amigos y allegados, incluso de aquellos a los que ella había encargado a la hora de su muerte ocuparse de sus funerales; uno de ellos, un personaje del orden ecuestre, fue incluso condenado a los trabajos de extracción de aguas.

[52] No amó con cariño de padre a ninguno de sus hijos, no ya al adoptivo Germánico¹⁹⁷, sino tampoco a su hijo legítimo Druso¹⁹⁸, cuyos vicios le exasperaban, pues llevaba una vida muy relajada y disoluta. Y así, ni siquiera su muerte¹⁹⁹ le afectó lo más mínimo, sino que, casi inmediatamente después de los funerales, volvió a sus ocupaciones [2] habituales prohibiendo prolongar el duelo. Más aún, cuando unos embajadores ilienses le presentaron sus condolencias con un poco de retraso, les contestó en tono de broma, como si el

dolor se le hubiera borrado ya de la memoria, que él también les daba el pésame por la pérdida de un conciudadano tan ilustre como Héctor. Denigró a Germánico al extremo de rebajar sus preclaras hazañas²⁰⁰ calificándolas de inútiles, y de condenar sus más gloriosas victorias como funestas para el Estado. Se quejó también en el Senado de que se hubiera dirigido a Alejandría²⁰¹ sin consultarle con ocasión de las terribles hambres que se habían desatado de improviso en aquella [3] ciudad. Se cree incluso que causó su muerte por intermedio de Gneo Pisón, legado de Siria²⁰², quien, acusado más tarde de este crimen, habría dado a conocer sus instruccioneś, en opinión de algunos, si no***^{202. bis}. En muchos lugares aparecieron escritas las palabras «¡Devuélvenos a Germánico!», y por la noche se oyó frecuentemente repetir el mismo grito. El propio Tiberio confirmó más tarde esta sospecha ensañándose cruelmente con la esposa y los hijos de Germánico.

Cuando su nuera Agripina²⁰³ le presentó, tras la muerte [53] de su esposo, una queja en términos demasiado atrevidos²⁰⁴, le respondió, tomándola de la -mano, con este verso griego: «¿Crees, hijita, que se te hace una afrenta si no eres reina?», y no se dignó volver a tener ninguna conversación con ella. En vista de que cierto día, durante la comida, no se había atrevido a probar las frutas que él le ofrecía, dejó incluso de invitarla a su mesa, so pretexto de que le acusaba de quererla envenenar, aunque ambas actuaciones habían sido calculadas de antemano²⁰⁵: el ofrecimiento de Tiberio para probarla, y la negativa de ella, convencida de evitar una muerte segura. Por último, [2] la acusó de querer refugiarse a los pies de la estatua de Augusto o junto a los ejércitos, la relegó a la isla de Pandataria²⁰⁶, y, ante sus insultos, hizo que un centurión la golpeará hasta arrancarle un ojo. De nuevo, en vista de que proyectaba dejarse morir de hambre, mandó que le abrieran la boca a la fuerza para introducirle la comida. E incluso, cuando logró su propósito a fuerza de perseverancia²⁰⁷, se desató en calumnias contra ella, pidió que se incluyera entre los días nefastos el de su nacimiento, y aun se asignó como un mérito el no haberla hecho estrangular y arrojar a las Gemonias, permitiendo que, por tal prueba de clemencia, se promulgara un decreto para rendirle gracias y consagrar una ofrenda en oro a Júpiter Capitolino.

[54] Tenía de Germánico tres nietos, Nerón, Druso y Gayo²⁰⁸, y de Druso uno, Tiberio²⁰⁹; así pues, cuando la muerte le privó de sus hijos, recomendó a los senadores a los dos hijos mayores de Germánico, Nerón y Druso, y celebró el día en que ambos tomaron la toga viril²¹⁰ haciendo un reparto extraordinario a la plebe. Pero cuando supo que a comienzos de año²¹¹ se habían hecho oficialmente votos también por su salud, comunicó al Senado que tales recompensas no debían otorgarse sino a personas [2] experimentadas y de edad avanzada. Con ello descubrió el verdadero carácter de sus sentimientos y los dejó expuestos a las acusaciones de todos, induciéndolos además con diversas tretas a que se animaran a ultrajarlo para que así pudieran ser denunciados; los acusó entonces en una carta severísima, en la que los colmaba además de oprobios, y, una vez declarados enemigos públicos, les hizo perecer de hambre²¹², a Nerón en la isla de Poncia²¹³ y a Druso en los sótanos del Palacio. Se cree que Nerón se vio forzado a dejarse morir cuando un verdugo, que se decía enviado por orden del Senado, le puso ante los ojos el lazo y los ganchos²¹⁴, mientras que a Druso se le privó tan completamente de alimento, que intentó comerse la lana de su colchón; y también que los restos de ambos fueron totalmente dispersados, de modo que a duras penas se pudieron reunir más adelante.

Además de sus viejos amigos y familiares, había reclamado [55] para sí, como asesores en las tareas del gobierno, a veinte de los principales ciudadanos. De todos ellos, apenas dos o tres conservaron la vida; a los demás los hizo perecer por diferentes motivos, entre ellos a Elio Sejano²¹⁵, que arrastró en su caída a muchos más. Había elevado a este último a la cima del poder no tanto por afecto cuanto para tener de quien servirse a la hora de envolver con artimañas a los hijos de Germánico y asegurar la sucesión del imperio a su verdadero nieto, el hijo de Druso.

[56] No fue en absoluto más benévolo con sus comensales griegos, cuya compañía le agradaba más que ninguna otra. Así, cuando un día preguntó a un tal Xenón, que empleaba en su conversación un lenguaje muy rebuscado, qué dialecto era aquél tan desagradable, y éste le respondió que el dorio, lo relegó a Cinaria²¹⁶, creyendo que le había echado en cara su antiguo exilio²¹⁷, pues en

Rodas se habla el dorio. De la misma manera, como tenía por costumbre proponer durante la comida cuestiones extraídas de sus lecturas cotidianas²¹⁸, cuando se enteró de que el gramático Seleuco se informaba por sus esclavos de qué autores manejaba en cada momento, y así acudía preparado, primero lo alejó de su círculo y más tarde le forzó incluso a suicidarse.

[57] Su natural cruel y apático se reveló incluso en la niñez. Teodoro de Gádara²¹⁹, su maestro de retórica, parece que fue el primero en descubrirlo con sagacidad y en representarlo con una imagen muy apropiada, pues a menudo, cuando le reprendía, le llamaba «πηλὸν αἵματι πεφυραμένον» [es decir, «barro amasado con sangre»]. Pero se puso mucho más de manifiesto durante su imperio, incluso en los comienzos de éste, cuando todavía intentaba [2] ganarse el favor público fingiendo moderación. En vista de que un gracioso, al pasar un cortejo fúnebre por delante de él, había encargado en voz alta al muerto que le dijera a Augusto que todavía no se habían pagado los legados dejados por él a la plebe²²⁰, hizo que lo arrastraran a su presencia y ordenó que recibiera la deuda y que se lo llevaran después al suplicio, encargándole a su vez que le contara la verdad a su padre. Poco después, en el Senado, como un caballero romano llamado Pompeyo se oponía obstinadamente a una propuesta suya, le aseguró, mientras le amenazaba con la cárcel, que de Pompeyo lo haría un pompeyano, broma cruel con la que se mofaba a la vez del nombre del individuo y de la suerte que otrora había corrido este partido.

Por la misma época, al preguntarle un pretor²²¹ si quería [58] que se abrieran procesos contra los delitos de lesa majestad, respondió que debían ejecutarse las leyes, cosa que hizo con una crueldad extrema. Un individuo le había quitado la cabeza a una estatua de Augusto para ponerle la de otro personaje; el asunto se debatió en el Senado, y, como había dudas, se investigó recurriendo a la tortura. Una vez que el reo fue condenado, este tipo de acusaciones fue poco a poco ganando tanto terreno, que llegaron a ser sancionados con la pena capital delitos como los siguientes: haber abatido a un esclavo o cambiado de vestidura junto a una estatua de Augusto, haber entrado en un retrete o en un lupanar con una moneda o un anillo que llevara su imagen, o haber criticado alguna palabra o actuación

suya. En fin, pereció incluso un personaje por haber permitido que se le decretara un honor en su colonia el mismo día en que le habían sido decretados a Augusto en otro tiempo.

[59] Cometió además, so pretexto de rigor y de corregir las costumbres, pero más bien siguiendo su naturaleza, muchas acciones tan crueles y atroces, que algunos le reprocharon los males presentes y anunciaron los que estaban por venir incluso con los siguientes versos:

Hombre cruel y feroz, ¿quieres que te diga todo en pocas palabras?

que me muera si tu madre puede amarte.

Tú no eres caballero; ¿por qué?, no tienes cien mil sestercios²²²;

si quieres saberlo todo, también Rodas es un destierro²²³.

Has cambiado la edad de oro de Saturno, César:

mientras sigas vivo, siempre será la de hierro.

Aborrece el vino porque ahora de lo que tiene sed es de sangre:

la bebe con tanta ansia como antes el vino puro²²⁴.

[2] *Contempla, Rómulo²²⁵, al feliz Sila, feliz para su provecho, no para el tuyo²²⁶,*

y a Mario, si quieres, contempla, pero a su regreso²²⁷;

contempla asimismo las manos, más de una vez tintas en sangre,

de Antonio provocando las guerras civiles,

y di: ¡Roma está perdida!, reinó rodeado de sangre

todo aquel que vino del exilio al trono.

Al principio, quería que se tomaran estos versos como si fueran obra de personas que no soportaban sus reformas y que expresaban en ellos su cólera y su malhumor más que sus verdaderos sentimientos, y con frecuencia decía: «Que me odien, con tal de que me aprueben²²⁸». Luego, él mismo demostró que eran totalmente justos y acertados.

A los pocos días de su llegada a Capri, cuando un [60] pescador le ofreció de improviso un enorme salmónete mientras paseaba solo, mandó que le frotaran la cara con este pez, espantado de que hubiera podido trepar hasta él desde la parte posterior de la isla por terrenos

rocosos y fuera de ruta; y como el hombre se congratulaba durante el suplicio de no haberle ofrecido también una langosta enorme que había cogido, ordenó asimismo lacerarle el rostro con este animal. Castigó con la pena capital a un soldado pretoriano por haber sustraído un pavo real de un huerto. Cuando, en uno de sus viajes, la litera en la que le llevaban quedó enredada en unas zarzas, tiró a tierra al explorador de la ruta, un centurión de las primeras cohortes, y lo azotó casi hasta matarle.

[61] Se lanzó luego a todo tipo de crueldades sin que le faltara jamás ocasión, persiguiendo primero a los familiares e incluso a los simples conocidos de su madre, luego a los de sus nietos y nuera, y, finalmente, a los de Sejano, a cuya muerte siguió su mayor exhibición de ferocidad. Con ello quedó especialmente de manifiesto que no era tanto que se hubiera acostumbrado a las instigaciones de Sejano cuanto que este personaje le había suministrado las ocasiones que buscaba, por más que osara escribir en un comentario, en el que resumía y condensaba toda su vida, que había castigado a Sejano al descubrir que odiaba encarnizadamente a los hijos de Germánico, su hijo, aunque fue él mismo quien los hizo matar²²⁹, al primero cuando ya sospechaba de Sejano, y al segundo tras la caída [2] de su favorito. Sería demasiado prolijo exponer uno a uno sus actos de crueldad; bastará con enumerar, a guisa de ejemplos, las diversas formas que ésta adoptó. No hubo día, ni siquiera consagrado por un presagio funesto y dedicado a la divinidad, en el que se interrumpieran los castigos; se ejecutó a algunas personas el primer día del año. Muchos fueron acusados y condenados junto con sus hijos, e incluso por sus propios hijos. Se prohibieron las manifestaciones de duelo a los parientes de los condenados a muerte. Se decretaron recompensas especiales para los [3] acusadores, y a veces, incluso para los testigos. No se retiró el crédito a ningún delator. Toda acusación trajo consigo la pena capital, aun cuando se basara en unas pocas y simples palabras. Se acusó a un poeta²³⁰ de haber llenado de injurias a Agamenón en una tragedia, y a un historiador²³¹ de haber dicho que Bruto y Casio fueron los últimos romanos; se condenó inmediatamente a muerte a los autores y sus obras fueron proscritas, aunque quedara demostrado que habían sido leídas en público algunos años antes y en presencia de Augusto. Se privó a algunos [4] presos no sólo del consuelo del estudio, sino

también del disfrute de conversaciones y visitas. Algunas personas citadas a defender su causa se hirieron en su propia casa, seguras de que iban a ser condenadas e intentando escapar al tormento y a la ignominia, y otras bebieron veneno en plena curia; sin embargo, una vez vendadas sus heridas, medio muertas y palpitando aún, fueron arrastradas a prisión. Todos los castigados fueron arrojados a las Gemonias y arrastrados con el gancho; veinte en un solo día, entre ellos mujeres y niños. Como, según el uso establecido, [5] no era lícito estrangular a las doncellas, las niñas que todavía no habían llegado a la pubertad eran previamente violadas por el verdugo y luego estranguladas²³². Se obligaba a vivir a los que querían morir, pues consideraba la muerte un suplicio tan leve que, cuando se enteró de que uno de los acusados, llamado Cárnulo, se había suicidado, exclamó: «Cárnulo se me escapó». Asimismo, un día en que inspeccionaba las prisiones, respondió a un preso que le pedía que no demorara su suplicio: «Todavía no me he reconciliado contigo». Un excónsul comenta en sus anales [6] que, en un banquete muy concurrido al que asistió él mismo, un enano que se hallaba junto a la mesa entre los bufones le preguntó de repente a Tiberio en voz alta por qué Paconio²³³, acusado de lesa majestad, vivía tanto tiempo, y que éste le reprochó de momento su insolencia, pero, pocos días después, escribió al Senado encargándole que decidiera cuanto antes sobre el castigo de Paconio.

[62] Aumentó y reforzó su crueldad exacerbado por una denuncia relativa a la muerte de su hijo Druso. Convencido de que había muerto víctima de una enfermedad y de su intemperancia²³⁴, cuando al fin se enteró de que había sido traidoramente envenenado por su esposa Livila y por Sejano²³⁵, no quedó nadie libre de las torturas y el suplicio; pasó días enteros tan entregado y atento a la instrucción de este único proceso, que, cuando le anunciaron la llegada de un huésped procedente de Rodas, al que había invitado a Roma en una carta amistosa, mandó torturarlo inmediatamente, como si se tratara de un testigo imprescindible para la investigación, y luego, al descubrir su error, le hizo matar para que no divulgara la injusticia. [2] Aún puede verse en Capri el lugar donde realizaba sus torturas; desde allí ordenaba arrojar al mar en su presencia a los condenados, después de haberlos sometido a largos y refinados tormentos; un grupo de marineros recogían luego los cadáveres y los

destrozaban a golpe de bicheros y de remos hasta que no les quedara el menor aliento. Había ideado además, entre otras formas de suplicio, la de hacerles ingerir con artimañas una gran cantidad de vino y de repente ligarles sus partes naturales, para someterlos así al doble tormento de las correas y de la [3] retención de orina. Y si la muerte no le hubiera sorprendido ni Trasilo le hubiera expresamente, según dicen, inducido a diferir algunas ejecuciones haciéndole esperar una vida más larga, se cree que habría matado a muchas más personas y que no habría ni siquiera perdonado a sus otros nietos, pues consideraba sospechoso a Gayo²³⁶ y despreciaba a Tiberio²³⁷, como fruto de un adulterio. Y no es inverosímil, pues con frecuencia llamaba feliz a Príamo por haber sobrevivido a todos los suyos.

Vivió entretanto, además de odiado y aborrecido sobremanera, [63] totalmente consumido de inquietud e incluso expuesto a los ultrajes, como lo demuestran numerosos hechos. Prohibió que los arúspices fueran consultados en secreto y sin testigos. Intentó incluso dispersar los oráculos cercanos a la ciudad, pero desistió de ello aterrado por el poder de las suertes de Preneste, en vista de que no había podido encontrarlas en el arca en que habían sido transportadas a Roma después de sellarlas, sino cuando ésta fue devuelta al templo²³⁸. En dos ocasiones asignó [2] provincias a excónsules sin atreverse luego a dejarlos partir lejos de él; y así, los retuvo hasta darles sucesores varios años después sin que hubieran dejado Roma, y en el intervalo, puesto que conservaban el título de su cargo, no dejó de encomendarles además numerosas misiones, para que las hicieran cumplir por sus legados y auxiliares.

Después de la condena de su nuera y de sus nietos, [64] siempre los hacía trasladar encadenados y en una litera cerrada, encargando a sus soldados que impidieran a la gente que les salía al paso y a los viandantes volverse a mirarlos o detenerse.

[65] Le costó un gran esfuerzo derribar por fin a Sejano, que preparaba una revolución, aunque veía que su natalicio se celebraba ya oficialmente y que por todas partes se veneraban sus imágenes en oro; y para ello se valió más de la astucia y el engaño que de su autoridad imperial. En efecto, como primera medida, para alejarlo de su lado aparentando honrarlo, lo tomó como colega en su quinto consulado²³⁹, que había asumido precisamente con esta finalidad

después de un largo intervalo, estando ausente de Roma. Le engañó luego con la esperanza de un parentesco²⁴⁰ y del poder tribunicio, y, cuando menos se lo esperaba, le acusó en un escrito vergonzoso y deplorable en el que, entre otras súplicas, pedía a los senadores que le enviaran a uno de los cónsules²⁴¹ para conducirle, pues no era más que un anciano abandonado, ante ellos con [2] una escolta militar. Desconfiando aun así y temiendo una revuelta, había ordenado liberar, si las circunstancias lo exigían, a su nieto Druso²⁴², al que todavía tenía encarcelado en Roma, y ponerlo al frente del gobierno. Incluso tenía dispuestas naves en las que pensaba huir hacia las legiones que fuera, y desde una roca muy elevada acechaba continuamente las señales que había ordenado levantar a lo lejos conforme se fueran produciendo los hechos, para que no se retrasaran las noticias. Ni siquiera una vez sofocada la conjuración de Sejano se quedó más tranquilo o más sereno, y así, en los nueve meses que siguieron, no salió de la villa llamada de Ion.

Atormentaban además su espíritu angustiado las diversas [66] invectivas que le llegaban de todas partes, pues no había condenado que no le prodigara todo tipo de injurias, abiertamente o por medio de libelos depositados en la orquesta²⁴³. Estas ofensas le afectaban de un modo muy diverso, y así, unas veces la vergüenza le llevaba a desear que permanecieran ocultas e ignoradas, y otras, sin embargo, las despreciaba, citándolas él mismo y haciéndolas públicas. Hasta Artábano²⁴⁴, rey de los partos, lo ultrajó en una carta en la que le reprochaba sus parricidios²⁴⁵, sus asesinatos, su cobardía y su lujuria, exhortándole a aplacar cuanto antes con una muerte voluntaria el odio exacerbado y justificadísimo de sus conciudadanos.

Finalmente, hastiado de sí mismo, casi confesó todos [67] sus padecimientos, comenzando como sigue una de sus cartas: «¿Qué puedo escribiros, padres conscriptos?, ¿cómo debo hacerlo, o qué no debo en absoluto escribiros en este momento? Los dioses y las diosas me pierdan, si lo sé, de un modo aún peor a como yo me siento perecer cada día»²⁴⁶. Algunos creen que supo de antemano todo [2] esto por el conocimiento que tenía del porvenir²⁴⁷ y que había previsto con mucha anticipación cuánta hostilidad y deshonor le estaban reservados para el futuro; y que por eso se había negado

obstinadamente, al comienzo de su mandato, a recibir el título de Padre de la Patria y a que se le prestara el juramento de ratificar sus actos²⁴⁸, para no resultar más tarde indigno de tan altos honores y [3] aumentar con ello su deshonra. Esto es, sin duda, lo que puede deducirse del discurso que pronunció en respuesta a ambas propuestas; en particular del pasaje en que dice que siempre se iba a parecer a sí mismo y que jamás iba a cambiar sus costumbres mientras se hallara en su sano juicio; pero que por norma debía evitarse que el Senado se comprometiera a defender los actos de cualquier hombre, puesto que las circunstancias lo podían transformar; [4] y de aquel otro: «Pero si alguna vez dudáis de mis costumbres y de mi devoción hacia vosotros (y ojalá se me lleve la muerte antes de que ello ocurra, impidiéndome así ser testigo de un cambio semejante en la opinión que sobre mí tenéis), el título de padre no me añadirá ningún honor, y, en cambio, servirá para que se os reproche o la temeridad de haberme dado este sobrenombre o la inconstancia de juzgarme de dos maneras opuestas».

[68] Era corpulento y robusto, de una estatura que sobrepasaba la normal; ancho de espaldas y de pecho, tenía también sus restantes miembros bien proporcionados y armoniosos de la cabeza a los pies; su mano izquierda era más ágil y fuerte que la derecha, de unas articulaciones tan firmes que podía taladrar con el dedo una manzana fresca y sana, o herir de un capirotazo en la cabeza a un [2] niño, o incluso a un adolescente. Su tez era blanca, y se dejaba crecer bastante el cabello en el cogote, de suerte que le cubría incluso la nuca, lo que parecía ser en él un rasgo distintivo de la familia; tenía un rostro noble, aunque lleno de granos que le salían de repente²⁴⁹, y unos ojos muy grande, que, cosa extraordinaria, podían ver incluso de noche y en las tinieblas, pero por poco tiempo y nada más despertarse; después su vista se volvía a debilitar. Caminaba con la cabeza erguida y echada hacia [3] atrás, de ordinario fruncido el entrecejo y casi siempre en silencio, sin cambiar ninguna o muy contadas palabras incluso con los que estaban a su lado, y aun éstas con una extrema lentitud y acompañándolas de un blando movimiento de sus dedos. Augusto ya advirtió en él todos estos modales ingratos y llenos de arrogancia, e intentó disculparlos más de una vez ante el Senado y el pueblo alegando que eran defectos de la naturaleza, pero no del alma. Gozó

de una salud excelente, que, poco más o menos, se [4] mantuvo intacta durante casi todo el período de su mandato, aunque a partir de los treinta años la gobernó a su antojo, prescindiendo de la asistencia y el consejo de los médicos.

Bastante indiferente en lo que respecta a los dioses y [69] a las prácticas religiosas, pues cultivaba la astrología y estaba convencido de que todo lo gobierna el hado, sentía, sin embargo, un temor excesivo por los truenos²⁵⁰ y, cuando el cielo estaba encapotado, no dejó nunca de llevar en la cabeza una corona de laurel, porque se dice que este tipo de hoja es inaccesible al rayo²⁵¹.

Cultivó con entusiasmo las letras griegas y romanas. [70] En la elocuencia latina siguió a Corvino Mesala²⁵², que se había ganado el respeto de su juventud siendo ya anciano. Pero oscurecía su estilo con una afectación y un purismo exagerados²⁵³, de suerte que sus discursos improvisados se consideraban muy superiores a los preparados. [2] Compuso un poema lírico titulado *Lamento por la muerte de Lucio César*. Escribió asimismo poemas griegos a imitación de Euforión, Riano y Partenio²⁵⁴, poetas que le agradaban muchísimo y cuyas obras y retratos hizo colocar en las bibliotecas públicas entre los de los principales autores antiguos; por este motivo, muchos eruditos compitieron en [3] dedicarle numerosos escritos sobre estos autores. Con todo, lo que más se interesó en conocer fue la historia mítica, llegando al extremo de caer en las estupideces y el ridículo; así, probaba incluso a los gramáticos, categoría de hombres que, como ya hemos dicho²⁵⁵, le agradaba en grado sumo, con cuestiones más o menos de este tipo: «¿Quién fue la madre de Hécuba²⁵⁶?, ¿cómo se llamaba Aquiles entre las doncellas?, ¿qué solían cantar las Sirenas?», y el primer día que entró en la curia después de la muerte de Augusto, como para satisfacer a la piedad al mismo tiempo que a la religión, siguiendo el ejemplo de Minos²⁵⁷, ofreció a los dioses incienso y vino, pero sin que hubiera tañedor de flauta, tal y como lo había hecho aquél en otro tiempo a la muerte de su hijo.

Aunque hablaba griego con soltura y facilidad, hacía [71] de él un uso limitado y se abstenía de emplearlo sobre todo en el Senado, hasta el punto de pedir disculpas por tener que recurrir a este término extranjero antes de pronunciar la palabra «monopolio». En

otra ocasión incluso, al oír la palabra «ἐμβλημα» durante la lectura de un decreto del Senado, manifestó que se debía cambiar este vocablo y buscar uno del país que sustituyera ese término extranjero, o, en caso de que no se diera con él, recoger su sentido incluso con varias palabras, empleando una perífrasis. Prohibió asimismo a un soldado, al que se había pedido su testimonio en griego, responder en otra lengua que en latín.

Durante todo el tiempo que duró su retiro, sólo intentó [72] regresar a Roma dos veces; la primera llegó en trirreme hasta los jardines cercanos a la naumaquia²⁵⁸, después de haber repartido por las orillas del Tíber puestos de guardia encargados de alejar a las personas que venían a su encuentro; la segunda avanzó por la Vía Apia hasta el séptimo mojón. Pero, después de haberse limitado a divisar de lejos los muros de la ciudad sin acercarse a ellos, volvió sobre sus pasos; en la primera ocasión, no se sabe por qué motivo; en la segunda, espantado por un prodigio. Tenía [2] entre sus diversiones una serpiente dragón; pues bien, cuando iba a darle de comer en la mano según su costumbre, se la encontró devorada por las hormigas, y se le advirtió que se cuidara de la violencia de la multitud. Volvía, pues, apresuradamente a Campania, cuando cayó enfermo en Astura²⁵⁹ y, luego que se vio un poco restablecido, se dirigió a Circeyos²⁶⁰. Para no dar ninguna sospecha de debilidad, asistió a unos juegos castrenses, e incluso lanzó venablos desde su sitio contra un jabalí que se había hecho salir a la arena; al punto se le resintió el costado, cogió frío, pues se había acalorado mucho, y sufrió una recaída [3] más grave en su enfermedad. La soportó, no obstante, durante largo tiempo, aunque, una vez transportado hasta Miseno, no abandonara ninguna de sus costumbres cotidianas, ni siquiera los banquetes ni los demás placeres, en parte por incontinencia y en parte para disimular. Así, como su médico Caricles, a punto de partir con una licencia, le había cogido la mano para besársela al salir de un banquete, creyendo que le había tomado el pulso le animó a quedarse y a ponerse de nuevo a la mesa, prolongando la comida²⁶¹. Y ni siquiera entonces abandonó su costumbre de mantenerse en el centro del comedor con un lictor a su lado para responder a cada convidado cuando se despedía.

[73] Entretanto, leyó en las actas del Senado que se había dejado en libertad, sin ni siquiera tomarles declaración, a algunos acusados sobre los cuales él se había limitado a escribir escuetamente que habían sido mencionados por un delator. Lleno de cólera ante el menosprecio de su persona que, según él, este hecho significaba, resolvió regresar a Capri a toda costa, pues no se atrevía a emprender ninguna acción sin hallarse en lugar seguro. Pero, retenido por las tempestades y el agravamiento de su enfermedad, murió poco después en la villa de Luculo, a los setenta y siete años de edad²⁶² y veintitrés de mandato, el decimoséptimo día antes de las calendas de abril, bajo el consulado de Gneo Acerronio Próculo y Gayo Poncio Nigrino²⁶³. Hay quienes creen que Gayo le administró un veneno [2] lento y corrosivo²⁶⁴; otros piensan que se le negó el alimento que ansiaba durante una bajada repentina de la fiebre; algunos, por último, que fue asfixiado²⁶⁵ con la almohada cuando reclamaba, al volver en sí, el anillo que le habían quitado mientras se hallaba inconsciente. Según Séneca²⁶⁶, se quitó el anillo cuando se sintió desfallecer, como para entregárselo a alguien, y lo retuvo por algún tiempo; luego se lo volvió a poner en el dedo y permaneció durante largo rato inmóvil, con la mano izquierda cerrada; de repente, después de haber llamado a sus criados sin que ninguno de ellos respondiera, se levantó y, al faltarle las fuerzas, cayó muerto no lejos del lecho.

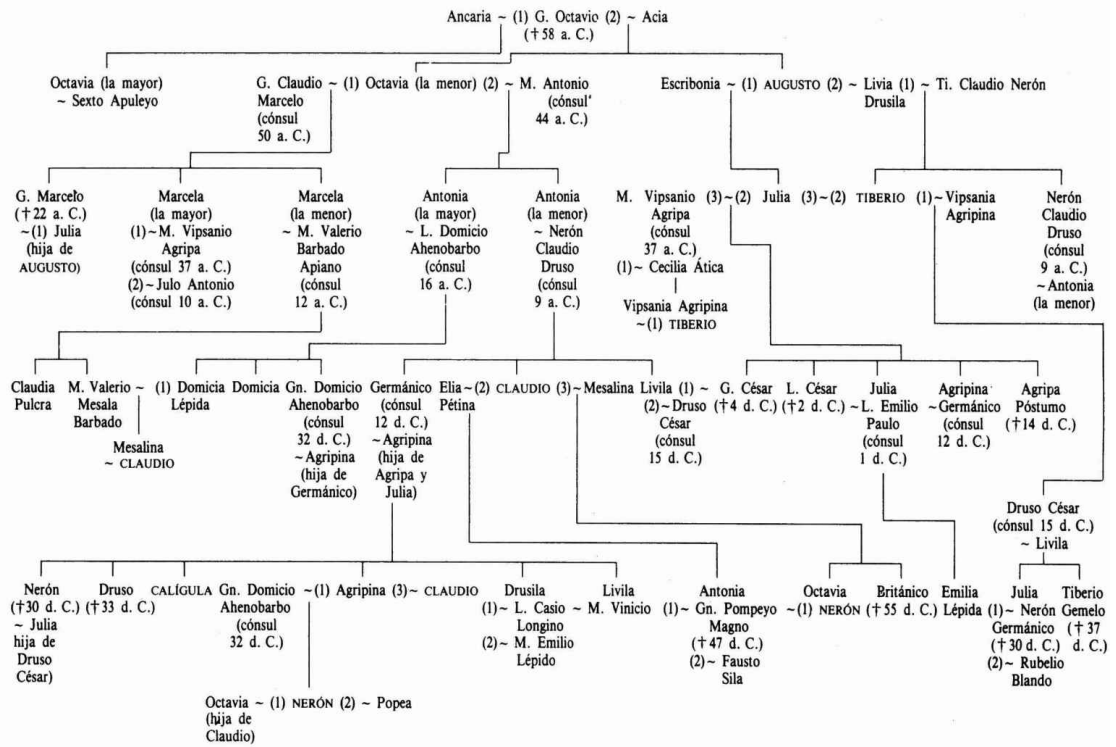
En su último cumpleaños se le había aparecido en sueños [74] el Apolo Temenita²⁶⁷, estatua de tamaño colosal y de una gran perfección que había hecho traer de Siracusa para colocarla en la biblioteca de un nuevo templo²⁶⁸, y le había asegurado que no podría consagrarla. Pocos días antes de su muerte, se derrumbó en Capri la torre del faro por efecto de un terremoto. Y en Miseno, la ceniza de los rescoldos y brasas que se habían traído para calentar el comedor, a pesar de estar ya apagada y fría desde hacía tiempo, se encendió de repente a la caída de la tarde y siguió brillando hasta bien entrada la noche.

[75] El pueblo se alegró sobremanera de su muerte, y así, a la primera noticia de ésta, la gente se echó a correr en todas direcciones, mientras unos gritaban: «¡Tiberio al Tíber! », otros rogaban a la madre Tierra y a los dioses Manes que no acogieran al

muerto sino entre los impíos, y otros, en fin, amenazaban al cadáver con el gancho y las Gemonias, exacerbados por la última atrocidad que se había cometido y que se añadía al recuerdo de su antigua [2] crueldad. En efecto, como un decreto del Senado²⁶⁹ había establecido que el castigo de los condenados se aplazara siempre hasta el décimo día, se dio el caso de que algunas personas tenían que ser ejecutadas el día en que se anunció la muerte de Tiberio. Los condenados imploraron auxilio a todo el mundo, pero sus guardianes, en vista de que no había nadie a quien pudieran dirigirse para consultar el caso, pues Gayo²⁷⁰ se hallaba todavía ausente, temerosos de faltar a sus órdenes, los estrangularon y los [3] arrojaron a las Gemonias. Creció, pues, el rencor, considerando que, aun después de la muerte del tirano, persistía su crueldad. Cuando comenzó el traslado del cuerpo desde Miseno, muchas personas gritaron que había que llevarlo más bien a Atela y quemarlo a medias en el anfiteatro, pero fue transportado a Roma por unos soldados y quemado en funerales públicos.

[76] Dos años antes había redactado su testamento en dos copias, una de su propia mano y la otra escrita por un liberto, pero ambas con el mismo contenido, y había hecho que estamparan en ellas su sello incluso personas de la más baja condición. En este testamento dejó como herederos en partes iguales a sus nietos Gayo y Tiberio²⁷¹, el primero por Germánico y el segundo por Druso, y los declaró herederos el uno del otro; dejó también legados a muchas personas, entre ellas a las vírgenes vestales, pero también a todos los soldados, a cada miembro de la plebe romana, e incluso a los inspectores de los barrios, en cláusula aparte.

LA FAMILIA JULIO - CLAUDIA



¹ El rey sabino que, según la tradición, compartió el trono con Rómulo después de la guerra que siguió al rapto de las sabinas.

² El año 505 o 504 a. C., pues, según la cronología tradicional, la expulsión de los reyes se produjo en 510 a. C.

³ Lo cual constituía un privilegio, pues las leyes de las Doce Tablas prescribían que los cadáveres fueran enterrados o incinerados fuera del recinto de la ciudad. Véase *Augusto* 100, nota 376.

⁴ Sobre la ovación, véase *Augusto* 22, nota 116.

⁵ Cf. AULO GELIO, *Noches Áticas* XIII 23, 7-9.

⁶ Cf. LIV., *Epitome* XIII. Apio Claudio el Ciego, el político más importante de finales del siglo IV y comienzos del III a. C., fue censor en 312 y cónsul en 307 y 296. Su discurso en el Senado en contra de las propuestas de paz hechas por Pirro, pronunciado en 280, tuvo una importancia capital para el posterior desarrollo de la historia de Roma.

⁷ El año de su consulado (264 a. C.): cf. VELEYO PATÉRCULO II 38. La acción aquí descrita por Suetonio supuso el comienzo de la primera guerra púnica.

⁸ Ailloud (lo mismo que Ihm) lee con el código Memmiano *Tibus* y pone una *crux* en el texto. Adoptamos la lectura que dan otros manuscritos, *Tiberius*, seguida por otros editores, entre ellos Rolfe, Du Four y Bassols. De todas formas, Suetonio comete un error en el *praenomen* de este personaje, pues los hombres que vencieron a Asdrúbal en el Metauro en 207 a. C. fueron los cónsules de aquel año, Gayo Claudio Nerón y Marco Livio Salinator.

⁹ Apio Claudio Craso Inregilense Sabino, cónsul en 471 y 451 a. C., *decemvir legibus scribendis* en 451 y 450. En este tiempo se produjo, según la tradición, su célebre atentado contra Virginia, que dio lugar a la segunda secesión de la plebe del año 449 a. C. Cf. LIV., III 44 ss.

¹⁰ Así en todos los manuscritos. Sin embargo, no es probable que el *cognomen* sea Druso. Se han hecho varios intentos de identificar a este personaje. IHM («Suetoniana», *Hermes*, 36 [1901], 303-304) supone que se trata del hijo mayor de Apio el Ciego, Claudio *Russus*, mejor que *Rufus*, el *cognomen* normalmente aceptado, cónsul en 268 a. C.

¹¹ En 249 a. C., año del consulado de Publio Claudio Pulcro, hijo de Apio el Ciego.

¹² La primera, Claudia Quinta (cf. LIV., XXIX 14, 12), hija de Publio Claudio Pulcro, y la segunda, hermana de este último e hija de Apio Claudio el Ciego (cf. AULO GELIO, *Noches Áticas* X 6).

¹³ Cibele, la Gran Madre de los Dioses (cf. *Augusto* 68), era una diosa frigia frecuentemente denominada también Madre Idea, por tener en el monte Ida una de sus principales sedes. La piedra negra con la que era más o menos identificada fue

traída a Roma en el año 204 a. C., engarzándose este dato histórico con la tradición legendaria de la que Suetonio se hace eco en este pasaje.

¹⁴ Cf. *Julio* 20, 4 y notas correspondientes.

¹⁵ Para ponerse la toga *pulla o sordidata*, con la que los acusados solían excitar la conmiseración pública; cf. *Augusto* 32, nota 182.

¹⁶ El *praenomen* de este personaje no es Apio, sino Publio; cf. cap. 2, nota 11.

¹⁷ Marco Livio Druso Claudiano (antes de su adopción, Apio Claudio Pulcro), hijo de Gayo Claudio Pulcro, cónsul en 92 a. C.

¹⁸ Marco Livio Salinator, cónsul en 219 a. C. con Lucio Emilio Paulo y en 207 con Gayo Claudio Nerón (cf. cap. 2, nota 8); dictador este último año y censor en 204.

¹⁹ Excepto la tribu Mecia (cf. LIV., XXIX 37, 13-14; VALERIO MÁXIMO II 9, 6).

²⁰ Al narrar los orígenes de los Livios Drusos, Suetonio parece identificar en uno solo a dos personajes de este linaje. El Druso originario fue *magister equitum* del dictador Lucio Papirio Cursor en 324 a. C. La cuenta por generaciones no permite hacerle tatarabuelo del *patronus senatus*, tribuno de la plebe en 122 a. C. Como mucho, nos llevaría a la época del aniquilamiento de los senones por Manio Curio Dentado, en 283, y a postular la existencia de un Marco Livio Druso, pretor por entonces, que sería el personaje a quien Suetonio atribuye la recuperación del oro pagado en otro tiempo a los senones.

²¹ Marco Livio Druso, colega de Gayo Graco en el tribunado del año 122 a. C., durante el cual se dedicó a menoscabar la popularidad de éste, haciendo fracasar todos sus proyectos mediante un hábil procedimiento demagógico que le valió el ser nombrado *patronus senatus*. Cónsul en 112 junto con Lucio Calpurnio Pisón Cesonino y censor en 109, año de su muerte.

²² Marco Livio Druso, tribuno de la plebe en 91 a. C. Famoso por su honradez e integridad, trató de conciliar en su programa las aspiraciones de los demócratas y las exigencias de los optimates, clase a la que pertenecía. Entre los puntos capitales de su programa figuraban la restitución del poder judicial a los senadores y la concesión de la ciudadanía a los itálos. Fue asesinado en el curso de este mismo año. Cf. VELEYO PATÉRCULO, II 13-14. Por este personaje fue adoptado el abuelo de Tiberio, Apio Claudio Pulcro, que desde entonces pasó a llamarse Marco Livio Druso Claudiano.

²³ Cf. *Guerra de Alejandría* 25, 3; DIÓN, XLII 40, 5-6.

²⁴ Véase *Julio* 35, 2, nota 181.

²⁵ En 41 a. C.

²⁶ Véase *Augusto* 9, nota 50.

²⁷ Tras la entrada de Octaviano en Roma con sus tropas en agosto de 43, Sexto Pompeyo fue desterrado por la ley Pedia y proscrito en otoño por los triunviros. Con ayuda de la flota, cuyo mando siguió ostentando ilegalmente, y con el apoyo de los demás perseguidos, conquistó sicilia y comenzó el bloqueo de Italia, para acabar con el cual Octaviano se vio obligado a firmar en 39 el acuerdo de Miseno. Cf. *Augusto* 16, 1.

²⁸ A raíz de la firma del tratado de Miseno entre Antonio, Octaviano y Pompeyo, se proclamó una amnistía general.

²⁹ Véase *Augusto* 62, 2.

³⁰ Sobre él véase principalmente *Claudio* 1.

³¹ Alfidia, hija de Marco Alfidio. Suetonio (*Calígula* 23, 2) identifica erróneamente al abuelo de Livia con Aufidio Lurcón, noble romano, intentando refutar los malévolos comentarios de Calígula, que hacía a Livia nieta de un decurión de Fundos.

³² El 16 de noviembre del año 42 a. C.

³³ Sobre ellos, cf. *Augusto* 10, 3; 11.

³⁴ Cf. *Augusto* 62, 1, nota 262.

³⁵ El hermano del triunviro, cónsul en 41 a. C. Cf. *Augusto* 14.

³⁶ Véase cap. 4, 2 y 3.

³⁷ El sistema de patronazgo romano se extendía incluso más allá de las fronteras de Roma y de Italia. Las naciones, pueblos o comunidades dependientes tenían patronos romanos que los representaban en el Estado y velaban por sus intereses. Estos patronos pertenecían, lógicamente, a las más conspicuas familias romanas, y así, por ejemplo, los Antonios eran patronos de Bolonia (cf. *Augusto* 17, 2), los Escipiones, de África, etc.

³⁸ Véase *Julio* 84, 4, nota 358.

³⁹ Este personaje fue pretor en 44 a. C. y sirvió en 43 en Módena a las órdenes de Antonio, a cuyo lado luchó contra Octaviano.

⁴⁰ En el año 33 a. C.

⁴¹ Cf. *Augusto* 22.

⁴² El carro triunfal era una cuadriga. Los caballos de los extremos, enganchados por una cuerda, eran llamados *funales*, mientras que los que quedaban en el centro, uncidos al yugo, recibían el nombre de *iugales*.

⁴³ Véase *Augusto* 63, 1, nota 270.

⁴⁴ Cf. *Julio* 39, 2, nota 197; *Augusto* 43, 2.

⁴⁵ Tiberio tomó la toga viril el 24 de abril del año 27 a. C., con catorce años.

⁴⁶ Construido por Estatilio Tauro; cf. *Augusto* 29, 5.

⁴⁷ Los *rudarii* eran los gladiadores que habían conseguido la vara de honor (*rudis*), símbolo de su retiro.

⁴⁸ Vipsania Agripina, hija de Marco Agripa y de su primera mujer, Cecilia Ática. Después de su divorcio de Tiberio, contrajo matrimonio con Gayo Asinio Galo (sobre el cual véase *Claudio* 41, 3, nota 147), al que dio cinco hijos.

⁴⁹ Véase *Augusto* 63, 2. Druso César, de quien se sabe el día de nacimiento (7 de octubre), pero no el año exacto (entre 15 y 12 a. C.), fue nombrado *princeps iuventutis* poco después del año 2 d. C. Cuestor en 11, en 14 fue enviado a sofocar la rebelión de Panonia junto con Sejano. Fue cónsul ordinario en 15 y gobernador de Iliria en 17. Después de haber ejercido por segunda vez el consulado ordinario en el año 21, en 22 se le concedió la potestad tribunicia. Esto impulsó a Sejano a seducir a la esposa de Druso, Livila, hermana de Germánico, y a convencerla para envenenar a su esposo (año 23 d. C.); cf. cap. 62, 1.

⁵⁰ Sobre ella véase *Augusto* 19, 2, nota 108.

⁵¹ Agripa, segundo marido de Julia. Véase *Augusto* 63, 1.

⁵² En el año 9 a. C. Véase *Claudio* 1, 3.

⁵³ Rey de Capadocia, región que Tiberio convirtió más tarde en provincia romana; cf. cap. 37, 4.

⁵⁴ Cf. *Augusto* 19, 1.

⁵⁵ Como ya había hecho Augusto; cf. *Augusto* 32, 1.

⁵⁶ Emprendida el año 26-25 a. C., cf. *Augusto* 20. Tiberio y Marcelo acompañaron a Augusto en esta expedición o se le unieron antes de finalizar la campaña. Durante el Imperio, con la consolidación de la figura del *legatus legionis*, los tribunos militares perdieron gran parte de su responsabilidad en el ejército. El tribunado pasó a ser importante como forma de acceso a la carrera política, pues abría paso a la cuestura.

⁵⁷ Tigranes II, hijo del rey Artavasdes y nieto de Tigranes I. Exiliado en Roma, fue coronado rey de Armenia por Tiberio en 20 a. C., a la muerte de su hermano Artaxes, aliado de los partos.

⁵⁸ Cf. *Augusto* 21, 3. Los estandartes se recuperaron en 20 a. C.

⁵⁹ Cf. *Julio* 22, 1, nota 116.

⁶⁰ Cf. *Augusto* 21, 1. Las dos primeras guerras tuvieron lugar en el año 15 a. C.; la guerra de Panonia se desarrolló del año 12 al 9, y la de Germania tuvo lugar en 8 a. C.

⁶¹ Tiberio obtuvo una ovación el año 9 a. C. por sus victorias sobre los panonios y los dálmatas. El año 7 a. C. se le concedió el triunfo por su campaña

contra los germanos. Previamente, el año 11, se le habían otorgado las insignias triunfales.

⁶² Tiberio fue cuestor en 23 a. C., con dieciocho años (cumplía diecinueve el 16 de noviembre), pretor en 16, con veinticinco años, y cónsul, con Publio Quintilio Varo, en 13 a. C., con veintiocho años. Por tanto, en su caso se pasó por alto el requisito obligatorio de la edad mínima, fijada en el Imperio para la cuestura en veinticinco años, para la pretura en treinta y para el consulado en treinta y tres. La afirmación que hace Suetonio de que ejerció estos tres cargos «casi sin interrupción» (*paene iunctim*) es demasiado general: el intervalo mínimo exigido entre los sucesivos cargos era de dos años.

⁶³ Año 7 a. C., junto con Gneo Calpurnio Pisón. Al año siguiente recibió la potestad tribunicia.

⁶⁴ Julia; véase cap. 7.

⁶⁵ En realidad, sus nietos, Gayo y Lucio, adoptados por él en 17 a. C. (cf. *Augusto* 64, 1). Sobre ellos, véase *Augusto* 26, 2 y notas correspondientes. Por esta época (año 6 a. C.), Gayo tendría unos catorce años, y su hermano Lucio, unos once.

⁶⁶ Sobre él véase *Augusto* 16, 2, nota 78.

⁶⁷ El hijo de Octavia; cf. *Augusto* 63, 1, nota 270.

⁶⁸ Cf. *Augusto* 66, 3.

⁶⁹ Cf. *Augusto* 65, 1.

⁷⁰ Cf. cap. 9, 3.

⁷¹ Los hijos adoptivos de Augusto. Véase cap. 10, 1.

⁷² El hijo mayor de Julia y Agripa.

⁷³ Cf. *Augusto* 23, 1, nota 119.

⁷⁴ Erigidos probablemente cuando Tiberio fue gobernador de Galia; cf. cap. 9, 1.

⁷⁵ Gayo César.

⁷⁶ Véase cap. 12, 2.

⁷⁷ En el año 2 d. C.

⁷⁸ Las tropas de Octaviano y Antonio que derrotaron en Filipos al ejército de Bruto y Casio el año 42 a. C. Véase *Augusto* 13, 1.

⁷⁹ El monstruoso hijo de Crisaor y Calírroe, dueño del rebaño de vacas que Hércules le arrebató en su décimo trabajo. Fuera de este pasaje, no se conserva ninguna otra mención de este oráculo. La fuente de Apono, mencionada a continuación, era un manantial de aguas termales situado también cerca de Padua.

⁸⁰ Cf. *Augusto* 98, 4.

⁸¹ El día en que éste recibió la toga viril, ceremonia que comprendía varios actos. El primero de ellos consistía propiamente en la asunción de la toga viril, que el joven vestía tras haberse despojado de la pretexta y de la bula (cf. *Julio* 84, 4, nota 358). Luego su padre lo conducía al Foro acompañado por sus familiares y amigos, y de allí al archivo público, donde lo inscribía entre los ciudadanos. La ceremonia finalizaba con un sacrificio, aparentemente en el Capitolio (cf. *Claudio* 2, 2). Véase asimismo *Augusto* 26, 2; *Nerón* 7, 2.

⁸² La ladera occidental del Esquilino; distrito residencial donde vivieron muchos famosos personajes.

⁸³ Nombre que recibían las colinas del Opio y-el Cispio, estribaciones de la meseta que llega hasta el Aniene. Esta región estaba cortada por las murallas y atravesada por algunas calzadas importantes. Fuera de las murallas se encontraban el cementerio de los pobres y algunos acueductos. En esa zona se construyeron numerosos jardines de recreo, entre ellos los de Mecenas, legados a Augusto tras la muerte de su propietario.

⁸⁴ Cf. *Augusto* 65, 1.

⁸⁵ Agripa Póstumo; cf. *Augusto* 64, 1; 65, 1.

⁸⁶ Cf. *Calígula* 1, 1; *Claudio* 2, 1. Germánico nació el 25 de mayo del año 15 a. C. Por esta época (junio del año 4 d. C.) tenía, por tanto dieciocho años.

⁸⁷ El *peculium* era el caudal particular que el *pater familias* permitía tener a sus hijos, o el amo a sus esclavos. Aunque éstos lo incrementaran por medios propios, pertenecía siempre técnicamente al padre o al amo, que podía revocarlo a su voluntad.

⁸⁸ Cf. *Augusto* 65, 1.

⁸⁹ Por diez años.

⁹⁰ Tiberio fue enviado a Germania inmediatamente después de su adopción y de que se le concediera por segunda vez la potestad tribunicia, en el año 4 d. C. En Germania llevó a cabo dos campañas victoriosas en los años 4 y 5, pero en el curso de la tercera (en el año 6), la rebelión de los panonios y dálmatas reclamó su presencia, y las operaciones quedaron suspendidas en Germania hasta el año 9.

⁹¹ La embajada para solicitar la restauración en el trono de Vonones, el mayor de los hijos de Fraates, aún con vida.

⁹² La rebelión de los panonios y dálmatas: cf. VELEYO PATÉRCULO, II 110, 2; DIÓN, LV 29, 1 y 2.

⁹³ Del año 6 al 9 d. C.

⁹⁴ Cf. *Augusto* 23, 1 y 2.

⁹⁵ Véase cap. 20.

⁹⁶ Cf. *Augusto* 43, 1, nota 214.

⁹⁷ El 10 d. C.

⁹⁸ César había confiado a menudo la suerte de una batalla a uno de sus oficiales de Estado Mayor (*legatus*). A partir de Augusto, la función de *legatus legionis* se hizo permanente, y este oficial, de rango senatorial, comanda la legión en detrimento de los tribunos militares, que a partir de ahora desempeñarán fundamentalmente cometidos administrativos.

⁹⁹ El 23 de octubre del año 11 d. C.

¹⁰⁰ Donde finalizaba la ceremonia triunfal, con un sacrificio a Júpiter Óptimo Máximo; cf. *Julio* 37, 2, nota 191.

¹⁰¹ Hubo dos caudillos contemporáneos llamados así, el uno panonio y el otro dálmata. Suetonio los confunde aquí. El líder panonio fue ejecutado por su homónimo dálmata el año 8 d. C. Fue Batón el dálmata quien, tras su derrota en 9 d. C., figuró como cautivo en el triunfo de Tiberio y fue confinado en Ravena.

¹⁰² Ciudad de la Galia Cispadana, situada junto al Adriático, que constituía una de las dos bases navales más importantes del Imperio. En ella fueron confinados varios prisioneros políticos, como el germano Maroboduo (cf. TÁC., *Anales* II 63, 5). Los caudillos enemigos, después de figurar en el triunfo, eran normalmente arrastrados a la cárcel y allí estrangulados. Al perdonarles la vida y confinarlos en alguna plaza fuerte, se les dispensaba ya un trato suficientemente generoso.

¹⁰³ El templo de la Concordia fue dedicado el año 10 d. C. y el de Cástor lo había sido ya en el 6. Con el producto del botín debieron, por tanto, ser tan sólo enriquecidos. Se trataba, por otra parte, de dos reconstrucciones, pues ambos templos eran muy antiguos, el de la Concordia de comienzos del siglo IV a. C., restaurado por Lucio Opimio en 121 a. C., y el de Cástor y Pólux del siglo V.

¹⁰⁴ El 11 de mayo del año 14 d. C.; cf. *Augusto* 97, 1.

¹⁰⁵ Cf. *Augusto* 98, 5.

^{105 bis} Lugar marcado con una *crux* por Ihm y Ailloud. De las palabras griegas que se leen a continuación en los manuscritos, sólo es posible entender στρατηγῶν. Otros editores, entre ellos Rolfe, Du Four, Bassols, leen con algunas de las primeras ediciones ταῖς Μούσαις στρατηγῶν, cuyo sentido sería: «comandando los ejércitos (para mí y) para las Musas».

¹⁰⁶ Verso de Ennio (*Anales* 370, 2.^a ed. VAHLEN; 363 ed. O. SKUTSCH), ligeramente modificado por Augusto, que, en lugar de *cunctando* («contemporizando»), emplea *vigilando*. Cf. asimismo VIRG., *Eneida* VI 846.

¹⁰⁷ La expresión *medius Fidius* debe descomponerse en *me dius Fidius*, fórmula de juramento en la que se invocaba a Júpiter por uno de sus sobrenombres, el dios de la Buena Fe.

¹⁰⁸ *Iliada* X 246-247; palabras de Diomedes referidas a Ulises.

[109](#) Agripa Póstumo, el hijo menor de Julia y Agripa, relegado a Sorrento y más tarde deportado a Planasia; cf. *Augusto* 65, 1 y 4.

[110](#) De la ejecución directa se encargó un centurión, como era habitual. Cf. TÁC., *Anales* I 6.

[111](#) Cf. cap. 7, 2; nota 49.

[112](#) Cf. *Augusto* 101.

[113](#) Los dos hijos mayores de Agripa y Julia, adoptados por Augusto en 17 a. C. (cf. *Augusto* 64, 1) y muertos el primero en 4 y el segundo en 2 d. C. (cf. cap. 15, 2; *Augusto* 65, 1).

[114](#) Proverbio cuyo significado queda aclarado en TERCENCIO, *Formión* 506 s.: «Tengo más bien, como suele decirse, al lobo por las orejas; que ni sé cómo soltarlo, ni cómo retenerlo».

[115](#) Cf. TÁC., *Anales* II 39-40; DIÓN, LVII 16.

[116](#) Marco (no Lucio) Escribonio Libón Druso, hermano acaso del cónsul del año 16 Lucio Escribonio, era nieto de Sexto Pompeyo y sobrino nieto de Escribonia, la segunda esposa de Augusto. Se suicidó el año 16, al no ver atendida su petición de clemencia ante Tiberio. Cf. TÁC., *Anales* II 27-31.

[117](#) Para la rebelión de Panonia, cf. TÁC., *Anales* I 16-30; DIÓN, LVII 4. Para la de Germania, cf. TÁC., *Anales* I 31-51; DIÓN, LVII 5-6; SUETONIO, *Calígula* 48, 1.

[118](#) Según Tácito (*Anales* I 17, 6), los legionarios cobraban diez ases diarios; más adelante (I 17, 9) informa que el sueldo de los pretorianos era de dos denarios (32 ases) diarios. Se entienden, por tanto, las reclamaciones de los primeros, aunque hemos de tener en cuenta que éstos recibían gratuitamente grano, mientras que a los segundos no se les distribuyó hasta la época de Nerón (*Nerón* 10, 1). Otra de las exigencias fundamentales de los legionarios era la reducción de sus años de servicio, de veinte, como había estipulado Augusto en 6 d. C., a dieciséis, que era la duración del servicio de los pretorianos.

[119](#) Después de su primer consulado (12 d. C.), Germánico permaneció al mando de las legiones de Germania desde el 13 hasta el 16.

[120](#) Cf. *Calígula* 1, 1; TÁC., *Anales* I 35, 4; DIÓN, LVII 5, 2.

[121](#) En Panonia la rebelión fue aplastada por Druso al día siguiente del eclipse de luna (TÁC., *Anales* I 28; DIÓN, LVII 4, 4) que tuvo lugar el 27 de septiembre de 14 d. C. En el caso de Germania no se puede precisar con tanta exactitud; la victoria definitiva se produjo poco después de que las legiones se retiraran a los cuarteles de invierno (TÁC., *Anales* I 50, 5; 51, 3), aproximadamente a mediados de octubre.

[122](#) Tiberio fue nombrado *pontifex maximus* el 10 de marzo del año 15.

[123](#) La *secespita*, el cuchillo de hierro empleado en los sacrificios, se encuentra descrita en FESTO, pág. 348.

[124](#) Los primeros años del reinado de Tiberio fueron ya alabados por los antiguos (SÉN., *De dementia* I 1, 6; PLIN., *Historia Natural* XXXIV 62). Este primer período duró hasta la muerte de Druso y de Germánico (cf. cap. 39; Calígula 6, 2; TÁC., *Anales* VI 51, 5).

[125](#) Estos juegos se celebraban desde la época de Augusto del 4 al 17 de noviembre. El 13 tenía lugar el *epulum Iovis*; antes de ese día se celebraban los *ludi scaenici*, y después de él los *ludi circenses*. Tiberio había nacido el 16 de noviembre (cf. cap. 5).

[126](#) Es decir, a condición de que no figurara su imagen como la de un *deus contubernalis*, o asociado al dios tutelar del templo. En los templos había, además de la imagen de culto, otras muchas representaciones de personajes ilustres, pinturas, exvotos, medallones, etc.

[127](#) Cf. *Julio* 2, nota 13.

[128](#) Cf. *Augusto* 101, 2: «ordenándoles (a Tiberio y Livia), además, llevar su nombre»; *Tiberio* 17, 2: «volviendo a prometer que le bastaba (a Tiberio) con el (nombre) que había de tomar después de su muerte».

[129](#) Tiberio fue cinco veces cónsul, las tres últimas siendo ya emperador: en los años 18, 21 y 31.

[130](#) En efecto, Tiberio había abandonado Roma, ya para no volver, en el año 26 (cf. cap. 39).

[131](#) Quinto Haterio, cf. TÁC., *Anales* I 13. Véase también cap. 29.

[132](#) Para un romano tradicional, el término *dominus* tenía unas implicaciones demasiado aduladoras, pues en principio designaba al «señor» de sus esclavos, al amo. Augusto ya lo había rechazado (cf. *Augusto* 53, 1), y Tiberio, haciendo gala de un carácter netamente romano, dijo textualmente que él era *dominus* para sus esclavos, *imperator* para sus soldados, *princeps* para el resto (cf. DIÓN, LVII 8, 2). Véase también TÁC., *Anales* II 87.

[133](#) Cf. TERCENCIO, *Heautontimorúmenos* 481.

[134](#) Véase cap. 27, nota 131.

[135](#) *Dominos*, precisamente el término con el que no aceptaba que se dirigieran a él: véase cap. 27, nota 132.

[136](#) Sin embargo, en el año 33 Tiberio solicitó al Senado permiso para que el prefecto del pretorio y otros altos oficiales pudieran acompañarle a la curia (cf. TÁC., *Anales* VI 15, 5; DIÓN, LVIII 18, 5). Esta práctica se generalizó bajo los emperadores siguientes; para Calígula, cf. DIÓN, LIX 26, 3; para Claudio, cf. *Claudio* 12, 1.

[137](#) En virtud de la cual el Senado confería al interesado el derecho a disfrutar de los honores y ventajas que comportaba el puesto de legado, aunque su permanencia en el extranjero se debiera a asuntos privados.

[138](#) Ciudad de Umbría, hoy Trevi, situada en un ramal de la Vía Flaminia que iba desde Interamna a Fulginia (hoy Terni y Foligno respectivamente), a unas cinco millas de esta última ciudad.

[139](#) La *discessio* era el procedimiento tradicional de votación en el Senado. Una vez debatido el asunto en cuestión, el magistrado convocante resumía las propuestas y pronunciaba estas palabras: «Los que opináis así, pasad a esta parte; los que tenéis una opinión distinta, pasad a aquella otra, según vuestro parecer».

[140](#) La primitiva «semana» romana de ocho días, que transcurrían entre dos *nundinae* (véase *Augusto* 92, 2, nota 337), había dado paso desde el comienzo del Imperio a la semana de siete días (*septimana*), cada uno de los cuales estaba dedicado a un planeta. El *dies Saturni* comenzó a llamarse desde muy temprano *sabbatum* por influencia del judaísmo (véase también *Augusto* 76, 2).

[141](#) Para el gran interés de Tiberio por la erudición, véanse caps. 11, 3; 56 y 70. Las enseñanzas de los gramáticos no sólo comprendían la lengua y la literatura, sino que abarcaban también otros campos, como el de la historia.

[142](#) En el tribunal se sentaban el magistrado, sus consejeros, los *assesores*, *scribae* y demás esclavos, que prestaban sus servicios al magistrado. Enfrente del tribunal se situaban los bancos que ocupaban las partes en litigio, los testigos y el público asistente. Según Tácito (*Anales* I 75, 1), Tiberio se sentaba *in cornu tribunalis, ne praetorem curuli depelleret* («en un extremo del tribunal, para no despojar al pretor de su silla»). DiÓN (LVII 7, 6) dice que se sentaba ἐπὶ τοῦ βήθρου τοῦ κατόντικρὺς σφῶν κειμένου («en el banco que quedaba exactamente enfrente de ellos»).

[143](#) En el año 15, según Tácito (*Anales* I 77, 5).

[144](#) Que habían llegado a ser extraordinariamente apreciados, cf. *Augusto* 70, 2. Eran recipientes fabricados con metales preciosos.

[145](#) No se trata aquí de los besos intercambiados entre parientes, sino de los que, a modo de saludo, se habían puesto de moda desde comienzos del Imperio entre las personas de rango social elevado. La medida adoptada por Tiberio era, ante todo, higiénica, pues precisamente por esta época se había propagado una enfermedad de la piel cuyos efectos padeció el propio emperador: cf. PLIN., *Historia Natural* XXVI 1 ss. Véase también SUET., *Tiberio* 68, 2; TÁC., *Anales* IV 57, 3.

[146](#) Los romanos tenían por costumbre intercambiar regalos de buen augurio a primeros de año.

[147](#) Cf. TÁC., *Anales* II 85, donde se narra el caso de Vistilia.

[148](#) Bastante rigurosas en lo relativo a los adulterios, cf. *Augusto* 5, nota 28.

[149](#) Augusto había prohibido a los senadores en 38 a. C. y a los caballeros quizá algo más tarde actuar como gladiadores; cf. DIÓN, XLVIII 43, 3; SUET., *Augusto* 43, 3. Sin embargo, en 11 d. C. se levantó la prohibición a los caballeros; cf. DIÓN, LVI 25, 7 y 8.

[150](#) Los alquileres se fijaban en Roma en las calendas de julio, lo que provocaba en esta fecha un alza de los precios. Probablemente, los senadores estaban obligados a tener un domicilio en Roma, ya fuera de propiedad, ya en alquiler.

[151](#) Se deduce que, en el sorteo para determinar su provincia o ámbito de competencias, este cuestor habla obtenido una que hacía innecesario o poco conveniente su matrimonio, celebrado precisamente el día anterior.

[152](#) El culto de Isis estaba extendido y tolerado en Roma, con más o menos altibajos, desde mediados del siglo V a. C. La actitud de Augusto a este respecto había sido, por lo general, tolerante, aunque despectiva (cf. *Augusto* 93), limitándose a prohibir la erección de altares en el interior del *pomerium*. Su sucesor Tiberio no llevó a cabo una auténtica persecución contra estos ritos y sus adeptos, pero sí los reprimió con severidad a raíz del escándalo protagonizado por Decio Mundo y Paulina en 19 d. C. Cf. Jos., *Antigüedades judaicas* XVIII 3, 4.

[153](#) El judaísmo había alcanzado una gran difusión, y el proselitismo de sus seguidores despertaba el recelo de los romanos. La actitud de Tiberio contraria al judaísmo era favorecida ante todo por Sejano, con fuertes sentimientos antijudíos. A su muerte, las medidas contra el judaísmo se suavizaron en todo el imperio. La expulsión de los judíos bajo el reinado de Tiberio fue también consecuencia de un escándalo, cf. Jos., *Antigüedades judaicas* XVIII 3, 5.

[154](#) Según Josefo (*loc. cit.*) y Tácito (*Anales* II 85, 5), cuatro mil jóvenes judíos fueron enrolados en el ejército y enviados a Cerdeña. Los judíos tenían la prerrogativa de no prestar servicio militar por motivos religiosos. La medida tomada por aquel entonces contra ellos no significó que les fuera anulada esta prerrogativa, sino que se trató de una sanción de carácter temporal. Para el mal clima de Cerdeña, cf. LIV., XXIII 34, 11; MELA, II 7, 123.

[155](#) Véase *Augusto* 49, 1; DIÓN, LVII 19, 6; TÁC., *Anales* IV 2, 1. La construcción de un campamento permanente para la guardia pretoriana supuso un paso decisivo en la transición del principado constitucional al despotismo militar. El acantonamiento de la guardia pretoriana en Roma tuvo lugar el año 23 d. C. Su campamento se situó al nordeste de la ciudad, fuera del recinto de Servio, entre la *Porta Colima* y la *Porta Viminalis*.

[156](#) Ciudad de Liguria, actual Pollenzo.

[157](#) El término «reino» no sería del todo exacto. Marco Julio Cotio, hijo del rey Dono, había perdido su título de rey y el control sobre ciertas ciudades ante su dudosa actitud frente a las tribus alpinas levantiscas. Claudio devolvió más tarde a un hijo o nieto suyo el título de *rex* en el año 44, y, finalmente, Nerón convirtió este reino en provincia en el año 64 (cf. *Nerón* 18). El reino se hallaba situado en los Alpes hoy todavía llamados Cotios, y su capital era Susa.

[158](#) Los decuriones eran los magistrados municipales.

[159](#) El derecho de asilo era una costumbre griega y en general oriental, permitida y utilizada en un principio por los romanos. Consistía en la inviolabilidad

de templos y santuarios, que se hacía extensiva a cuantos se refugiaron en ellos.

[160](#) Príncipe marcomano, fundador, en la zona de Bohemia, de un importante reino germánico. Educado en Roma, mantuvo siempre buenas relaciones con ella, hasta que los intereses del Imperio hicieron inevitable la ocupación de su reino. El año 6 d. C. se envió una expedición contra él comandada por Tiberio (véase cap. 16, 1) y Gayo Sentio Saturnino. Pero antes de que se produjera el enfrentamiento, estalló la rebelión de Panonia y Dalmacia, que exigió la inmediata retirada de las tropas romanas hacia la zona de conflicto. Tras esto, la posición de Marobodo se afianzó y su influencia se extendió a todos los pueblos germanos del Elba y a algunos de la Germania oriental. Pero estalló la rebelión contra su hegemonía entre los longobardos y senones, y Arminio, el caudillo de la independencia, lo derrotó y le hizo retirarse al Nórico, donde solicitó la ayuda de los romanos. Murió anciano, confinado en Ravena.

[161](#) Hermano de Remetalces I, junto al cual prestó ayuda a Roma durante la rebelión de Panonia del año 6 d. C. A la muerte de aquél obtuvo de Augusto la mitad del reino de Tracia, yendo la otra a parar a manos de Cotis, hijo de Remetalces. Rascuporis comenzó a hostigarle, primero con cautela mientras vivió Augusto, luego en guerra abierta durante el reinado de Tiberio. Desoyendo las advertencias del emperador, le hizo prisionero a traición y más tarde le mandó matar. Por este motivo, Tiberio se las arregló para hacerle venir a Roma, donde fue juzgado y condenado, siendo desterrado a Alejandría y hallando la muerte en un intento de huida, real o inventada, en 19 d. C. Cf. TÁC., *Anales* II 64-67.

[162](#) Nieto del personaje del mismo nombre, adversario de Sila en la guerra contra Mitridates. Fue recompensado por Antonio con el trono de Capadocia en 36 a. C., y Augusto, en 20, añadió a su reino Armenia *minor* y parte de Cilicia. Tiberio le defendió ante Augusto de las quejas presentadas contra él por sus súbditos (cf. cap. 8), pero más tarde se enemistó con él y en 17 d. C. le hizo venir a Roma, donde fue acusado ante el Senado y murió. Cf. TÁC., *Anales* II 42. Su reino fue convertido en provincia por Germánico; cf. *Calígula* 1, 2.

[163](#) Mencionado también por CICERÓN, *Epistolae ad Atticum* XIII 12, 3.

[164](#) No inmediatamente después, como parece deducirse de las palabras de Suetonio, pues Tiberio se retiró a Capri en el año 26, mientras que Germánico y Druso habían muerto, el primero en 19 (cf. *Calígula* 1, 2) y el segundo en 23 d. C. (cf. cap. 62, 2).

[165](#) El nombre de esta villa se conserva en la moderna Sperlonga, situada cerca de Fondi. Las grandes cavernas naturales de la zona (*spelunca* significa «gruta») albergaron residencias amplias y suntuosas.

[166](#) Según Tácito (*Anales* IV 59), fue salvado por Sejano.

[167](#) Cf. *Calígula* 57, 2. El Capitolio era un templo de Júpiter, como vemos en TÁCITO, *Anales* IV 57, 1.

[168](#) Ciudad en la que Augusto había muerto (cf. *Augusto* 98, 5; 100, 1 y 2). La casa fue consagrada, cf. DIÓN, LVI 46, 3.

[169](#) Propiedad de los emperadores desde que Augusto se la canjeó, en 29 a. C., a los habitantes de Nápoles por la de Enaria (cf. *Augusto* 92, 2).

[170](#) Ciudad del Lacio, situada a cinco millas (unos siete Km. y medio) de la Puerta Colina. Tácito (*Anales* IV 62-63) da un detallado relato del suceso, ocurrido en 27 d. C.

[171](#) *Biberio*, formado a partir del verbo *bibo*, equivale a «borrachín»; *Caldio*, del adjetivo *cal(i)dus*, parece una alusión a la preferencia de los bebedores por el vino muy caliente; *Merón* es un sobrenombre creado a partir de *merum* (vino puro, sin mezcla).

[172](#) Lucio Pomponio Flaco; legado en Mesia, a las órdenes de Popeo Sabino; cónsul ordinario en 17 d. C. En el año 19 fue enviado de nuevo a Mesia por Tiberio, con objeto de convencer al rey de Tracia, Rascuporis (véase cap. 37, 4), de quien era amigo, para que fuera a un campamento romano y aceptara una guardia personal, que acabó llevándoselo a Roma. En 32 fue legado *pro praetore* de la provincia de Siria. Murió al año siguiente en dicha provincia (cf. TÁC., *Anales* VI 27, 2). Era muy amigo de Tiberio, y Veleyo Patérculo (II 129) le dedica palabras halagadoras.

[173](#) Lucio Calpurnio Pisón Frugi, pontífice, cónsul en 15 a. C. Era hijo de Lucio Calpurnio Pisón Cesonino, cónsul en 58 a. C. (cf. *Julio* 21), y, por tanto, hermano de Calpurnia, la esposa de César. Nacido en 48 a. C., es acaso el procónsul de la Transpadana enviado por Augusto en 16/13 contra los vindélicos. Como procónsul de Macedonia y simultáneamente legado de Augusto en los años 12-10, dirigió la guerra contra el pueblo de los besos en Tracia. Fue nombrado prefecto de Roma por Tiberio al comienzo de su mandato (véase también PLIN., *Historia Natural* XIV 145), o bien, si seguimos a Tácito, durante el mandato de Augusto, en 12 d. C., pues este último autor sitúa su muerte en 32, tras haber ostentado este cargo durante veinte años (cf. *Anales* VI 10 y 11).

[174](#) Quizá el mismo personaje que aparece en *Calígula* 8 con el nombre de Asilio, e identificable también con el rétor Asilio Sabino mencionado por Séneca, *Suasorias* II 12.

[175](#) Cf. TÁC., *Anales* VI 1.

[176](#) Poetisa tardoalejandrina, autora de una obra pornográfica.

[177](#) Parrasio de Éfeso, uno de los principales pintores griegos de la segunda mitad del siglo V a. C. Sobre su afición a pintar atrevidas escenas eróticas, véase PLIN., *Historia Natural* XXXV 72.

[178](#) Hija de Íaso de Arcadia; extraordinaria arquera, participó en la cacería del jabalí de Calidón y fue amada por Meleagro.

[179](#) Héroe etolio, hijo de Eneo y hermano de Deyanira, la segunda esposa de Hércules; famoso ante todo por haber dado muerte al jabalí de Calidón.

[180](#) Adoptamos la corrección de Bentley, *vox*, seguida, entre otros, por Bassols. Ailloud, al igual que Ihm, acepta la lectura de los manuscritos *mora*.

¹⁸¹ Las atelanas, farsas populares procedentes de Atela, se utilizaron desde finales de la República y comienzos del Imperio como *exodia*, una especie de sainetes que ponían fin al espectáculo teatral después de la representación de una tragedia.

¹⁸² Cf. cap. 56.

¹⁸³ Cf. TÁC., *Anales* VI 45. Ambos monumentos fueron terminados y dedicados por Calígula en el año 37 d. C., cf. *Calígula* 21. Sobre el teatro de Pompeyo, véase nota 178 a *Augusto* 31, 5.

¹⁸⁴ Cf. *Augusto* 72, 1 y nota correspondiente.

¹⁸⁵ Cf. TÁC., *Anales* II 37-38.

¹⁸⁶ El año 27, cf. TÁC., *Anales* IV 64.

¹⁸⁷ Sobre toda esta cuestión, cf. TÁC., *Anales* VI 16 y 17.

¹⁸⁸ Según Tácito (*Anales* IV 64), ésta no fue una iniciativa de Tiberio, sino una propuesta motivada por el hecho de que sólo una estatua de Tiberio, situada en casa del senador Junio, se había salvado de las llamas, mientras todo ardía a su alrededor.

¹⁸⁹ Cf. *Augusto* 101, 2.

¹⁹⁰ Gneo Cornelio Léntulo Augur parece que comenzó como orador, impidiéndole su pobreza seguir la carrera política. La liberalidad de Augusto le permitió entrar al servicio del Estado, logrando a partir de entonces convertirse en el propietario de la mayor fortuna conocida en la Antigüedad (cuatrocientos millones de sestercios). Fue cónsul en 14 a. C. y procónsul en Asia en 2/1.

¹⁹¹ Emilia Lépidia, hija de Quinto Emilio Lépidio (cónsul en 21 a. C.) y hermana de Manio Emilio Lépidio (cónsul en 11 d. C.), contaba además entre sus antepasados maternos a Sila y Pompeyo. Prometida primero a Lucio César, casó con Publio Sulpicio Quirinio, del que se divorció hacia 3/5 d. C., contrayendo de nuevo matrimonio con Mamerco Emilio Escauro. El proceso contra ella tuvo lugar en 20 d. C. Cf. TÁC., *Anales* III 22 y 23.

¹⁹² Publio Sulpicio Quirinio, cónsul en 12 a. C. A continuación, y hasta el año 7 a. C., fue gobernador de Galacia. Estuvo en Armenia en calidad de *rector* de Gayo César. Como procónsul de Siria en 6/7, llevó a cabo el primer censo de Judea como provincia romana, que LUCAS II 2 sitúa en el momento del nacimiento de Jesucristo. Murió en 21 d. C., cf. TÁC., *Anales* III 48.

¹⁹³ Sin embargo, Tácito, que da un relato detallado de la historia de este rey (*Anales* II 1-4), no hace intervenir a Tiberio en su muerte, acaecida en Pompeyópolis de Cilicia, adonde Germánico, a petición de Artábano, lo había trasladado en 18 d. C. (*Anales* II 58 y 68).

¹⁹⁴ Véase *Augusto* 65, 3.

¹⁹⁵ Tiberio partió para Capri el año 26 y Livia murió el 29 d. C.

[196](#) Más tarde, sin embargo, le fueron concedidos los honores divinos por Claudio, cf. *Claudio* 11, 2.

[197](#) Cf. cap. 15, 2.

[198](#) Cf. cap. 7, 2.

[199](#) Sobre ésta, véase cap. 62, 1.

[200](#) Cf. *Calígula* 1.

[201](#) En 19 d. C. Cf. TÁC., *Anales* II 59.

[202](#) Cf. *Calígula* 2. Gneo Calpurnio Pisón, cónsul en 7 a. C., había sido amigo y legado de Augusto *pro praetore* en Hispania Citerior (TÁC., *Anales* III 13, 1). Fue también procónsul en África entre 6 a. C. y 12 d. C. Nombrado gobernador de Siria en 17 (TÁC., *Anales* II 43), tras la muerte de Germánico vino a Roma en 20, donde sufrió el proceso que Tácito narra con todo detalle (*Anales* III 7-18) y en el transcurso del cual se quitó la vida.

[202 bis](#) El texto presenta una laguna que lo hace incomprensible, Entre las diversas soluciones propuestas destaca la de Roth, seguida, entre otros, por Rolfe y Bassols, *nisi ea secreto ostendant(i auferenda ipsumque iugulandum curasset. Propter)quae*, cuyo sentido sería: «si no se hubiera ocupado (Tiberio) de que se las quitaran cuando las mostraba en privado, y de que el propio Pisón fuera eliminado. A causa de esto...».

[203](#) Véase *Augusto* 64, 1.

[204](#) A raíz del juicio que se siguió, en 26 d. C., contra Claudia Pulcra, su prima segunda. Cf. TÁC., *Anales* IV 52.

[205](#) Por Sejano. Cf. TÁC., *Anales* IV 54.

[206](#) Situada en el Mar Tirreno; lugar de destierro también de Julia, hija de Augusto, y de Octavia, hija de Claudio y primera esposa de Nerón (cf. *Nerón* 35, 2).

[207](#) Agripina murió el dieciocho de octubre del año 33, el mismo día en que Sejano había sido ajusticiado dos años antes (TÁC., *Anales* VI 25).

[208](#) El futuro emperador Calígula. Sobre la descendencia de Germánico y Agripina, véase *Calígula* 7.

[209](#) Tiberio Gemelo, adoptado más tarde por su primo Calígula (cf. *Calígula* 15, 2) y por él asesinado (cf. *Calígula* 23, 3).

[210](#) Nerón el año 20 (TÁC., *Anales* III 29) y Druso a comienzos del 23 d. C. (TÁC., *Anales* IV 4).

[211](#) El 24 d. C. Cf. TÁC., *Anales* IV 17.

[212](#) Nerón murió en 30 o 31, en todo caso antes de la caída de Sejano, y Druso en 33, como su madre, Agripina.

- [213](#) Hoy Ponza, en el mar Tirreno, al oeste de Pandataria.
- [214](#) Lo que equivalía a anunciarle su sentencia de muerte; el lazo era para estrangularlo, y los ganchos para arrastrar su cadáver hasta el Tíber.
- [215](#) La muerte del favorito se produjo el 18 de octubre del año 31, cf. TÁC., *Anales* VI 25.
- [216](#) Una de las islas Espóradas, en el Egeo.
- [217](#) Véase cap. 12, 1.
- [218](#) Para los gustos literarios de Tiberio y el tipo de cuestiones que solía proponer a sus comensales, véase cap. 70, 3.
- [219](#) Famoso rétor griego del siglo I a. C., representante de la escuela asianista.
- [220](#) Cf. *Augusto* 101, 2.
- [221](#) Pompeyo Macro, cf. TÁC., *Anales* I 72. El hecho tuvo lugar en 15 d. C.
- [222](#) El censo exigido a los caballeros era de cuatrocientos mil sestercios (cf. *Julio* 33, al final del capítulo). En este verso se le reprocha a Tiberio no poseer ni siquiera la cuarta parte de esta cantidad, pues, como hijo adoptivo de Augusto, no tenía propiedades (cf. cap. 15, 2).
- [223](#) Al calificar de *exilium* su antiguo alejamiento en Rodas (véanse caps. 12 y 13) se le echaba en cara el no ser ni siquiera ciudadano romano, pues los desterrados perdían la ciudadanía.
- [224](#) Para la afición de Tiberio por el vino, cf. cap. 42, 1.
- [225](#) Esto es, Romano.
- [226](#) El autor hace un juego de palabras con el sobrenombre de Sila (Lucio Sulla Felix) y el adjetivo *felix*, y hace alusión al sistema de proscripciones instaurado por aquél en 82-81 a. C.
- [227](#) A su regreso de África, en 87 a. C., cuando se abrió el periodo de terror que duró hasta su muerte, en enero del 86.
- [228](#) Modificando el verso de una tragedia de Accio que Calígula solía repetir: cf. *Calígula* 30, 1.
- [229](#) Véase cap. 54, 2.
- [230](#) Quizá Mamerco Escauro, cf. TÁC., *Anales* VI 29.
- [231](#) Cremucio Cordo, cf. TÁC., *Anales* IV 34 s. Su proceso tuvo lugar en 25 d. C. El Senado encargó a los ediles quemar su obra, pero ésta fue parcialmente conservada por su hija Marcia y publicada más tarde, en época de Calígula (cf. *Calígula* 16, 1).
- [232](#) Así ocurrió con la hija de Sejano, cf. TÁC., *Anales* V 9.

[233](#) Marco Paconio, legado del procónsul de Asia, Gayo Silano, en 20/21 d. C., fue uno de sus acusadores en el proceso de concusión que se siguió contra éste en 22. Cf. TÁC., *Anales* III 67, 1.

[234](#) Cf. cap. 52, 1.

[235](#) Cf. TÁC., *Anales* IV 3 y 8.

[236](#) El futuro emperador Calígula.

[237](#) Tiberio Gemelo; cf. cap. 54, 1.

[238](#) El templo de la Fortuna Primigenia, en Preneste, restaurado y ampliado por Sila hacia el 80 a. C.

[239](#) Cf. cap. 26, 2, nota 129.

[240](#) A saber, darle por esposa a su nieta Julia, hija de Druso y de Livila. Cf. TÁC., *Anales* V 6; VI 8.

[241](#) Uno de los cónsules *suffecti*, que sustituían a los cónsules ordinarios desde que éstos dejaban el cargo hasta el final del año. El año 31 fueron cónsules ordinarios Sejano y el propio Tiberio, hasta los idus de mayo (cf. cap. 26, 2).

[242](#) Cf. cap. 54, 2.

[243](#) Donde se hallaban los asientos reservados a los senadores en el teatro; cf. *Julio* 76, 1, nota correspondiente.

[244](#) Artábano III, rey de los partos de 12 a 38 d. C., aproximadamente.

[245](#) Sobre esta palabra, véase *Julio* 42, 3, nota correspondiente.

[246](#) Palabras citadas exactamente igual por TÁCITO, *Anales* VI 6.

[247](#) Para la afición de Tiberio por la astrología, cf. caps. 14, 4; 69.

[248](#) Cf. cap. 26, 2.

[249](#) Véase cap. 34, 2, nota 145.

[250](#) Al igual que Augusto: cf. *Augusto* 90.

[251](#) Cf. PLIN., *Historia Natural* II 146.

[252](#) Sobre este personaje, cf. *Augusto* 58, 1, nota 257.

[253](#) Cf. *Augusto* 86, 2.

[254](#) Euforión de Calcis fue un famoso poeta y erudito helenístico del siglo III a. C.; Riano de Creta, poeta épico y epigramático, fue contemporáneo del anterior; Partenio de Nicea, el último epígono de la poesía erótica alejandrina, vivió en época de Augusto y fue maestro de Virgilio.

[255](#) Cf. cap. 56.

[256](#) Esposa de Príamo y madre de Héctor.

[257](#) El famoso rey de Creta, hijo de Zeus y Europa, esposo de Pasífae y padre de Ariadna y Fedra, que fue luego juez de los muertos en el mundo subterráneo.

[258](#) Los jardines de César legados al pueblo después de su muerte (cf. *Julio* 83, 2) y el lago artificial excavado por Augusto para el combate naval (cf. *Augusto* 43, 1).

[259](#) Cf. *Augusto* 97, 3, nota correspondiente.

[260](#) Cf. *Augusto* 16, 4, nota 86.

[261](#) Cf. TÁC., *Anales* VI 50.

[262](#) Tiberio hubiera cumplido setenta y ocho años el 16 de noviembre.

[263](#) El 16 de marzo del año 37 d. C.

[264](#) Véase *Calígula* 12, 2.

[265](#) Por orden de Macrón (cf. TÁC., *Anales* VI 50) o de Calígula (cf. *Calígula* 12, 2).

[266](#) Probablemente, Séneca el Viejo.

[267](#) De Témenos, localidad cercana a Siracusa.

[268](#) El templo de Apolo, en el Palatino, construido por Augusto: cf. *Augusto* 29, 1.

[269](#) Promulgado en 21 d. C., cf. TÁC., *Anales* III 51.

[270](#) Calígula.

[271](#) Cf. cap. 54, 1.

ÍNDICE GENERAL

Introducción general

- I. Orígenes y desarrollo de la biografía en Roma
- II. Apunte biográfico de Suetonio
- III. Obras de Suetonio
- IV. Aspectos históricos y biográficos
- V. Cuestiones literarias
- VI. Historia del texto y pervivencia de «La vida de los doce Césares»
- VII. Ediciones y traducciones

Bibliografía

VIDAS DE LOS DOCE CÉSARES

Nota textual

LIBRO I

LIBRO II

LIBRO III